

Ramón H. Jurado
El desván

22

El desván



Sin fecha fija



El último juego

Bajo criterio editorial
se respeta la ortografía de los textos
que presentan arcaísmos
propios de su Edición Príncipe.

Por la naturaleza de este proyecto editorial,
algunos textos se presentan
sin ilustraciones y fotografías
que estaban presentes en el original.

•••••

Ramón H. Jurado

El desván



Isis Tejeira

Sin fecha fija



Gloria Guardia

El último juego

Biblioteca de la Nacionalidad

AUTORIDAD
DEL CANAL DE PANAMÁ
PANAMÁ 1999



Editor

Autoridad del Canal de Panamá

Coordinación técnica de la edición

Lorena Roquebert V.

Asesoría Editorial

Natalia Ruiz Pino

Juan Torres Mantilla

Diseño gráfico y diagramación

Pablo Menacho



P.
863 Jurado, Ramón H.
J96 **El desván** / Ramón H. Jurado. — Panamá: Autoridad del Canal, 1999. 66 págs.; 24 cm.— (Colección Biblioteca de la Nacionalidad)
Contiene: **Sin fecha fija**, Isis Tejeira, 98 p.
El último juego, Gloria Guardia, 175 p.

ISBN 9962-607-24-8

1. LITERATURA PANAMEÑA—NOVELA

2. NOVELAS PANAMEÑAS

I. Título.

La presente edición se publica con autorización de los propietarios de los derechos de autor.

Copyright © 1999 Autoridad del Canal de Panamá.

Reservados todos los derechos.

Prohibida la reproducción total o parcial de este libro, por cualquier medio, sin permiso escrito del editor.

La fotografía impresa en las guardas de este volumen muestra una vista de la cámara Este de las esclusas de Gatún, durante su construcción en enero de 1912.



**BIBLIOTECA
DE LA NACIONALIDAD**

**Edición conmemorativa
de la transferencia del Canal a Panamá
1999**

BIBLIOTECA DE LA NACIONALIDAD

A esta pequeña parte de la población del planeta a la que nos ha tocado habitar, por más de veinte generaciones, este estrecho geográfico del continente americano llamado Panamá, nos ha correspondido, igualmente, por designio de la historia, cumplir un verdadero ciclo heroico que culmina el 31 de diciembre de 1999 con la reversión del canal de Panamá al pleno ejercicio de la voluntad soberana de la nación panameña.

Un ciclo incorporado firmemente al tejido de nuestra ya consolidada cultura nacional y a la multiplicidad de matices que conforman el alma y la conciencia de patria que nos inspiran como pueblo. Un arco en el tiempo, pleno de valerosos ejemplos de trabajo, lucha y sacrificio, que tiene sus inicios en el transcurso del período constitutivo de nuestro perfil colectivo, hasta culminar, 500 años después, con el logro no sólo de la autonomía que caracteriza a las naciones libres y soberanas, sino de una clara conciencia, como panameños, de que somos y seremos por siempre, dueños de nuestro propio destino.

La **Biblioteca de la Nacionalidad** constituye, más que un esfuerzo editorial, un acto de reconocimiento nacional y de merecida distinción a todos aquellos que le han dado renombre a Panamá a través de su producción intelectual, de su aporte cultural o de su ejercicio académico, destacándose en cada volumen, además, una muestra de nuestra rica, valiosa y extensa galería de artes plásticas.

Quisiéramos que esta obra cultural cimentara un gesto permanente de reconocimiento a todos los valores panameños, en todos los ámbitos del quehacer nacional, para que los jóvenes que hoy se forman arraiguen aún más el sentido de orgullo por lo nuestro.

Sobre todo este año, el más significativo de nuestra historia, debemos dedicarnos a honrar y enaltecer a los panameños que ayudaron, con su vida y con su ejemplo, a formar nuestra nacionalidad. Ese ha sido, fundamentalmente, el espíritu y el sentido con el que se edita la presente colección.

Ernesto Pérez Balladares
Presidente de la
República de Panamá

Ramón H. Jurado

El desván



a Jilma Raquel

*Here lies poor Johnny Kongapot
Have mercy of him. Gracious God
As he would if he were God
And you, poor Johnny Kongapot.*

ABRAHAM LINCOLN

Quiere esta novela rendir homenaje al dolor y a la grandeza de Francisco Clark. Su libro, olvidado y al margen de la memoria panameña, es un hermoso alegato sobre la manse-dumbre.

Nunca pude acercarme a Francisco sin exasperarme. Su optimismo matinal, su desesperante esperanza, su agobiadora resignación me acosan como expresiones de una mentira premeditada; una gran falsedad. Es que quien fue muy hombre quiso vivir menos hombre y más Dios.

Separado de Clark por el tiempo y su infinita angustia, lo construyo doliente, atormentado, tal como fue. Construyo al Francisco verdadero, positivo, al presente; el que maldijo por siglos de dolor y miseria su condición de Hombre.



Acaba de salir una nueva novela de Ramón H. Jurado, *El desván*, donde la agudeza psicológica se da la mano con penetrantes abordajes a más hondos problemas filosóficos. Jurado ha abierto así, para la literatura panameña, regiones inexploradas, terrenos vírgenes que aún la pluma de nuestros escritores no se había atrevido a hollar.

Por ello, *El desván* es una novela distinta. Y distinta quiere decir aquí lo nuevo, tan nuevo que resulta extraño dentro del marco de nuestras letras. De más está hablar de lo difícil que resulta penetrar en ese mundo complejo y misterioso que es la conciencia; pero a tal dificultad, tal esfuerzo... y el esfuerzo no ha sido en vano. El fruto ha sido una novelita extraordinaria, y extraordinaria en más de un sentido.

La objetividad exterior — ruralismo, paisajismo, historismo, etc.— cede aquí lugar a un plano superior de la existencia humana: lo subjetivo, lo interior y no por ello menos valedero— de esa existencia. No más hurgar en la ligera periferia del humano vivir, esa vaga superficie en que se mueve lo transitorio, lo perecedero — tema violado y abusado por nuestras letras—, sino apuntar más allá; a lo abismal, a lo profundo, a la fuente misma del existir: el espíritu, la conciencia. No describir más la vida sino preguntar: ¡Qué es la vida, por qué se vive, si es que se vive! **He allí** lo que intenta Jurado: acercarse a lo esencial del ser en el tiempo. Las posibilidades descubiertas son de una riqueza inusitada.

...La poderosa influencia que el existencialismo ejerce sobre la literatura mundial, despunta con claridad meridiana en la novela de Jurado: ubicación novedosa que desconocíamos en este talentoso escritor, signo inequívoco de que algo se estremece dentro de su espíritu.

...Federico Calvo, que no sabe quién es, de dónde vino, ni siquiera si tiene un pasado, se encuentra suspendido en un presente inmóvil, sin límites, sin perspectiva, como si de pronto se hubiese enfrentado al infinito sin saber qué hacer: “Es como si me hubiese detenido en el umbral de un gran portón hacia el que me lleva irreflexivamente el desvarío, la angustia: allí estoy aún, en un inmenso presente sin movimiento y sin lamentos. La puerta abierta y yo de pie...”

...No hay duda de que Ramón H. Jurado ha logrado, con *El desván*, un momento decisivo de su carrera literaria. La madurez del escritor se hace aquí más patente que en cualquiera otra de sus novelas. El estilo, que a veces es salpicado por ese descarnado verismo que tanto caracteriza la literatura sartriana, alcanza, en otros momentos, niveles de la más pura calidad estética. Pero, ya rudo, ya poético, mantiene siempre su valor literario que, en ninguna circunstancia, desentona dentro de las exigencias de la trama.

Pero más que por su calidad literaria, *El desván* vale como novela ideológica de pensamiento. Por primera vez en nuestro país se escribe una novela en que se planteen tan claramente problemas de orden filosófico. Y ya ello de por sí es un mérito indiscutible, sobre todo si el planteamiento de esos problemas no obliga al escritor a salirse del concepto de lo literario. Saber mezclar ambas cosas sin desmedro de ninguna de ellas es lo que hace al verdadero escritor. Y no hay duda de que Jurado ha sabido cumplir con este compromiso de hombre de letras y de ideas.

ISAÍAS GARCÍA

Una obra universal

...Las sencillas reflexiones que acabamos de apuntar, han vuelto a nuestro pensamiento como consecuencia de la lectura de *El desván*, novela corta de Ramón. H. Jurado, recientemente aparecida. Porque esta obra, por la intensidad dramática del tema y su valor universal y eterno, lo mismo que por el revestimiento literario, nos ha causado la impresión de algo tan definitivo y tan logrado, que su calidad extraordinaria ha de marcar huella muy honda en las letras nacionales aunque sobre sus méritos —o quizás por lo mismo— se encienda controversia.

El desván es un relato aterrador y frío, cuya lectura sobrecoge y anonada ante la infinita tragedia del hombre, de Federico Calvo. El drama alucinante que rodea al protagonista como un halo fatal, encuentra cierta semejanza, si bien tan sólo por su pavorosa intensidad, en muy ilustres precedentes, pues ya se sabe que tanto Edgar Poe, como Andreiev, y más modernamente Kafka, entre otros muchos, han creado personajes destinados a sufrir intolerables situaciones, aun cuando ninguna, ni el sujeto de la metamorfosis de este último —delirio, sueño absurdo— puede compararse con la espantable realidad de Federico Calvo, que es capaz de contemplar en vida su osamenta y a las ratas devorar su carne inútil e indefensa.

Pero el mérito, singularísimo, de esta obra de Jurado, no reside solamente en su determinación de hacer frente a un problema de tanta peligrosidad, sabiendo bien, como escritor, los muchos riesgos de la empresa. Porque para vencer la prueba

airosamente, como lo ha logrado a plenitud, no basta la decisión y el ánimo esforzado, ni siquiera la atracción —irresistible a lgunas veces— de ciertos temas subyugantes, y para alcanzar la perspectiva necesaria es preciso empeñarse en el esfuerzo, quedando expuesto el equilibrio. Sin embargo, no se trata ya del hombre, de Federico Calvo, del dolor humano, soportado, hasta límites inconcebibles, lo que hace únicamente de *El desván* una novela de calidad superlativa, sino que el autor ha sabido relatar con un estilo literario, nuevo entre nosotros y fruto maduro de elaboración muy cuidadosa, creando el clima de alucinación y angustia que la obra necesita. Es la atmósfera asfixiante, poco a poco irrespirable, que aniquila, sin saber por qué, al extranjero de Camus, al Kafkiano visitante del castillo, al Pascual Duarte de Cela, al infeliz campesino de una aldea rumana llevado y traído de alambrada en alambrada que nos presentó Virgil Gheorghiu, a muchas criaturas paridas por Sartre, y a tantos personajes de la literatura actual más alta y más representativa de un mundo atenazado por esta realidad incomprensible. Así, Federico Calvo, sujeto a su camastro por la artritis, no puede comprender, siquiera, si está vivo en la sucesión monótona de días y años. Nada sabe de lo que sucede más allá de los ratones, del bombillo de la luz eléctrica, de la invisible paralítica, o de la robusta y palpitante anatomía de Zoraida, la sirvienta. Como una hoja seca, inmóvil en medio de las enloquecidas espirales de un tornado, allí está quieto, para siempre, Federico Calvo, estático, insensible, con los incisivos rotos a golpe de martillo para poder beber los alimentos; a través de sus mandíbulas herméticas, esperando siempre atisbar la verdad, que nadie alcanza.

El desván, novela intensamente impresionante, y de méritos que la equiparan a las mejores obras de su estilo, puede y debe señalar una marca imborrable, un hito permanente en la faena literaria de Jurado —imponiéndole para el futuro difíciles senderos— y significar al mismo tiempo una cumbre vencida en el campo inagotable y siempre abierto de la literatura nacional.

EL DESVÁN

Porque la inmensa hondura dramática de esta pequeña gran novela y la calidad extraordinaria de su prosa, convierten a este libro en faro indicador de nuevos rumbos, señalando con agudo grito de advertencia los caminos abiertos a quienes, decididos a quebrar los viejos moldes de lo rutinario, quieran acudir a la convocatoria que el dolor humano hace al escritor actual.

RENATO OZORES

Estimado Doctor:

He pensado mucho antes de aceptar la necesidad de escribirle esta carta. Dicho mejor, de dejar a usted la responsabilidad de estos papeles. No trate de entenderme ni de justificarme. Me sobran razones.

Es el caso, que su última charla dejó en mí una profunda desilusión. Desagrado, más bien. Me pareció usted ridículo, absurdo. Si supiese lo petulante que lucía cuando hablaba alegremente sobre el tiempo y la muerte. Pero hay más. Esta noche — es viernes de un mes cualquiera (luego comprenderá por qué no es importante el mes ni el año)— esta noche, decía, me encuentro empavorecido. Una constelación de pequeños acontecimientos misteriosos me tiene absolutamente sobrecogido. ¿Miedo, dije? Sí, precisamente es lo que deseaba decir: miedo, doctor.

Usted recuerda que la campana sonó a las seis de la tarde. Tiene que recordarlo porque siempre suena a las seis de la tarde. Pues bien, en momentos en que abandonaba el salón me desgarré el índice de la mano izquierda. Mire, aquí, en la coyuntura de la segunda y la tercera falange. No di importancia al asunto porque es cosa que sucede diariamente a miles y a miles de personas en el mundo. También, porque de momento el desgarrón sólo produjo un breve dolor intelectual. Sin embargo, al cabo de unos minutos sentí la mano humedecida y al contemplarla descubrí horrorizado que estaba totalmente cubierta de sangre. Maldi-

je de inmediato mi descuido al minimizar la gravedad de la herida y traté entonces de explorar la situación lo más clínicamente posible. Escuche usted, doctor: la herida estaba seca como una sonrisa frívola, es decir, no sangraba. ¿De dónde, entonces, brotaba esa sangre negruzca que me cubría toda la palma de la mano? No lo sé todavía. Es un misterio.

Un tanto preocupado abandoné el lugar. Deseaba llegar con urgencia a casa. ¿No le ha ocurrido alguna vez sentir una inexplicable urgencia de llegar a un sitio? ¿No le ha acontecido, asimismo, que al llegar al lugar, no comprende ni sabe qué lo llevó hasta allí, o qué buscaba? Perdone que me haya apartado del tema. Sucede, pues, que apenas había caminado los primeros tramos, casi tropiezo con el cadáver de un gato. Se trataba, lo comprendo, de otro asunto banal: un automovilista desordenado, acabó imprudentemente con este gato lleno de colorines. ¿Ha escuchado usted la historieta sobre las siete vidas de estos animalitos? Le aclaro que en mi vida he visto numerosos gatos muertos. Es más, recuerdo que una zona de mi infancia la distraje persiguiendo los gatos del vecindario, atándoles trapos encendidos a la cola, cinchándolos con cohetes y artefactos escandalosos, porque me exacerbaba la seguridad vital de estos felinos. Es como si despreciaran al hombre porque compraron la eternidad. Esos gatos, como lo puede imaginar, se suicidaban, estrangulándose enloquecidos por la burla, y la segunda etapa de este juego feroz consistía en la búsqueda y localización de los cadáveres. Pero hay más. *El Pelón* —hijo de una cocinera—, de ojos aterradores iba más lejos: amarraba los gatos y los abría entre aullidos espantosos. De allí, pues, que por todas estas cosas no debía asombrarme el encuentro con el muerto del que hablo. Doctor, se me erizaron los vellos y en ese mismo instante la sangre de mi mano desapareció. Debo agregar un detalle: a lo largo de todo el camino a casa —unos 15 minutos— escuché insistentemente el maullido lastimero, desgarrador, de un gato moribundo.

Escribo estas cosas empavorecido y le dejo a usted toda la

responsabilidad. Además, estoy absolutamente solo. Esto quizás tenga alguna importancia en todo este terrible asunto que me enloquece irremediabilmente. Al abrir la puerta de mi casa, que estaba a oscuras, descubrí un brillo extraño sobre el suelo. Recogí a tientas la carta que de inmediato le transcribo:

Estimado señor:

Con mucha pena le anoto que no he recibido noticias suyas. Usted dirá que soy necio, que no tengo ningún derecho a escribirle y eso es absolutamente cierto. Perdóneme. Si algo está lejos de mi deseo, es justamente el propósito de molestar. Le escribo, porque aquel dolor de la cadera que apenas sí lo mencioné antes, me tiene esta mañana sin poder caminar. Además, es tan bello este amanecer, es tan caprichoso el vuelo de esos pájaros, que deseo vivamente que se tome usted un descanso y disfrutemos juntos este hermoso paisaje. Puede traer a su señora o a su hijo, si los tiene. ¡Podríamos conversar mucho, mucho, hablar de tantas cosas! Perdone estas majaderías pero le diré la verdad: deseaba conversar con usted, con alguien. Espero que el dolor de la cadera alivie de un momento a otro. Besos a su hijo,

FEDERICO

¿Quién es Federico? ¿Por qué debía llegar a mí, y en este momento, esa carta tonta o patética, mordaz o lastimera? ¿Usted sabe que no tengo mujer ni hijos y que jamás he escrito a nadie! De inmediato concurrieron a mi mente el recuerdo de mi mano ensangrentada, el cadáver aullante del gato y los ojos endemoniados de un hombre que no conozco. ¿Quién es Federico y qué desea de mí? Esta interrogación desató un miedo espantoso en todo mi cuerpo. Sé que usted será capaz de comprender esta monstruosa situación y le repito que es suya, particular y absolutamente suya, la responsabilidad del juicio. ¡Qué de cosas han ocurrido en este día!

Con mucha dificultad logré conciliar el sueño. Serían las dos de la mañana cuando sentí golpes aterradores en la puerta. Desprovisto de vacilaciones me dirigí al encuentro del extraño visitante. En el suelo, casi que bajo la puerta, se encontraba este legajo. ¿Quién fue el misterioso portador? ¿Quién golpeaba la puerta? Ya dije a usted que se trata de un enjambre de acontecimientos extraños. Mordido por la tentación, y dueño de una sorprendente serenidad, me dediqué por entero a la lectura del curioso hallazgo. Las claras del amanecer me encontraron en los últimos momentos de la atormentada vida de Federico Calvo.

Tal como la recibí así os la envío. De inmediato numeré las hojas de que consta porque es sumamente importante que ninguna se extravíe. ¿Quién fue Federico Calvo? El día entero lo empeñé en averiguarlo. Recorrí diversos sitios, interrogué a numerosas personas sin éxito. Por último hice lo que él: hablé largamente a la enfermera que escribe de corrido, entusiasmándola con la importancia de mi empeño hasta lograr que me permitiera investigar los archivos de la institución. Obtuve la misma respuesta que llevó Zoraida a Federico.

RAMÓN H. JURADO

¿Pudo ser cierto aquel tormento? ¿Existió Federico Calvo?
¿Es mentira tanto dolor? Yo deseo, Doctor, saber si usted se
atreve a negar la existencia de Federico Calvo. Esta es mi peti-
ción. Y esa es su responsabilidad.

RAMÓN H. JURADO

I

No puedo decirlo y me resulta imposible de precisar. Pero, si el tiempo no transcurre, si esa luz no se apaga, ¿cómo ha sido posible? Sé bien que hoy es lunes... sí, sábado he dicho. No me siento mejor porque es lunes y mis pies pasan como trozos de lija sobre los barrotes de esta vieja cama. Me llenó de insomnio ese rugir feroz, estúpido, amenazador, de los ratones en el estante. Aquí, arriba, en este oscuro desván de trastos viejos, descubrí por primera vez la perversidad de los hombres, de los ratones. Enemigos de esta lámpara que nunca reposa, murmuraron toda la noche en una tertulia hambrienta y de rato en rato, el mayor, el sabio, asomaba sus ojos enormes, sus dientes de clavo y sonreía.

—Te esperamos.

De pronto los vi salir en caravana, luego de gritos y voces jubilosas en el estante vacío, trepar por los barrotes de este camastro de madera, mirar apetitosamente mis pies y seguir mientras murmuraban cosas horribles entre sí. Subían no sé cómo por la columna de concreto, corrían como locos por el cielorraso oscuro y bajaban por la trampa de polvo hasta los orígenes del cordón. Desde hace días conozco sus propósitos: destruir la única lámpara que alumbra mi vida. Yo confiaba en la prudencia, en la sabiduría técnica y me decía, cantándome esperanzas, que nunca triunfarían en sus afanes. El hilo colgaba perpendicular sobre mi cama y aseguraba con palabras de fuerza a la humanidad incrédula que el único amigo de los hombres es la fuerza de

gravedad. En eso sentí un griterío ensordecedor en lo más oscuro de la trampa de polvo: los señores ratones discutían. Entonces comprendí toda su audacia, todo su atrevimiento. Él, el Sabio, el perverso, el peor de todos, asomó su cabezota estúpida y me sonrió. Avanzó unos pasos. Cruzó vertiginoso por un desfiladero, se detuvo sobre una saliente, posándose junto al sitio en donde el cordón se enterraba en las sombras del techo.

—¿A dónde vas? —gritaba yo—. ¿A dónde vas?

El sabio miraba hacia abajo burlonamente y sonreía. Sólo ese cordón se levantaba, como una muralla de bronce, entre su hambre asesina y mi cuerpo inmóvil. Ellos lo sabían. Yo lo sabía. Todos lo sabíamos. Cuando consiguieran silenciar esa única luz de mi desván, se abalanzarían como tigres sangrientos sobre mis pies fríos y duros, sobre mis muslos, sobre mis ojos que yo no sé por qué se han hundido de pronto. Intenté mover una pierna, porque sólo un mínimo movimiento podría salvarme. Pero no podría decirlo: creo que lo único que hizo un ligero gesto, imperceptible, muy tenue, fue la pata de la cama. Por ello el Sabio me miraba burlonamente. Entonces empezó lo peor. Bajaba. Bajaba cautelosamente por el cordón. Comprendí toda su grandeza: por qué era el más atrevido, el más audaz, por qué era el Sabio: cuando el cordón —buen amigo mío— oscilaba para aliviar mi desventura, se detenía agarrándose con avaricia. Luego reiniciaba la mortal empresa. Lo veía agrandarse por momentos: su cabezota estúpida, sus dientes de clavos, sus ojos lascivos, y los chillidos penetraban por mis orejas como taladros. Pero con todo, conservaba la esperanza. Mas el Sabio avanzaba y todo parecía inútil: estaba encima de la lamparilla, sonriente, triunfal. Fue un instante de terror indescriptible. Yo grité espantosamente:

—¡Zoraidaaa...! ¡Zoraidaaa ... !

Nadie podía escuchar esa voz desesperada que caía desde el desván porque sólo estaba en mi pensamiento.

—¡Zoraidaaa ... ! Me comen... Me muerden... Zoraidaaa...

Sobre mí, encima de mí, estaba el sabio. Un movimiento más

y el bombillo eléctrico estallaría. Y ya empezaba a oír sobre el traquido de mis huesos el ruido desgarrador de los ratones rumiándome los pies.

—¡Corran... Corran que me cooomen... Me muerdeen, Zoraidaaaa...!

Hubo un ligero chisporroteo en el cordón y estalló la algaraza de los ratones que presenciaban cínicamente desde el techo los sucesos. El Sabio, no sé por qué, se acobardó. Soltando un chillido aterrador, impresionante, como de tigrillo, se lanzó al vacío, cayendo justamente entre mis piernas...

—¡Zoraid ... aaa...!

Huyó... huyó vertiginosamente, fugaz, y se metió en el estante. Hubo una correría atronadora en el cielo raso acompañada de gritos y voces de admiración y, llenos de sorpresa, los otros pasaron frente a mis pies fríos, blancos, duros y eternamente tiesos, para reunirse en el estante.

Yo nací en el miedo. Cuando descubrí la razón y alguien me habló sobre la conciencia, encontré que mi conciencia era el miedo, lo que siempre temblaba. Sé que no seré nada porque nunca me dejaron ser y sólo podré convertirme en un molino de viento, seco y alto, un molino de viento inútil, sin viento. ¡Ah, pero es todo lo que puedo ser!

¡Si yo contara mi historia, mi curiosa historia de piedra dura! ¿Habéis oído por casualidad en la alta noche los berridos espantosos de una mesa coja? ¿Tenéis noticia de la conversación jubilosa, de los ratones en un estante? Esa es precisamente la historia de mi hundimiento... de mi conocimiento de la muerte. Estoy acabando y cada día soy más ancho, ocupo más espacio. No podría decir desde cuándo este cuerpo mío está paralizado. La anquilosis poderosa vino golpeándome las piernas y sé que hacia abajo sólo está la cama porque esta mañana, precisamente, la sentía hurgándome las caderas. Es todo lo que hay allí: cama... cama... y los dientes hambrientos de los ratones. Hace un rato... la semana pasada... me dormí con los ojos abiertos. En-

tonces anduve como una mesa estúpida dando golpes locos. No he dormido más. A veces, para distraerme, cierro los párpados, pero brinco y meto los ojos en el mitin de los ratones que discuten comerse mis pies duros y blancos. Ellos tampoco se mueven. Están en vela noche y día, digo, eternamente, pendientes de este bombillo que cuelga sobre mí, de que la oscuridad se apodere de este desván lleno de polvo y silencio.

II

Yo he dicho esto mil veces. ¡Mil veces! Conocí a Zoraida por casualidad. Cuando se piensa en el pasado se comprende que el porvenir es una tonta estratagema. Sin embargo, al confesar estas cosas, soy optimista. Me lleno de una injusta esperanza, porque lo único cierto en todo este asunto es que dentro de un año o dos, tal vez, empezará a abrazarme el pescuezo. El porvenir, pues, es asunto de detalles: me estrangula una vena en vez de la aorta o, sencillamente, los ratones me comen los ojos si llego a dormirme. Eso es así. El futuro está totalmente sometido a los elementos estúpidos de este cuarto. Y diría mil veces mi historia y siempre sería horrorosamente igual. Es fácil, entonces, ver que todo estaba organizado para este final, digo, que todo sigue plácidamente organizado para el final.

Conocí a Zoraida por casualidad. No recuerdo muy claramente cómo ni por qué, pero lo cierto es que empecé a frecuentar las pensiones. Unas veces sólo a comer, ya que dormía en cualquier parte, y poco antes de que esto sucediese, era un abonado. Resulta que el cliente de las pensiones es como el adolescente de los internados: se va entregando al miedo.

Un día conocí a Zoraida por casualidad. Fue el único apuesto de mi vida. Generalmente las viejas enfermas, viudas o sin hijos, inventan una pensión para sentirse en el mundo. Esto pasó en mi caso. La vieja dueña estaba —está— lisiada en una silla. Zoraida era el alma de la pensión. Todos, desde el gato hasta la vieja que nunca he conocido, pero que me espanta a ve-

ces; y el periodiquero y el hombre que vende la carne; también el carbonero acompañado en ocasiones por la muchacha estrábica de la vecindad, todo el mundo, pues, llamaba a Zoraida. Para comer, para dormir, para insultar, para recoger los excrementos del gato —inevitables a la entrada de la puerta— había que llamarla.

Conocí a Zoraida por casualidad. La gente de pensión tiene cara de pensión. Casi no le vi el rostro tras el cargamento de plátanos que llevaba en los brazos; sin embargo, la seguí con una fidelidad que hoy me asombra. La vi entrar al zaguán y ascender por la escalera sucia que lucía en el centro una faja de linóleo. Luego dobló por una puerta angosta aunque la escalera continuaba hacia otros pisos.

Me detuve en el umbral. De pronto oí una voz al fondo.

—¡Eres tú, Zoraida?

—Sí.

—¿A cómo estaban? ¿A diez por real y medio?

—Sí.

Vino un silencio largo en que sólo se oían los pasos de Zoraida. Iban, venían; iban, venían. No hay nada más angustioso que el sonido de los pasos. Entonces me moví y se oyó el ruido de una tabla podrida. Despierta, gruesa como un rugido de espanto, volvió la voz.

—¿Quién es?

Zoraida también detuvo su ir y venir. La vieja enferma insistió:

—¿Quién es, he dicho? Zoraida, ¿quién es ... ? Entonces Zoraida se acercó mirándome con una cara que todavía no sé si era de miedo. Hay gente que mira con presentimientos.

—Ajá— dijo.

Yo miraba un gato clavado en la pared.

—¿Quién es, Zoraida?— la voz de la lisiada me arañaba.

—¡Espérese!— gritó Zoraida.

Y volviéndose a mí:

—¿Ajaá, pues ... ?

—¿Esto es una pensión, verdad?

—Umjú.

—¿Hay comida?

Me miró de arriba a abajo:

—No.

—¿No me dijo que esto era una pensión?

—Sí.

—“Zoraida, por Dios, ¿quién es?”

—¡Espérese!

—Entonces, ¿por qué no hay comida?

—Señor, porque a esta hora no hay comida en ninguna parte.

III

Esa tarde comí allí y la otra y la otra. Una noche me quedé a dormir y desde entonces he dormido aquí todas las noches. Esto lo escribo con la ayuda de Zoraida. De vez en cuando viene con una tabla que apoya verticalmente en mi pecho y la sujeta hasta cuando yo me canso de escribir o la vieja grita y ella responde: “¡Espérese!”.

Éramos muchos los comensales. No sé cuántos somos ahora. Cuando uno se interna en pensiones es porque huye de algo. Ahora no recuerdo a qué huía yo. Tal vez no huía sino que buscaba esto. Los ratones, digo. ¿En los recuerdos de quién aparece un ratón? De nadie. Un ratón es como un dedo amputado, o la tercera mano que nos falta, o el ojo en la espalda: cosas que nadie necesita.

No sé si huía, pero, desde la primera noche, gastaba el tiempo de la sobremesa en leer o en dibujar el curso de unos ríos que han de secarse.

Las venas son objetos caprichosos, muy semejantes a arroyos de arena, secos en verano, turbios en invierno, o secos simplemente. Entonces nacen las madre viejas. A veces el cuerpo pesa como un tejido de madre viejas lleno de murciélagos y cucarachas. Es curioso, pero aquí nunca he visto una cucaracha. Ni un murciélago.

Aquella noche escribía. Voy a explicarme mejor: siempre tuve la costumbre de escribir a alguien. No recuerdo haber tenido un amigo, ni un conocido. Yo no conozco a nadie. Pero me

gustaba hacer cartas y ponerles un nombre cualquiera. Las depositaba en el correo, y tengo once años de esperar una respuesta. Hay miles de cartas que envié a miles de personas. Personas que existen porque envié esas cartas. Pero a ratos pienso que yo no existo. Hay, para esto, el testimonio de once años.

Cuando escribo estas cosas, veo los ojos de Zoraida por encima de la tabla. En uno de los dedos de la mano derecha tiene una pequeña cortada de cocinera. Es indispensable que las cocineras tengan cortadas en las manos. También, cuando se levanta un poco, para mirar lo que escribo, le veo los senos. A mí no me importa; a ella sí. Trata siempre de acercarlos a mis ojos.

Aquella noche escribía. He dicho esto mil veces también. En eso llegó Zoraida con un periódico en las manos. Desde hacía noches me estaba rondando y tenía la seguridad de que llevaba semanas pensando en una razón para acercáseme. Por toda respuesta levanté brevemente la cara y volví a mi tarea. Era la carta 427 y pensaba que sería la última. En ocasiones llegué a escribir dos diarias. El mundo es muy ancho. Muy extraño. Con cinco letras se puede construir una infinidad de nombres, de personas. Mis cartas siempre han sido muy respetuosas. Buenas. Al hombre le espanta el dolor y le huye a la limosna. Yo nunca pedí nada. Hablaba de cosas bonitas, sin mencionar a Dios, porque siempre he tenido la necesidad de conversar con alguien, de construir un amigo. Sí, yo nunca dije nada de mí mismo en las cartas. Deben andar por allí... andando, andando, porque todavía no he recibido una respuesta.

Zoraida extendió el periódico sobre la mesa. No habló, pero trataba de escandalizar zurrando el papel.

—I ... tler..ha ... bló en Mu ... nnn ... ic..,

—¿Cómo dijiste?

—Aquí dice... dice aquí —y me mostró un título de muchas columnas.

—Ajá. ¿y tú sabes leer, Zoraida?

—¿No lo está viendo? ¿qué es lo que dice, pues ... ?

—Sí, está bien. ¿Y sabes escribir también?

—¡Eso no!

—¿Y por qué no sabes escribir?

—Porque no me han enseñado.

Durante mucho tiempo dejé de escribir cartas. Después de todo, ¿para qué las escribía? Ah, sí; porque quería conversar. Entonces, pues, me dediqué a conversar con Zoraida. Pero lo cierto es que al principio no me enteré, o mejor dicho, no me di por aludido. Siempre he tenido la sensación de que estoy escondido. Efectivamente estoy escondido. Ni la vieja, ni los comensales saben que estoy aquí. Me tiene escondido Zoraida. A veces he oído a la vieja, enferma también, que grita:

—“Oye muchacha, ¿y qué fue del hombre aquél?”

Sé que pregunta por mí, pero Zoraida contesta:

—“Uy, ya va para muchos años que se fue”.

Yo le hablaba sobre las cosas de los periódicos, pero todavía no sabe escribir. Y lee de igual manera: “Guel... ga in... quiilin... aria”. Esa vez, cuando dijo “... aria” se volvió hacia mí posando uno de sus senos sobre mi mano izquierda. Yo la retiré en seguida. Al levantarse le vi unos muslos muy gruesos y las piernas que embocaban maravillosamente en la rodilla. Recogió el periódico y se fue.

Busqué la carta inconclusa para continuarla:

“ ... Sé muy bien que es usted una persona distinguida. Perdóneme la molestia. Su hijito es muy inteligente y usted debe sentirse orgulloso de él. Quiero recordarle algo muy importante: el próximo martes hay una luna espléndida. Lléguese a la rampa del mercado o al jardín, que alumbra a la estatua de Balboa y comprenderá que el mar es bello. Hoy de seguro desayunó usted ...”

Levanté la cabeza porque Zoraida regresaba. Se colocó de espaldas a mí y su pelo frondoso rodaba sobre sus hombros desnudos. No me dijo una palabra y se fue a lavar las ollas.

IV

Cuando Zoraida me mostró los muslos aquella noche, presentí lo inevitable ¡ja ¡ja! ¡Qué cosas!. ¡Lo mismo que ayer y lo mismo que otro ayer y lo mismo que otro y otro y otro ayer, Zoraida está encima de mí, tratando de ver lo que escribo!

Siempre he vivido de presentimientos: una mañana desperté con un ligero dolor en la cadera derecha. De inmediato invadió mi cuerpo un miedo incalculable. Me senté y las sospechas se verificaron: el dolor en la cadera era espantoso. Me agarraba las articulaciones de la ingle, llegando a enroscárseme como un bejuco en el tobillo. Sentí la sangre paralizada y los ojos enloquecidos. Esto último, quizá, fue, lo que me incitó a gritar espantosamente olvidando de momento que estaba totalmente solo y que mi madre había muerto hacía años. ¿Puede usted comprenderme?

Tuve la costumbre de buscar los sitios más apartados para vivir. Volvía de noche a mi cuarto de escasas luces. Allí pensaba en la última carta escrita y en la otra y en la otra. Sonreía confiado en que, de un momento a otro, el hombre me contestaría; que bajo la puerta o a la entrada de la casa, yo también encontraría una carta. Pero no sé, yo no culpo a nadie: todo el mundo está muy ocupado. También puede ser que no sepan quién soy y nadie gusta de escribir a desconocidos, aunque sólo sea para hablar de la luna o de la muerte del niño. Ni aun el día de mi dolor espantoso en la cadera dejé de sonreír al anochecer. Siempre he vivido esperando. Zoraida también.

Me levanté horrorizado. La pierna estaba tensa, vibrante. Luego de unos pasos trabajosos recobré cierta flexibilidad, aunque el dolor en la cintura agudizó. Sin embargo, eché a andar hacia la gente, presuroso, acosado por la más extraña inquietud. Nadie me miraba. Yo en cambio volvía a mirar a todo el mundo. A veces es conveniente que alguien pregunte por la salud de uno. Puede entonces decirse que se ha amanecido con un fuerte dolor en la cadera y que se teme no poder caminar más. Pero a mí nunca nadie me preguntó nada.

—“Zoraida...”

—Me llaman.

—Sí, te está llamando la vieja.

—Ya me tiene muy cansada. Ni se compone ni se muere.

—Está peor que yo.

—¿Para qué decir esas cosas, si sabe que lo estoy componiendo? No se lo quería decir, pero conseguía una toma nueva...

—“¡¡Zoridaaaaa!!”

—Ahorita vuelvo. Le dejo la tabla aquí. Deme ese lápiz, no sea que se vaya a hacer un daño.

La pobre teme más al suicidio que yo. Siempre se le ocurre que estoy mejorando. Todos los días de todos los años me dice lo mismo. Creo que ha llegado a preparar medicinas por su cuenta. Cuando resolvió esconderme aquí, yo estaba, hasta cierto punto, bien. Lo único malo es que tenía todas las piernas, los pies, las caderas, las vértebras lumbares y el codo derecho anquilosados. Hoy sólo me quedan la muñeca, los tarsos y los metatarsos de la izquierda con alguna disposición para escribir. La boca la tengo ceñida, dura, soldada. Mi comida son líquidos que Zoraida cuela entre dos dientes que ella misma me sacó. ¡Y la pobre dice que estoy mejorando! Hasta los ratones que están en el estante saben que de un momento a otro podrán roerme los pies sin apremios. Pero hay algo más: sencillamente no puedo suicidarme. Sólo ella, Zoraida, podría ayudarme.

Pero ríe, llora o enfurece a la menor insinuación. Es que ella me espera. De eso estoy absolutamente seguro.

**

¿Qué hora será? Hace algún rato que no siento los ratones. Generalmente cuando Zoraida está conmigo no me molestan. Hasta cierto punto son discretos. Pero ni siquiera en el cuarto vecino siento voces. No sé por qué se me ocurre que lo menos humano es la voz. Cualquier ruido se le parece. Por ejemplo yo oigo con facilidad la conversación que se me ocurre. Las campanas, la lluvia, el ruido de los pasos, en fin, todo está lleno de palabras. Es cosa personal, íntima, de uno.

Cuando Zoraida regrese, le diré que no pienso escribir más. Ya me está pareciendo inútil, visto que todo el mundo está ocupado. También, porque me avergüenza un poco confesar el engaño. Yo vine a esta pensión huyéndole a la soledad. Esto, entiéndase bien, es una confesión. Es, asimismo, la primera vez que lo digo. ¡Que me lo digo! Pues aquel dolor de la cadera se deshizo hacia el mediodía. Y si la mañana toda la empeñé en caminar, en la tarde llegué a la tontería de correr. ¡Como si se pudiera huir...! Sólo al anochecer, por la necesidad de encontrar la carta, regresé a casa. Como siempre, sonreí. Está tan ocupada la gente...

No recuerdo cuánto tiempo pasó. Eso sí, fue el día 29 de cualquier mes. Una de mis mayores dificultades ha sido el tiempo. La memoria también. El caso es explicable. Resulta que cuando se llevan dieciséis años en una cama, y por toda comida sólo hay caldo en la mañana, caldo al mediodía y caldo en la noche; y los ratones, y el estante, y Zoraida, y el bombillo encendido, y todo, pues, todo es igual, uno no recuerda absolutamente nada. Es ayer, o mañana, u hoy. Esto, desde luego, no lo voy a escribir, pues tan pronto vuelva Zoraida, le diré que se lleve la tabla y el lápiz. Tal vez sea pena o timidez, pero creo tener mis razones: si aquella

mañana nadie me vio el dolor de la cadera derecha y el hombre nunca me escribió una carta, para qué entonces hacer que Zoraida me esté enseñando los senos y escondiéndome el lápiz, empeñada en evitar que me suicide sacándome los ojos? Cada vez que me doy a pensar digo tonterías. Tengo años de no pensar en suicidarme. Por otra parte, hay el problema serio de los ratones... ¿No ve? Allí están... ya salió el Sabio a la cabeza. ¿Qué habrán tramado? ¿Qué recurso nuevo descubrieron para apagar el bombillo? ¡Ya viene...! ¡Ya vienen! Esta vez directamente hacia mí... Avanzan... son tres. El Sabio viene como siempre, adelante. El resto de la tropilla se ha quedado vigilando y riendo en el estante. ¡Vieneeen! ¡Vieneeen hacia míiii ...! Suben por la cama... se me trepan por las piernas... me han pasado veloces por el pecho y se han lanzado escandalosamente al suelo. Malditos, malditos ratones...! ¿Qué se han hecho ahora? ¿Donde están, digo, dónde están? Este es el silencio que me espanta.

V

Voy a decir la verdad: cuando seguí a Zoraida, que caminaba delante de mí cargada de plátanos, venía acosado por un miedo infernal. Las piernas me temblaban y había notado que mi muslo derecho se estaba enflaqueciendo visiblemente. Tenía días de andar mirando a todo el mundo, de estar escribiendo cartas, pero lo de siempre: nadie se ha enterado de que existo. ¡Los años que tengo que estar aquí y nadie lo sabe! Dejé la casa en donde vivía apartado y me acerqué a los hoteles y a las pensiones. En estos sitios siempre hay gente que entra y sale. Pero la humanidad entraba y salía y mi miedo aumentaba. Trataré de explicarme mejor. Después del dolor aquel, todo anduvo bien, con la excepción del muslo que se adelgazaba. Un día que me preparaba a salir, hice el descubrimiento: la uña del dedo grande del pie se me había desprendido por la mitad y la carne estaba podrida.

Por una esquina se veía el hueso casi a la intemperie. Toqué y estaba insensible. Pensando que podía ser mi mano, usé el palillo de fósforo. Hurgaba la carne podrida, incluso llegué a levantar el tendón que cubre el hueso y fue como si estuviese escarbando ociosamente la suela de mis zapatos: no sentía nada. Absolutamente nada. Estuve a punto de gritar, pero recordé que la primera vez había sido en vano y permanecí callado. Tenía un miedo horrible. Empavorecido me lancé a la calle, pero, como la vez anterior, nadie se enteraba de que yo me estaba pudriendo. A veces, la gente tiene razón, sabe lo que hace: no me moría. —En el

fondo he sido un poco injusto, porque después de todo no tienen por qué preguntarme cómo he amanecido hoy—. Esa noche no regresé a casa en busca de cartas. Ni volví más. Anduve de hoteles en pensiones hasta que di con Zoraida cargada de plátanos.

Desde aquel día, jamás he salido de esta pensión. La Pensión... ¿Cómo se llama? Qué curioso, no sé cómo se llama. Bueno, yo siempre estuve pensando en otras cosas. Al principio tomé mucho tiempo estudiando el *Tratado de Patología* del Dr. William Osler. Nada se decía allí sobre mi mal. El tratado del Dr. Lewellyn, *Artritis Deformans*, se concretaba al estudio de la osteoartritis y de la espondilitis. También me empeñé en la lectura de las *Enfermedades Inflamatorias*, del doctor Peter Daniel. Lo mismo de siempre: parece que mi enfermedad no merece un alivio, un remedio, porque ni siquiera la mencionan. A estas cosas me dedicaba en los primeros años.

**

Yo sabía que Zoraida estaba vivamente preocupada por todo lo mío. Durante un tiempo estuvo buscando excusas para acercármese. Como el pretexto del periódico le resultó útil, continuó usándolo y luego su amor repentino por la cultura hizo el resto. Hasta parecía avisarme cuando iba a llegar. Con las ollas y otros utensilios de cocina improvisó una especie de código de señales que me tenían al tanto de sus pasos. Mi comida era siempre la última y no sé si la mejor de la casa. Después de todo, ella era la que hacía y deshacía porque la vieja enferma, a quien nunca he visto la cara, sólo ha vivido desde hace treinta años preocupada de su muerte. Yo era el último en comer y, no bien me había sentado a la mesa, empezaba en la cocina el lenguaje singular de Zoraida avisándome de todos sus pasos. Y cuando sentía el ruido, de la olla grande contra la llave del fregador, sabía que Zoraida estaba a punto de llegar.

Esto sucedía mientras yo estudiaba el Tratado del Dr. Peter

Daniel. A veces pienso y me parece que todo es muy natural. Aquí cabe otra confesión. Después del primer dolor, tuve por seguro que se trataba de un reumatismo benigno con algunos elementos de malaria crónica. También estaba el hecho histórico, de mérito considerable pero del cual tuve conocimiento cuando ya todo era inútil. Supe por ejemplo que mi abuela estuvo tullida por unos seis meses y que al sanar le quedaron las coyunturas de la mano derecha deformadas y con una ligera parálisis. Llegué a enterarme, asimismo, de que mi madre estuvo totalmente paralizada por más de un año. De manera, pues, que hay un poco de exageración y egoísmo de mi parte cuando en ocasiones llego hasta desesperarme por culpa de los ratones.

Como yo desaparecía y aparecía sin que nadie notase mi presencia, ocurrió que resolví, a propósito del dolor en la cadera derecha —es muy importante saber que se trataba de la cadera derecha— que volvió al cabo de los meses, consultarle a un médico. Con el mayor respeto me dirigí al hospital Santo Tomás. Todos los señores, con alguna autoridad allí eran norteamericanos. Tres meses estuve tratándome y mi dolor aumentaba. Una mañana, claro está, desperté con el tobillo derecho exageradamente hinchado hasta el punto de que me resultaba doloroso caminar. Me era imposible caminar.

—El enflaquecimiento de su muslo derecho se debe a una falta de ejercicio. Usted ha debido padecer una larga cojera.

Tenía toda la razón el doctor. Es posible que yo haya sido un hombre cojo. Pensé que si la gente me hubiese hablado alguna vez, me hubiese dicho por ejemplo *Tuerto, Manco, Cojo*, yo habría sabido, que era cojo y a lo mejor no me encontraría hoy aquí. Pero nunca lo supe.

—Creo que usted padece tuberculosis de la cadera. Su dolor de la rodilla es sólo un reflejo del mal de la cadera.

¿Para qué insistirle en que yo creía que se trataba de la misma cosa, que no había tal reflejo porque a veces también se me hinchaba la rodilla? Hoy sé que yo tenía la razón, pero siempre he

creído que los médicos jamás se equivocan.

—Mi diagnóstico es definitivo. Además, no padece usted ninguna otra enfermedad porque la tuberculosis de la cadera está aislada y no contagia otros órganos del cuerpo.

Yo escuchaba al médico con verdadero asombro y gratitud, porque he sido de parecer que la gente es buena. Sin embargo no me sentía la tuberculosis por parte alguna.

—Si la infección fuera en los hombros, habría peligro de contaminación pulmonar —repetía implacablemente el facultativo—. La tuberculosis de la cadera es difícil de tratar porque no hay manera de comunicarse directamente con el bacilo.

—¿Qué me recomienda usted doctor?

—La única posibilidad es una operación muy dolorosa. Debemos quebrarle ciertas adherencias de la conyuntura. Es la única posibilidad de acabar la anquilosis y tal vez con la enfermedad misma.

—¿Usted ha hecho esta operación antes?

Cuando pronuncié esas palabras no tenía el más leve propósito de molestarlo, ni dudaba tampoco de su sabiduría. No sé si a todos les pasará lo mismo: siempre me ha gustado saber si puedo curarme.

—No, nunca he hecho tal operación.

—¿Se ha hecho antes en este hospital?

—No, tampoco. Pero estoy enterado de que en otros lugares se ha realizado con éxito en el tratamiento de la tuberculosis de la cadera.

—¿Representa algún peligro la operación, doctor?

—No puedo garantizarle absolutamente nada. El peligro de posibles complicaciones siempre existe, Si usted...

—Perdóneme, doctor; no es que desconfíe. Está bien. Haremos lo que usted considere conveniente.

Fijaron la fecha de mi operación para cinco días más tarde. No sé si decir estas cosas, pues lo cierto es que no pienso mal de nadie ni quisiera que nadie pensara mal de nadie. Pero el día se-

ñalado llegué muy temprano al vestíbulo de la sala de operaciones. Esto que estoy diciendo es rigurosamente cierto. Si no fuera mucha impertinencia, le rogaría a usted acercarse a los archivos del hospital Santo Tomás y constatar si es o no cierto que Federico Calvo debió ser operado el día 5 de octubre de 1912 por una infección de tuberculosis en la cadera. Me gustaría que alguien fuese a averiguar, a preguntar, porque llevo tiempo pensando en que es muy posible que hasta esa única constancia de mí mismo haya desaparecido. Si esa definitiva constancia de mí mismo no apareciera es muy lógico pensar que yo no he existido.

Me senté silencioso en el vestíbulo de la Sala de Operaciones. Sonreí a otros pacientes que aguardaban, pero nadie pareció enterarse. También es verdad que cuando se está enfermo no se tienen ganas de reír. Pasó una hora. Pasó otra hora. Cuando ya doblaba la mañana, traté de escribir una nueva carta:

“Estimado señor:

La mañana ha amanecido encantadora y desde el alféizar de mi ventana que da hacia el valle de ensueños, descubro un tropel de nubecillas que hacen cosquillas a los cerros que me custodian. Acaba de posarse en el alero ...”

—Señor ...

Levanté la cabeza sorprendido. Una joven encantadora, toda en blanco, trataba de hablarme:

—Señor, dice el doctor que no podrá operarlo hoy porque tiene mucho trabajo. Vuelva usted mañana.

Eso es verdad: el doctor tenía mucho trabajo y quería descansar. Muy justos los motivos del doctor. Pero el inconveniente es que durante la espera y porque para escribir apoyé el cuerpo sobre la rodilla, el tobillo se me hinchó bárbaramente y tuve

que esperar otras horas más para dar un paso. Nadie me ayudó a bajar esas enormes escaleras del hospital.

Al otro día llegué más temprano. Seguramente la culpa fue mía por no haber llegado el primero. Se presentaron otros pacientes pero ninguno deseaba sonreír. Pasó una hora. Pasó otra hora.

“... un ruiseñor. Desde chico me enseñaron que los ruiseñores son los mensajeros de Dios. Este canta maravillosamente. También veo a lo lejos un cordón de gallinas enloquecidas por la belleza del sol...”

—Señor...

Nuevamente estaba frente a mí la encantadora enfermera deseosa de hablarme. Pensé que hubiera podido sonreír como lo hacía yo, pero de seguro estaba muy ocupada.

—Señor, dice el doctor que está muy ocupado. Tal vez mañana lo atenderá a usted.

El oficio de médico debe ser muy agotador. Además, es muy noble ese afán de conocer las enfermedades del prójimo. Claro que a veces no tienen tiempo para atender a todos. Esto es muy humano y si todos tratáramos de estudiar una cosa tan importante como la medicina, no tendríamos por qué cansar tanto a los médicos.

Me parece que al otro día fui demasiado temprano: aguardé algún tiempo hasta que el vestíbulo de la Sala de Operaciones estuvo abierto al público. Sería interesante buscar en el hospital la cuadrícula de Federico Calvo. A lo mejor se ha perdido.

Llegaron otros pacientes. Todos serios: el doctor estaba en lo cierto. Mi sitio era el mismo.

“ ... No creo que exista en el mundo rincón más encantador que esta casa mía. El sol sale siempre justamente por encima de unos inmensos guachapalíes que

están allá abajo en la hondonada. Pienso que una vez hubo una quebrada por aquí. O habrá, porque es muy necesaria. Con todo, amigo mío, esto es muy encantador. Y precisamente le escribo porque como sé que es usted un hombre sumamente ocupado, le resulta muy conveniente un descanso de vez en cuando. Esta carta tiene por...

—Señor...

—No se moleste, señorita; ya lo sé: el doctor está muy ocupado y no podrá operarme hoy. Volveré mañana.

...objeto invitarlo a que disfrute de estas maravillas. Aquí en mi casa se sentirá como en la suya propia. Me gustaría que usted fuese amigo del ruiseñor, ese mensajero de Dios que canta maravillosamente. No olvide que tiene a sus órdenes un amigo que lo aprecia de veras,

FEDERICO.

Doblé la carta porque el doctor estaba muy ocupado, como lo estuvo ayer, y antes de ayer y antes de antes... Bajé con mucho trabajo las inmensas escaleras. Envié la carta y nunca más he vuelto al hospital. A veces pienso que fui muy impertinente con el doctor.

VI

Zoraida nunca ha sabido nada de esto. Aunque la uña no salió más, la carne cicatrizó como una quemadura, pero tuve el pertinaz convencimiento de que esas cosas no eran más que señales, síntomas de algo más grande que estaba a punto de sobrevenirme. Esa espera es la que me tenía encerrado en la pensión atento a que Zoraida golpeará la olla grande contra la llave del lavatorio.

Creo que no he llegado a entender a Zoraida. Siempre me la figuro con la cara llena de plátanos. En esto también hay mucho de injusticia mía. ¿Por qué me di a perseguirla? He podido muy bien irme a la playa —eternamente solitaria— y estar todavía allí. O sentarme en un bote, allí lejos, en el medio del mar en donde nadie tiene ganas de hablar ni de reír. Pero la verdad es que me escondí aquí huyéndole a algo o esperando algo que es lo mismo. Huir es una manera de esperar.

Pero mis relaciones con Zoraida fueron tomando un matiz desagradable. Aunque casi no hablaba, tengo la absoluta convicción de que se fue imaginando cosas extrañas, muy distintas a mi creciente intimidad con el *Tratado sobre las Enfermedades Inflammatorias* del doctor Peter Daniel. Pero siempre el sonido de la olla grande sobre la llave del lavatorio era la señal. El aviso de que había terminado y estaba propicia. Estoy absolutamente seguro de que esto era así.

Un día encontré una pieza muy íntima del vestuario de Zoraida sobre la cabecera de mi cama. Nunca supe a qué hora

estuvo allí, porque en muy pocas ocasiones abandonaba mi cuarto. No di importancia al suceso y el trapo desapareció misteriosamente también. Siempre los síntomas, las señales. Sin embargo, Zoraida nada decía.

Otra vez la sentí correr. Me pareció muy extraño porque ella todo lo hacía con unos pasitos que resultaba imposible imaginar que pudiera darlos más grandes o más chicos, y lo peor, que pudiese correr. Los pasitos de Zoraida son de una gran importancia en mi vida.

Tengo la idea de que entonces, cuando todavía caminaba, a ciertas horas del día o tal vez de la noche, me empeñaba en recorrer la casa. Iba de un cuarto a otro, y de éste al siguiente y de allí al de más allá para regresar al primero, rondando siempre el aposento de la vieja asustada por la muerte, que cuando no llamaba a Zoraida, dormía o roncaba. El cuarto de la vieja tenía una ventana grande protegida por una gruesa cortina blanca y daba directamente sobre el techo de la casa vecina. Me parece que, a determinadas horas, Zoraida rodaba algo hacia la ventana y lo abandonaba allí: era la vieja. Todavía está viva con el miedo a la muerte. ¡Uy han pasado, años...! Todo esto lo hacía Zoraida con sus pasitos. Así, pues, me pareció muy extraño cuando la sentí correr delante de mí. Además, es bueno saber que en esa casa no se podía correr. Sin embargo, pronto comprendí los motivos de la extraña carrera: sentada sobre un pequeño cajón, incómodamente, estaba Zoraida. Mostraba toda la pierna, el muslo, y parte considerable de la nalga derecha, totalmente desnudos. Veamos: Zoraida tenía la cabeza inclinada hacia un lado, con el largo pelo enmarañado que le tocaba los senos. Simulaba buscar algo escondido bajo su pierna izquierda y el cajón. Lo curioso es que se había desnudado intencionalmente: con la mano rasgó el traje desde el canto de la falda hasta la cintura, de suerte que caía a uno y otro lado de sus extraordinarios muslos. No sé si lo dije: las piernas de Zoraida eran maravillosas y embocaban con una gracia infinita hacia los muslos. Creo que la quedé viendo, pero

seguí hacia mi cuarto, que, como siempre, estaba absolutamente solo y en penumbra. En seguida Zoraida se alejó con sus pasos por el balcón interior.

En la noche, poco antes de la cena, encontró sobre la cabecera de mi cama otra prenda mucho más íntima de Zoraida. La tuve en mis manos durante unos minutos y de pronto, no sé cómo ni por dónde, llegó Zoraida a mi lado. Mejor, frente a mí. Sus senos temblaban agitados y yo la miraba, mientras ella parecía buscar algo entre sus piernas. En eso, la vieja muerta gritó: “¡Zoraida!”, y se alejó presurosa.

Esa vez pasó algo muy importante. Cuando en ocasiones sentía que alguien se acercaba por la escalera, me retiraba a mi cuarto. Allí esperaba a que Zoraida gritara: “Señor, una carta para usted”. Y cada vez que presentía extraños, me retiraba a mi cuarto.

Antes de irse, Zoraida me arrebató el trapo de las manos, pero, pasada la cena, y cuando estudiaba el hermoso discurso del Dr. Daniel sobre el *Dolor de las Articulaciones*, sentí el golpe de la olla grande sobre la llave del lavatorio. Pensé inmediatamente en la graciosa embocadura de las piernas. En el traje rasgado. En el temblor de los senos. Y sorpresivamente apareció el viejo dolor, esta vez en la cadera izquierda. Agudo. Atroz. Al mismo tiempo sentí que me habían introducido inesperadamente en la pierna un largo palillo de acero, como si de común acuerdo los huesos se hubiesen atesado de pronto. Deseo que esto quede muy claro: la pierna se me hinchaba, se me hinchaba, y presa del terror salté para huir porque creí que si no abandonaba el comedor en esos momentos no podría salir luego. Tal cual se hincha un pie en el zapato. Caí. Como un cuerazo lejano escuché el grito asustado de la vieja muerta. También los pasitos de Zoraida hacia mí. Creo que me estoy explicando bien. Yo tenía miedo, miedo. Sé que temblaba, que me estremecía todo. No por el dolor, que ya en esos momentos no lo sentía. Tampoco era la muerte porque no existe. Existen sí, los ratones, los médicos, las salas de opera-

ciones. Mi miedo era de otra cosa. Es como si de pronto, aterrificado, usted quiere gritar y no sabe a quién llamar; como si lo lanzaran a un pozo inacabable con la boca amarrada. Es posible que no puedan entenderme, porque siempre se tiene a alguien a quien llamar.

Pues sí, cuando salté lleno de espanto, las cuerdas vocales se me enroscaron en la garganta y los ojos se me salieron, pero no pude llamar a nadie. No pude.

Zoraida llegó sonriente. Me vio en el suelo y prácticamente se me echó encima. Con la punta de los senos me zurraba el pecho y con las dos manos me acariciaba la cara. A mí me pareció que no había nada de malo en eso. Estaba sonriente y el pelo enmarañado se le apretaba en el óvalo de la cara. Me cargó hacia mi cuarto; más bien me arrastró. Todo parecía muy gracioso y por momentos pienso que Zoraida es una buena persona. Sin embargo, esa noche me preocupó mucho el hecho de que cuando quise gritar no tenía a quién llamar.

VII

Estuve dos días sin moverme de la cama. Y Zoraida fue por primera vez feliz. Los tobillos se me hincharon sin razón y los dolores se apoderaron de todo mi cuerpo. Olvidé decir que la primera hinchazón que agarró mis piernas —antes de que mi muslo derecho se adelgazara día por día— me mediciné con un compuesto de salicilato de sosa y yoduro de potasio. Mejoré notablemente y la hinchazón desapareció. Así, pues, hice lo mismo en esta ocasión llegando hasta doblar y multiplicar la dosis sin beneficio alguno. Y como cada cosa de mi vida —misteriosamente— por su propia cuenta la hinchazón desapareció. Sin embargo, dejó su rastro de espanto: la pierna izquierda empezó a enflaquecerse de urgencia y una especie de calambre, de entumecimiento constante, me enfriaba las extremidades inferiores.

Zoraida, mientras tanto, olvidó a la difunta. Se procuró más ratos de ocio para estar conmigo. Una vez, mientras me arreglaba la camisa, se le fugó un seno y me cayó en la mejilla. Estaba tibio, limpio. Nos miramos, sonrió y sin apuros lo escondió. Le gustaba mucho mostrarme el busto.

Cuando al tercer día creí que podía levantarme, Zoraida hizo todo lo posible por impedirlo.

—Me siento muy mejor. Creo que el salicilato es una gran medicina.

—¿Y cuál es el apuro de pararse, pues? ¿Acaso lo están correteando? Como si no fuera mejor estarse acostado.

—Es que me siento mejor, Zoraida, y me gustaría caminar.

Nunca hubiera comprendido lo que eso significaba para mí. Hoy pienso de distinta manera, es decir, creo que caminar es un vicio como cualquier otro. Bueno, no sé si usted lo sabe: tengo 19 años de estar totalmente acostado y tieso como un poste.

—Vaya, pues. ¡Párese! ¡Párese! Para usted hace. Ya verá cómo es mejor que haga caso.

Me levanté esa vez y otra vez y otras veces. Todo parecía muy normal, con la sola excepción de las piernas que se me adelgazaban y el calofrío constante.

Pasaron algunos meses en que las señales de Zoraida se hicieron más atrevidas. Casi llegamos a reemplazar las palabras con el lenguaje de las ollas. Por días enteros se despreocupaba de la vieja para dedicarse a mí, siendo cada vez mayor el tiempo que transcurría a mi lado.

Cierta noche sucedió algo imprevisto, verdaderamente extraño. Para entonces, al caminar arrastraba los pies y me resultaban muy difíciles de manejar, de dirigir. De la misma manera, muchas cosas cambiaron para mí, porque, claro está, tomaba veinte minutos en ir del comedor a mi cuarto.

Iba pues, para mi cuarto, con el Tratado del Dr. Daniel bajo un brazo. El otro lo usaba para alzar de vez en cuando mi pierna derecha que a ratos rehusaba moverse. Llegué trabajosamente a mi aposento. Recuerdo muy bien que me acosaban principios de asfixia. Empujé la puerta que repitió su chirrido habitual. La penumbra estaba partida por una ancha faja de luz que llegaba desde la calle a morir sobre mi cama. Y allí, justamente, estaba Zoraida tendida. Desnuda. Plácida. Sonriente. Se había rasgado, esto era evidente, el traje desde la falda hasta el escote. Había rasgado igualmente todas sus prendas interiores y estaba, su desnudez, su carne, abierta como un camino inquieto entre las ropas.

La miré en silencio porque Zoraida y yo casi nunca hemos hablado. En eso, llegó ácida la voz de la muerta: “¡Zoraida!”, y

EL DESVÁN

la muchacha se alejó. Esa vez me quedé pensando en las ocurrencias de Zoraida. En sus senos de una personalidad insólita. Pensé mucho en las cosas de Zoraida.

VIII

A menudo me alegra saber que la humanidad tampoco vive. Es agradable que el mundo esté ocupado, muy ocupado. No se puede escribir una carta al desconocido ni hay gusto para desearle los buenos días a nadie. Lo cierto es que se tiene miedo de vivir, de estar despierto, miedo de pensar. Sé que todo el mundo duerme ocho, diez horas diarias. Otros más. Luego salen a la carrera para sus trabajos: ocho horas también. Hay quienes trabajan diez, doce, y ríen ufanos. También derrochan tres en comer y andan de prisa para hacer filas en cualquier sitio. Siempre van o vienen de alguna parte. Es curioso: la gente tiene miedo de pensar y está viva, viva como yo. Pero el caso de Zoraida no llego a comprenderlo todavía. Ya hace año y medio que no hablo. Toda mi elocuencia depende de esta mano, miradla bien, de esta mano izquierda que zurro sobre el papel que sostiene Zoraida contra la tabla mientras cuelgan sobre mi frente sus senos.

No hablo. Zoraida me tumbó los dos incisivos frontales.

Aquí tendido, he meditado frecuentemente que será fácil comprender el mundo al revés, desde sus contradicciones. Toda la confusión viene del deseo lógico, del cariño por las generalidades. Por ejemplo, me parece recordar que existen personas sin dientes; otras que los usan falsos. Yo, en cambio, tengo una poderosa dentadura. Blanca, uniforme, dura. De niño asombré a alguien rompiendo corozos en la boca. Esto hizo más dolorosa mi vida, porque cuando Zoraida trató de arrancarme los dos

incisivos frontales para que pudiera tragar algún líquido, exigió tiempo y esfuerzos. Experimentó con hilos, pero sin resultados satisfactorios. Las mandíbulas se habían pegado tanto una de otra que ni siquiera cabía el hilo apropiado. Así, pues, el asunto tomó tiempo. Zoraida, con la ayuda de un pequeño martillo, dedicó horas de muchos días a golpearme los dientes, cada vez más fuertemente, tratando de ablandarlos. Francamente en los primeros días la operación me espantaba. En parte por el dolor, pues lo cierto es que en cuanto empezaba a golpearme los dientes con el martillo, sentía que toda la masa encefálica se desprendía y daba vueltas. Pero también me acostumbré. Después de un tiempo, Zoraida gritó: “Ya están aflojando, están aflojando”, y era cierto. Se me agrandaron los ojos de felicidad, mas no pude sonreír, porque el martillo me golpeaba los incisivos frontales.

Pues bien, yo no hablo y esto tal vez ha impedido un poco el que pueda entender qué es lo que se propone Zoraida y existe, además, el inconveniente de que mi mano izquierda no se puede explicar bien. Está corta de palabras, tímida, por que se trata nada menos que de empezar a hablar.

Es fundamentalmente distinto hablar con la boca que hacerlo con la mano izquierda. Es como si el mundo, los conocimientos todos, se invirtieran de golpe. La mano, esta mano izquierda me lleva a decir sólo lo que humildemente puede. Fácil es imaginar su ignorancia ya que se trata de esas partes del cuerpo que descubrimos cuando nos faltan. Me gustaría, digamos por caso, tachonar este relato con metáforas brillantes, con frases ágiles y sonoras. Pero imposible: esta pobre mano izquierda —que nunca supo lo que hacía su derecha— hasta ignora que escribir es un arte. Así, pues, no puede valerse ni de los más rudimentarios conocimientos gramaticales y mucho menos hablar de este problema mío con palabras bellas. Ustedes sabrán perdonar.

Sin embargo, ni esto tendré dentro de poco. Ya he hecho mis cálculos y desde luego no me equivoco; dentro de seis meses justos estará totalmente paralizada. Esto yo lo sé, lo conozco.

Ayer, precisamente, sentí un dolor punzante en el deltoide. Fue como un chispazo, como un martillazo estúpido en los dientes. Simultáneamente se me agarrotaron —se trata desde hace mucho tiempo de una conspiración— se me agarrotaron el pectoral mayor y menor, participando en la revuelta el subclavio y el subescapular. Fue toda una región alzada que me trancó la respiración. Es cosa clara: dentro de seis meses no podré hablar. Eso es todo. Ni más ni menos. Pero estoy vivo, oídló bien —¡maldita sea!— estoy vivo.

**

¿Dónde estará la gente? ¡ja... Ja ... ! Zoraida, claro está, no cuenta. Es un misterio más en este gran misterio que es mi vida. Es un puente, un palo, unos pasitos entre la vieja muerta de la ventana que grita uno que otro, día y yo que no grito. Pero me disgusta no poder comprenderla. Es tan oscuro todo este asunto que no me explico cómo pudieron reunirse tantas cosas en mí. No es queja; tampoco reproche. Sencillamente deseo de saber.

Aquella noche en que se me hincharon los pies, fue definitiva en mi vida. ¿Qué sucedería si Zoraida se enfermase? Digamos, que muera. ¿Qué sucedería? Ahora puedo decir esto con tranquilidad, pero cuando la conjetura me golpeó la cabeza, sólo tuve un deseo: echar a correr, correr soltando gritos. Pensad por un momento que Zoraida enfermara.

Pues bien, aquella noche fue definitiva: era el aldabonazo postrero. Inició una vertiginosa procesión de acontecimientos que llevo años desglosando. Recuerdo que las personas ocupadas se acuestan de mil maneras porque les gusta el amanecer. Empezar lo que llaman un nuevo día. Si se quiere, el anochecer nada les significa. ¡Ah, si llegara por aquí el ruiseñor de la carta! ¡Si de momento entrara por cualquier parte y cantara! Dicen que los ruiseñores son los mensajeros de Dios. Nunca escuché uno, porque los ruiseñores siempre cantan al amanecer. Pero

las madrugadas nada tenían para mí. Generalmente era el instante en que se me desgajaba una uña, se me secaba una pierna o simplemente caía de la cama cuando intentaba caminar. Las noches en cambio, eran para la carta que nunca llegó, la posibilidad del olvido.

Como siempre, fue en la mañana. Lo supe al despertar: no podía moverme. Mis piernas estaban tiesas, como entablilladas por varillas de acero. Había llegado el momento:

—Zoraida —dije a media voz, huyéndole a los gritos de la muerta.

—¿Me está llamando?

—Sí, Zoraida; ven, ¡corre!

Llegó, como siempre, con sus pasitos.

—¿Qué quiere?

—¡No puedo moverme!

Se le abrieron los ojos de júbilo. Fue absurda, inmoral. No pudo disimular su alegría y se dedicó a sobarme alocadamente. Sin decir absolutamente nada más, se alejó.

—Tómese esto —me dijo cuando regresó a los pocos minutos.

—¿De qué se trata?

—Tómeselo, le digo.

Obedecí. Hay momentos en que se hace sólo lo que nos dicen. La voluntad es algo que el hombre no ha tenido siempre. Es postiza. Reciente. Se pierde al primer contratiempo, cuando se derrumba el sentido lógico que imponemos a las cosas.

—¿No se siente mejor?

—Sí —le respondí apartando la vista.

Zoraida, se alejó murmurando una tonada alegre, festiva. Fue la conquista total de la anquilosis, el comienzo de una jornada infernal de dolores tremendos que por momentos me anestesaban. Yo no podría repetir el proceso. En menos de dos semanas las piernas se adelgazaron espantosamente y se podía oír en la noche el ruido de los huesos de mi cadera: era una música

lenta como la de quien arruga papeles.

Entonces Zoraida empezó a permanecer en mi cuarto la mayor parte del día. Presta a todas mis necesidades, había felicidad morbosa en sus diligencias. La pensión fue imprudentemente descuidada y creo que a lo último, sólo quedamos la vieja muerta, Zoraida y yo.

Una mañana llegó más diabólica que nunca. El asunto estuvo precedido de una serie de fenómenos que todavía me inquietan. Porque entonces todo el sentido del tiempo se alteró; como dormía a cualquier hora, también estaba despierto a cualquier hora.

A veces despertaba y descubría mi cama cubierta de prendas íntimas de Zoraida. En cierta ocasión, presumiendo que dormía, se introdujo completamente desnuda en mi cuarto y simuló buscar algo junto a mi cabecera. Le vi palpables y humanas las nalgas morenas y los muslos cubiertos de vellos largos. Esas cosas estaban allí, a mi lado, y los senos hermosos colgaban tiesos hacia el suelo.

Así pues, no sé por qué esa mañana entró diabólica al cuarto.

—Vámonos de aquí—me dijo.

—¿Que nos vamos?

—Sí, para allá —me respondió, señalándome el techo de la casa.

—¿Para allá a dónde?

No sé por qué una sensación de inseguridad se apoderó de mí. Debe ser la soledad o quizá el temor de que Zoraida se enfermara repentinamente. Todo era preferible a saberla enferma.

—Arreglé un cuarto allá arriba. Está solo.

—¿Y eso, por qué? —insistí.

Por toda respuesta me señaló el cuarto vecino, y dijo:

—¡La vieja!

Se reveló fuerte y decidida. Su primer movimiento fue atravesarme en la cama. Luego, metiendo sus brazos bajo mis soba-

cos, trató de levantarme, pero desistió inmediatamente. Sin murmurar palabra desapareció para volver al instante. Esta vez me sujetó por los hombros levantándome el tórax del suelo. Así empezó lo peor. Zoraida me llevó arrastrado por todo el balcón. Cuando llegamos a los primeros peldaños de la escalera se detuvo, pero le pareció que todo estaba bien y continuó arrastrándome escaleras arriba. Yo no sé por qué tenía la sensación de que se me desprendía la piel de las piernas. No me equivoqué, porque cuando nuevamente estuve en la cama, me dijo que efectivamente, por todo el balcón y la escalera quedaron pedazos de carne mía. Desde entonces los tobillos, la tibia y el peroné están a la intemperie, en el hueso, que no es blanco como dicen, sino amarilloso.

La mudanza resultó sumamente desagradable y escandalosa, porque mis piernas golpeaban como piedras sobre los escalones. Arriba, para colmo de males, la situación se complicó pues, no habiendo Zoraida podido abrir una de las hojas de la pequeña puerta del desván en que estoy, resultó que no cabía por ella, de modo que Zoraida, con mil esfuerzos, tuvo que ladearme como a un cajón para que pudiese entrar. Desde entonces estoy aquí, frente a estos ratones, frente al Sabio resuelto a acabar con el bombillo y a quien espero desde hace rato.

IX

No sé si a ustedes les ocurriría lo mismo en un caso semejante, pero me inquieta la tardanza de los ratones. Anoche me pareció que roían algo de un modo muy especial, aunque desconozco a ciencia cierta de qué se trataba. Ignoro, asimismo, por qué me abstuve de preguntarle a Zoraida, de incitarla a que investigara sobre ese roer insistente de los ratones. Sin embargo, no lo hice y quizá a eso se deba la tardanza. Con todo, resulta muy desagradable esperar ratones.

Anoche o mañana se me ocurrió algo de mucha importancia. Quiero recalcar el hecho de que el deltoide me duele constantemente desde no sé qué tiempo. Es lo de siempre. Así fue cuando la pierna izquierda y cuando la derecha. Igual cosa sucedió con la cadera, aunque promedia una pequeña diferencia. No he llegado a establecer con precisión todavía si aquel alboroto espantoso, es decir, ese dolor inimaginable fue obra exclusiva del trocánter o si por el contrario, se trataba de travesuras del ligamento de Bertín o de la espina ilíaca. Lo cierto es que prefiero no recordar el asunto. Cuando la anquilosis llegó, atesándome exageradamente las piernas, resultó una bendición.

De allí pues, que por todas estas cosas, yo esté plenamente convencido de que dentro de seis meses el silencio más absoluto caerá sobre mí, sobre el desván. ¿Por qué oigo todavía? ¿Por qué la anquilosis ascendió desde los pies en vez de caer paulatinamente como un torrente de lava fría desde la cabeza? Nuevamente me acosa la manía de hace algunos años: preguntar.

¿Por qué interroga uno? Pienso que todo es obra de esa obsesión estúpida que se ha dado en llamar “el tiempo”. Aquí, aplastado sobre esta cama, donde todo es denso, sin prisa, no he podido todavía pensar en el tiempo. Igual me sucede con respecto al futuro. El porvenir es angustia, ansia, sobre todo miedo. Si a usted un día se le ocurre lanzarse a la creciente de un río, o se tiende para la eternidad bajo un árbol, o camina, camina sin descanso como el judío errante, el destino es una palabra como agua o nada. Por ejemplo: ¿cuál ha sido mi destino en los últimos veinticuatro años? No se trata de una metáfora pues en mi caso los adornos son crueles. Es como si me hubiese detenido en el umbral de un gran portón hacia el que me llevaba irreflexivamente el desvarío, la angustia: allí estoy aún, en un inmenso presente sin movimiento y sin lamentos. La puerta abierta y yo de pie.

Pero está el caso cierto e inevitable de que dentro de seis meses enmudeceré. Tampoco esto tiene mayor importancia; sin embargo es un hecho. He aquí el asunto: la vieja está muerta, Zoraida es un objeto, ¿por qué he de estar vivo yo? ¿Estoy vivo? ¿Hasta dónde esta muchacha increíble no es también obra maléfica de la anquilosis...? ¿Puede ser realidad, la única realidad en este desván lleno de polvo y dolores...? Esta posibilidad terrible de no existir es lo que mantiene mis ojos en eterna vigilia.

Hace mucho tiempo que ni siquiera oigo los gritos de la vieja. Sin embargo, aquella vez en el hospital se tomó detalle cuidadoso de mis datos personales. Vi aquella buena mujer escribir tan rápidamente que pensé por un momento que lo de la enfermedad era idea mía. Ciertamente el doctor no pudo operarme. Todo lo que tenía que hacer era romperme el arco de Falopio para aislar la cadera, pero parece que el médico estaba muy ocupado. Para suerte mía, ellos tienen la constancia de que estuve allí, de que estuve vivo. Ese soy yo: Federico Calvo. Lugar de nacimiento: David, Chiriquí. Edad: 37 años. Diagnóstico: tuberculosis en la cadera. Sí, ellos son los únicos que saben que

yo estuve vivo. Después de todo, les estoy muy agradecido porque si no hubiese sido así, si el doctor no me hubiera dicho que le era imposible curarme porque estaba muy ocupado, nadie en este mundo daría fe de que yo he existido.

No hace mucho llegó Zoraida y abrió los ojos más grandes que de costumbre. Me dio la impresión de que se había asustado. Luego de mirarme fijamente de arriba a abajo —es ya costumbre en ella— me dice:

—Bueno, ¿y qué le ha pasado allí?

—¿A dónde?

—Allí, pues, en el muslo.

—¿Qué tengo en el muslo?

—Un hueco. Parece que le han comido toda la carne.

No dijo nada más, pero, al momento de salir se detuvo y mirando fijamente al estante murmuró:

—¡Ratones malditos!

X

Todo depende del hospital. De la señorita aquella vestida de blanco que escribía de corrido. Por eso es bueno no desesperar, pues cuando uno menos lo espera...

Sigo muy intrigado con Zoraida. Cada vez hace más cosas incomprensibles. Cierto que no puedo hablar, pero oigo y veo. Ella tampoco necesita hablar. Pero sucedió algo muy curioso. Desde hace mucho tiempo yo vivo muy ligero de ropas. Eso lo sabe ella porque tiene que ser así. Es extraño, y sin embargo, Zoraida no se ha enfermado un solo día. En ocasiones suelo usar un pantaloncito de tela muy delgada porque cualquier objeto áspero me hace jirones la piel. Mas lo usual, lo frecuente, es que permanezca desnudo, cubierto hasta el pecho por una colcha delgadísima. La colcha es obra paciente de ella.

Zoraida también ha adoptado el sistema de dormir a cualquier hora y trabajar cuando se le ocurre. Ya abandonó la costumbre de sonar las ollas porque, viéndolo bien, no le es de ninguna utilidad ahora. Yo estaba despierto y ella simuló ignorarlo. No sé hasta qué punto Zoraida pueda simular. Sería algo así como suponer a la vieja con ironías. Pero entró sigilosa. Se detuvo frente al estante y susurró algo a los ratones mientras gesticulaba con las manos. Luego sonrió y se dirigió a mí. Con extremada delicadeza me miró de arriba a abajo. En cierto sentido me encontraba acostumbrado a estas maniobras de Zoraida. Sin embargo, esta vez la cosa fue muy distinta.

Con suavidad increíble levantó la colcha que me cubría. Estaba sonriente. Volvió a mirar al estante como llena de agradecimientos. Entonces la vi jugar con mi sexo. Veía sus manos desesperarse y los ojos se le incendiaban. Luego caía de rodillas junto a la cama buscándose algo entre las piernas. La vi terrible, peligrosa, rasgarse el traje entre los muslos para de inmediato entregarse a jugar con mis piernas. Allí estuvo no sé qué tiempo, pero lo más insólito fue que antes de irse, metió la boca en el hueco que me dejaron en la pierna. Oí como si alguien rumiara.

XI

He despertado con una gran inquietud: el deltoide estuvo afectándome el diafragma. Esto puede significar que el silencio se avecina. Es sólo cuestión de tiempo, pero sin alternativas. Ah, pero me espanta la duda. Sé bien que la vieja está muerta; que Zoraida es una sensación, unos pasitos que van o vienen. ¿Por qué he de estar vivo yo? Esto debe ser definitivamente aclarado. Necesito saber si una vez tuve ruisseñores y si es o no cierto que el Dr. Peter Daniel escribió un hermoso discurso sobre las *Enfermedades Inflamatorias*, que aunque en mi caso no fue muy útil, era sin embargo muy hermoso. ¿Y si yo no he existido? Si mañana la mano izquierda me amanece muda, sencillamente esto de mi existencia puede ser una idea mía. No, no por favor. Oídllo bien. Me parece que yo nunca he necesitado muchas cosas. Tampoco he pedido porque nadie da. La carta que espero ya llegará muy tarde y los ruisseñores no saben que me encuentro en este desván. Pero me resulta indispensable saber que una vez ofrecí a un hombre desconocido el canto de un ruisseñor y un tropel de nubecillas. No las quiso porque estaba muy ocupado, pero me interesa saber que una vez pude hacer regalos. Por favor, es algo que no puedo explicar con la mano, pero necesito urgentemente saber si he existido. De pronto me ha entrado un miedo terrible, algo alucinante muy parecido a la absurda posibilidad de caminar. Estoy aterrizado porque no sé si vivo. No es eso: si una vez viví. En fin, si es cierto que yo soy.

Zoraida:

Necesito que vayas inmediatamente al hospital Santo Tomás. Allí encontrarás, en el tercer piso, perdida en una pequeña oficina, a una señorita que escribe de corrido. Pregúntale si es o no cierto que Federico Calvo debió ser operado el día 5 de octubre de 1912 a causa de una infección tuberculosa en la cadera.

Esto es urgente. Decisivo. Llévate el papel porque no quiero que olvides nada. Zoraida, no te equivoques. ¡Corre!

FEDERICO

Bueno, ahora estoy más tranquilo. Es mejor así. Zoraida acaba de regresar y ha puesto, ante mis ojos, un papel que dice en letras grandes: “No es cierto”.

Isis Tejeira
Sin fecha fija



*CORO: Una generación no libera
a la siguiente; un dios se encarniza
con ella sin darle reposo.*

* * *

*CREONTE: Ya que tienes que
amar, baja, pues, al fondo de la
tierra a amar a los que ya están allí.*

ANTÍGONA, de Sófocles.



¡Vea la vaina! ¡Pasó lo que tanto temía! ¿Por qué no me fui por la escalera?, ¡he quedado atrapada! ¡Contra!, ¡qué país éste en que siempre se va la luz!, y no sé ni dónde está el timbre de alarma. ¡Qué oscuro está esto! Debí haberme fijado dónde estaba el timbre, me enseñaron a ser tan precavida, tan todo en su sitio, tan ordenada... y ahora... Aquí está, este botón debe ser. ¡Esto sí que es oscuro! Nada, está dañado. ¿Qué tiene que ver el timbre con que la luz se vaya?, no, no puede ser. Presiona, una y otra vez, presiona, presiona, todos los botones, uno, dos, tres, no hay más. Total, eran tan pocos los pisos que tenía que bajar, mejor es la escalera, y más en este país donde se va la luz. ¡Dios!, no suena, y son las cinco de la tarde, y de viernes cultural. Todo está cerrado ya, ojalá y quede algún portero. Grita, golpea la puerta, duro, más duro. Hubiera dejado este trabajo para el lunes. Siempre con la manía de estar al día, de no atrasarme nunca... No, no, esto tiene que abrir, hace un calor infernal aquí dentro. Esto está tan oscuro y tan pequeño, parece una trampa ¡Dios, no hay quien me oiga! Grita, grita más, desesperadamente, comienza a llorar. Hacía tanto tiempo que no lloraba. Ya no grita, aúlla, golpea la puerta, se lastima las manos, nadie pasa afuera, nadie oye, y esa oscuridad, esa oscuridad tan enorme, como el cuarto en que dormía cuando era niña y le tenía tanto miedo a los ruidos. Grita nuevamente, aúlla, brama, gruñe. Esto es algo así como estar muerta, conscientemente muerta, el día de mi muerte. Cerraron la caja, y soy la que está allí, a lo largo, a lo ancho, a esto le llaman pelar el bollo, y ¡tan buena que era!, sí, porque no

hay muerto malo. No quiero, no quiero sentarme en este sarcófago donde se consume la carne. Un sarcófago de metal, tan duro como la piedra, como los sarcófagos de tu pueblo. Ataúd, nicho, tumba, sepulcro, catafalco, pudridero... y el tamaño de las cajas funerarias, seis, siete pies, ocho, cuánto, según el tamaño, y se dan en todos los tamaños, en todas las categorías: de metal, para que demore más la desintegración, para que no entre la humedad de la lluvia, para que el muerto sea aún más extraño a su propia tierra; de madera, las hay de diferentes clases, de caoba, más consistentes —nunca como el metal— de cedro, de pino —las más débiles— con esas sí que al poco tiempo se reconoce la lluvia y se sabe que se ha sido acogido por la madre tierra. Araña la puerta, golpea con los puños, salvajemente... ¡Sálvenme, por Dios, sálvenme!

Algo húmedo y salado llega a tus labios. No debes llorar, decía la tía, eso es de gente mal educada, y ni tan siquiera lo hiciste ante la muerte de un ser querido, por falta de conciencia, por estar recién nacida porque los seres queridos se me fueron antes que yo fuera, y mi madre fue demasiado extraña para mí.

Un día me llevaron al pequeño cementerio en la salida del pueblo, cerca de la ermita; con aquel corotú de raíces tan grandes que cubría la entrada con la sombra de sus ramas, y hacía tanto calor, como ahora, en aquel cementerio del pueblo adonde te llevaba tu tía a ver a tu madre muerta ya, y allí está, te dijeron ya lo sabes, demasiado extraña, demasiado ocupada con sus muertos, sin oír tu voz. Tengo miedo... mucho miedo y mis muertos fueron todos a ese condominio en el pueblo de San Blando que no tiene cuándo, allí en donde han ido enterrando a mis muertos y los iban sacando, en ese pueblo de nunca jamás, donde se han dado todas las historias. Tengo miedo, Dios mío, y todavía me piden que sonría, SMILE, en la oficina, en la calle *Domplín* y hasta el autoblús amarillo dice SONRÍE, Dios te ama. Golpea con fuerza, da un alarido chillido, alarido lamento, alarido vociferación, como ese antepasado tuyo que no conociste, y que dicen que cuando lo fueron a sacar del condominio estaba entero,

enterecito, con una expresión de terror en la cara, pero estaba entero, como el padre Guembe, al que le achacaron tantos milagros, y hubo enormes peregrinaciones, porque con sólo tocar su cuerpo curaba las enfermedades; pero acá, en tu casa, en tu ilustre familia no se dijo nada de ese antepasado tuyo que encontraron entero, enterecito; porque a mi familia no le gustan los escándalos. Aúlla, llora, muge y nada. Sólo el silencio. Es viernes por la tarde, estoy cansada y ronca y ya no puedo más.

Y si me quedo aquí tranquila, ya lo dijo alguien, que se llora tres minutos, luego se moquea y se resigna uno. Suerte que tengo cigarrillos aquí, en mi elegante cartera de cuero, cigarrillos con poca nicotina, a ver, ¿dónde estará el encendedor?, es que tengo tantas cosas aquí, sí, aquí están, guardaditas, en su bolsa especial para ellas, mis barajas con sus pares y sus nones, siempre igual, aquí en mi cartera de cuero fino, y el encendedor, aquí está, desechable, porque siempre lo pierdes todo, tranquila, tranquila. ...Prende el cigarrillo y el pequeño ascensor sin aire se ilumina tenue, muy tenue. ¿Qué me dirán mis barajas, aquí en la oscuridad, a ver, con el encendedor puedo ver... ¡vaya!... ¡el diablo! ...¡Quiero irme de aquí, quiero salir, Dios mío!, quiero salir, todo está en silencio, todo está apagado, la luz se ha ido. Lloro lento, más lento, lentísimo. Hay que aceptar el hecho. Tranquila, nada te va a pasar, yo cuidaré de ti, no te haré daño, esto está muy oscuro, lo sé, pero no tengas miedo, tranquila, aún tienes muchas horas para respirar, aquí, sentada, relajada, así dolerá menos, tranquila, tranquila, respira, todavía hay aire, tranquila, que hay aire.

Sí, hay que tener sangre fría. Casi me ahogo. Al menos ahora, ya puedo respirar. A ver, más hondo, muy hondo, tranquila, ¿cuánto tiempo habrá pasado?, una hora..., dos..., y ¿si es para toda la vida? Aceptado. Total, todo se acepta para toda la vida, mi amor como tienes que vivir a su lado para toda la vida, como te dicen tus barajas que siempre traes contigo, en su bolsita de seda negra, como lo estuviste en el pueblo de San Blando que no tiene cuándo, donde también hacía un calor infernal como éste que siento aquí. Tenías cinco años, cuatro..., eras una niña pequeña, flaquita, feíta, y tía, esa tía solterona que te crió, te llevó a la escuela de aquellas monjitas: porque son las que mejor te pueden educar, porque eres una niña muy mala. Voy a morirme aquí, atrapada en este infierno, y me ha salido la baraja del diablo, por tu casa, la muerte, boca arriba, boca abajo, por ti murió tu madre, murió de parto, parto, parto, y pobre tú, le decían las vecinas a tu tía solterona beata, tener que hacerte cargo de esta responsabilidad, y tú, con tus ojos muy abiertos, por tu suerte y por tu porvenir, enterándote de que tu vida le costó la muerte a tu madre, sí, siempre la baraja de la muerte, pares, nones, y por tu pasado remoto estaba el diablo, igual que ahora, y por tu porvenir, un largo, larguísimo y silencioso camino de tierra, pesado, triste, seco, y la catástrofe. Y las monjitas, que bueno que estén aquí, y enseñen inglés, francés, costura y buenas costumbres, en San Blando que no tiene cuándo, donde estaba tu casa, en aquella calle larga, larga, la casa más antigua del pueblo, allí en la calle central con sus veraneras moradas, blancas, rojas, todos los colores, y

aquellos guayacanes que se encendían todos los veranos en la llanura de ese pueblo donde se han dado todas las historias, donde tu casa era la más solariega de todas, con un gran portalón y su puerta majestuosa, y una sala reservada sólo para las grandes ocasiones, con butacas de cuero, y la gran galería que rodea la parte de atrás donde van a dar las puertas cerradas de todos los cuartos. La casa de tu respetable familia de San Blando con un gran patio en el centro lleno de árboles, y los de mango tenían frutas casi todo el año, y allí acostumbrabas jugar sola, porque no debes tener relación con los vecinos, ya que no son tus iguales, y en esa galería casi sin luz, te sentabas a mirar, más allá, las casas de madera, distintas a la tuya, apretadas, una encima de otra, muy apretadas, camino del río, y esos veranos largos y secos, cuando los muchachos se iban al río y tú no ibas; —¡no vas a bañarte medio desnuda!—, y no usarás pantalones para que los hombres no se den cuenta del grueso de tus muslos, y todos los muchachos que no eran tus iguales iban a la llanura, a lanzar cometas al aire del verano, y tú tampoco ibas a aquella llanura encendida todos los veranos por los guayacanes, y allí cerca estaba la casa de la bruja, toda vieja, carcomida, rodeada por una zanja enorme con unos hierros muy feos que no sabemos cuándo se los llevarán de ese pueblo de nunca jamás. Pero ese mes en que fui a la escuela por primera vez, iba casi a rastras de la mano de la tía tía que es como tu madre, ¡si no hubiera sido por ella...!, camino de la escuela, toda sudada, como ahora, con las gotas de sudor resbalándome una a una por la frente, ¡oh Dios!, me ahogo, y el campo había empezado a reverdecer con las primeras lluvias, y allí estarás muy bien. Me la trata con firmeza, madre, ya sabe, con todas las reglas religiosas, muy estricta, hay que dominar sus malas tendencias, porque lo que se hereda no se hurta, claro, y estoy muy agradecida de usted que haya hecho una excepción y la haya aceptado aquí, en su escuela, y tú que apenas alcanzas unos palmos de la tierra miras a esa mujer enorme, alta, gorda, mofletuda, sudorosa, las gotas de sudor cayéndole, a ella también, resbalándole por los

cachetes, por la comisura de los labios, cayendo sobre la toga blanca, sudándola, sacándose un pañuelo de la manga, todo sudado, limpiando sus gruesos anteojos con el pañuelo sucio, porque aquí sí que se ensucia todo. Las dulces, bondadosas y cultas, sobre todo cultísimas monjitas llegadas de muy lejos, en donde me dijeron, años más tarde, no se ven estas inmoralidades.

Y yo, flaquita, feíta, sentándome en la primera fila, con mi maletita y los cuadernos que ordenaron comprar, todos con mi nombre, para hacer palotes, grandes palotes que me atormentaban, porque tenía que hacerlos con la mano derecha y yo era zurda. Y estoy allí, en primera fila con cincuenta compañeros más.

—Esto de que haya niños y niñas, madre, no me gusta, pero la educación religiosa es tan necesaria.

—Pero no se preocupe, sólo será en el kinder y hay buena vigilancia.

Y ese día sentí mucho miedo, tanto, tanto miedo, sobre todo cuando descubrí al fondo del salón de clase, sobre una puerta, un cartel muy grande con un cielo muy aburrido, muy muy aburrido, y unos diablos con labios muy feos que me miraban, riendo, con mil ojos en las rodillas, en los pómulos, en los brazos, riendo. Por ti el diablo, autocastigo, inclinación al mal.

—Nunca me gustó que esta niña naciera como nació.

Y el diablo allá, muy grande, y muchos diablos rodeando un reloj muy grande y unas letras negrísimas, y la monja alta, gruesa, mofletuda, sudándolo todo, y yo sintiendo aquel hedor ajeno, a sudor de monja, que salpicaba mi cuaderno, y los cuadernos de mis compañeros, y yo mirándola desde la altura de mis cinco años, mirándola sin pestañear apenas, y los diablos mirándome con sus mil ojos en los brazos, en la frente, mirándote como aquí ahora, desde esta oscuridad, desde este calor que no aguanto, mirándome y por tu pasado remoto estaba el diablo...

Debe haber alguien allí afuera... oigo pasos. Llama nuevamente, a lo mejor te escuchan. Grita... aúlla... pateo la puerta... dale... más duro... puede ser que te hayan oído. No, no hay nada más que

el silencio, fueron ideas tuyas. Este silencio pesado abrumador, y este ascensor donde estoy encerrada atrapada por el calor y el miedo.

¡Contra!, en esta cajeta uno no se puede ni sentar y todo está tan sucio. Creo que me desmayo como aquella vez... no, no quiero recordar. Tengo que salir de aquí. Y esta baraja, este diablo que me mira, recuerdas aquel salón de clases grande, fresco, con sus ventanales que daban al jardín, con un césped terso y suave, y las banquetas donde cabían dos niños, muy separados para dejarle espacio al ángel de la guarda que siempre está a tu lado y que tenía una libreta grande, muy grande en donde apuntaba todos tus pecados, y aquel cartel allá en el fondo, sobre la puerta del cuarto oscuro, que te enseñaba el cielo y el infierno y las monjitas que tenían un ayudante negro con una mano mocha, que siempre entraba y salía de ese cuarto que sólo se abría para él o para encerrar a los niños que se portaban mal. Aquel ayudante negro como el que vino en el circo que llegó al pueblo y que un día abrió sus carpas muy cerca de la zanja con sus hierros todos herrumbrosos, que cercaban la casa de la bruja, y aquel negro blacamán con su cabello que parecía un paraguas, igual que el ayudante negro de la escuela, y había que estar muy quietos, quietecitos, porque si no te ibas al cuarto oscuro con blacamán, que tenía una sola mano y un solo ojo, porque el otro era una mancha rojiza. Sí, en la escuela debías estar muy quietecita porque si no te ibas al cuarto oscuro con blacamán, y estarás en este ascensor como en ese cuarto oscuro al que te negabas entrar, pero tú estabas quieta, quietecita en tu banca, porque no querías que te vieran, no fuera que te volvieran a castigar allí. Y aquel canto de aquella tarde, *“Oh Mary conceived without sin, pray for us, pray for us. Oh Mary conceived without sin, pray for us who have recourse to thee”* y las voces monótonas, y la lluvia larga, interminable, que caía y golpeaba las ventanas cerradas, y el calor y las monjitas sudándolo todo, sacando sus pañuelos de sus hábitos, secándose el sudor con sus pañuelos sucios, y un día

estuve allí, en ese cuarto oscuro, horrorizada de las sombras de un trapeador al revés, y el pobre blacamán con su cabello como paraguas llegó mirándome desde su único ojo, y yo aterrada, llorando y él mirándome sonriendo, dándome una pastilla pero yo con mucho miedo, igual que ahora, y cuando nuevamente me quisieron llevar porque no supe la lección, me agarré al dintel de la puerta y la monjita, toda sudada halaba, salpicándolo todo, halaba, y yo me solté y las dos fuimos a dar al suelo. Tumbaste a la monja al suelo, tumbaste a la monja al suelo, mira, tumbó a la monja al suelo, y me llevaron al frente y me colocaron un cartel que decía, I AM STUBBORN por aquello de estar en kinder, y no saber leer y no poder mi tía, la solterona beata, que era como tu madre, hacerte estudiar la lección, pues estaba muy atareada y tenía que ir al rosario de las seis junto conmigo, y estar en casa a las siete en punto de la noche para escuchar CRISTINA, “una mujer frente al mundo”, pobrecita, tan desgraciada; porque durante mayo, todos los días, había que llevarle flores de mayo a la Virgen, y todas las noches del año mientras hacía colchas para los pobres pobres, la tía tía escuchaba las radionovelas. Tu hermana tumbó a la monja, tu hermana tumbó a la monja, y mi hermana me miró con desprecio, mi hermana mayor, de mejor calidad, más bonita, más inteligente, que vivía con papá y su segunda esposa, pero me querían encerrar en el cuarto oscuro por no saber la lección, con una bruja trapeador y un blacamán que me dio pastillas, y tuve tanto, tanto miedo, igual que ahora, sobre todo la vergüenza de aquel *shame shame double shame everybody knows your name* de mis compañeros de clase, una y otra vez. Recuerdas, queridita, saliste en fila —*fingers on the lips*— y fuiste a la casa y todos te vieron y comentaron y la vergüenza atroz, y el diablo diabólico y los ángeles angélicos y quedé condenada al cuarto oscuro, a este ascensor en donde nadie me oye, en donde me condeno para siempre, y ahora a lo mejor alguien viene, y bueno, otro cigarrillo mientras espero, así, tranquila, al menos el encendedor me da algo de luz, y mis barajas..., pero no, mejor no les pregunto nada.

Aquí debería pintarse, está tan sucio, y ese espejo, allí al fondo, roto, descascarillado, sí, es verdad lo que dice mi marido, los sambladeños no saben conservar las cosas limpias. Debo salir de aquí, calma, calma, la desesperación no lleva a ninguna parte, te hace perder aire, ya lo probaste, y el cigarillo también, pero me gusta, me gusta y tengo sueño. Uno, dos, tres, tres Ave Marías, tres Padrenuestros y tres Glorias antes de acostarse y te alejará al demonio de la cama, de allá en tu casa de nunca jamás, tu camita en aquel cuarto grande, con su techo muy alto, casi sin luz, ya que tu tía tía mantenía la casa más antigua del pueblo casi en la penumbra, así como aquí, con la luz tenue que me da el encendedor. Aquel cuarto con su gran ventana por donde entraban todos los ruidos de la noche, y la luz del farol de la calle, y las sombras de aquellos murciélagos que salían en las noches de lluvia, y las mariposas que se adueñan todos los años de San Blando, y el mugir del viento, calma pequeña, calma, que nadie dirá nada, calma, relájate, y yo temblaba de pavor, calma, calma, calma, tranquila, duérmete para que tomes fuerza, tranquila.

El espacio se ha hecho más estrecho. Siente esa sensación de eternidad donde todo se pierde y el abismo de las eternas tinieblas se abre ante ella. Una fila le compra sus desechos por latas, por litros, por botellas, por galones. Y ella va y también compra sus propios desechos a alguien que nunca ha visto, o tal vez ha visto una vez, por litros, por galones, por botellas. Por tu porvenir el as de bastos y el cinco de espadas, la catástrofe. ¡Oh Dios!, esto sí es una pesadilla!, y me he bañado en sudor, y esta oscuridad, si al menos pudiera tener un sueño tranquilo. Pero no, imposible. Recuerdas cuando creíste y te consolaste pensando que la muerte y el sueño eran hermanos, porque uno se muere en cualquier momento y se lo comen los gusanos, y las hormigas, te había dicho el tío siempre borracho. Y la tía tía que era como tu madre te venía a despertar: “El demonio al oído te está diciendo, deja misa y rosario, sigue durmiendo”. Porque debías ir a la misa de cinco de la mañana, y tú querías quedarte pereceando en la cama.

Tú querías seguir en esa laxitud de sueño y duermevela, y creíste que así era la muerte de dulce, poder seguir durmiendo sin que nada te obligue a levantarte, y una noche una mariposa grandota con alas de murciélago golpeó tu ventana una y otra vez, pasaba una y otra vez, y estabas temblando de miedo como una casa vieja de donde se han ido hasta los fantasmas. Y no, no podía ser la muerte, ese demonio al oído te está diciendo, no era, no, el golpe persistente de una mariposa de alas enormes de murciélago, como las del diablo de aquel cartel que tanto te asustó de niña. Y ahora, por qué tengo que soñar que mis desechos cuestan plata y la gente los compra, siempre, siempre el sueño.

Porque una vez tú ibas a morir y no quisiera perder ese día de mi memoria porque era dulce; todo ha sido ilusión, todo sigue igual, no es que la luz se ha ido, es que este ascensor está dañado. Recuerdas, pequeña, el cansancio oscuro de la vida y el camino claro y luminoso de la eternidad, pero tú tenías un porvenir que no era el de la muerte.

¡Dios!, tengo que salir de todas maneras, como sea, y pareciera que no, que no existe la más mínima posibilidad. Una colilla, dos, tres, incontables, y los cigarrillos no me durarán. No, no puedo quedarme aquí, tengo que hacer algo. Tal vez pueda abrir la puerta. Con furia, con terror, pero tengo que salir de aquí, y ya. Así, de pie, con los brazos extendidos en cruz, sobre la puerta, a ver, hay que empujarla hacia los lados, con fuerza, a la una... relájate, respira hondo, muy hondo, se ha movido un poco; a las dos... por ti el cinco de espadas, la enfermedad, la muerte, los filtros contra la soledad; a las tres... a lo mejor puedo abrir la puerta, hacia los lados, con fuerza, ¡Dios!, he hecho una rendija y por ella se filtra un rayo de luz. Respira hondo, muy hondo, ese rayo de luz, tus ojos fijos en ese rayo de luz, de la luz del farol de la calle que inundaba tu cuarto de sombras que te amenazaban, pero he hecho una rendija y tengo que salir de aquí, respira hondo, descansa, para que continúes, ya falta poco, por tu casa el triunfo, mira, el as de oros, con esta baraja no hay nada que temer. Y sí, tú eres

para la vida, te había dicho la bruja que vivía en las afueras del pueblo, mucho antes de la finca de tu tía tía que era como tu madre, donde pasaban los veranos, y allí vivía sin luz, rodeada de gatos, creo que hasta sin agua, porque cómo olía a gatos. Y se ha filtrado un rayo de luz por la mínima, pequeñísima rendija que he hecho en la puerta, un rayo tibio de luz de la tarde, cálido como la ternura de un día, de minutos, la poca mínima ternura de un rayo de luz. Fija la mirada en ese rayo “como un rayito de luna”, pues, “sin un amor la vida no se llama vida”. Y aquel gato negro, a la entrada de la casa de la bruja, como una esfinge, con sus ojos como dos bolas de fuego verde, demoníaco, y en tu pasado remoto, te dijo la bruja, estaba el diablo, pero por tu porvenir, y allí estaba el gato mirándote, mirándote desde la ventana con sus dos bolas de fuego verde mirándote, y para que “la vida se llame vida” tiene que haber un amor, y tú flaquita, feíta, con tu ropa de remonta, ya sin encajes, y unos ojos demasiado grandes y admirados de la luz que se filtraba, que se filtra, cálida como la ternura tuya de un día, de minutos. Y sí, por tu casa el triunfo, el as de oros, y cinco de espadas pasa a ser consuelo, no la muerte; consuelo por las penas de amor. Porque no, tú no eres para la muerte, eres para la vida, por tu porvenir el ermitaño, barbudo, con un farol con un rayo de luz, porque puedes llegar a conocerlo todo, tú que no sabes nada de nada, que todo se lo consultas a las barajas, pares, nones, pares, nones, y estos sueños que siempre te vienen a visitar, y ahora, sueñas que se venden tus heces por litros, por galones, por botellas.

No, no era la muerte mi porvenir, sino ese dormir de duermevela, pero resulta dulce ese llamado de la vida a morir, pues “frente a la muerte sólo morir se cabe”, pero no, es cuando tal vez empezamos a vivir y nos apegamos a la vida de tal forma que eso de “polvo serás mas polvo enamorado”, adquiere dimensión de irrealidad, amor, amada. Sí, una vez ibas a morir, tal vez como ahora, en aquel hospital donde había enfermos devorados por la artritis que deformaba los huesos, la cara, la risa, las dentaduras y el llanto,

sólo el llanto; una eternidad de hospitales y huesos rotos, donde se dan todos los números, las inyecciones, el termómetro, a la hora, para la cama 504, y las camas que morían con todo y número, y las lavativas, y los orinales, y el reloj que siempre marcaba las horas, las mismas horas y donde sólo se permitía llorar.

El ascensor se ha movido, tengo que salir de aquí, se ha movido, ¡oh Dios!, ¡tengo que salir! A ver, muévelo, con fuerza, con más fuerza, brinca sobre él, uno, dos y tres, arriba, abajo, ¡oh no!, esto no es posible, ¡se ha cerrado la rendija!

Sí, amor, es inútil, sólo logras agitarte, y sudarlo todo, y agotarte cada vez más. Fue una esperanza como aquella cuando creíste que ibas a morir y sabes que si la vida sigue todo tiene que cambiar, si es que de esto salgo viva. Todo ha sido un sueño, no ha vuelto la luz, y la rendija se ha cerrado. Ahora es peor que antes. Tú la has cerrado con esa brincadera, todo está como al principio. El rayo de luz se ha ido por la rendija de la casa de las afueras de San Blando, cerca de 11a zanja de los hierros viejos, que de nada servían, aquella casa de la finca de San Blando, que cerraba a las siete de la noche, desde que fuiste poseída por el diablo. Y tu buena familia tan respetable, que llegó en la Santa María con Cristóbal Colón y que no se comportaba así. Eso se deja para la gente cualquiera del pueblo. El rayo de luz se ha ido, la rendija se ha cerrado, ya debe ser de noche.

Ahora me daría un bañito con agua tibia, en mi casa donde todo está en orden, hasta mi marido. ¿Qué pensará mi marido, tan alto, muy alto, muy grande, con sus durables, redondos y enormes zapatos de doble suela, si no llego, como siempre, a las cinco de la tarde? Y sí, una vez ibas a morir, antes de volver a San Blando, donde temiste a la muerte, porque desde tiempo inmemorial estuviste condenada al infierno. Y cuando ibas a morir, un padre llegó a darte los óleos y te dijo —allá en la capital de las luces rojas— que no tenías que confesar tus pecados; pero tú estabas condenada desde tiempo inmemorial.

—¿Estará preparada para hacer la primera comunión? — preguntó la tía tía que era como tu madre, y tú allí, pequeña, feíta, flaquita, escuchándolo todo.

—No sé, pero esta niña no tiene arreglo, vamos a prepararla a ver si asimila, esta niña tiene dificultad en el aprendizaje. No hay manera de que tome el lápiz con la derecha, y hay que escribir con la derecha, porque ¿no sabes, queridita, que la izquierda es la mano del diablo?

Y en aquel verano, con un sol terrible, empezaron las largas clases de religión; quitaron el cartel de la puerta del cuarto oscuro y lo colgaron del tablero, y el cartel tenía el reloj que te impresionó el primer día de clases y ya sabías leer y allí decía ETERNITY.

—Y como va su inglés, madre, creo que las clases de catecismo serán mejor en inglés, así aprenderá el idioma de los que dominan el mundo forever y es mejor que lo conozca, porque sin el inglés no se va a ninguna parte.

Y empezaron aquellas clases interminables, en tardes de lluvia, en tardes de sol, un sol infernal, como el calor que emanaba de aquella figura, como el calor que ahora siento, como las monjitas sudándolo todo, y supe que esa reunión de demonios era el infierno y que allí había un reloj descomunal que decía ETERNIDAD *and you know what eternity is, forever and ever, and ever in hell*, y dale que dale, y dale que le das, una y otra vez, un día sí y el otro también, repetidamente, cíclicamente, y los angelitos que allí se encontraban muy muy aburridos, aunque cuando iba a morir no vi ni a los ángeles ni a los demonios, a pesar de todos los pecados sólo sentí el más grande de los silencios.

Y tuviste miedo de ir a la escuela y vomitabas todas las mañanas, porque cómo, cómo confesar mi pecado, pero si lo ocultaba iría al infierno, y a los siete años, como aquella pobre compañera, que no quiso ponerse la ceniza, porque claro, era hija del diablo, dijeron las monjitas, y los compañeros aterrados,

cocidos por el miedo, porque cómo, cómo se había atrevido a llorar y no recibir esas cenizas de purificación, y tal vez se la llevaría al cuarto oscuro, porque dijo que ella no era bautizada, y aquel pobre hombre, recuerdas, que nunca, nunca había cometido un solo pecado mortal, era un santo y luego cayó en una tentación, y ese mismo día, casi al instante, murió, y como era tan santo lo enterraron al pie del altar y todas las noches el muerto se salía con todo y caja, hasta que le preguntaron qué le pasaba y el hombre resucitó por un instante para contestar que ése no era su lugar, que él había cometido un pecado mortal antes de morir y estaba en el infierno. Y esta niña es muy mala, está delgada, delgadísima y no le hables a fulanita que tiene muchas ojeras, pero eso es que hace cositas malas y las niñas que hacen cositas malas les salen unas ojeras magistrales y las entierran vivas. Y tú, tú preguntándote qué sería eso de cositas malas. Y aquello de Dios benigno y misericordioso pasó casi inadvertido para ti y para todos, porque sólo se nos habló de la culpa, del yerro, del desliz, la tentación, el vicio, la perversión y sólo adquirió la mayor corpulencia la figura del diablo con todos sus nombres: Satán que podía hallarse escondido entre las sábanas, Satanás que podía encontrarse en el baño; Belcebú en las aguas del río, el ángel de la guarda, ser reemplazado por el ángel del mal, y Lucifer, Mefistófeles, Luzbel estaban allí, todos vigilantes, esperando caer sobre nosotros, dispuestos a todo, porque ellos querían almas para el infierno; pero cuando yo iba a morir, sólo sentí la dimensión enorme del silencio.

Ahora sí, y si me orino aquí, ¿dónde me siento? ¡Quedaré encharcada!, menos mal que no me ha dado por hacer la mayor como en el kinder. Bueno, es mejor reírse. ¡Qué calor, Dios mío!, no soporto más, entre este infierno y las ganas de orinar que no aguanto. Bueno, mejor me olvido de esto. Es que estoy helada de calor. A lo mejor has llegado orinándote al averno, como mi tía tía que era casi como tu madre se irá al cielo, porque es tan buena, la desgraciada. Bueno, hay que controlar la vejiga. Puede ser que en poco tiempo llegue la luz, o alguien, o tal vez con un poco de aguante se arregle todo, porque hay que adaptarse para seguir viviendo, como te adaptaste a la idea de que el día de la primera comunión debió ser el más feliz de tu vida, sí, o el más, no sé; también el del matrimonio es el más feliz... Todavía puedo aguantar las ganas un poco más. Me arde la vejiga, aguanto, siento como un cosquilleo que me sube hasta el ombligo, aprieto un poco más, la vejiga expandiéndose, un poco más, sí, cómo me arde la vejiga. Qué no daría por una bacinilla, por una mica, por una cayetana, o como quiera llamarla mi tía, portátil. Si así como hay ceniceros portátiles, hubiera micas. Otro cigarrillo y tranquila, querida. Medio que quita el aire, pero hay cosas que ahogan más que todos los humos de todos los cigarrillos y todos los encierros. Algún día se abrirá esta vaina, si es que vale la pena que se abra. Por lo pronto me quito la blusa, aunque esto de quedar medio desnuda, aunque quién sabe cuántas veces... tres Ave Marías, tres Padrenuestros, tres Credos de penitencia y evitarás que el diablo esté a tu lado cuando te estés

bañando, o bailando, o..., cómo me gustaría leer, o por lo menos un aparato de televisión, para ver las telenovelas, ¡vaya tontería!, con qué luz, si sólo tengo este encendedor que ilumina levemente, pero algo se ve, de algo me sirve, aunque claro, no serviría para prender la tele, pero las hay de toda clase, las hay que funcionan con “pura potencia” para que un día de campo pueda prenderse, y verse, y extasiarse en ella, como lo hace tu marido, y a veces tú, sin saber siquiera por dónde sale el sol, como la tía tía que era una santa no permitía la más mínima interrupción durante *La Mentira*, *El Derecho de Nacer*, porque en mi casa de San Blando que no tiene cuándo, había todas las comodidades, de esto no te puedes quejar, porque a pesar de todo había de todo en aquella casa, aunque a la tía que era como tu madre no le gustaba que tú escucharas la radio, porque te distraería de tus estudios y de los quehaceres de la casa, pero tú la escuchabas a escondidas. ¡Dios!, no sé si podré soportar estas ganas de orinar, este cosquilleo que me sube hasta el ombligo, pero tienes que aguantar, no vayas a encharcarlo todo, sí, a ver, otro cigarrillo, y el encendedor, dónde estará, ¡vaya la mugre!, siempre con tantas cosas en la cartera, ¡cuánto enredo!, vaya, aquí está, no lo guardaré más, nunca encuentras nada en ese basurero, y al menos con él me doy un poco de luz en este catafalco. Bueno, vamos a entretenernos un poco, así, con la luz tan leve, levísima, así me olvido de mí y de mi vejiga. ¡Qué officiosa es la gente!, ¡cómo pinta las paredes! SI ESTÁS SOLA LLAMA AL 334430, ALLÍ TE HAREMOS EL FAVOR, NEGRALINDA. Vaya, vaya, hacer el favor, ja, no creí que iba a reírme. En un tiempo era perjudicar, como a la mujer de las hijas del pecado, y a mi pobre vecina, virgen y mártir, como *LA ZULIANITA*, *RAFAELA Y SIMPLEMENTE MARÍA* las perjudicaron, les hicieron el favor. SI LOS HOMBRES NO LO PIDEN, LAS MUJERES NO LO DAN. NO ES LO MISMO COGE MELO QUE CÓGEMELO, como tus primos se cogían, y tú no te atreviste a confesar tu horrible pecado. Te horroriza todo esto, como aquel verano, antes

de tu primera comunión, llegaron tus primos de la capital, con la tía tan elegante. Para enseñarte los oficios y ciertas formalidades femeninas te enviaban a arreglar las camas, todas las camas, de todos los cuartos, y esto era una obligación, porque una vez se te hizo tarde para ir a la escuela y se te olvidó colocar los sobrecamas y la tía que era como tu madre, iracunda, regañándote fue a buscarte y delante de todos: uno tiene que cumplir, que primero es el deber, y luego tú, regresando avergonzada y triste, pero más nunca dejé de hacer las camas, y atrás se quedaban tus compañeros burlándose, porque pobrecita la huerfanita que no tiene ni padre ni madre, porque ella no tiene mamá, murió cuando nació, y el papá se casó y sólo quiso criar a tu media hermana, tu hermana mayor que tú, más bonita que tú, con una mamá muy buena, pobrecita, que también murió, y recuerdo aquel verano que vinieron mis primos y mis primas, ellas con sus ropitas de encaje, que yo después heredaría, ya sin encajes, y ellos fregándote la paciencia, siempre mandándote, tus primos que estaban de vacaciones, y estaban jugando bajo un palo de mango, en el patio, algo así como al gallo y a la gallina, y me había dicho la criada lo que estaban haciendo, y los perros de la calle también, y ella me dijo que estaban culeando, así de simple, como simple parecía el pueblo de San Blando, y así lo aprendiste tú, pero eso debía tener relación con las cositas malas, porque niña, te dijo la tía tía, no sea tan preguntona, por qué tiene que saberlo todo, y pensaste que sólo las bestias tenían derecho al apareamiento e hiciste una relación entre cosita mala y el apareamiento de los animales y mis primos jugaban, y me dio mucho miedo que jugaran así, porque si eso era la cosita mala podrían salirles las ojeras magistrales, y entonces los enterrarían vivos, pobrecitos, porque por allí sólo se orina, y no debe uno tocarse, nunca, y yo los veía enterrados vivos, y corrí a casa y allí estaban el tío que siempre estaba borracho, y la tía de la capital tan elegante, siempre tan elegante, y la que era como mi madre y llegué gritando, tía tía, mis primos están culeando, con inocencia, culeando, como lo habías oído tantas veces, y el tío

borracho riéndose a carcajadas, soez, sucio, escupiéndolo todo con su risa. ¡Jesús, María!, mira esa palabra, dónde la aprendió; es su mal fondo, rugió la tía beata, enfurecida; y el tío borracho: esta niña se apodera de toda la mierdera que oye, y el dinero, coño, que te cuesta educarla, y las carcajadas deformes de dientes carcomidos y dijo la tía tan elegante, tan elegante de la capital: ella no es buena compañía para los niños, y la tía tía que era como tu madre, indignadísima, desafortadísima, gritando cada vez más y nunca la había visto tan iracunda, y el tío siempre borracho gritando palabras sucias y me sentí mínima e infame, y me castigaron y no pude jugar más con los primos, porque tú decías palabras muy feas, y ellos, por supuesto, tampoco quisieron saber más de ti por soplona, y los cuerearon por sucios e inmorales, y a mí me pegaron hasta el cansancio, y eso que la tía tan buena que te crió no era dada al Martín Moreno que saca lo malo y mete lo bueno, que estaba siempre colgado detrás de la puerta, amenazante, y se acabó ese verano para mí, y tuve que pasarme semanas enteras encerrada en mi cuarto leyendo la vida de San Blando, patrón del pueblo, que había vencido a todos los demonios que se habían posesionado de su cuerpo, y de San Nacienceno, y de Santa Eulalia virgen y mártir, y Santa Mónica que se le abrieron unas cuencas profundas en los ojos de tanto llorar por la conversión de su hijo y de Santa Elena, el ánima sola, y yo en la mayor de las vergüenzas, peor que cuando tumbé a la monja y que cuando me fueron a buscar para que hiciera las camas, porque aún aquí tengo en mis oídos la risa estentórea de mi tío que vivía borracho y de la tía de la capital tan fina, tan distinguida, y mi tía que era como tu madre con eso de la rama torcida no se puede enderezar, y eso que vas a hacer la primera comunión el próximo invierno. ¡Oh, Dios mío!, cómo me arde la vejiga!, pero hay que aguantar, porque después aquí no se podrá estar. Recuerdas el miedo que tenías de entrar al confesionario, allí en la penumbra de la iglesia oscura, con aquellas ventanas estrechas de vidrio de colores por donde apenas se filtraba un rayo de luz de la tarde cargado de polvo que hacía

cabriolas, y tenías que entrar a ese confesionario que se encontraba bajo ese rayo de luz y allí tenías que decir tus pecados, tus pecados inmensos, y ese pecado, ése precisamente, que no sabías cómo decir y cada vez está más delgadita, y casi no quiere comer, por mala, los enormes platos de sopa de fideos con papas. . . Las monjitas nos habían llevado a confesar a todas, en fila, muy ordenaditas, las más altas primero y yo estaba casi al final, todavía faltaban algunas que deberían confesarse antes que yo, todavía me podía salvar, y no entrar allí, en ese confesionario bajo aquel polvillo que caía y caía sobre él, y si lo cubriese ese polvo me salvaría, y yo allí, mirando para todas partes, en aquella iglesia de tres naves, y las bancas reservadas, todas en orden, para las familias más conspicuas del pueblo, donde estaba la tuya. Aquel techo muy alto sostenido con pilastras de madera colocadas sobre unas grandes bases de cemento, y el largo camino que hacía el comején por las paredes de esa iglesia, y el polvillo que hacía mil acrobacias, desde esa ventana de vidrio de colores por donde se filtraba un rayo de sol de la tarde, y yo acercándome, acercándome cada vez más al confesionario, y tuve una esperanza: sí, amor, ve y dile al padre que tienes un pecado que no sabes como decirlo, algo así como la ilusión de que vuelva la luz y que el ascensor se abra; pero nada, el cura insistió en que tienes que decirme, nada que no sabes cómo, y yo sudaba frío como ahora sudo, y creo que comprendí exactamente lo que significaba *forever and ever in hell*, y no, no hallaba la manera de repetir, de decir que yo había dicho esa palabra tan pecaminosa y que había visto a mis primos, y luego él, para ayudarme, me pregunta si era que yo había hecho cositas malas, ¿yo?, y esto te horrorizó, porque no, no era cierto, y luego me podían salir las ojeras magistrales y me enterrarían viva, y me sentí más horrorizada todavía y allí me quedé, atrapada hasta la eternidad, como aquella vez que casi muero, y mucho después de todos estos veranos e inviernos lluviosos y cálidos cuando la culpa y la expiación creció en ti gigantesca y era algo así como ya para qué, y fue entonces cuando el sacerdote me dijo

que no dijera nada, que mis pecados eran perdonados, y para entonces todo había cambiado, y era que en ese instante, como ahora, como en el momento de mi primera confesión, tampoco podía hablar, porque estaba atrapada en el confesionario, como la vecina que nunca salía de su casa, porque ella no fue buena, te dijeron, y no te dejaban hablar ni con ella ni con sus hijas, porque no eran tus iguales, eran hijas del pecado, y así, atrapada, atrapada, sin esperanzas de salir, porque la palabra del reloj de aquel cartel que te asustó el primer día de clase decía ETERNIDAD y esa eternidad significaba *forever and ever in hell*. Vamos, hay que aguantar más, cómo me arde la vejiga, pero hay que aguantar, a ver, un poco más, aguantando cada vez más y más, y NO ES LO MISMO COGE MELO QUE CÓGEMELO, y te horroriza todo esto, si pudieras olvidar, a ver, le preguntaré a mis barajas que gracias a Dios siempre traigo conmigo: saldré, no saldré, pares, nones, nones, pares, el as de copas al revés, cambio de casa, te acuerdas, querida, te acuerdas cuando dejaste San Blando para irte a la ciudad, a casa de la tía tan elegante de la capital. Tu hermana iba a casarse y fue terrible aquello de que su pretendiente se fijara en ti. Tienes que acordarte, porque feíta y todo, eras mala, aun con tu ropa de remonta, ya sin encajes, ¡cómo quisiera salir de aquí!, si pudiera abrir la puerta, pero mejor es que te quedes tranquila, recuerda que te estás orinando y a lo mejor viene alguien, tranquila, tranquila amor, tranquila como la tía beata, que se iría al cielo con todo y telenovelas, leía tranquila la vida de los santos; la Biblia, ni hablar, a ésa no hay ni que tocarla, y aunque ya eras crecida debías irte al “vamos a la cama que hay que descansar, para que mañana podamos madrugar” a la misa de cinco, a hacer las camas, a correr a la escuela, sí, la escuela, la iglesia, la televisión: *sea hermosa con una colección completa de colores frescos*, es la mejor manera de conseguir marido, *piel fina, suave como la seda*, sobre todo a la iglesia, a la penumbra de aquel confesionario donde dijiste tantas veces los mismos pecados, menos aquél, porque tú eras mala, muy mala, y *nadie es igual a mí*, que si habías sido

terca, que si no habías arreglado las camas, que si decías mentiras, que si tenías malos pensamientos, que si escuchabas la tele a escondidas, desde tu cuarto; y el padre, este al menos estaba muy viejo y callaba y me oía y me daba la absolución. Sí, casi casi pensaste que Dios te había perdonado, aunque por las noches eras devorada por las pesadillas, igual que ahora, en que se vendían todos tus desechos por litros, por galones, por botellas, aquellas pesadillas en donde se repetía una y otra vez, hasta el infinito, la escena de aquel verano, y ya no eran sus primos, sino una multitud en un infierno en donde se daba el acoplamiento de personas y animales, una cópula intermitente bajo la luz del farol que lanzaba las sombras de los murciélagos monstruosos que revoloteaban amenazantes sobre ti en medio de aquella llovizna suave que caía y caía en la noche, y tú, desesperada por el sueño, te despertabas gritando y la que era como tu madre regañándote, y te quedabas sola, cocida por el pánico, y al día siguiente ibas a confesarte con aquel sacerdote viejito, que apenas oía y *nadie es igual a mí*, y un día empecé a sangrar. ¡No, no podía ser!, iba a morir. Y yo estaba atrapada. Recuerdas, queridita, el miedo que tuviste y eso que tenías una media hermana mayor que tú, más bonita que tú, mejor vestida que tú, porque a ésta hay que casarla bien, y tú tan triste, tan huraña, tan antipática, claro, de tal palo tal astilla, pero yo no había hecho cositas malas, no, por qué señor, por qué se me castigaba así, por no haber confesado aquello terrible, lo de tus primos, pero es que a la ira de Dios hay que temerle. Sin embargo, todo pasó y quedaste *libre, libre al fin como una paloma*, y te sentiste más tranquila. Fue sólo el susto. No se lo dijiste a nadie porque podían pensar que era castigo del cielo.

Ahora, más que nunca, te metías en la iglesia aunque, ¿cómo lo permitiste?, allí estaba él, el pelirrojo, alto, delgado, con su radio a todo volumen cantando “ese muerto no lo cargo yo, que lo cargue el que lo mató”, y empezó a seguirte hasta la tienda del chino que vendía de todo, hasta aquellas revistas que tu tía te había prohibido leer, porque no enseñan nada bueno, con aquellas

mujeres casi en cueros, encueritas casi, SI SU HOMBRE LA DEJA, CONSÚELESE CON OTRO, sí, era posible que fueran malas aquellas revistas. Las monjas te habían dicho que era pecado leer, y mirar a un hombre, no se diga; bailar, mucho menos. Ellas te habían dicho que cuando se leían libros malos o revistas malas, el demonio se paseaba por las camas. Sí, revistas como ésa, con esa tipa encuerita, encuerecita casi, a la que no se debía imitar, porque entonces los hombres te miran demasiado. Y entonces sí que el diablo se metería en tu cama y te halaría el pie, como aquella niña que mientras dormía, olía a azufre, y alguien vio una sombra, y cuando fueron a revisar debajo del colchón encontraron montones de libros y revistas sucias, viciosas, con hombres y mujeres en cueritos, y desde entonces temiste dormir con un libro cerca de ti, y por mucho calor que hiciera, te cubrías no fuera el diablo a halarte los pies y llegó el momento en que no sabías qué era lo bueno y lo malo, y allí en el anaquel de la tienda estaba aquello de TRIUNFE EN EL SEXO, VEA CÓMO MARTE Y VENUS PUEDEN AYUDARLE, y afuera estaba él, en la esquina, como si nada, con sus ojos azules, mirandote, mirándote, esperando que salieras, pobrecito, con su radio a todo volumen, cantando *cambia el paso que se te rompe el vestido*. Sí, estaba esperándote, definitivamente te salían cachitos, pero qué podía él ver en mí, pero te gustaba, claro que te gustaba, y me angustiaba, y al fin se fue y te sentiste muy triste y te metiste en la iglesia. Estaban formando un coro y tu voz, aunque la tía tía dijo que parecía la voz de un papagayo, le gustó a la directora del coro.

Al día siguiente ibas con la ilusión de encontrarlo y que te volviera a mirar con sus ojos azules, mirándote, mirándote, siempre con su radio a todo volumen, sus canciones, el flaco peligroso de piel pecosa invadida de adolescencia, y no estaba, no estaba con su radio a todo volumen, se había ido con su música a otra parte, SI ESTÁ SOLALLAME AL 334430 ALLÍ TE HACEN EL FAVOR, NEGRA LINDA, y yo iba creciendo en virtud y pureza, y hacía los nueve primeros viernes, y los primeros sábados, y los primeros

martes y los primeros lo que sea, y caminabas las procesiones “purificando tu alma de toda malicia”, y un día volviste a sangrar en el coro de la iglesia, y no estabas preparada para cantar misa, y sentiste que tus compañeras se reían, y tú manchada, no te habías dado cuenta, y ellas riéndose, riéndose y tú sin darte cuenta canta que canta el Ave María, concentrada en tu voz, de que fueras tan fea y tuvieras algo hermoso, y entre todas estaban las hijas del pecado que no se reían, y tú no debías hablarles, tranquila, que no es nada, y en ese entonces también sangraste allá en la capital donde te exiliaron por quererle quitar el novio a tu hermana, mucho más linda que tú, mejor vestida que tú, más fina que tú. El forastero que llegó al pueblo de San Blando que no tiene cuándo, el forastero ingeniero que la cortejó a ella, a tu hermana, y yo sin nada que ver con el asunto, y tú, muy de lejos, te atrevías a mirar al pelirrojo pecoso, y siempre en la iglesia canta que canta, “lo prometí, soy hija de María”, en aquella iglesia del pueblo de San Blando, con su confesionario en la penumbra, al final de la nave lateral, y aquel coro donde se guardaba la losa del Santo Sepulcro y el féretro que tu tía tan buena, había mandado hacer para ella, ya que a todos nos toca y hay que estar preparada para el buen morir, y en donde ustedes se sentaban a cantar, allí en ese coro, donde pensaste que por algún extraño pecado que habías cometido te estabas pudriendo viva, y afuera estaba el pelirrojo con su radio a todo volumen, esperando que salieras para seguirte, pero tu tía tía había dicho que a los hombres había que hacerles “la cruz, animal feroz”, pues ellos eran como *Canfinfa*, que había unos que tenían un saco grande escondido y que te podían llevar allí, aunque el pelirrojo pecoso sólo te miraba, fuiii, fuiooo, tan idiota, ¡ay Dios mío!, me han vuelto las ganas de hacer pis, cómo me arde la vejiga, pero hay que aguantar, hay que saber controlar los instintos.

La hija del pecado que vio que todas se reían de ti se acercó, casi maternal, y estás enferma, te dijo:

—Sí, creo que me voy a morir, pero no he hecho nada malo, te lo juro, no he hecho nada malo.

—No, no es nada malo. —Y era la primera vez que yo le hablaba.

—Pero yo no sé qué tengo —le dije.

Entonces llegó la tía que era como tu madre y te vio conversando con ella, con la hija del pecado.

—Te he dicho que con ellas no debes hablar.

Y con un gran desprecio me llevó a rastras, como el día en que fui a la escuela por primera vez. Y me explicó muy a la ligera lo de cantar misa, lo de *libre, libre al fin como una paloma*, pero que ahora debía tener mucho cuidado, ya que cantaste misa, pero yo tenía mucha curiosidad por saber por qué no podía hablarles a las hijas del pecado y qué era eso de hijas del pecado, y por qué su madre no salía nunca nunca a la calle, y por qué cuando yo iba a la escuela en la mañana la veía mirando el sol, siempre el sol, hasta que un día se puso muy tostada y se fue secando y secando hasta que se fue quedando como una pasita, siempre al sol, silenciosa, y casi todos decían que ella había sido mala, y mi curiosidad crecía con miedo, y no debía olvidar a las monjas que me habían hablado sobre los círculos del cielo y del infierno, y *nadie es igual y nadie es igual a mí*, y cómo van bajando, bajando, y pensé que estar en el primer círculo era menos malo que el segundo y el séptimo infierno, como la tía que era como tu madre llegará al séptimo cielo por la caridad que tuvo en recogerte, ya que tu padre no te quería, y tu madre murió cuando tú naciste y por eso causaste la muerte de tu madre, pobrecita la huerfanita, que la echaremos a la calle a llorar su desventura, y tu padre se casó y se quedó con tu media hermana, mejor que tú, más linda que tú, mejor vestida que tú; pero era preferible no llegar al último círculo del infierno, y era mejor confesarse muchas, muchas veces, y entrar al coro de la iglesia, y cantar misa, y salvarse como se salvaría tu media hermana, y no tú, tan atrevida, que creíste que podías quitarle el novio que un día llegó a San Blando que no tiene cuándo y la cortejaba.

Llegó un ingeniero, ni más ni menos, un ingeniero y ella muy ilusionada con *todo el colorido de las frutas silvestres*, y él que sí sí, que sí no. Y aquello fue apoteósico, el día de su debut en sociedad, con su *colección completa de colores frescos, como las frutas silvestres recién cortadas para sus ojos, labios, mejillas y uñas* y él fue su pareja, y salió en los periódicos que la linda y espiritual señorita, hermosa flor de nuestro vergel samblandeano, debutará esta noche en sociedad, con un hermoso vestido de tul de ilusión traído especialmente para ella, por una de las más reputadas “boutiques” de nuestra capital, para que ella se vea radiante en esa noche de encajes y luces. De repente me siento más tranquila, bien puedo esperar a que llegue la luz, todavía puedo aguantar las ganas de orinar, porque uno se acostumbra a todo. Tú tenías 15 años y el pelirrojo pecoso, que te miraba desde sus ojos azules se había ido del pueblo, y allí estaba el pretendiente ingeniero, que a cada rato iba a la casa, aunque mi hermana no vivía allí, sino con papá, y la esposa de papá, y él me miraba y me miraba.

—Y tú, ¿por qué no sales a ninguna parte? —Y yo muda. Un día él llegó y la tía tía se había ido y tú estabas en la gran sala de esa casa solariega, en aquella sala que sólo se abría para las grandes ocasiones, y estabas allí sola, barriendo, trapeando, sacudiendo.

—Y no tienes novio. —Se acercó, te tomó del brazo, sonriendo, con una risa que no te gustó.

—Es que nadie te quiere, tonta, con esos ojos que me ponen...

Y sentí miedo, mucho miedo, y me fui alejando, alejando, y él acercándose, acercándose cada vez más y el pelirrojo pecoso sólo me había mirado y me había silbado fuiii, fuiiiiooo, y se había ido del pueblo hacía tiempo, y ya no lo veías más, y te sentiste muy triste, pero así era mejor, tal vez eso no era nada bueno, tal vez era pecado. Mi vejiga se expande cada vez más, pero debo aguantar... no vaya a encharcarlo todo.

—Es fácil quererte, tonta, no te dejaré abandonada.— Y se acercaba más y más y te arrinconó, y tú ahí, paralizada, con un sentimiento doloroso, pensando la cruz animal feroz, primero fue el hijo de Dios que vos, sí, era preferible llegar al último círculo del abismo del infierno, y era mejor confesarse muchas, muchas veces, y entrar en el coro de la iglesia, y hacer los nueve viernes muchas veces, pues te salvarías, y es mejor que siga con las monjitas que te enseñan inglés, francés y a portarse como una señorita, y que mal que bien te están educando, aunque árbol torcido no se puede enderezar, *esta noche quiero ser quien te hará sentir mujer*, y la televisión de voz en cuello, y ese radio a todo volumen en la calle, y él muy cerca de ti, muy cerca, y tú sin poder gritar, porque sería un escándalo y sentí su boca babosa sobre la mía, mira cómo me tienes, si eres una buena potranca para un jinete como yo, y llegó la tía tía que era como tu madre y ahora sí que no soporto más este calor y estas ganas de orinar, este torrente que me ha salido incontrolable, y he quedado húmeda, con todas las humedades del recuerdo de ti, de mí y de todos los pueblos de San Blando que no tienen cuándo.

—¡Oh!, demonio, así es que no se te puede dejar sola, envidiosa, malvada, te he visto, pervertida, con el novio de tu hermana que habla inglés, francés, tan culta, tan señorita, y tú, tú tan inculta, como todos los samblandehños, *forever and ever in hell*. No, señor, de tal palo tal astilla, no puedo tenerte más aquí, hablaré con tu padre, y usted perdónela, caballero, que está loca, cómo se ha atrevido a tocarlo y allí, en mala parte; puerca, puerquísima, inmoralota, yo la he visto, tocándolo por donde no se debe, sí, está loca.

Pero era preferible no llegar al último círculo del abismo del infierno, y lo supo tu padre, y tu tío siempre borracho, que casi violas al novio de tu hermana, y toda tu respetable familia supo que por poco violas al pretendiente de tu hermana. Era mejor mandarte lejos, a casa de la tía tan elegante de la capital.

No, no soporto más estas tinieblas y esta humedad, ¡cómo deseo la luz! Al menos así, entre cigarrillo y cigarrillo prendo el encendedor y voy iluminando todo tenuemente; al menos veo lo que hay en este cajón donde casi me ahogo. ¡Vaya la mugre!, ahora sí, ¡una cucaracha!, era lo único que me faltaba. ¡Sucia, mugrienta, gigantesca! Parece una mariposa negra y manchada como las que dan el número de la lotería. ¡No, Dios, no puede ser! Ella y yo, lo único vivo, lo único real aquí, Se encuentran en cualquier parte. ¡No, Dios mío!, que no se mueva, en medio de esta humedad, de este calor, allí está la cucaracha voladora mirándome, mirándome. Debería matarla. Me da asco, pero debo matarla, para saber que ya no está aquí, que está muerta, aunque somos lo único vivo: ella y yo, lo único con vida. Sí, voy a matarla, y la sostendré del vidrio del espejo roto. Qué más da, así, con el zapato, ¡vaya!, me encharqué el pie! MAMY, NO ME MENEES TANTO LA CUNA PORQUE ME DESPIERTAS EL NENE. ¡Qué porquería! Prendo un cigarrillo, apago el encendedor y así no leo más estas cochinas y me olvido de la cucaracha. Podrían haber escrito otras cosas, pero, qué va, nada de eso; pero en San Blando que no tiene cuando es igual, queridita, allá donde casi violas al pretendiente de tu hermana, y era mejor mandarte lejos, a casa de la tía tan elegante de la capital que también lo sabría, allá terminarías tus estudios, si es que antes no te perdías para siempre, y lo supo el cura viejo que apenas oía tus pecados, y la tía de la capital que quería hablarte porque era inconcebible tanto descaro, cuando llegaste a la ciudad de las luces rojas, la

ciudad de las calles sucias, y dejó pasar unos días, porque estaba ocupada y no tuvo tiempo de hablar contigo tan triste que te ves, tan alicaída, es el remordimiento de conciencia, mira tú, querer quitarle el novio a tu hermana, tan linda, tan culta, tan señorita, está bien que hagas lo que quieras, porque la tía tan elegante, tan elegante que era tan liberada decía que está bien, que cada cual haga de su vida un tren, (hay una fila grande de personas que está comprando por montones algo tuyo...) y tu haz lo que quieras pero tengo hijos varones y es preferible no correrse ningún riesgo. Sí, ¡cuántas cochinas escriben aquí!, pero todo es igual en todas partes, queridita. En San Blando que no tiene cuándo también, y ahora te vienes a escandalizar con lo que lees en este ascensor, no te acuerdas aquello que te preguntaron de saber cómo se hacen los chichis, y tú ponías una cara tonta y tus compañeras allí mismo en el coro de la iglesia comentaban, y a ella no le cuentas nada, que es tonta, la santita. La verdad, tú nunca habías sentido curiosidad a pesar de todo, a pesar de las hijas del pecado, a pesar de la mirada elocuente de tus compañeras del coro y de aquella que te lo vino a contar, a pesar de las cositas malas, porque tú habías oído hablar de cositas malas y te hubiera gustado saber qué eran, pero no tenías curiosidad, al menos así crees ahora, y tu compañera te hizo pensar que debía ser algo maravilloso por la cara que ponía, y te lo dijo de la manera más real, pero no, no podía ser semejante cochinada, con todo lo que te gustaba el pelirrojo pecoso invadido de adolescencia con la radio a todo volumen, antes de que el ingeniero pretendiente de tu hermana te dijera, mira cómo me tienes, y fue entonces cuando pensaste que era cierto. Aunque cuando te lo dijeron, no, no puede ser, te dijiste. Sí, a pesar de los pesares, a pesar de tu vecina la virgen que metió la pata, ¡pobrecita! sin haber hecho nada, y fue el último gran escándalo de San Blando, antes de que te enviaran a la ciudad donde por ti, por tu casa, por tu suerte y por tu porvenir te esperaban las luces rojas. Y la tía tan elegante, te decía, además, que era bueno que supieras quiénes son tus familiares, tan

respetables, donde las señoritas fueron señoritas, y no se les dejaba salir solas, y ya no eras una niña.

—Nuestra respetable familia que llegó con Cristóbal Colón, allá por 1492, en La Santa María, La Pinta y La Niña, y todas se casaron, pero claro, tú naciste con malas auras, porque es bueno que sepas la verdad, no tuviste suerte, y la cucaracha voladora, negrísima, tan grande como un murciélago se ha movido, revolotea sobre mí, dando vueltas y vueltas sobre mi cabeza y le tengo mucho, mucho asco, ¿por qué no se quedará quieta?, ¡qué asco!, Dios mío, y da vueltas y vueltas, estas cucarachas voladoras de más de tres pulgadas, grandes, grandísimas, sólo salen a pasearse por las noches en los lugares inmundos, y aquí... ¡qué mal me siento!, y la cabeza. ¡Oh, Dios mío!, cálmate, cálmate cómo se me aprieta el estómago, y se me sube a la garganta, como todas las mañanas cuando ibas a la escuela, recuerdas, que todas las mañanas devolvías la papilla, tranquila, no te agites, respira hondo, muy hondo. Sí, querida, y llegaste a la ciudad de las luces rojas donde vivía la tía tan elegante de la capital que vestía a sus hijas con ropita de encajes que tú heredabas, ya sin encajes. La tía tía que era como tu madre le había pedido al chofer de la chiva que te dejara en la puerta de la casa, no te fueras a perder, aunque ya estabas perdida para siempre, y el chivero te miró con burla, al menos así lo pensaste tú, que sin duda ya le habían contado que casi casi violas al novio de tu hermana, y que lo tocaste en mala parte, como vociferó tu tía que quería tu bien, y llegaste sin más ni más hasta la casa de la tía siempre tan elegante de la capital, la casa en un cerro desde donde se veían todas las luces de toda la ciudad, aquella casa tan grande rodeada de árboles y una gran terraza, arreglado todo con un gusto exquisito.

—Tienes hambre, ¿verdad?—te preguntó y te llevó a la cocina, como a la Cenicienta, aunque, claro, allí no había cenizas, una cocina grande y cómoda y le dijo a la empleada que te sirviera algo de comer. Tengo frío, ya se ha quietado la cucaracha voladora, tranquila, tranquila, no, no prendas el encendedor, no la

mires más y estáte quieta, muy quieta para que no te vea. Qué fatiga, ¡Dios mío!, estoy tan cansada, y la cabeza se me ha encendido de asco, todo me da vueltas, sí, tengo mucha, mucha fatiga. Si haces el más ínfimo movimiento caerá sobre ti la cucaracha, y volará sobre tu cabeza, porque es una cucaracha voladora, de ésas que sólo se encuentran en San Blando, el pueblo que no tiene cuándo, y en las calles más sucias de la ciudad de las luces rojas que te esperaron, que te esperan. No, no debo moverme, pero la cabeza ¡cómo me duele...! Estás tan agitada y ella, la cucaracha que no quiere caminar, que sólo quiere volar sobre ti se va a dar cuenta. Sí, debo estarme quieta, muy quieta, muerta, enferma de asco, el miedo y la fatiga, pero tengo frío, mucho frío, como el frío que sentí en esa casa del cerro desde donde se veían todas las luces, y tus primos y primas, los que te condenaron al silencio de aquel verano, recuérdalo, aquel verano en ese pueblo de nunca jamás, y no, ellos no estaban, ya deberían estar muy crecidos, como tú.

—Y ya sabe, acomódele la cama que hay en ese cuarto, ella irá a la escuela, porque querrás seguir estudiando, ¿verdad?

Y te sentaste a la mesa, con tu maletita, con tu ropa de remonta, ya sin encajes, como fuiste a la escuela por primera vez con tus cuadernos y tus lápices, y la criada con uniforme te sonrió.

—Ahora no puedo hablar contigo, pero ya lo haremos mañana.—Y la tía siempre tan elegante, se fue, y sentiste mucho, mucho frío, como ahora, claro, si estoy sin blusa, es mejor que me la ponga, debe haber entrado la noche, debe haber un lugar por donde se filtre un poco el aire. No, no puedo seguir así, con la cabeza que me estalla. Puedes devolver el hígado pero estarías más confortable, aunque esto apestaría, y no, no soporto todo este frío y esta humedad, este dolor sordo que me ahoga. Sí, se me va a reventar la cabeza, está reventándose, reventándose, me va a estallar, y la cucaracha allí, pero el dolor ya pasará pronto, ya verás, es que eres mal educada, estos dolores de cabeza son

nerviosos, ya lo decía tu tía que tanto te quiere, que no sabes controlar tus instintos, ya se te pasará la fatiga, tranquila, respira hondo, muy hondo, que si devuelves la papilla será peor, ellas comen de todo, y todo lo inundan del mal olor que despiden sus alas descomunales.

—¿Quieres ver la tele? —te preguntó la criada con uniforme— en mi cuarto hay una. —Sí, querida, te sentiste muy sola como siempre, y con frío, y este dolor descomunal, claro, si sólo piensas en él, olvídalo y verás cómo pasa, ya te lo han dicho. Y ese día no vi a los primos que tal vez no me querían, porque yo era una soplona, porque lo hice sin saber, porque no sabías nada de nada, a pesar de tu pobre vecina la mártir, pobrecita, que se convirtió en una sombra, pero dijo la tía tía que te quería educar, que ésa es gente cualquiera, ellos no llegaron con Cristóbal Colón en la Santamaría, y la muy mosquita muerta lo ha hecho con el panadero casado, pero qué se espera, de tal palo tal astilla, puta la madre, puta la hija y puta la sábana que las cobija, y de tal palo tal astilla te dijo la tía tía cuando casi violas al novio de tu hermana y ella vio, sí, lo vio, que lo tocabas en mala parte, y tú mirando cómo se puso de pálida, muy pálida, tu pobre vecina, sin comprender todo ese misterio, y los escándalos que se formaban en la casa del vecino... confiesa, puta, confiesa. Y encima el engaño. No, lo juro, no he hecho nada. Entonces, fue el Espíritu Santo, eh, ¡fue el Espíritu Santo! Y los golpes iban y venían y tú en un rincón, allí en esa gran galería, en la penumbra, con tus ojos enormes escuchando, escuchándolo todo, la pobre vecina a quien le había pasado lo de la *Zulianita*, *La Salvaje*, *Rafaela*, que todas habían metido la pata, y la muy ratona, todavía pensaba irse de viaje, y habrá que casarla, pero quién, quién es el padre, confiesa, puta, confiesa, y los golpes iban y venían y la mentira, y al fin confesó, que era el panadero más casado que el carajo, y es verdad, dijo el médico: es virgen. Es virgen, es virgen, fue el Espíritu Santo, y lo dijo todo el pueblo, como todo el pueblo supo también que casi violas al novio de tu hermana, y eso que a tu familia no le gustan los escándalos.

Y en la ciudad de las luces rojas, esa noche te dormiste viendo la tele, mientras la criada de tu tía siempre tan elegante, planchaba y te contaba de su hijo, al que ella decía que adoraba, aunque el padre no le daba ni medio, pero se lo había reconocido, y no se atrevía a traerlo a la casa de la tía tan elegante, porque ese chiquillo lo tocaba todo y podía romper algún adorno valioso de la gran sala Luis XV, donde todo era carísimo, y sólo lo veía los fines de semana en la casa de la vecina que lo cuidaba, ya que aunque allí había otros servidores ella era la que controlaba todo el trabajo y hacía que todo marchara bien. ¡Cómo estoy de cansada!, sí, es cierto, el dolor de cabeza se ha ido aliviando así, respirando hondo, muy hondo, si durmiera un poco, pero no, con esa cucaracha voladora no me atrevo, pero estoy tan cansada, como cansada estuviste en la ciudad de las luces rojas, y días después cuando supiste por la tía tan elegante, sí querida, tu madre murió al nacer tú, y a los muertos hay que respetarlos, y ella está muerta, y tu tía que es como tu madre, tan buena, tan virtuosa, que nunca te lo dijo, que te llevaba a visitar su tumba, por la caridad que tuvo contigo, sí, claro, pero mi hermano no debió mezclarse nunca con ella, tú eres hija por fuera y él se casó con otra y no con tu madre que murió con todo que era viudo, ya que la madre de tu hermana, tan señorita había muerto también, pero con ella sí estuvo casado, sí, pero él, hombre al fin, con ellos es distinto, porque es bueno que sepas que tu tatatatatarabuelo ayudó en la construcción de la primera iglesia en Tierra Firme, y tu padre, tan bueno, te reconoció, por eso llevas nuestro apellido, y hay que salvar el nombre, la reputación, tú haz lo que quieras, lo que quieras, pero un hijo, ni se te ocurra, porque meter la pata es quedar en cinta... (y tú vas y compras tus propios desechos por litros, por botellas, por galones). Sí, estoy cansada, tan cansada como el día en que llegaste a la ciudad de las luces rojas, y la criada habla que habla de su hijo sin padre, como las hijas del pecado, como tu pobre vecina que el médico dijo que era virgen y había metido la pata, y lo supo todo el pueblo, y cuando llegó la

tía tía que era como tu madre, comentando, comentando que fue en el río, una vez y de pie pensaste que ella tenía razón en no dejarte ir al río, porque podrías tener un hijo del Espíritu Santo, y te enterrarían viva, como estoy ahora en este ascensor, enterrada, pero tu vecina la virgen ya tenía cuatro meses y no se podía abortar, y virgen y mártir el panadero se la llevó al río y siguió siendo mozuela, pero el panadero tenía mujer y no podía responder y casarse, qué vaina, si apenas probó el asunto, y tú viéndola, viéndola, y ella con unas ojeras cada vez más hondas y más grises, y a lo mejor la enterraban viva, por mala, y tú mirándola, desde el gran portalón que rodeaba tu casa, la casa de tu honorable familia, *forever and ever in hell*, y tú también tenías un pecado, el de tus primos, a cuya casa irías y en cuya casa dormiste aquella noche y la empleada, tan buena, que hablaba y hablaba de su hijo sin padre que crecería y estudiaría y a lo mejor llegaría a ser médico, y ella estaba contenta como estaba contenta tu vecina virgen y mártir del pueblo de San Blando que no tiene cuándo, y en su casa hasta le permitieron, esto es el colmo, rugió la tía tía tan buena, tan beata, que el panadero casado fuera a visitarla. Sí, la cucaracha voladora se ha quedado quieta, muy quieta con sus alas aplomadas, negras, rojizas, con sus alas descomunales, como las mariposas negras que dan los números de la lotería y tal vez esté así toda la noche, porque debe ser muy de noche, y ellas sólo salen a pasearse cuando oscurece en los lugares inmundos y aquí con todas estas humedades del recuerdo, y ya casi que no siento la cabeza, que me dolía, que te duele, pero ya ves, es cuestión de no pensar, y la tía tan elegante siempre tan elegante de la capital advirtiéndote muchos días después de tu llegada, porque no había tenido tiempo de nada, que es bueno que sepas qué métodos usar mira que querer violar al novio de tu hermana, pero ya lo decía yo, que no eras buena compañía para mis muchachos, pero hay que tener caridad, y claro, a la calle no te vamos a echar... sí, (una fila que compra tus heces por litros, por galones, por botellas..., total eres la hija de mi hermano, pero es bueno que sepas que esto *sí es un*

contraceptivo... (que la compren por galones, por litros, por botellas...) *es un contraceptivo eficiente*, que por añadidura destruye todas las bacterias, porque claro, hijita, es bueno que sepas que te pueden dar enfermedades muy feas como las que se ven en los hospitales que visito y puedes llenarte de unas erupciones y llagas, pero yo estoy muy ocupada, y no puedo amarrarte a una cama con una bola de preso y mira esto, parecen globitos, pensaste, como aquellos que una vez encontraste en el río, y los hay de todos los colores, y evitan cualquier contagio, y esto si te digo, si metes la pata te vas, y ya sabes lo que tienes que hacer, mucho cuidado, sobre todo con tus primos, mira que querer acostarte con el novio de tu hermana, y tocarlo donde no se debe, pero la cabra tira al monte, y de nosotros no sacaste nada, ya sabes, o él usa globitos y tú usas *los supositorios vaginales* que dice la tele que son simples de usar, (por galones, por litros, por botellas...). Tengo mucho sueño, vamos a la cama que hay que descansar en este suelo viscoso, frío, hediondo, todavía humedecido, pero es mejor dormir, así se te calmará este dolor de cabeza, mejor es dormir, como dormiste la primera noche en la ciudad de las luces rojas, hasta el día siguiente, tranquila amor, tranquila, una orinadita más y a dormir, y el dolor se te irá, ya lo verás, pobrecita la huerfanita que no tiene ni padre ni madre, a dormir, cariño, tranquila, a dormir, dale dale a la mocita, con una piedrecita, en la cabecita y dolerá menos, mucho menos, a dormir como lo hiciste en esa enorme ciudad, qué más da todo, qué más da la cucaracha voladora, que no tiene marihuana pa' fumar, que como dice mi marido, los samblandeños no han podido ni acabar con las cucarachas, hay algo blando bajo mi cuerpo, así como tú, siempre bajo él, y siento algo gelatinoso, como pus, no sé, algo crujiente que despedazo bajo mí. Sí, al fin he matado a la cucaracha, la he matado, sí, ya no estará más aquí, la he matado con mi cuerpo, tranquila, no es nada, total, duerme, querida, duérmete con todo y el frío que sientes, como te dormiste aquí y soñaste que tú comprabas tus desechos por litros, por galones, por botellas, que

si no viene el cuco y te comerá, como te dormiste conversando con la empleada de la ciudad de las luces rojas, verdes, amarillas, en esta ciudad donde se dan todas las desesperanzas, he matado a la enorme cucaracha aplomada como una mariposa negra, y ya no estará aquí, al fin, y casi se me ha ido el dolor, y qué importa, qué importa, porque todos creyeron que casi violas al novio de tu hermana, porque tu tía tía que era como tu madre que dice que lo vio, lo vociferó por todo el pueblo, y porque un día llegaste a la ciudad de las calles sucias, donde corre una quebrada inofensiva que en la estación lluviosa se lleva toda la basura que los samblandeños arrojan, porque como dice tu marido, son tan cochinos, y fuiste a la ciudad de la espera, donde siempre estuvieron encendidas para ti todas las luces rojas, a donde fuiste cuando dejaste el pueblo de San Blando que no tiene cuándo, el pueblo donde se han dado todas las historias, con un para siempre en el infierno, con la mujer que siempre miraba el sol y sus hijas del pecado, y partiste con tus demonios y tus ángeles y tus miedos y tu enorme ignorancia y tus cantos a la virgen y la eternidad para siempre, para siempre a tus espaldas.

Tranquila, tranquila, sí, has matado a la cucaracha; me he librado de ella para siempre y he quedado sucia de pus, de alas de cucaracha, crujiente, estrujada por mí, para siempre y no volverá a revolotear más sobre mi cabeza, y no me molestará más y me he librado del dolor, ese dolor tan grande de cabeza, y tengo sueño, tanto sueño, sí, abrázate a tu cartera, como cuando eras niña, allá en San Blando, te abrazabas a tu “muñeca querida, blanca y rubia como un querubín”, muy distinta a ti, que eres así medio café con leche, aunque tu familia, tan aristocrática, de pura prosapia decía que era de la pura raza blanca, aunque tu padre tuviese el cabello crespo, y tu madre, no sé, no sé cómo era mi madre, porque murió, porque la mataste al nacer, pero no fue buena, ya te lo dijo la tía siempre tan elegante de la capital, no fue buena, tu padre tuvo consideración con ella, y tú la heredaste, por eso eres así medio quemadita, aunque pasas por blanca en la capital de las luces rojas, sí, muy distinta a tu “muñeca querida blanca y rubia como un querubín”, que se perdió y que te acompañaba en tus sueños de niña, duerme, duerme. No, no puedo dormir, rodeada de este vaho que despide mi propio cuerpo, de tanta humedad y estoy enfriándome, enfriándome cada vez más, invadida de tanto recuerdo de ti, por tu pasado remoto, el diablo, con cuernos y alas de murciélago, como la cucaracha que no volveré a sentir revolotear sobre mi cabeza, que ha muerto para siempre, al fin, pero al diablo no pudiste matarlo, a él que te miraba desde el reloj que representaba la eternidad. Deja de pensar, nunca se debe pensar, se peca “de

pensamiento, palabra, obra y omisión”, y sobre todo de pensamiento, si piensas mucho no te podrás dormir y podrá regresar el dolor, duérmete mi niña, duérmete mi amor, duérmete la prenda de mi corazón, así, tranquila, intranquila, sudando, con mucho frío, pero sudando, acurrucada, abrazada a tu cartera, sucia de ti, de la cucaracha que ya no puede caminar, feroz, repulsiva, así, tranquila, sin esa jaqueca que te ahogaba, y ni tan siquiera te has limpiado, pero debes dormir, como en un largo viaje en tren, donde vas por horas y horas, un tren despoblado, desierto, deshabitado, y allí vas, en pleno aislamiento, como el ermitaño de las barajas, ahora sí estás sola, amor, amada, ahora sí que estoy sola. No pienses, no pienses, la mente en blanco, uno, dos, tres, cuatro, cinco, Dios te salve María llena eres de gracia y así es mejor, duerme, no te inquietes, acurrucada por horas, y con frío, para que duermas larga, largamente, y se hagan más cortas las horas de la espera, total, algún día vendrá alguien, y habrá mucha, mucha gente, como un viaje extenso como las llanuras de San Blando, el pueblo que no tiene cuándo, donde no se sabía por dónde salía el sol, porque lo hacía por lugares diferentes a todos los lugares del mundo, allí está el tren, sin avanzar, por horas y horas, con muchas, muchísimas personas, en donde apenas se puede andar, pero vas sola, muy sola, absolutamente sola, y te das cuenta de que sí, de que hace muchas horas ese tren no se mueve, por tu pasado remoto el diablo y junto a él dos jóvenes como lo fuiste tú, con las manos atadas a sus espaldas, inmovilizadas, como lo estuviste cuando el novio de tu herrnana te arrinconó y te miró con impudicia, y mira cómo me tienes, te dijo, arrinconándote, como estoy aquí, ahora, sola. Apenas he logrado dormir, pero ha pasado el tiempo, sí, has descansado y tomas fuerzas, y el dolor ha desaparecido, qué sucia estoy, en este suelo gelatinoso, inmundo, en este elevador escuálido y sórdido. Mejor es salir de este letargo, ¡cómo quisiera irme de aquí!, tengo que hacer algo, no puedo esperar tanto, estoy enmohecida, tal vez cuando salga estaré herrumbrosa, con un musgo muy verde que me crece por todo el cuerpo, toda oxidada,

en esta pestilencia insufrible, enterrada viva, como aquel antepasado tuyo que no conociste, y que cuando lo fueron a sacar del condominio estaba entero, enterecito. Sí, amor, tienes que salir de aquí, ahora, con más calma, sin fatiga, libre del dolor que te agobiaba, tengo que encontrar alguna forma de abrir la puerta, pero tengo hambre, tanta, tanta hambre, es que el hambre me está matando, un hambre insaciable, te comerías los codos, y sed, pero sobre todo hambre, es ella, su majestad el hambre, la que nunca sentiste porque siempre estuviste bien alimentada, con aquellos enormes platos de sopa de fideos con papa que la tía tía que era como tu madre te hacía comer a la fuerza, es el hambre lo que me seca la boca casi sin saliva, pero es el hambre; es mejor no pensar en la sed, estás sola, pobrecita la huerfanita que no tiene ni padre ni madre, pero allá en San Blando no querías comer, y flaquita y todo la directora del coro encontró que tu voz era hermosa, tu voz de papagayo, como decía la tía tía que era como tu madre, tan buena, pero tenías una voz hermosa. Tengo hambre, es la hambruna que se ha adueñado de mi estómago como una garra, cómo me duele la boca del estómago, una zarpa áspera y dura, nunca nunca he sentido tanta hambre y tanta sed, ¡Dios mío!, qué pensará tu marido, con quien te casaste para que te diera respetabilidad y limpiara tu vida como un día limpiaron las calles de San Blando que los samblandehños volvieron a empuercar, como dijo la tía tan elegante y la tía tía que quería tu bien, por tu pasado remoto estaba el diablo portador de miseria, sufrimiento y desolación, como te sientes ahora que quieres salir de aquí para irte a tu casa, donde está tu marido, tan bueno, si no fuera por él aún estarías allá, en San Blando que no tiene cuándo, o en la ciudad de las luces rojas, de la Seca a la Meca, porque en ninguna parte se te quería, aunque tu tía la solterona beata que era como tu madre gastó tanto en darte una buena educación donde las monjitas que te hablaron de *forever and ever in hell*; pero él, tu marido, tan alto, muy alto, te libró de toda esa gentuza primitiva, y tienes que agradecerérselo, y estoy desvanecida de

hambre, de este anhelo de una mínima caricia de ti, que un día me miraste con ternura, allá en la capital, en la ciudad de las luces rojas con las calles sucias, donde esperé más tarde tus llamadas, y fue cuando te alejaste de mí para siempre, y la criada de la tía tan elegante que te habló de su hijo, ya no tengo frío, tengo hambre y sed, cada vez más hambre, en este sarcófago de metal en donde se consume la carne, sí, amor amada, allí estaba él a tus doce años, con su radio a todo volumen, el pelirrojo pecososo, con quien nunca cruzaste una palabra, sólo te silbó, fuiii, fuiooo, aquella tontería, y luego se fue del pueblo, y un día la criada de la tía tan elegante te dijo que tú no salías nunca, sólo de la escuela a la casa y de la casa a la escuela, y la ayudabas a lavar, planchar, y un día te invitó a visitar a su hijo reconocido, no, no puedo quedarme así, mojada, a la mejor tengo alguna servilleta en mi cartera, tu magnífica cartera de cuero, con el encendedor veré mejor, aunque creo que, apenas sí se ve, la llama se está acabando, y entonces sí que estaré en las tinieblas, mejor lo guardo para mis cigarrillos, adivina adivinador quién es este gran señor, algo cuadrado, de cuero, por supuesto, todo lo tuyo es muy fino, a ver ah, sí, mi monedero, y esta otra cosa alargadita, redonda, ah, mis pastillas, mis pequeñas misericordias amarillas, redondas, y esto otro suave, rectangular, con hojas de papel, claro, mi libreta de teléfonos donde nunca pude apuntar el número de Dios, ¡si lo hubiera sabido!, nada, ni un pañuelo, ni una servilleta, claro, tan descuidada con tus cosas, porque en tu trabajo sí que eres cumplida, y al menos las monjitas tenían sus pañuelos con qué secarse el sudor. ¡Mira qué lindo suena!, “como lindas campanitas de cristal,” claro, ya ves, ya ves, el que no lo adivina tonto es, las llaves de mi casa, y del carro que te regaló tu marido diciéndote que no te puedes quejar, dime cuándo pensaste que ibas a tener un carro de ocho cilindros, ahora que se está agotando el petróleo, grande, espacioso, todo rojo por dentro y por fuera como las luces de la capital de San Blando, y te lo dio advirtiéndote que debes manejarlo con mucho cuidado, es caro y debes saber valorar lo

que te doy por hacer el amor sin amor, por costumbre, a la misma hora, el mismo día, siempre igual, él tan alto, tan fuertote, y tú tan bajita, un pigmeo a su lado, pero te había regalado ese espléndido automóvil con llantas blancas, y *power steering* y *power brakes*, que los sambladeños no podrían soñar tener uno igual. Ellos nunca te habrían dado el lujo de tener un carro como ése, sí, porque querían ver qué sacaban de ti, y ninguno de ellos se hubiera casado contigo, después de lo que hiciste a pesar de haber jugado al escondido en el pueblo de San Blando que no tiene cuándo. Tengo que salir de aquí, no soporto más esta hambre y esta sed. ¡Qué bien me vendría una taza de café, calientita, aquí, ahora, con una mermelada fina, finísima que los sambladeños no prueban jamás; sí, golpea la puerta fuerte, muy fuerte, pero nadie te oirá. Y un día la criada de tu tía tan elegante te invitó a salir con ella a visitar a su hijo que cuidaba una vecina, y la tía tan elegante te dijo que sí, que fueras, ya sabes que no tienes que pedir permiso, ya te dije que puedes hacer lo que te dé la gana, se te da suficiente dinero, puedes hacer de tu vida un tren, pero con cuidado, ya que te interesa esa gente vulgar, sin principios, tan primitiva, pero claro, la cabra tira al monte, y fuiste a donde vivía la vecina de la criada, en donde había cuartos, muchos cuartos con muchos números, muchas puertas, todas abiertas, pequeñas, no como ésta que no abre por más que lo intentes, muchas puertas por donde entraba el sol duro, agotador, recalcitrante, tengo que salir, un último esfuerzo, ¡Dios mío!, ¡golpea duro!, ¡más duro!, a ver si te oyen, y allí, en aquellos cuartos sí daba un sol cruel, y había muchos niños de todas las edades, porque no se conocía la *sana costumbre*, y un abanico eléctrico que echaba humo y un televisor, un radio a todo volumen como el del muchacho pelirrojo pecoso, cantando “decir te quiero, decir amor no significan nada”..., tengo hambre, cómo, cómo me baila el estómago, claro, tan acostumbradito a comer sus buenos platos de sopa de fideos con papas desde niña, y la buena comida de tu casa, la mejor de todas, la mejor carne, el mejor café, la mejor leche, el mejor helado, y que la tía tan

elegante de la capital también consumía, porque tenía muy buenas relaciones, que se la conseguían, y ahora se la proporcionas tú, porque tu matrimonio te dio categoría, (la gente compra tus desechos por litros, por botellas, por galones). Tengo que olvidarme de la hambruna, y allí estaba el hijo de la criada con sus ojos negros, muy negros, brillantes como la mirada de un niño, a ver, mi amor, dale un beso a la señorita, y él te miró con su mirada de niño, con el cabello manchado de pintura, pintura verde, como verde me pondré aquí de tanta humedad y tanto orín, y tengo mucha, mucha sed. Chasquea la lengua, tal vez el infierno sea con mucha sed, mucha hambre y mucho frío, y el niño se acercó huraño, mirándote, mirándote con su mirada de niño y yo con mucho calor y sed, como ahora, pero una rata hambrienta se paseaba por los vasos del cuarto, por las camas, mucha sed como ahora, y el niño me dio un beso en la mejilla, tierno, húmedo, tú eres muy linda, te dijo. Ay, mani, mira qué chiquillo tan vivo, si es vivísimo, tomando su chance con la señorita, y acercó su mejilla empolvada con polvo de la calle, y su cabello rizado, castaño, con una mancha de pintura verde, no recuerdas ningún otro beso más que éste, tal vez la tía tía que era como tu madre, tan buena, que se sacrificó por ti, te besó alguna vez, pero no lo recuerdas, allá en San Blando que no tiene cuándo, con todas las comodidades, o en la casa de la tía tan elegante de la capital donde todo era tan limpio, tan fino. El niño con mirada de niño como sería la mirada de..., tranquila, tranquila, vamos a hacer un intento por salir, allí en tu cartera, tienes una peinilla con palito y todo, que puedes meter por la ranura de esta puerta rígida y esclerótica, tienes que abrir, tienes que salir para siempre para siempre de este infierno, dale, mete el palo de la peinilla por la ranura, a ver, fuerte, ayúdate con los brazos, para qué vas a golpear si nadie te oye, así, con la peinilla, dale fuerte, muy fuerte, hace unas horas pudiste abrir una rendija y creíste que un rayo de luz entraba, vamos, un esfuerzo más, con furia, dale, más fuerte, más fuerte, adelante, ya has descansado bastante, sigue, que ya has introducido la peinilla con palito en la

ranura, dale duro, más duro, sí, Dios, sí tendré fuerzas, no será como la última vez, dale, así, por la ranura, sí, ahora sí la abriré y saldré de aquí, porque tengo que salir de todas maneras, ¡dale duro, más duro, con fuerza!!! ¡Nada!, se ha roto la peinilla y nada!, y esto tiene que abrir de todas maneras, llora, sí, llora y golpea fuerte, muy fuerte, con desesperación, con rabia, con ira, dale duro, muy duro con tus manos, con tus puños en alto, con dolor, repetidamente, cíclicamente, grita más, aterradoramente, desesperada, con ese alarido vociferación que tuvo que lanzar aquel antepasado tuyo que no conociste y que estaba entero, enterecito cuando lo sacaron del condominio allá en el pueblo de San Blando, golpea hasta sangrar, con fuerza, alguien tiene que oírte, ¡oh Dios!, estoy tan cansada, todo ha sido inútil, cómo me duelen las muñecas, húmedas, saladas de mi propia sangre, no, no puedo más, sí, amor, amada, llora, llora todo lo que quieras, ya no tienes fuerzas, y allá en la ciudad de las luces rojas tampoco las tuviste, y empezaste a ir a la escuela, y de la casa a la escuela y de la escuela a la casa, y empezaste una vida más solitaria todavía, aunque a esto la tía tan elegante le llamaba libertad, porque a ella no le importaba nada, sin la mirada vigilante de tu tía beata y solterona que era como tu madre y fuiste a la escuela, tranquila, tranquila, llora todo lo que quieras como cuando eras una niña pequeña, pequeñísima y llorabas abrazada a tu muñeca querida, y allí en la escuela de la capital de las luces rojas no había monjitas, ni Blacamán, sólo los profesores y tus compañeros que eran más de sesenta, en un salón donde a malas cabrían treinta, pero tú estudiabas y eras buena alumna, y esto sí alegraba a tu tía tan elegante, porque al menos no me da problemas con los estudios, como hacen tus primos con sus automóviles, que apenas te hacían caso porque no te querían, porque tú eras una soplona y les habías friqueado aquellas vacaciones, los hijos de la tía tan elegante que te enseñó cómo no meter la pata, sí, llora así, con desesperación, con angustia, como cuando eras niña, y tu culpa que allí estaba, y tú

querías confesársela a un cura, y tus compañeras que hablaban en los recreos *piel fina, suave como la seda, que sólo espera de tus caricias*, y se reunían y hablaban y hablaban siempre de lo mismo, organizando bailes. —Y qué, ¿tú nunca has ido al cine? ¡Niña!, no puede ser. Y ¿tienes novio? No, claro, pobrecita la huerfanita qué va a haber tenido novio, y eso que es graciosa, pero yo quería confesar mi culpa, tenía que librarme de ella, tranquila, tranquila, llora lento, más lento, lentísimo, nada te va a pasar tranquila, pero te has perdido de lo bueno con eso de no haber tenido nunca novio, y les hablaste del muchacho pecoso con el radio a todo volumen, porque de verdad, casi te salen cachitos. Y se burlaban de ti y del pueblo de San Blando que no tiene cuándo, y de la tía tan buena, tan beata que se iría al cielo cuando se muriera y que tanto había hecho por ti, pero no sabes lo bueno que es eso de “fue una vez sin pensarlo ni planearlo”, ahora sí que no podré salir de aquí, ahora sí que la esperanza ha muerto para siempre, llora, llora lento, más lento, lentísimo, y qué, ¿tú nunca vas a ninguna parte? Si quieres un día nos paveamos y nos vamos por allí o ¿es que no te dejan salir sola? Sí, claro, puedo hacer lo que quiera. Oye, pero tú vives en un lugar muy bonito. Y fue también cuando visitaste por primera vez a una bruja, porque querías conocer tu futuro, si de verdad te condenarías en el infierno. Así, tranquila, se llora tres minutos y luego se moquea. Y tendrás sed, mucha sed, y mucha hambre si sigues así, calma, calma, calma.

—Oye, mani, vamos a ver a una bruja para que te lea la suerte, y ¿allá en San Blando, no hay ninguna? Sí, claro que la había, la del gato, la que visitaste años más tarde. —En mi pueblo de San Blando que no tiene cuándo también hay una, pero nunca he ido a visitarla, sólo la vi de lejos, allá, muy cerca de la zanja de los hierros viejos que cercaban su casa y que afeaban la salida del pueblo, y para qué iba a ir, aunque la que era como tu madre iba a verla con todo que era pecado, y que esas mujeres todas tienen pacto con el diablo, pero quería que le diera los

números de la lotería, que nunca se ganó, y para ese entonces para qué iba a ir, pero ahora, a los dieciséis años sentiste curiosidad. —Sí, vamos, si quieres nos paveamos de la clase de la prof. esa, tan buena, que no pasa lista. Y te llevó a un lugar muy feo, como la casa del niño con mirada de niño, que te dio un beso, y allí estaba aquella mujer gorda, muy gorda, con unos dientes de oro brillantes, brillantísimos, y aquellas barajas sucias, que ella te echaba por ti, por tu casa y por tu porvenir, y por tu pasado remoto estaba el diablo, al que tanto temías, pero era tu porvenir el que querías saber, si te condenarías para siempre en el infierno, pero no, qué va, usted es para la vida, ¡uyyy!, pero sí que tiene mala suerte, mucha mala suerte, y te veía desde la penumbra, sonriendo con sus dientes de oro brillante, brillantísimos, y por tu porvenir el cinco de espadas, a ver, qué viene ahora, sí, el as de espadas, las penas de amor, y tu madre murió, sí, claro, definitivamente tienes mala suerte, y debes darte unos bañitos para que tu suerte cambie, de esta agua que te voy a regalar, pobrecita, aquí está, mira, con un pajarito macuá, en ese líquido ámbar, el pájaro macuá es de las selvas, y, por supuesto que cuesta mucho dinero, pero te lo voy a regalar, pobrecita, para cambiar tu mala suerte en tres días, tres meses o tres años, el perfume del pájaro macuá para un buen bañito, así, bien hediondo, como aquí, aunque aquí soy yo quien está sucia de mí misma, atrapada, ahora sí, para siempre.

—Ay, no, mijita, debe tener mucho cuidado, el as de bastos al revés, y tú puedes tener un hijo, ya sabes, mucho cuidado, ya te lo había dicho la tía tan elegante de la capital, que tuvieras cuidado, sí, un hijo en tres días, tres meses o tres años, allí en la capital.

—Oye, bota esa porquería, no vas a creer lo que te dijo la adivina, ¿verdad? Uno lo pasa bien y ya está.

Pero la tía tan elegante te había dicho, y las cositas malas y las ojeras magistrales, y no, mejor te ibas a confesar.

—Pero es verdad que yo no tengo mamá, y ella me lo dijo...

—Te he dicho que esto es para divertirse, no seas pendeja,

si hubiera sabido que eras tan nerviosa no hubiéramos venido, y ya sabes, bota esa porquería por cualquier parte...

Y te fuiste a la casa de la tía tan elegante y te cambiaste el uniforme y te pusiste la ropa ya sin encajes, que no era tuya, sino de tus primas, y pensaste en tu compañera de escuela, tan simpática, que quería ser tu amiga, y que te había dicho:

—Oye, ven acá, y si vamos un día al cine para que conozcas a mi novio, además le diré que traiga un pasiero.

—Es que no tengo dinero.

—No seas tonta, mani. Yo te invito, o mi novio, o el pasiero de mi novio que está más bueno. Sí, nos paveamos otra vez y nos vamos al cine.

Y el día que te paveaste para ir a la casa de la bruja nadie se dio cuenta, y nunca, nunca antes se te había ocurrido pavearte, y ¿no será pecado?, y te confesaste esa paveada, y la ida donde la adivina, tan gorda con sus dientes de oro, relucientes, adivinándote tu pasado remoto y tu porvenir en tres días, tres meses o tres años, y el cura te dijo que era una tontería, que a tu edad sólo había pecadillos, pobrecita, tan flaquita, y es hasta bonita, pero ya ves, ir al cine es sólo un pecadillo, aunque él no sabía que yo tenía muchos muchos pecadotes, y casi le cuento todo lo que me había pasado, lo que me había dicho la tía tan elegante de la capital, lo de que casi violo al novio de mi hermana, pero no, de ninguna manera, y él piensa que eres buena, y la verdad, yo no sabía nada de nada “esta noche quiero estar contigo, compartir contigo mi calor”, y te fuiste al cine con tu amiga y su novio, y el amigo que te miró con sus ojos negros, muy negros y ardientes y sentiste algo que nunca habías experimentado, ni siquiera por el pelirrojo de la radio a todo volumen, y te dio rabia, mucha rabia, como cuando el novio de tu hermana te besó, baboso, aunque era diferente, claro, pero tú no sabías nada de nada, y el amigo del novio de tu amiga te tomó del brazo y sentiste un estremecimiento, “podría amarte con todas las fuerzas de mi alma”, pero tú, turbada, alterada, y no, esto no puede ser bueno, y

te ruborizaste, y mira, oye ve, dijo tu compañera tan simpática, que quería ser tu amiga, cómo se ha puesto de roja, y qué le has dicho, tonto, a él no le vayas a hacer caso, que es más levantón, pero “prefiero la muerte antes que verme en tus brazos”, y tú no sabes nada de nada, a pesar de todos los pesares, a pesar de que tu tía tan elegante, siempre tan elegante te dijo que *esto sí que es un contraceptivo*, pero te dio mucha, mucha rabia, una rabia llena de vergüenza. —No seas tonta, no vayas a pagar, nosotros te hemos invitado.

El lugar era oscuro, tú antes sólo habías visto televisión, allá en San Blando, el pueblo que no tiene cuándo, que tenía dos cines, pero nunca, nunca te habían permitido ir, porque allí no hay nada bueno que aprender, y sí que era oscuro, como este ascensor hediondo de mí misma, con mis manos heridas dolorosamente, que ya no sangran, y estoy cansada, y tengo tanta sed, tanta, tanta sed, y ya no llorarás, para qué si uno se acostumbra a todo, al menos ahora desocupo mi vejiga cada vez que quiero, total para qué tanta cosa. Y empezó la película:

TÚ ME HICISTE PERVERSA

Dijo un letrero grande y en colores, y luego la música sensual, suave, de balada, y se sentaron cada cual en su sillita, como en la escuela de las monjitas de San Blando te sentaste con tus cuadernos y tus lápices, esta vez sin dejar espacio para el Ángel de la Guarda, y él con sus ojos negros, muy negros como los del niño de la mirada de niño, y tú adivinabas que él te miraba, porque no quitabas los ojos de la pantalla donde “él le bajó el zipper del vestido y no la dejó hablar”, la fiesta continuaba, una fiesta con mucha, mucha gente, y allí iban “el gavián y la paloma” que se habían levantado en la fiesta, al baño y allí él le levantaba la falda, y vaya el brincoteo, “no, no me dejaste hablar, solamente suspirabas, te necesito, abrázame más fuerte, más”, y todo esto en la pantalla, y a tu lado, allí está tu amiga, tan simpática que te

trató bien, con el novio, abrazados, sin dejar el más pequeño espacio al Ángel de la Guarda, la película seguía, “en un cuarto dos amantes”, y “para grabarte en mi mente, yo quiero dibujarte con mis manos, yo quiero dibujarte con mi boca”, y tu compañera tan simpática que te invitó al cine con un amigo, estaba allí, con el novio, igual que en la película, “sentir el fuego ardiente de tu piel”, y “si los hombres no lo piden, las mujeres no lo dan”, como dice aquí, en este ascensor tan oscuro, y el muchacho de los ojos negros y ardientes, que rozaba su brazo con tu brazo, como sin querer y tú, inquieta, y tus sienas martilleaban, atormentada, y tu corazón perseguido, azotado, ante ese hermoso joven del sexo opuesto, y te sentías extenuada, con mucha mucha vergüenza, igual que cuando casi violas al novio de tu hermana y tu tía que tanto te quería te acusó de haberlo tocado en mala sea la parte, siempre igual, pero distinto, porque en medio del asco y la rabia, empavorecida, con todo ese julepe, con tu amiga, tan simpática, besa que besa con el novio, allí mismo, en tus narices, te sentías amedrentada, desasosegada por la penumbra, con las mejillas ardientes y los ojos abiertos, muy abiertos por el asombro, “amor mío, cómo estás, con tu mirada, con mi silencio, sobre tu almohada, empieza el juego”, y tú allí, y la película que nunca terminaba y otra vez “quiero dibujarte con mis manos, quiero dibujarte con mi boca” y siempre el mismo hombre con diferentes mujeres, y las faldas que subían y bajaban, y los zippers que subían y bajaban, y ellos que subían y bajaban, como “la bolita que me sube y me baja” como el nudo en la garganta, que casi me ahoga, y tu compañera, tan simpática que te había invitado al cine no se distinguía en el alto arropo que tenía, con la besuqueadera y la tocadera, cuando él, con sus ojos negros, muy negros, te buscó la mano, y te dijo algo que no entendiste, y quedaste petrificada, fosilizada e invadida por la repugnancia, el miedo, “porque prefiero la muerte antes que verme en tus brazos”, porque sentiste que la sangre te hervía, y temías que él también te acariciara con la pasión y el desenfreno de la película y de tu compañera con el

novio, tan juntos, pero bien que te gustó el relajó, tienes que reconocerlo, pero mi repugnancia era mayor, y él, allí, que me fue a tomar la mano enajenada, febril, “amor mío, cómo estás, con mi mirada, con mi silencio, sobre tu almohada, empieza el juego”, y él se dio cuenta de tu asco, y esta mezcla incontenible de sentimientos dispares, que me enloquecían, y te quieres ir, te preguntó, sí, me voy, me voy, y me levanté delirante, con mucho deseo de él, de no encontrarme allí, de no haber ido nunca, como nunca debí haber entrado aquí y encontrarme tan sola, tan desesperadamente invadida por el desaliento y el miedo, y sí, ya no es miedo lo que siento, es un qué más da, sin resistencias, sí, era preferible no llegar al último círculo del infierno, hubiera sido mejor huir a San Blando que no tiene cuándo, y mi compañera tan simpática que quiso ser mi amiga se quedó, sin darse cuenta de que yo me había ido, por el alto arroyo que tenía con su novio, y él salió también, con sus ojos muy negros y ardientes, tras de mí, sí, me voy a mi casa, que no es tu casa, que es la casa de la tía siempre tan elegante de la capital, y sus ojos negros se quedaron allí, desconcertados, y yo pensaba que en verdad no era del cielo sino del cielo de donde venían los niños, porque esto sí fue claro para mí, no del cielo como una vez me había dicho la tía tía que fue como mi madre, y me fui pensando en San Blando, y en las monjas que me enseñaron del fuego del infierno y de sus círculos y de la culpa y la expiación y los demonios con todos sus nombres, que se encontraban en cualquier parte, y el muchacho se quedó allí, mirándome, mirándome desde sus ojos muy negros y ardientes, mirándote.

¡Qué silencio el de aquí! Me gusta este silencio. Por la mañana, allá donde vivo, se da el silencio de las tumbas. En San Blando que no tiene cuándo, en cambio, no hay silencios. Siempre están al canto de los cocorrones, el croar de los sapos, el misterio de la tulivieja. Los samblandehños, dice mi marido, no saben apreciar la vegetación. ¡Todo es tan salvaje! Sólo los guayacanes que encienden la llanura todos los veranos, pero no, no saben utilizar la naturaleza como aquí donde vivimos tú y yo. No se ven, como aquí, las calles limpias, muy limpias, y las grandes avenidas, todas con nombres de árboles que no ensucian las calles, como las de San Blando. Tú vives en la calle de las acacias anaranjadas, todas iguales, que florecen el mismo día y a la misma hora todos los años. Y esa otra avenida de las acacias con flores muy blancas como la nieve, por donde pasas para venir a la capital de las luces rojas, tan blancas como la nieve que nunca viste hasta que te casaste y saliste de viaje de luna de miel. Allí donde vivo se ha matado al croar de los sapos. Sólo se sienten los pasos de zapatos muy limpios, zapatos de suelas dobles, de caucho, porque no es posible contaminar todas las regiones del ruido que hacen los samblandehños. El camino de mi casa, tan limpio, después que se deja atrás una calle muy larga, por donde hay que pasar con mucho cuidado, porque en la capital de San Blando hay ladrones, y hay que subir los vidrios de tu enorme carro de ocho cilindros, con llantas blancas, *power steering*, *power brakes* y todos los poderes, que tu marido te regaló, tu marido que no adivina siquiera el gran favor que te hizo. Y se

dejan atrás esas manchas de árboles que nacen solos, que están allí porque sí, porque con todo y todo la naturaleza es buena con los samblandehños, porque ni los veinticinco temblores diarios que tienen se sienten, pero allí donde vivo con mi marido se ha organizado el trópico. El sol está allí como el rayo de luz que se filtró por la puerta del ascensor. Sí, hasta el sol se ha organizado para tostar la piel, para que nadie sude. Tu casa refrigerada, casi fría, tu casa en la Avenida de las Acacias Anaranjadas, siempre iguales, que se cuidan muy bien de no ensuciar las calles, como en la capital, y es cierto, no hay sed como ahora, toda la sed y el hambre que tuviste durante mucho tiempo y muchas tardes después de que mi compañera me llevó al cine con su novio, mucha sed y hambre como la que tuviste cuando ibas a morir. Sí, una vez iba a morir y no quiero que ese día se borre de mi memoria, porque entonces ya no tuve miedo.

Al día siguiente, después de que fui al cine, fui a la escuela, y allí estaba mi amiga, como si nada, tan tranquila.

—Y sí que has sido mala compañera —me dijo— pero claro, ya vi que te fuiste con él y qué, ¿cómo te fue?

—Y qué querías que hiciera, —le dije— me dio mucha rabia. Y la miré indignada.

—Y qué es de él, se darían un buen arrope, ¿no?

—Y eso de arrope, ¿qué es?

—Oye, ven acá, pero de verdad, ¿no sabes lo que es un arrope? Eso lo sabe todo el mundo, hasta tu tía tía que fue como tu madre... ¿Eres o te haces? Ay, bueno, te pregunto si no te diste un buen beso con él.

—Claro que no, me fui para la casa.

—¡Vaya la vida!, ¡esto sí que no te lo creo! Si ése es un tipo a todo dar, mani, de buena familia...

(—Papá, mamá, una amiga, la que les conté, recuerdan—. Y me puse muy roja, qué ¡Dios mío!, qué le habría dicho, pero ya se me había quitado el miedo.

—Sí, él estaba muy apenado, pero como tú ya casi no quedan muchachas, todas son tan desenvueltas, pero tú, querida, eres la horma del zapato de mi hijo, sí. Aunque, sabes, él es muy sinvergüenza, ¡cómo es de mujeriego este hijo mío, cómo le gustan las faldas!, pero sé que contigo será diferente... ¿verdad hijo?...))

—Y ya está en la universidad, será ingeniero y su padre le regaló una cacharpita —te dijo tu amiga—. Será ingeniero, como ingeniero es el novio de tu hermana al que dice la tía tía que casi violas, sí, una vez iba a morir, cuando pensaste que a pesar de todo, el amor era posible, después de que tu hermana se casó con el caballero y se le hizo la gran fiesta, allí en la ciudad de las luces rojas, en el club más distinguido, tu hermana más linda y más buena que tú, mejor vestida que tú, con un pasaporte para ser feliz que le dieron al nacer, y a ti apenas si te hablaba por quererle quitar el novio y se casó y no te invitaron, porque para qué le ibas a amargar el día más feliz de su vida, sólo que no te importó, porque nada importaba, pero desde que te casaste te visitan en tu casa, él y tu hermana, y te invitan a las fiestas, y tu marido feliz porque ellos están muy bien relacionados, y ellos felices porque él, tu marido le consigue zapatos muy finos a tu hermana, y recibes regalos para Navidad y cena para el Año Nuevo, con el caballero que casi violas, marido de tu hermana que pareciera que ahora sí te quiere bien, (una fila de gente compra tus desechos por litros, por galones, por botellas), porque tuviste suerte y te conseguiste un buen marido, y sentaste cabeza, aunque ya nada te importaba, como ahora que estoy tan cansada, y si no ibas a la boda no tenías que ver al que arrinconaste. Sí, una vez ibas a morir, porque pensaste en la felicidad y seguiste de la escuela a tu casa, que no era tu casa, confesándote, siempre confesándote, a pesar de que el cura me dijo que ya me había confesado bastante, y unos días después de lo del cine, lo volviste a ver, a él, al muchacho de los ojos negros, al muy sinvergüenza mujeriego como dijo su madre, con orgullo, pero contigo sería

diferente, por qué no iba ser diferente y en su casa pasaste una tarde divina como diría mi amiga tan simpática que me invitó al cine, y él sacó la guitarra, “que porque te estoy queriendo, no me pidas la razón”, felices, celebrando todos juntos, cantando, hasta yo canté, y tú, ¿cuándo te gradúas? “Una vez nada más en mi huerto brilló la esperanza”, a fin de año, me faltan siete meses. “Te quiero vida mía, te quiero noche y día”, ¿cuántos años tienes? Dieciocho cumpliré muy pronto, “te quiero con ternura, con miedo, con locura, sólo vivo para ti”, sí, amor, ese día como siempre que estabas con él fuiste feliz. “Si, tú sabes que te quiero con todo el corazón”, así, feliz, en silencio, “que tú eres el anhelo de mi única ilusión”, tranquila, que nada te pasará, “ven calma mis angustias con un poco de amor”, tú sabes que yo no podré hacerte nada malo, tranquila, respira hondo, muy hondo, tranquila, “que es todo lo que ansía mi pobre corazón”, y sí, todos felices, celebrando matarile, rieló. Mírala, mírala, se ve que anda en algo, eh, le están saliendo cachitos, y él te iba a buscar, y tú no tenías miedo de ninguna clase porque te había llevado a su casa, pero aquella primera vez que se aparcó frente a tu escuela, cuando tú salías y allí lo viste, sonriente, tuviste miedo, no, no, debo seguir mi camino, con qué cara lo voy a mirar, después de aquella tarde tan terrible, en el cine, pero allí estaba: —Hola, corazón, mi amor, cómo estás ¿No quieres que te lleve a tu casa?, allí en su carro, medio destartado, que estacionó frente a la escuela, y me tomó del brazo, y tú otra vez anhelante, estremecida, y muy muy ruborizada, sí, amor amada, tenías miedo, pero un miedo diferente al que ahora sientes, al que sentiste cuando el novio de tu hermana te arrinconó y te dijo mira cómo me tienes.

—Vamos, no seas tonta. No estarás brava, verdad. Yo no tengo la culpa de lo que pasó en el cine. —Y allí estás, estancada, sin moverte, como si al marcharte se te fuera la vida, si pudiera decirle algo para retenerlo, pero no, irme en su carro, no. Y él te miraba y te miraba.

—Ven que te llevo.

—Pero si vivo cerca.

—Pues entonces voy contigo hasta tu casa. Y te acompañó, y tus compañeras pasaban y te veían y se reían, mira la mosquita muerta, con su coco, y después dice que no, que qué va, y allí está, con él, y se reían, y adiós, niña, después dice que no, ¡eh!, y tu compañera tan simpática que te invitó al cine lo saludó y le guiñó el ojo, maliciosa, mirándote, mirándote, comentando.

—Y por qué no te puedo llevar a tu casa, ¿te regañan?

—No, claro que no, pero bueno, me da pena... Y te fuiste huyendo casi corriendo, y él mirándote, mirándote, sí, porque tú, tan simpática, “ojos negros, piel canela”. Con el tiempo lo volviste a ver, otra vez, en la escuela, “me gustas tú, y tú, y tú y nadie más que tú”, y ¿nunca nadie te ha dicho que tienes unas piernas muy bonitas, “pedacito de mi vida”?, y te asustaste mucho, y te gustó, y también tenías una voz muy linda, y cantabas en el coro de la iglesia de tu pueblo, allá en San Blando, y contestas el teléfono aquí en la oficina, y así, sin darte cuenta, un día te acompañó hasta tu casa, y te dijo hasta pronto, y te pusiste roja, muy roja de vergüenza, por la mirada que te dio, y te quedaste ahí, tengo sed, mucha sed, tranquila amor, tranquila, ya tendrás mucha agua, allá en tu casa donde todo está tan organizado, hasta el amor, el mismo día, a la misma hora, de la misma manera, con tu marido que nunca se interesó por tu pasado, y pensaste que te quería, y te salvó, y creíste que podrías llegar a quererlo.

Y yo lo esperaba, a él, al muchacho de los ojos negros, con ansiedad, “nunca olvidaré mi vida esa tarde fría del invierno aquel”, pero aquí con calor, mucho calor, en tardes de lluvia, en tardes de sol, unas lluvias torrenciales que inundaban las avenidas, porque los samblandehños tiraban la basura a la calle y se trancaban los desagües, y él venía a buscarte repetidamente, cíclicamente, y tú perdiendo el miedo, porque te había invitado a su casa, sobre todo en tardes de lluvia en que te iba a buscar, porque no quiero que te mojes, mi amor, no quiero que te enfermes, y no, ya no tenía tanto miedo, cuando te tomaba la mano,

tu manita fría, qué lindas manitas que tengo yo, heladas, aunque ya no de miedo, sino de emoción, purita emoción, con ternura.

Pero la primera vez que te acompañó te quedaste ahí, como un poste, en casa de tu tía tan elegante de la capital, con la mirada del muchacho de los ojos negros, con quien fuiste al cine, mirándote, pero cómo, cómo me hubiera gustado que no se fuera, que se quedara allí por más tiempo, y lo viste alejarse con un hasta pronto, mirándote, mirándote, y te sentías inquieta y hasta triste, y siempre que terminaban las clases salías con la ilusión de encontrarlo allí, con tus profesoras y tus compañeras mirándote, mirándote, comentando, con todo y el miedo que tenías, y que le dirías que no, que no te acompañara, que te dejara en paz, pero querías verlo allí, muy bien vestido, estacionado con su cacharpita, que se la cambiarían cuando terminara su carrera de ingeniero, y quién es el tipo ése te preguntó tu tía que te vio llegar desde la terraza en donde se había reunido con unas amigas a tomar el té de las cinco, y a jugar barajas; y le dijiste quién era y que estudiaba en la universidad, y cómo te atreviste, lo que nos faltaba, qué vergüenza, qué dirán mis amigas, ¿no será un tipo peligroso con ideas foráneas?, porque allí de aprender, no se aprende nada, por eso es que tu tío ha mandado a los muchachos al extranjero, y a tu prima “la culta y bella señorita, hermosa flor del vergel samblandefío, que partió en un gran pájaro de hierro, cual una princesa de las mil y una noches en una alfombra mágica, a seguir estudios de inglés, francés y todos los idiomas”, con sacrificios y becas que le concede el Estado para que no se vaya a mezclar con esa gentuza que va a la Universidad, aunque claro, haz lo que te dé la gana, ya te he dicho que puedes hacer de tu vida un tren, pero aquí no vengas más con el tipo ése, y habló y habló hasta cansarse, y tú con muchas ganas de irte a tu cuarto a llorar. Ya ni hambre tengo, al final siempre se aplaca, se aguanta un poco y total, hay gente que no come y sobrevive, y todos somos iguales, te dijo él, con sus ojos brillantes, aunque nadie es igual a ti, y te invitó al cine, y

por supuesto que no ibas a ir, menos con él. Pero, mi amor, nada nos va a pasar, ven, vamos a ver una película que no tiene nada que ver con la del otro día; y no, claro que no ibas a ir, pero con todo y todo él iba a buscarte de vez en cuando, y yo, ya tenía menos miedo, y tus compañeras mirándote, comentando: vela ve. . . y él me habló sobre sus estudios, y de cómo le gustaba leer, y ¿a ti te gusta leer? ¡Qué tontería!, si no leías ni los periódicos, sólo las novelas que te mandaban en la escuela, por obligación, porque definitivamente, dice tu maestra, que trajiste muy mala preparación de las monjitas de San Blando que te enseñaron francés, inglés y buenas costumbres y cómo deben comportarse las señoritas, pero de aprender no aprendiste nada, dice tu profesora, y te exige, y con todo y todo tienes muy buena ortografía, en eso sí eres buena, y hasta te ganaste un concurso, pero lo que es la gramática y las matemáticas, nada, ni hablar, tienes que pensar y tú no sabes nada de nada, sólo las reglas, éstas sí, todas, porque todo lo haces porque te lo mandan, pero de leer no leías nada, porque le tenías miedo a los pecados y las monjitas te habían dicho que había que tener cuidado con lo que se leía, pero claro, esto no se lo ibas a decir a él, sólo mirabas la tele, con sus novelas tan interesantes: *Rafaela*, *La Indomable*, *La Zulianita*, que te embobabas con ellas, una a una, pero te dio pena decírselo y él te prestó unos libros para que los leyeras porque eran muy buenos, y cuando llegué a casa estaba la tía otra vez, muy elegante, vestida impecablemente para ir a un *cocktail party*, donde asisto yo ahora, con frecuencia, porque así lo exigen tus nuevas relaciones, muy elegante tú también, en esas salas de recibo, tan grandes, con muebles antiquísimos, recién comprados, encargados especialmente al extranjero, como los que tenía tu tía en su residencia del cerro de la ciudad de las luces rojas, y yo escondí los libros en el cuarto, aunque con miedo, claro, no fueran a ser libros malos, porque entonces el diablo se vendría a pasear por tu cama con su olor a azufre. Y ¿si llegaba a quererme y se casaba conmigo?, pero de verdad, de verdad ya le tenías menos

miedo, con todo que cuando aparecía, ya con alguna frecuencia, te sentías rígida, temblorosa, sobre todo aquel día en que los graduandos organizaron un baile, aquel TREMENDO MENEIO DE HUESOS al que tuviste que ir. Sí, creíste que podrías ser feliz, aunque los seres como tú están condenados desde su nacimiento, su mano fuerte y cálida sobre la mía, helada como el frío que sentiste hace unas horas, tal vez minutos, quién sabe, pero no, ya no tengo frío, tanto, tanto frío como el que sentí, es como si un rayo de sol hubiera entrado, y él te iba a buscar y tú ya no tenías miedo de ninguna clase, porque te había llevado a su casa, porque te quería, y “antes de conocerte yo era un terreno baldío”, pero ahora está él, “contigo y aquí, en este lugar, sintiendo sus besos”, como en el baile, y sí, él también me quería, como la *Zulianita* y *La Salvaje* y *Simplemente María*, que todas recibieron amor, porque “sin un amor la vida no se llama vida”, y sí, él te lo dijo, yo te seré siempre fiel, pues para mi quiero en flor ese clavel” del vergel samblandefío, con besos, con ternura, sin miedo, en tardes de lluvia, en tardes de sol, *and you know what eternity is*, una y otra vez, repetidamente, cíclicamente, y por tu pasado remoto estaba el diablo mirándote, mirándote, comentando, y organizaron un baile al que tuviste que ir, a menear el esqueleto, en un lugar oscuro, casi tan oscuro como aquí, en este ascensor, y lo organizaron entre todos en tu salón, ya que ese año se iban a graduar, y necesitaban recoger fondos con un baile, como nunca pensaste que fueran los bailes, y para sorpresa tuya tu tía tan elegante se mostró entusiasmadísima, qué bueno, ya es hora de que te roces con la gente, y hasta te dio el vestido de tul de ilusión que había usado tu prima para su graduación, con encajes traídos especialmente desde Holanda, y aunque el vestido te quedaba grande, no importaba, pues estabas contenta, como cuando te casaste, porque en ese entonces todos estaban contentos, hasta tú. Y todos meneaban el esqueleto sin dejarle el más mínimo espacio al Ángel de la Guarda, todos tan elegantes lustrando hebillas, porque había que recoger platita para la fiesta de graduación, y el anillo, y se hizo la gran propaganda, las paredes

de la escuela se llenaron de papeles para aquel TREMENDO MENEIO DE HUESOS, para aquel NAIT A FUN con el supersonido del MID-NIGHT SOUND, en ese lugar tan oscuro, no, calma, amor, calma, cómo se olvida uno hasta del hambre y de la sed, sí, porque después del hijo de la empleada, con sus ojos brillantes, negros, muy negros, con mirada de niño, nadie me había besado con ternura, como hacía él, ahora desde que me llevó a su casa, “llenando de ilusión y de pasión mi vida loca”, juntos, siempre juntos, porque él sería diferente contigo, te había dicho su madre, tan cariñosa, con ese hijo tan sinvergüenza.

Y él, para sorpresa tuya, era el edecán de La Reina, junto con otro, todos muy elegantes, pero allí casi todas habían ido con su pareja, y tú no, pero ese día fuiste feliz, con todo que La Reina le coqueteaba, y él, reído, bailaba con ella, por cumplir, allí, en esa marejada que se movía al compás de la música, y sentí una punzada terrible, y que el corazón me pesaba cada vez más, espeso, duro, pero fui feliz, porque él me dijo que ella era tonta, que sólo bailaba con ella por cumplir; y yo, pues, pensé, debo ser inteligente, y con todo y todo fui feliz, aunque después la llevó a ella, a La Reina, a su casa, en su cacharpita, y yo me fui sola, solitita, hasta la casa de la tía tan elegante que me había admitido allí, con todo que casi violó al novio de mi hermana, pero ese día fui feliz, con mi traje de tul de ilusión, y el maquillaje muy tenue que me había aconsejado mi tía de la capital usar, todo rosadito, porque aunque sólo bailé con él una vez, y no bailé con más nadie, ya que nadie me sacó a bailar, no me cabía el corazón en el pecho, desasosegado, atormentado. Y todos, mirándote, mirándote, niña, te dijo tu compañera tan simpática que te invitó al cine, con lo linda que estás, cómo es que no bailas, qué haces allí, comiendo pavo, mírala, comiendo pavo, pobrecita. Pero él me sacó a bailar.

—Y ¿no sabes bailar? Tienes que aprender, si eres liviana como una pluma—. Y me acercó a él, con fuerza, con ternura, con “quiero emborracharme de ti”.

—Mírala, lo mosquita muerta que parecía. Esa loca se traga un muerto y no lo eructa, pero de que lo sabe, lo sabe.

Sí, en ese entonces amaba la luz. Y supe que allí en la capital de las luces rojas el sol parecía salir por lugares diferentes de donde sale en otras partes del mundo. No, no tenía miedo a pesar del demonio, a pesar de Canfinfa y su gran saco, a pesar de todo, no tenía miedo, porque él te había llevado a su casa, y creías que te quería, que contigo sería diferente, y cómo iba a quererte si tú eras feúcha, flaquita, más tonta que nadie, habías nacido con malas auras, ya te lo habían dicho las barajas, ya te lo había dicho tu tía siempre tan elegante, porque “decir te quiero y decir amor no significan nada”, una y otra vez, repetidamente, cíclicamente, *forever and ever in hell*, mientras me acariciaba, y “tus besos se llegaron a recrear aquí en mi boca”.

—Sí, amor, yo te enseñaré a bailar, seré tu maestro, “quiero que lo sientas así”, y se acercaba más y más con ternura, “y perpetuarnos los dos”, amor, hasta que apareció ella, La Reina del Baile con su *colección completa de colores frescos, como las frutas silvestres recién cortadas para sus ojos, labios, mejillas y uñas* y lo miró y él me hizo a un lado mi amor, le dijo a ella, a La Reina, corazón, por qué me has abandonado, y me tomó del brazo y mira, te presento a una amiga, y nos pusimos a conversar los dos, los tres, pero no importó, porque con todo fuiste feliz en esa marejada que se movía lenta, lentamente de un lado a otro, sólo las cabezas, todos lustrando hebillas, sin dejar el más mínimo espacio al Ángel de la Guarda, y él la llevó a su casa a ella, a La Reina, y tú te fuiste sola, solitita a la casa de la tía, y él se alejó con sus veintitrés años, que te dijo que cumpliría, y te besó en la frente, con ternura, como el niño de los ojos negros y brillantes te besó, tan diferente al novio de mi hermana, al que casi violas, y tu marido que te besa de vez en cuando porque eres insaciable, y el muchacho que sería ingeniero se fue, con La Reina, pero tú eras feliz.

Ya casi que se me ha ido el hambre, y la sed, el recuerdo te ha matado el hambre, al menos te la ha organizado, como ese lugar en que vives, en donde hasta los árboles crecen en grandes

avenidas, todos iguales, iguales, en la misma época del año, todos los años, porque se les ha educado para que crezcan así, y llegaste a tu cuarto, allí en la casa de la tía tan elegante, a oscuras, y tomaste uno de los libros que él te había prestado, y allí donde creías que estaba su nombre pasaste tu mano, con ternura, porque con todo y todo él te quiere, y estudia ingeniería y te olvidaste de la otra, de La Reina, porque total, ya te dijo él que era tonta y que sólo estaba con ella por cumplir, y te quedaste abrazada a su libro, a su nombre.

—Míralos, dizque ni na ni na, vela ve, eso es que cuando están solos se lo da. “Esta noche el mundo se detiene, el reloj ya no camina más”, como nunca existió el tiempo para ti, y todos los relojes estaban siempre allí en una hora exacta, todos iguales, allí donde vives.

“Perdóname amor, que no quiero hacerte daño”, porque te quiero, “te quiero vida mía, te quiero noche y día, no he querido nunca así”, y te lo demostró bellamente en el autocine, en su cacharpita, así como en la película que tanto te impresionó, y tú con mucho miedo, pero no te dabas cuenta de lo que pasaba, al menos eso dices ahora, allí en el autocine, allí en la ciudad de las luces rojas, la capital de San Blando, el pueblo de nunca jamás, el pueblo donde se han dado todas las historias, sí amor, amada, amante, y un día ibas a morir, tranquila, nada te va a pasar, yo cuidaré de ti, no te haré daño, esto está muy oscuro, lo sé, pero no tengas miedo, también entonces se había ido la luz, como ahora se ha ido, o no sé si el ascensor está dañado, sí, sí, el ascensor está dañado, la luz no puede irse por tanto tiempo, como entonces, allí en el autocine, donde la juventud samblandea que tiene carro proyecta sus hijos bastardos. Esto está muy oscuro, lo sé, pero no tengas miedo, tranquila, si quieres fúmame un cigarrillo, tranquila, relajada, así dolerá menos, tranquila, tranquila, respira, tranquila, que hay aire, tres Aves Marías, tres Padrenuestros y tres Glorias antes de acostarte y se alejará el demonio de la cama, y te condenaste para siempre, para

siempre en el infierno, porque cambiaste al cura por las adivinas, calma que nadie dirá nada, nadie lo sabrá, y las ibas a visitar a ellas, a las brujas para que te echaran las barajas, para que te dijeran si él te quería, pero no, nada, un hijo, abandono, cinco de espadas, as de bastos, la catástrofe, usted nació para la vida, no para el amor, y te compraste un juego de barajas, y sabías que si salían nones era no y pares era sí, y preguntabas: lo veré, no lo veré hoy, y a veces fallaban, y no lo veías, y ya no te iba a buscar con la frecuencia de antes, sobre todo después de aquello.

—Vaya, se nota, ya lo probó, ya lo probó, pobrecita, tan ilusionada, —dijeron tus compañeras y lo dijo esa amiga tuya tan simpática que te invitó al cine con su novio, tranquila amor, tranquila, no, la sed y el hambre no deben regresar, tranquila.

Sí, una vez iba a morir, y sólo sentiste la enorme dimensión del silencio, fue en San Blando que no tiene cuándo, que el diablo te vino a visitar una y otra vez, pero ya ha pasado tanto tiempo, ya no sabes ni qué hora es, porque nadie sabe cuál es la hora exacta en la capital de San Blando, como cuando sales de tu casa, esa casa donde se dan todos los silencios, donde hay tanto orden, tu casa refrigerada y cómoda con una sala muy elegante, como la de tu tía, con sus grandes cortinajes y tu alfombra persa que te trajo tu generoso marido de uno de sus viajes, y ese cuarto especial para ver televisión, con su gran sillón de cuero donde tu marido ve todos los miércoles a la misma hora y por el mismo canal su programa favorito, sin tener que moverse de su silla porque todo se maneja con botones, porque todos los electrodomésticos están a tu orden, y en orden, haciéndote la venia, esperándote para que empujes uno y tengas todo listo en minutos, tú sí que vives cómoda, y un cuarto para que hospedes a la tía tía que fue como tu madre, cuando viene de San Blando, a hacerte la visita, esa tía que dice tu marido que tanto te quiere y a quien tanto le debes, en esa casa de donde sales todas las mañanas y que ahora te espera, con un reloj que sí marca la hora exacta, y por eso sabes la hora, como cuando sales de tu casa y llegas a la ciudad de las luces rojas y no quieres

llegar tarde al trabajo y buscas un reloj en cada esquina de esta ciudad sin horas, donde todo todo se ha detenido para siempre, sólo las luces rojas y amarillas y verdes que te dicen espera, sigue, pero siempre tienes que esperar, como tienes que esperar ahora que alguien te abra la puerta, en este ascensor de aquí de tu trabajo, donde todos te tratan bien porque eres la esposa de un hombre muy distinguido, un señor alto muy alto que no tiene nada que ver con los samblandehños y que tiene grandes influencias, aunque siempre hay quien te mira mal, porque el jefe es joven y guapo y te trata bien, y mírala, mírala cómo le sonrío, y le pagan más que a ninguna por la influencia del marido, pero tu ortografía es perfecta, no como la de los samblandehños que tienen tan mala ortografía, que “escriven haci con todo ke van a la uniberzidat”, pero tú no, las monjitas de San Blando con todo que tu idioma era de segunda, te enseñaron sus truquitos y se te aprecia por la nitidez de tu trabajo a pesar de los pesares, de que no sabes nada de nada, y por eso estás aquí ahora, esperando, porque tienes que cumplir, y eres la última en irte de la oficina, aunque qué más da, como después del baile tuviste que esperar varios días para volverlo a ver a él, a quien tanto quisiste, SI ESTÁS SOLA LLAMA AL 334430, NEGRA LINDA, ALLÍ TE HACEMOS EL FAVOR, y cuando regresaste a la escuela de la ciudad de las luces rojas...

—Vaya, qué simpaticona, parece que ya lo probó, mírala tan caderoncita, y tu amiga que te invitó al cine se reía, y todas mirándote, mirándote, riéndose, riéndose por los largos pasillos de la escuela, todas riéndose desde las puertas de todos los salones, en todas las esquinas, mirándote, mirándote, pobrecita, tan ilusionada, así, mirándote con lástima, tu amiga tan simpática que te invitó al cine y las otras compañeras, comentando si se lo diremos o no se lo diremos, que él anda con otra, con La Reina, pobrecita, y ya lo probó, ya probó al hermoso joven del sexo opuesto que será ingeniero, porque ahora que consiguió lo que buscaba quién sabe si la querrá ver otra vez, pero claro, hay que decírselo, para que no se siga haciendo ilusiones, para que no se

lo crea, que él se va a casar con ella, y se lo vamos a decir, y los demonios mirándote, mirándote sonriendo, allá en San Blando que no tiene cuándo, y esperabas siempre a que apareciera él, y te alegrabas al verlo, aunque en un principio no te atreviste a aceptar sus invitaciones, ni a dar un paseo en su cacharpita que estacionaba frente a la escuela, pero un día, ¡tan bello!, te invitó a su casa, y ese día ya no tuve tanto miedo, por qué lo iba a tener si él era tan bueno, y, además, no me invitó al cine sino a su casa, a conocer a sus padres, ¡tan bello!, ¡tan mujeriego!, con sus ojos muy negros, y no, no te llamaba con la frecuencia de antes, ni te iba a buscar, y tus compañeras mirándote, pero quién, quién le da la noticia de que él anda con otra, de que ya con ella ni na ni na, tan tonta, que se lo dio cuando se lo pidió y por eso lo perdió, por pendeja, aunque si los hombres no lo piden las mujeres no lo dan, pero el año escolar terminaba y te ibas a graduar, pero ya lo habías hecho, *forever and ever in hell*, ahora sí que no podrías confesarte para siempre, ahora sí que ibas a llegar al último círculo del infierno, aunque era preferible estar en el primero, y un día lo supiste, lo presentiste, y tuviste mucho miedo, tanto tanto miedo, igual que ahora, y sí que se iba a formar, tres Padrenuestros, tres Ave Marías y tres Glorias y alejarás al demonio que está allí para apoderarse de ti, de aquel “quiero recorrer tu cuerpo, enloquecer de deseo”. Ya lo probó, ya lo probó, decían todas tus compañeras riéndose, con malicia, riéndose, con maldad, con inocencia, riéndose, riéndose, y te miraban riéndose, y bueno, hagamos una rifa, la que le toca el número ésa va y se lo dice, y si lo jugamos a los dados, el número más alto, a ésa le toca darle la grata noticia de que él anda con otra, y se le hace el favor, sí, se lo tenías que decir a él, tan bueno, que te había querido, porque de verdad, de verdad, casi ni te diste cuenta de lo que pasaba, porque sabías que él te quería, porque no podía ser de otra manera, con todo que empezó a ausentarse, y oye, qué le pasa a tu amorcito, que no lo veo por aquí, te dijo tu amiga, tan buena, ¿será que anda con otra? Y se reía, y todas riéndose a tus espaldas, riéndose, con lástima,

cantando, “si tú me lo das, por qué me lo quitas”, y tú lo esperabas, y cuando aparecía, cómo Dios, cómo decirle lo que te pasaba, porque sin duda se casaría contigo y de una vez, y serías feliz como en los cuentos, como la Cenicienta, como todas las protagonistas de las telenovelas, como las canciones de los radios a todo volumen que poblaban San Blando, y los dados iban y venían a la hora del recreo, de mano en mano, porque alguien se lo tiene que decir y vaya qué suerte la mía, dijo tu amiga tan simpática que te lo presentó, tener que decírselo yo, y ojalá que no vaya a llorar, porque no aguanto a la gente llorona y te lo dijo.

—Ay, mani, ven acá, la verdad es que no te lo debería de decir, pero ¿sabes a quién vi ayer?, a tu amorcito, iba más bien acompañado, pobrecita la huerfanita que no tiene ni padre ni madre, y ese día no fue y el otro tampoco, y tú lo esperabas, aterrada, igual que tu vecina la virgen y mártir, y la mujer que siempre miraba al sol y que se convirtió en una pasita, aunque claro, lo tuyo era peor, porque tu familia era tan distinguida, y no tenías derecho, no, a infamarla, pero claro, tú eres de mala índole como tu madre, ya que rama que crece torcida no se puede enderezar, y de tal palo tal astilla, y casi violas al novio de tu hermana, y la bruja del pájaro macuá te lo advirtió, y un día él fue a buscarte, y te atreviste a decírselo...

—Vaya, ahora sí que la metimos —te dijo—. Yo tengo que terminar mis estudios y pensaba irme a especializar al extranjero, pero vamos a ver cómo lo arreglamos, amor, amada, amante, cómo arreglamos esto —y el tiempo pasaba, igual que a tu vecina.

Sí, Dios, qué silencio hay aquí. Como aquella vez que esperaste que él te llamara. ¿Te acuerdas cuando esperaste esa llamada que te salvaría? Y tú, en el gran pasillo de la casa de la tía de la capital que tenía un lugar especial para cada cosa, muy cerca del teléfono, esperando, y él, que no sonaba, aquella tarde que te quedaste esperando en el parque, frente a la iglesia, con el reloj mirándote, desde su campanario, sólo a ti, con la hora exacta, y el teléfono que nunca sonó, y allí estuviste toda la tarde. Te has

acicalado con detalle, tus ojos hermosos, grandes, tal vez demasiado grandes y te ves radiante, con las mejillas sonrosadas, que florecen hacia arriba, y esa tarde tuviste mucho miedo, sobre todo de aquel perro que se plantó frente a ti, como un árbol; porque eso era lo que te esperaba, un perro con sus ojos saltones y sus dientes listos para devorarte, allí en esa plaza que los samblandeños tan graciosos, llaman parque, con su estatua ecuestre, frente al kiosco con pilastras jónicas, y sus banquitos, y unos cuantos árboles rodeándolo y su iglesia, y sus faroles, allí en la capital, y con todo y todo te ves radiante, con tus mejillas sonrosadas que florecen hacia arriba, hacia la sonrisa, hacia los ojos que brillan, porque tal vez lo veas, porque te dijo que lo esperarás, que llegaría a las cinco en punto de la tarde y esperas. Él te ha dicho que estés allí, en la esquina de esa parte de la iglesia con su campanario y el reloj que marca siempre la misma hora, y allí estarás, con tus dieciocho radiantes años, acicalada, aunque a esa edad no se necesita de gran cosa para verse bien, y el reloj se ha estacionado y el perro cachetón te mira, allí cerca de ti, y los minutos son lentos, más lentos, lentísimos y tú, allí sentada, en la banquita, con tus lápices y tus cuadernos todos con tu nombre, y el perro que te mira con los ojos saltones, y los tuyos que brillan, pero ya estás cansada y no, te pareció que el reloj se había parado, pero ha dado la hora exacta y ha transcurrido el tiempo y tú estás allí, completamente sola, como llegaste al mundo, sin más ni más, sin mamá, sin papá, pobrecita la huerfanita que no tiene ni padre ni madre, sola como ese antepasado tuyo en el condominio de San Blando que no tiene cuándo, allí, aterrada. Todo es bello a esa edad, hasta la espera, y las mejillas van en descenso, bajando, bajando, y el reloj estático se ha movido hace rato y se han encendido los faroles, y no te levantas, estás como pegada a la banca, con tus ojos tristes y el calor, porque sí que sudas, y tú tan acicalada, tan bien arregladita, y tus mejillas bajan, bajan y ya tus ojos no brillan, y allí está ese perro tan feo, que te mira y te mira, con sus ojos saltones y sus cachetes que caen, abriendo la boca con terror,

pero tú también estás allí esperando, con tus mejillas hacia abajo, hacia abajo, con tus dieciocho años que no necesitan de gran cosa para ser bellos, salvo esta espera que te desampara en esta tarde de sol, igual que el teléfono que nunca sonó, y el perro de los ojos saltones y los cachetones que le caen, que te caen sobre la comisura de los labios, en esta espera en que se va la tarde con todo y sol y se encienden los faroles, porque así son las cosas de un tiempo a esta parte, amor, para siempre, y tú, muy cerca del teléfono, esperando y él que no, no sonaba y lo veías, y te acostaste a su lado, en ese pasillo tan largo que se iba oscureciendo con el caer de la tarde, allí, al lado del teléfono, concentrada, muy concentrada, con todo el silencio. Aprovechaste que no estaba la tía en la casa y allí estabas, esperando la llamada que nunca llegó, sólo la tía tan elegante, porque ella sí llegó.

—Y qué haces allí de pendeja, mirando el teléfono, ¿es que no tienes nada que hacer?—Y tu hermana, tan buena, tan linda, ella sí que ya se casó, y tú esperando siempre, con el perro igual a ti, con sus grandes dientes que te miran amenazantes, y la tristeza de tu mirada, y sí, amor, te ha tratado muy mal, dilo, la verdad, aunque él sabe que fue el primero, y allí te quedaste, esperando en la ciudad donde todas las luces rojas se encendieron de golpe, estáticas, muy quietas, todas de un rojo incandescente, como el fuego del infierno para siempre.

Sí, allí se dio el silencio en su dimensión más terrible, el terror te atrapó desmesurado y fui a su casa y lo esperé por horas, y horas y nada, no, no estaba, no llegaba, ni él, ni su padre, ni su madre, tan simpática con eso de un hijo sinvergüenza, y llamé por teléfono repetidamente y nunca nunca contestó y volvías a llamar y volvías a ir a su casa, por la noche después de tus estudios, y nada, no, no estaban, se habrían ido de viaje, y llegaron los exámenes finales y tenías que terminar la escuela, sí, ahora sí que estoy atrapada, pensaste, ahora sí que no tengo salida, como sé que aquí, en este ascensor no tengo nada que hacer, alguien tiene que venir y abrir la puerta, y ayudarme, y sé que alguien vendrá, algún día, y se acabarán esta sed y esta hambre para siempre, porque de eso sí que no te puedes quejar, amor amada, siempre estuviste bien alimentada en San Blando, con tus platos enormes de sopa de fideos con papa, y lo estuviste en la capital, en la ciudad de las luces rojas, y tu casa donde se ha organizado el trópico, con todo y lo flaquita que eras, y hasta llegaste a engordar, y en ese entonces engordaste más que nunca, porque tu cintura crecía, y tus senos crecían, y temías que se dieran cuenta en casa de tu tía, en esa ciudad donde las luces rojas se encendieron un día, y ¿me llamará?, y nones decían las barajas, nunca más, y preguntabas y volvías a preguntar y siempre ese cinco de espadas, insistente, que te anunciaba la negación de todo en ti, y empezaste a tropezar con los objetos que había a tu paso, todo, todo lo rompías, y comenzó a molestarte el sol, el sol te daba miedo, mucho mucho miedo,

un sol achicharrante, que te cocía las entrañas de terror pánico. Entonces sí que hubieras querido las tinieblas, ¡oh Dios!, estas tinieblas tranquilas y dulces como este ascensor en que se ha ido la luz, como el cuarto oscuro con la bruja trapeador y el Blacamán que tenía una sola mano y un solo ojo, y que te dio pastillas, y nada, nada de eso era tan terrible, y el cuarto en que dormías cuando eras niña y le tenías miedo a los ruidos, allí donde te quedabas sola, cocida por el pánico, “qué mal amor estás”, con esos sueños que te venían a visitar: Sí, en ese entonces amé las tinieblas, sólo podía soportar la luz de los faroles, del farol frente a la casa de él, con sus ojos brillantes que calmaron esa sed interminable, esa soledad. Y qué, queridita, no sabes que nacemos solos y morimos solos. ¡Cómo me molestaba el sol!, sólo la luz de los faroles, de ése frente a la casa de él, donde estuve mucho tiempo esperando, esperando y sintiendo que lo odiabas, sí, un odio profundo, y yo amaba las tinieblas y para él quería el sol eterno sobre sus ojos tan negros, como negra fue tu vida desde entonces, todos tus sueños y tus demonios, todo era nada frente al pavor que sentí, porque bien que te lo dijo la tía tan elegante de la capital, que hicieras de tu vida un tren, pero que para eso había esos supositorios... y no digas que no lo sabías, y no digas que no sabías lo que estabas haciendo, aunque claro, tú no sabes nada de nada, pero bien que se ...te advirtió... ¡Cómo amo la oscuridad!, ¡cómo me gusta estar aquí, en este ascensor donde nadie me ve!, ¡cómo me hubiera quedado en ese entonces, sin luz, como ahora, aquí en esta hermosa oscuridad! Pero no, no tuviste suerte, en aquella escuela no había ascensores. Tengo mucha sed. Pero me gusta estar aquí, en este silencio y esta oscuridad. Y niña, sí que estás gordita... Esa ya hizo las cositas malas, mírala, mírala, decían tus compañeras riéndose, riéndose, es que no se puede creer en nadie, la mosquita muerta, pero se acabaron las clases, por fin. El día del examen final pasaste nuevamente por la casa de sus padres que dijeron que tú eras distinta, mucho menos desenvuelta que las otras, y tú

creíste que te quería a ti, sólo a ti, porque creíste en las Rafaelas, y las muchachas llamadas Milagros, y las indomables, que todas metían la pata, y todas se casaban con el padre de sus hijos, todas, menos tú, porque te había pasado lo de tu vecina, virgen y mártir, y lo de la mujer con sus hijas del pecado, con quienes nunca debías hablar, porque no eran tus iguales. Y tu padre, en verdad, nunca supiste cómo fue la cosa, si quería o no quería a tu mamá, pero tú eras hija por fuera, y saliste a ella, demasiado extraña para ti, demasiado ocupada con sus muertos, sin oír tu voz, cuando eras niña y te llevaban a visitarla al condominio allá en el pueblo de San Blando, el pueblo de nunca jamás. Sí, ese día del examen final pasaste por su casa, y allí estaba él con ella, con la otra, con esa que era tonta, con La Reina que le coqueteaba a él y a otros, y tenía papá y mamá, y allí estaba en la terraza de la casa, celebrando todos juntos “materilerileló”, porque ese oficio sí que le iba a gustar. Allí estaba ella, muy arreglada, tan gordita como tú, más que tú, amor, tú no eras la única. Este hijo mío tan sinvergüenza, tan mujeriego, y allí está ella, La Reina con su padre y su madre, porque ella sí que no es la pobrecita huerfanita que no tiene ni padre ni madre, sí amor, ternura, sí, tranquila que no te haré daño, y tú podías verlo todo, aquella tarde en que ya se iba el sol, como un rayo ocre que pintaba el cielo inmenso, en colores, muchos colores, todos rojos, amor, amada, y el alzó la mano derecha, sí, no te haré daño, tranquila, y la pasó por la espalda de ella, y en su dedo anular brillaba un anillo redondo, de oro, y en el de ella también, que levantó su mano para tomar la de él que se le brindaba cariñosa, sí, en la mano de él un anillo redondo, dorado como el sol. ¡Cómo, cómo amaste las tinieblas!, cómo hubieras querido romper todas las lámparas, cómo hubieras querido destrozar el sol, cubrirlo con las manos, como lo habías hecho al creer que él te quería, amor, si tú eras muy fea, y muy mala, ya te lo dijo la tía que era como tu madre, tantas, tantas veces, y muy mal vestida, sin perfumes, pobrecita la huerfanita, y así, como una autómatas, tambaleante, (como una verdadera protagonista de las telenovelas)

te echaron a la calle a llorar tu desventura, te alejaste para siempre para siempre de allí con odio, con rabia, con dolor, después de tanto patear tacón por la misma acera cubierta de guayacanes desgajados, todos amarillos, brillantes, porque nunca pensaste que esto podría pasarte a ti, por tonta, nunca se te ocurrió preguntarle a las barajas si él se había casado, con sus pares y sus nones, nones y pares, y llegaste a tu casa que no era tu casa, sino la casa de la tía tan elegante de la capital, con el sol en la cabeza, encendiéndote, toda congestionada, con los ojos rojos, como ahora, de tanto llorar, como las luces que se encendieron todas, y lloraste, mucho, mucho, y caíste en un sopor, y sí, hubiera sido mejor estar aquí en esta oscuridad, que tanto amo, para siempre, y llegaste a casa de tu tía tan elegante como una autómatas, como *La Zulianita* y *La Salvaje*, pero ellas no eran de prosapia, de pura alcurnia como tu familia, tan distinguida, y usted qué tiene, usted está enferma, te dijo la criada tan buena, que supo antes que nadie, tal vez antes que tú lo que te pasaba.

—¿Por qué ha hecho esto, niña?, qué dirá la señora tan elegante, esto será muy duro para ella, y para toda su familia.

Y tú llorabas, desesperándote, repetidamente, cínicamente, como *Cristina*, “una mujer frente al mundo”, dispuesta a afrontarlo todo, a tener su hijo que sería médico, como el de la criada, como Albertico Limonta, el del *Derecho de Nacer*, y sería feliz, porque yo sí quería a mi hijito, igual que la empleada, que hoy tiene un marido, y mañana otro, porque un día ése se les va, y si acaso consigue que le reconozcan a su hijo, pero tú eres de otra clase, tu familia tan distinguida, tan gente, tu tía tan elegante con los sacrificios que ha hecho para lograr una posición, aquí en la ciudad, y tu familia, sí, tu familia que llegó en la Santa María, La Pinta, La Niña, no podías amor, amada, porque ya te lo habían dicho, que todas las mujeres de tu familia se habían casado, y tú has puesto una pica en flandes, porque eres la primera, la única, “qué mal amada estás”, porque claro, “rama torcida no se puede enderezar”, como te dijeron

siempre, y estuviste enferma por mucho tiempo, y llamaron a un médico, y vino tu tía tía que era como tu madre a ver qué era lo que te pasaba, la echaremos a la calle a llorar su desventura, porque claro, no te iban a dejar morir allí en la ciudad de las luces rojas, y fue cuando se supo todo, y te llevaron al hospital, a aquel hospital donde había enfermos comidos por la artritis que deformaban los huesos, la cara, la risa, las dentaduras una eternidad de huesos rotos donde se daban todos los números: la inyección, el termómetro a la hora, para la cama 504B, y las lavativas y los orinales, y el reloj que siempre marcaba las mismas horas, y fue cuando te dijeron que tus pecados eran perdonados, sí, un día ibas a morir, casi casi te trompetean al calvario, cuando creíste que la felicidad era posible. Tengo sed, tanta, tanta sed, ya no tengo hambre, pero la sed me agarrota la garganta, pero te salvaste de la muerte y te llevaron a San Blando que no tiene cuándo a esperar que tu hijo naciera, porque en la ciudad de las luces rojas hubiera sido terrible que las amistades de tu tía tan elegante lo supieran, y un pésimo ejemplo para tus primas, tan puras, tan señoritas, y fuiste a San Blando silenciosamente, porque pueblo chico infierno grande, y ya se vería qué se haría con tu hijo, porque de aborto, ni hablar. Tu tía beata, que iba ir al cielo dijo que era a un pecado agregar otro mayor, aunque tu tía tan elegante de la capital lo consideraba preferible.

—Así es que ya abriste las piernas —rió el tío siempre borracho—, y nadie quiso saber de ti. Había que jugar al escondido, que nadie lo supiera y cerraron todas las puertas y todas las ventanas y te llevaron a la casa de la finca, más allá de la casa de la bruja, cercada por unos hierros muy viejos que no servían para nada. Y te llevaron para que nadie viera que el diablo se te había metido en el cuerpo, y un rayo de luz entraba por la puerta de ese catafalco que fue tu cárcel, y tu familia muy indignada, una indignación callada, peor que todos los alaridos de todas las bombas y las hambres y las muertes que pueblan el

mundo, todos guardaron silencio, tu tía tan buena que era como tu madre, tu tía tan elegante de la capital, tu tío siempre borracho, todos guardaron silencio y tuvieron que comerse por tu culpa todos los barquitos de Colón: La Santa María en el que llegó tu más antiguo ancestro, La Pinta y La Niña, y la primera iglesia en Tierra Firme que ayudó a construir tu tatatatatarabuelo, y todo esto tuvieron que tragárselo, todo hubo que tragárselo y disimularlo, y la tía de la capital, tan elegante, tan fina, contribuyó enviando fajas para que te apretaras la barriga, no fuera que algún indiscreto aguaitara, en aquella casa de la finca, y estuviste encerrada, y sólo salías de noche. ¡Cómo amaba la oscuridad!, cómo amaba el silencio, igual que ahora, aunque no, allá en el pueblo nunca hay silencio: está el canto de los cocorrones, y el croar de los sapos, y la Silampa, y la Tulivieja, y el caballo de Victoriano que golpeaba las puertas, y las chorotecas que anunciaban que iba a llover, que ese verano interminable llegaba a su fin. Cómo amo este ascensor tan oscuro y tan alejado de todo, y sólo salías por la noche a caminar, porque el médico lo había recomendado así, para que el niño fuera fuerte, y ella, pobrecita, está tan débil, y tenías unas ojeras muy grandes, a lo mejor había que enterrarte viva, por mala, y tú tenías mucho miedo esperando, esperando a tu hijo que nadie debía ver, con todo que en la capital de San Blando premian el día de la madre, a las mujeres que más hijos traigan al mundo, sea como sea, fomentando la sinvergüenzura, como diría la tía elegante de la capital, pero a ti no se te premiaría por la gracia que habías hecho, con todo que por primera vez sentías que ibas a tener algo muy tuyo, porque claro, siempre está aquello del instinto maternal, porque tu ropa no era tu ropa, tu ropa era de remonta ya sin encajes de las primas, y tu casa de San Blando era de la tía que era como tu madre, y la casa de la ciudad de la tía tan elegante, y el padre de tu hijo era el marido de aquélla, de la otra, de la reina del baile, que él te dijo que era tonta, y que también iba a tener un hijo, pero con ella se casó, porque ella sí tenía padres muy elegantes y distinguidos y

tú, en cambio, sin duda, y él lo sabía, que estás allí, en la ciudad de las luces rojas, por pura casualidad, porque nadie te quería en ninguna parte. Sí, iba a tener algo muy mío, un niño con mamá, un niño con mirada de niño, como el hijo de la criada alla en la capital, tu hijo que te salvaría de las culpas, porque tener un hijo duele y el dolor purifica si se aguanta, y sentiste que te podías morir, y te desmayaste. Es varón, oíste en esa duermevela que te acompañó para siempre. Y no supiste más nada, pero no sé cómo pensaste que tu familia, tan honorable iba a tener a tu hijo del pecado en la casa, y lo oíste llorar, y te desmayaste de dolor, de placer, de alegría, pero por puro gusto, porque nunca lo llegaste a ver, como la protagonista de *Pasiones Encendidas* que no se dio cuenta de que tuvo mellizos, y se los arrebataron, pobrecita, igual que a ti. Pero tú nunca lo buscaste y quién sabe si está como el hijo de *Raquel* en un barrio brujo, mi hijo, dónde está mi hijo, y allí estaba ella, tu tía tía que era como tu madre, inalterable, majestuosa: tía, tía, dónde está mi hijo, y ella largó su mano veloz contra tu rostro, y no seas descarada, te dijo, ¡no grites! ¿De qué hijo estás hablando? ¿Dónde está mi hijo?, cómo creíste que te ibas a quedar con él, te dijo la tía tía que sólo deseaba tu bien. Sí, cómo creíste que tu hijo iba a estar contigo, cómo pensaste que ibas a criarlo, tan irresponsable, que no sabes lo que haces, que no sabes nada de nada, tan loca, cómo ibas a criarlo, cuando eres una cualquiera, como la familia de tu madre con quien tu padre nunca debió mezclarse, y dale gracias a Dios que a él, a tu padre se lo hemos ocultado todo, él no sabe nada de esto, ni una palabra, y nadie debe saberlo. Al menos tuviste cabeza y tu hijo te lo hizo un blanco, porque salió bien blanquito, al menos has mejorado la raza, porque si encima de todo hubieses metido la pata con un negro, la habrías hecho, pero al menos éste era un tipo blanco, fuerte, que tocaba guitarra y sería ingeniero con sus ojos negros, muy negros y ardientes, que te persiguieron para siempre en tu infierno. Tengo tanta sed y tanta hambre, estoy seca, y el niño con mirada de niño, como sería la mirada de tu hijo, también sin mamá, como tú, amor,

amada, que desgajándote creíste morir de dolor, ternura, el niño de la cara sucia que ensuciaba la tuya en ese cuarto plagado de sol, que te dio mucha sed, pero allí las cosas no estaban limpias, pero el niño te había besado y nunca antes te había besado nadie, mi niño querido, y te abrazas a tu cartera, y sí, tengo sed, duérmeme mi niño, tengo sed, tanta sed y tanta hambre, no soporto más la garganta seca, tan seca, ¡cómo duele!, ¡Dios mío!, tengo tanta sed, y se encharca las manos de sus propias humedades, y allí está la cucaracha voladora, muerta ya, para siempre, y se acerca las manos húmedas, y no, no puedo soportar ese sabor, ese olor... Y así para siempre esta sed y esta hambre te acompañarán. Un cigarrillo aplacaría el hambre, y te miras al espejo para ver si te reconoces, con la luz tenue que te da el encendedor, ahora que amas las tinieblas y el silencio, con tus ojeras magistrales como la mujer que miraba el sol, toda enmarañada, enredada, desgreñada, sí, amor, es bueno que llores, esto te hará sentir mejor, aliviará tus culpas, porque fuiste culpable, porque tienes que entender que nadie es igual a ti, que eres de los seres que nacen culpables para toda la vida, sí, llora, allí, ante el espejo, ese espejo viejo y descascarillado, como hacías cuando eras niña y no debías llorar delante de la gente, porque es mala educación, allí, delante del espejo, para hacerte compañía, así no eres tú la única que llora, es ella también, la mujer desgreñada, enmarañada del espejo, tan despelucada como la Tulivieja, con la cara muy arrugada, toda contraída y marchita, surcada por las lágrimas, destruida, envejecida, no, no puedo más, ahora sí que estás sola, ¡mi hijo, oh, Dios, dónde está mi hijo!, tu hijo blanquito, que te lo quitaron y que pudo ser médico y el padre, ese tipo a toda mecha que tocaba la guitarra y sería ingeniero y que se casó con otra.

Así, sentada, a lo largo, hasta donde quepas en este ascensor que parece una trampa, en donde apenas caben dos, este ascensor dañado, porque hace mucho se fue la luz y la luz no se va por tanto tanto tiempo. No sé si se ha ido la luz, y todo es posible,

amor, y te fuiste del campo al pueblo de San Blando donde se han escrito todas las historias y no moriste, como no morirás ahora, con tu marido, que no te ha dado hijos, ni los quiere, y tú, para qué quieres tener hijos, para qué si estás seca, si no amas a nadie, ni has amado nunca. Ni siquiera a mi hijo, y así tan campante te fuiste a San Blando a ser la criada de la casa, a cocinar, a barrer, a planchar, todo, todo lo hacías sin voluntad para nada, con todo que tenías un título de secretaria que tu tía tan elegante tuvo a bien ir a recoger a tu escuela, y enviártelo, y sin tú pedirlo, tan campante. Pero sería bueno que ganes dinero, dijo la tía que era como tu madre, hasta cuándo vas a estar así, de parásita haciéndote la loca, sin hacer nada, y fue por esto que te enviaron tu diploma, y después cuando te casaste, tu marido, tan simpático, con sus grandes zapatos de doble suela, te consiguió otro trabajo mejor, para que te realizaras y produjeras, tu marido con sus pisadas torpes sobre la alfombra, que pensaste que algún día podrían hacerte estremecer de emoción, de amor. Él, siempre tan complaciente, para Navidad y para tu cumpleaños te obsequia con tarjetas de crédito para que compres lo que quieras, eso sí, con organización, porque en tu casa todo está organizado, hasta el amor. Y tú, ahora sí, sin nada que hacer, con todo y todo, y ni siquiera piensas porque eso sí, nada de complicaciones, todo demasiado fácil para ti, con tu aparato de televisión sólo para ti, para que te entretengas, y con él, que todo lo sabe, todo lo conoce y que quiere por sobre todas las cosas estar tranquilo, y tú te sientes sola, demasiado sola a pesar del lavaplatos automático, y la refrigeradora que hace hielo sola, y se limpia sola, sólo con empujar un botón, y la televisión a colores, con los programas que tanto te gustaron desde niña, todo bien organizado, y ya a él le estaba cansando eso de verte allí echada todo el día y luego no lo dejas en paz y le interrumpes las mejores jugadas del béisbol, y además hay que pensar, pobrecita tú, que no sales a ninguna parte, ni siquiera al cine, porque es verdad que cuando él llega del trabajo está cansado, y pensó que si tú trabajaras

sería mejor para los dos, harías algo útil, y no lo interrumpirías en sus prograrnas favoritos, y el trabajo te mantendría ocupada, tan cansada como a él, porque claro, aunque nunca le has dicho, él piensa que a lo mejor te aburres, con todo que lo tienes todo, hasta una criada samblandehña que te ayuda a empujar los botones de todos los colores que adornan tu cocina, una criada samblandehña, tan simpática que te hace compañía, pero es bueno que trabajes para que no estés así sin hacer nada, y él mismo te consiguió el trabajo, porque tú qué va, qué ibas a conseguir si no sabes nada de nada, y eso mismo fue lo que pensó tu tía que hasta cuándo ibas a estar haciéndote la loca, es bueno que trabajes y ganes tu dinero y te compres tu ropa, así dejarías de usar esa ropa de remonta, que ya no recibirías más, porque tus primas tan buenas, tan puras, y tu tía tan elegante, pensaron que ya para qué, para qué más consideraciones contigo. Pero era difícil encontrar trabajo en San Blando que no tiene cuándo, y a la capital no ibas a ir. Tu tía, tan buena, sabía que allí te perderías para siempre, porque fuiste una mujer liviana, demasiado liviana, facilísima con los hombres, y es bueno que trabajes y no, no lo niegues, no digas que no, si le demostraste a tu tía que te quería como si fuera tu madre que eras así, muy fácil, que eras una perdida, queridita, y que allá en la ciudad de las luces rojas te perderías para siempre a pesar de las monjitas, a pesar de tu primera comunión, a pesar de los pesares, y si seguías así, sí que ibas a estar *forever and ever in hell*. Pero no encontrabas trabajo, no fue tan fácil como ahora, que tu marido te lo consiguió para que hicieras algo útil. Para él era fácil. Pero para los samblandehños sí que era difícil, porque son tan incompetentes, y tú tenías todas las malamañas de esa gente, pero en ese entonces siempre te pedían referencia en los lugares que ofrecían colocación y tú nunca habías hecho nada de nada, y no, yo sí quería trabajar, y muchos muchos samblandehños estaban sin trabajo, así como yo, porque eran unos vagos, que se pasan la vida haciéndose los locos, que sólo piensan en las cositas malas por culpa del trópico, y todo todo lo hacían con desorganización, por

inmoralotes, y no producen nada de nada. Ni para trabajar sirves, te dijo la tía tía y seguiste limpiando, planchando, cocinando, allí en San Blando que no tiene cuándo, donde un día se vinieron a llevar los hierros viejos que cercaban la casa de la bruja que ibas a visitar, a escondidas, por ti el amor, te ha salido el tres de bastos, y muy cerca del lugar donde tuviste tu hijo. Sí, llora, llora ahora. Pero no hice nada por buscarlo. Y allí encontraron, sí, ese año fue un año muy bueno para las cosechas y para los encuentros, y una tarde unos campesinos que labraban la tierra de tu familia encontraron unas ranitas de oro que tu tío siempre borracho dijo que eran una fortuna. Unas ranitas como la que llevas al cuello, que te regalaron el día de tu boda, porque en esa ocasión todos estaban contentos, hasta tú. Y un día, al fin, conseguiste trabajo, tu diploma no te servía de nada, porque no tenías experiencia, pero tu tío siempre borracho te consiguió el empleo, por poca plata, claro, pero qué más querías, ahora sí ibas a ganar, al menos para comprar tu ropa, porque hasta cuándo ibas a estar sin hacer nada planchando, cocinando, barriendo, lavando. Ninguna mujer de mi familia había tenido que trabajar en la calle, todas se casaban, así como tu hermana que era mejor que tú, se casó con el ingeniero que casi violas, porque definitivamente eras una loca, pero en tu honorable familia todas se casaban y las que no, pues eran como tu tía tía que era como tu madre tan buena, tan virtuosa, con olor a santidad y hasta a castidad, y que además tenía sus entraditas de esos terrenos que otros cultivaban, donde encontraron las ranitas de oro. Esas ranitas de oro que solucionaron la vida económica de toda tu familia para siempre, y empezaste a trabajar, al fin, con tu campante título de secretaria. Y fuiste donde tu jefe chiquito, flaco, amarillento, con los dientes atropellados hacia adelante frenando la lengua incontenible, que te miró como chinche que mira catre, y tuve miedo. Pero de qué ibas a tener miedo si ya sabías todo de todo, y eso se nota, y eso se lo olieron, como a la perrita de la casa donde vivía tu vecina que tuvo el hijo con el panadero casado, y una vez todos los perros de San Blando se

plantaron frente a esa casa, como árboles, esperando caer sobre su presa, y claro, era natural que el jefe lo notara, y te mirara como te miró, y esto te salvó, porque de una vez te dieron el trabajo, con todo y los muchos desocupados que esperaban, con el cuento de que con tu título de secretaria y que escribías a máquina, podías producir más, pero tuve miedo, mucho mucho miedo, tanto miedo, claro, pero no tuviste miedo en la ciudad de las luces rojas, allí sí que no ¡eh! Allí hasta te hicieron un hijo, sí, llora, llora todo lo que quieras, hacía tanto tiempo que no lo hacías, desde que te arrebataron a tu hijo, llora que eso te hace bien. Aunque entonces sólo lloré y las lágrimas no resuelven nada, y son símbolo de mala educación, así te lo enseñaron las monjitas y tu tía tía que era como tu madre, y tu tía tan elegante de la capital, y sí, tuviste suerte de que el jefe te vio con buenos ojos, y ahora iba a ser siempre así, y el tío siempre borracho vio a todos los perros de San Blando que no tiene cuándo, esperando a la perrita, y se moría de la risa, su risa estentórea de dientes carcomidos y los perros se la olieron. Y el jefe te daba mucho trabajo para que te quedaras después de las horas de oficina y tú, con mucho miedo, con terror, o sí, cómo, cómo amo la oscuridad y las tinieblas, y este ascensor donde he estado cocida por el pánico, tan sucio, viscoso, pero ya ni se siente así, ya ni se siente el olor a mí misma. Y tu jefe, con sus dientes atropellados hacia adelante, se acercaba a ti, y mira cómo me tienes, y tú, aterrada, sí, lo mismo que el novio de tu hermana, que casi violas, seguro que él sabe que tuviste un hijo, y claro, tonta, machete en el agua no deja señal, es que no sabes esto tampoco, si todo San Blando lo sabía, ¿cómo pensaste que no lo iban a saber?, por eso eras la empleada de la casa, y él se lo olió y quiso acostarte, como muchos querían hacerlo si se lo huelen. Tienes un pastelito rico, mamacita, si se te nota, y no, allí sí que no podías seguir, era preferible barrer, planchar, cocinar, lavar, y quedarte en la casa haciéndote la loca, y allá fuiste a parar. Y llegaste sin decir una palabra, para qué ibas a hacerlo, si después dirían que lo ibas a violar, al caballero... y allí en la casa estaba él, tan alto, muy alto, muy grande, con sus durables y redondos

zapatos de doble suela importados. Y tu tía que era como tu madre, habla que habla, sí, qué bueno que hayan ustedes venido hasta acá a llevarse esos hierros de la vieja zanja que afean este pueblo, y miren lo que hemos encontrado, ¿no es esto valioso?, y sacó las ranitas doradas.

—Claro que sí, esto es muy valioso ¿Se las han enseñado ustedes a alguien?

—No, porque figúrese, esta gente qué va a saber apreciar estas cosas, ya sabe lo ignorantes que son los samblandehños, que no son como ustedes que sí que lo saben todo, y nosotros queremos entregarle esto antes que el Estado se apodere de ellas y se las quieran llevar a la capital, porque allí se las roban.

—Pero se están haciendo leyes que no permiten sacar esto del país, y es bueno que nadie lo sepa.

—No, no, que nadie lo sepa.

—Nosotros podemos lograr que les paguen buen dinero por esto.

—Sí —dijo el tío siempre borracho—, tenemos entendido que ustedes tienen buenos contactos.

—Claro, claro que sí, pero esto pertenece a San Blando y nosotros podemos arreglar de tal modo que no sea una venta, sino un alquiler, les daremos una mensualidad, y así no hay riesgo. Por suerte esa ley todavía no ha sido aprobada y hay que aprovechar ahora, pero ya.

—Oye ve —dijo la tía tía—, entonces es mejor cerrar trato.

—Pero hay que seguir buscando más, esas ranitas son de tiempo inmemorial, antes de San Blando que no tiene cuándo, antes de todas las iglesias de Tierra Firme y los barquitos de Colón, antes de todas las historias de este pueblo de nunca jamás. Tendremos que quedarnos un tiempo y nos llevarán allá, a la finca a ver que encontramos.

Y se fueron y claro, seguía la tía habla que habla, es mejor que se las lleven ellos, a las ranitas de oro, total, aquí son unos ignorantes, nadie sabe nada de nada y ellos sí que lo saben todo.

Al día siguiente hiciste ver que ibas al trabajo, de donde te habían botado, decía el jefe que por incompetente. ¡Cómo Dios, cómo amo esta oscuridad!, este hermoso ascensor viejo, con su espejo descascarillado, en donde quisiera quedarme para siempre, y allí te quedaste, en el parque, sin hacer nada, matando el tiempo, esperando a que llegara la hora de irte a la casa, porque nadie debía saber que me había quedado sin trabajo, y allí te quedaste en aquel parque tan parecido al de la ciudad en donde una vez estuviste esperando, esperando con los ojos encendidos de sol, hasta que se fue la tarde y se encendieron todos los faroles, pero ahora era de día y no esperabas a nadie, sólo estabas allí, matando el tiempo, no fuera que te mataran a ti, en aquel parque frente a la iglesia, donde tantas veces fuiste al coro a cantar: “lo prometí, soy hija de María”, y a “purificar tu alma de toda malicia”, y llegó él, silencioso, con sus pisadas torpes que apenas sí sentiste, y entonces alzo la vista y lo miro, y él te mira igual que todos, igual que el jefe, igual que los que pasaban, sí, todo el mundo lo tenía que saber, con todo que se jugó el escondido, con todo que ya había pasado tanto tiempo, tú, con tu cara triste, porque estabas predestinada, porque los seres como yo están predestinados a la soledad, al as de bastos, al cinco de espadas y todas las espadas, con tus ojos grandes, muy grandes, tal vez demasiado enormes para mirar el mundo y entenderlo...

—No quieres enseñarme tu pueblo —me preguntó, así de simple, como simple parece el pueblo de San Blando. Pero yo estaba muy asombrada. ¡Cómo, Dios!, cómo hubiera querido estar aquí, igual que ahora, con todo y la sed y el hambre, con esta paz y este silencio y esta oscuridad que desde entonces amé, más que a nada, con todas las humedades del recuerdo de ti, de mí, de mi hijo. Pero qué podía hacer, sino disimular, y en eso pasó la tía, tan buena, que tanto hizo por ti, y te vio, que conversabas con él, con el extraño que acababas de conocer, pero no te dijo nada, aunque cuando llegaste a la casa se armó el escándalo, de verdad, no tienes compón, ya sabían además que

me había quedado sin trabajo, y no me dejó explicarle nada, del porqué me botaron, pero no, qué va, si no sirves para nada que no sea eso, ya sabía yo que no ibas a dar la talla, si no sabes nada de nada, tanta escuela para nada, y no vayas a llorar, ya eres una mujer de más de veinte años, y no has aprendido nada de nada, sólo has sabido meter la pata, y sí, es cierto, metiste el pie, creíste que ibas a tener suerte, ¡tú!, después el tío siempre borracho gritando que sí, que todo el mundo sabe lo que te pasó, a pesar de las fajas, a pesar de jugar al escondido allá en la casa de las ranitas de oro, a pesar de todo y oyeras, oyeras los comentarios que hacen de ti en la cantina, deberíamos dejarte aquí encerrada para siempre, pero la gente no olvida y te has cagado en la familia y tu jefe casi sesentón sin pelo, dice que eres una maricona, que no te gustan los hombres, hasta eso se dice de ti, hasta en la cantina hablan de ti, sí, allí tu jefe apergaminado dice horrores de ti, tu jefe amarillento y enjuto con sus dientes atropellados hacia adelante queriendo frenar su lengua y que te quiso llevar a la cama porque tenías un pastelito..., y yo te haría feliz, negra linda, y tú, asustada, devorada por el asco, no quisiste acostarte con él, y ahora él dice que no te gustan los hombres y habló de ti en la cantina, claro, dijo el tío siempre borracho, gritando, vociferando cada vez más con la lengua estropajosa, quién sabe qué le hiciste. Por supuesto, dijo la tía tan buena que era como tu madre, sabrá Dios qué coqueterías tuviste con él, pobrecito, y tú no podías, no podías, pero no sabes queridita que para ser mujer tienes que dárselo a quien te lo pida, si ya lo hiciste una vez y tuviste un hijo y te lo arrebataron sí, y ahora, ¡oh Dios!, sí llegué al último círculo del infierno para siempre, porque tenías que darle las gracias de que se casó contigo, tan desprestigiada como te lo dijo el tío, para hacer el amor sin amor, por costumbre, el mismo día, a la misma hora, siempre igual, él, que se casó contigo desde su gran altura, y el tío gritando, gritando y tú escuchando, siempre callada, porque rompiste con todas las leyes de San Blando que no tiene cuándo,

y todos oyeron a tu jefe embarrando tu nombre con su baba, claro, amor, amada, todos hablan de ti, señalándote, vigilando tus pasos, como el diablo de aquel cartel en donde decía eternidad y la eternidad era *forever and ever in hell*, como el diablo con todos sus nombres, todos vigilantes esperando caer sobre ti, tan buenota, vigilando tus pasos. Y cuando más se gritaba llegaron los hombres que se llevarían las ranitas de oro, y se tranquilizó el ambiente, ya que delante de los extraños hay que disimular, pero que por supuesto que también lo saben todo. Sí, llora, llora ahora, dijo la tía que era como tu madre, quién sabe en qué te pusiste con tu jefe, porque muy bien que te trató y te llevó a su oficina a trabajar con él, sí, llora, llora, pero no lloraba, si lo aceptabas todo sin rebeldía, porque me arrebataron a mi hijo. Y desde entonces no lloraste más, ya para qué, porque sí era culpable, y me fui a mi cuarto, sí, cómo quiero esta oscuridad, este ascensor que es como yo misma, porque aquí estás alejada de todo, porque naciste aterrorizada desde que lloraste por primera vez y le arrebataste la vida a tu madre, y tú allí, en la casa barre que te barre, barriendo siempre, y él llegó y te vio tan trabajadora, esto es lo bueno de las samblandeñas, pensó, son tan hacendosas, tan mujeres de su casa, y tan pechugoncitas, hay que ver como se mueve cuando barre, y también debe cocinar muy bien, por eso de que “si cocinas como caminas”, y lo han dicho, que son magníficas esposas estas samblandeñas de buena familia, y lo invitaron a cenar, y qué, no le ha gustado ninguna muchacha samblandeña, y tú, servías la mesa, y él, te miró sonriendo, ¿sabía él los horrores que dijo mi jefe flaco y calvo?, y pensé que era por eso que él, tan alto, muy alto, allí sentado, me miraba sonriendo. Bueno, hay una, dijo, y me fui a la cocina, y no supe más nada, pero luego que se fue, la tía que era como tu madre te dijo: vaya, tienes suerte, le has gustado al joven alto y rubio, tan diferente a todos los samblandeños, y con lo desprestigiada que estás, sería buena idea que te casaras, pero de verdad, tienes mucha suerte, porque no te mereces nada de nada y tú que no sabías si te querías casar

con él, aunque era tu salvación ¡Qué bien estoy aquí, en este ascensor, en medio de todas estas humedades de ti, de mí, de mi hijo!, y sería bueno que le hiciese caso, pero no lo querías, y tuviste el coraje de decirlo, que no, que no sabías si lo querías, pero cómo te atreviste, con todo que te trató bien, y te invitó formalmente a cenar, y te dijo que usted me gusta mucho, señorita, y yo con usted me casaría, porque es tan hacendosa, sobre todo cuando te vio barrer, cómo le gustaste, a pesar de tu pasado, sí, qué más querías, le gustabas a pesar de todo, de tu hijo sin padre, de que casi violas al novio de tu hermana, usted aquí no hace nada, yo gano mucho dinero y le gustará mi casa, allí cerca y lejos de la capital de las luces rojas, amarillas, verdes, donde un día todas fueron rojas, estáticas, muy quietas, y muy lejos de San Blando. Si, a él no le importa tu pasado, ni le interesa, vaya, te salvaste, pero tú no lo querías, ni lo quieres con todo y el carro de ocho cilindros, todo rojo, con *power steering*, *power brakes* y todos los poderes, a pesar de que donde vives se ha organizado el croar de los sapos y el canto de los cocorrones, y la Tulivieja no sale, la Tulivieja que también perdió a su hijo, como tú, y hasta el calor está refrigerado, y le preguntaste a tus barajas si debías casarte con él: pares, pares, pares, y fuiste donde la bruja del gato, con sus ojos verdes en la ventana, con un rayo de luz que se filtraba allá en las afueras del pueblo, a su casa cercada por los hierros muy viejos que se llevaron pedazo a pedazo, y allí, donde la bruja, pares, pares, pares, dijeron las barajas, y otra vez preguntaste lo mismo y siempre pares, y por tu porvenir el as de oros, al fin, cuando Napoleón iba a una batalla si le salía el as de oros, su triunfo era seguro. Pero no, tú no querías, y el habló con tu tío siempre borracho, y tu tío siempre borracho con su risa estentórea, estropajosa de dientes carcomidos habló con tu tía tía la solterona beata, tan buena, tan santa, que nunca te pegó, y los dos hablaron contigo y tú dijiste que no, que no sabías si lo querías, y cómo te atreviste, si nunca antes te habías atrevido, y esto está de mal en peor, cómo, cómo

se atreve, rugió la tía que es como tu madre, y el tío siempre borracho, vaya pal carajo, es que no sabes que aquí ya no te puedes quedar, el pueblo todo habla de ti, y tu jefe que dijo que no te gustaban los hombres, sí, el pueblo todo habla, y mira mijita, es bueno que lo sepas de una vez por todas, cuando una mujer ha tenido un hijo sin casarse debe tener un DE aunque sea un DE de mierda. Y gritó y vociferó, y mira tú, que pierda esta oportunidad, esto es mejor que un buen trabajo, y venir con la pendejada de que no sabe si le gusta, de que no sabe si lo quiere, vaya pal carajo, piensa lo que quieras, pero te casas. Sí, dijo la tía que fue como tu madre, y le devuelves el buen nombre a la familia, porque total, todas éstas que han metido la pata aquí en el pueblo no se han casado y tú te casarás. Sí, ahora lloras aquí en el suelo, enmohecida, encharcada, y te casaste con él y tuviste tu DE, llora sí, llora como lloraste el día que te quitaron a tu hijo, y el día que recibiste el beso del hijo de la empleada, con enorme ternura, esa sed de ternura que sienten *La Zulianita*, *Rafaela*, *La Indomable* y de ellas aprendiste bastante, y te casaste no como ellas con el padre de sus hijos, después de mucho luchar, sino con otro, con un hombre que no se interesó por tu pasado, y es natural que los samblandehños quieran ver lo que sacan de ti. Y sí, claro, tienes que reconocer que tenías que dejar San Blando, el pueblo que no tiene cuándo, donde nació tu hijo que te arrebataron para siempre y que nunca hiciste nada por encontrar, y que trataste de no recordar y con tu marido tan alto, rubio, dejaste San Blando por segunda vez, después de aquella boda rumbosa, donde fue invitado todo el pueblo, y hasta saliste en los periódicos, para que todos se enterasen de que cuando la rosada aurora acaricie el cielo de la mañana con sus dedos de nácar, una virtuosa y espiritual señorita, unirá su destino con un caballero llegado de muy lejos, cual príncipe en brioso corcel a “encender tus labios con un beso de amor”, y la iglesia ha sido decorada con flores blancas, como ese amanecer acariciado por la rosada aurora, y tu vestido blanco, muy blanco y nuevecito, escogido por tu novio, como al llegar a

tu nuevo hogar todo estaría ya organizado, todo en orden, todo nuevo, especial para ti que no tuviste que escoger nada de tu gusto, y sí, todo parecía muy bien, y atrás quedaban tu jefe apergaminado por la bilis, ya sin dientes, y el pueblo entero que se quedaba mirándote inquisitivo con Satán, Mefistófeles, Luzbel y todos los demonios. Lloras, como tenías tiempo de no llorar, aquí en este ascensor rodeada de tus propios desechos, en el suelo viscoso, herrumbroso, con el musgo que te crece en los brazos y en todo tu cuerpo, donde está la enorme cucaracha voladora, ya sin alas, que has estrujado más y más, amando cada vez más las tinieblas. Tú y tu sed de ternura, suave, tersa, como este musgo verde que te crece cada vez más en tus brazos, ya sin zapatos, sin camisa, casi desnuda, sin tus zapatos finos, importados, hechos a mano; tu automóvil con todos los poderes que manejas a grandes velocidades, con San Cristóbal allí, frente a ti, advirtiéndote que está a tu lado si vas a diez, veinte, treinta y hasta cuarenta millas, porque después de esto, *you are going by yourself*. Allí donde todo todo está organizado, muy organizado, hasta el amor, siempre igual, el amor con sus manos descomunales, sin ternura, aquellas otras manos dulces, que te tomaron una vez por la cintura y creíste que habías sido construida para ellas, aquel roce de los brazos sin querer, en aquel cine de barrio, muchos años atrás, que te llevaron a la desesperación, aquellas manos torpes que te acariciaban, que te acarician, así, sin más ni más, mientras se mira el juego de béisbol, todo siempre igual, como estás ahora viendo el techo que no miras, porque está muy oscuro aquí dentro, sí, todo organizado, hasta la ternura. Porque cómo creíste, amor, amada, sí, eres tonta, muy tonta, que él podría comprender y te le acercabas, es cierto, yo quería su ternura, sólo su ternura, pero el cree que sí que eres insaciable, claro, qué divertidas son las graciosas muchachas samblandañas, sólo piensan en eso, mientras mira el juego de béisbol, su programa favorito que interrumpes, y toma su cerveza en lata, importada, y no me hagas perder esta jugada, hay tiempo para todo, y no, no es eso, de verdad.

Pero él no lo cree así, y te hace el amor sin amor, por costumbre, siempre igual, el mismo día, a la misma hora, por costumbre, y luego se duerme profundamente, y no, nada, ni una palabra, sin besarte en la boca porque fumabas demasiado, y hueles mal, muy mal, ni una palabra, y te quedas sola, muy sola como las latas de cerveza vacías, allá en la sala frente al televisor. Ahora sí que estoy sola, en este mundo absolutamente tuyo, y el ascensor se ha movido, así de repente, se ha movido. —Oh, no, no quiero salir de aquí, sin mi hijo, sin mi madre extraña a mí, entretenida con sus muertos, allí encogida. en el suelo viscoso sucio, hediondo de sus propias humedades, con sus manos musgosas, sí, amor, tu tía tía la solterona beata que era como tu madre, muy vieja ya, lista para ir a unirse con sus muertos a ese condominio, allí en el pueblo que no tiene cuando. El ascensor baja, baja, así como se paró solo, anda solo, al menos eso te parece, ¡oh no, Dios mío, no!, déjame para siempre para siempre en este vestíbulo del infierno, y el tío siempre borracho que te dijo que debías de tener un DE aunque fuera un DE de mierda, y tu marido tan bueno a quien nunca le interesó tu pasado y que siempre que le vas a dar un beso te rechaza, porque está cansado, porque hoy no quiere, porque el juego de béisbol de los miércoles no se lo puede perder, para todo hay tiempo, un beso como quisieras dárselo a tu hijo, y me quedo allí, sola, muy sola, porque él no sabe que me habían arrebatado a mi hijo, ni lo supo jamás, para qué, el ascensor baja, y sí, nunca supe nada de nada, como los samblandehños, porque estuve cansada desde que fui al cuarto oscuro con el negro Blacamán dándome pastillas y la bruja trapeador, desde que dije aquella terrible palabra y fui una soplona, y no eras buena compañía para tus primos, desde que creí que ese muchacho tan alegre que sería ingeniero, con quien fui al cine, podía ser diferente conmigo, porque *nadie es igual a mí*, y metiste la pata y se adueñaron de ti y de San Blando todos los silencios que sólo fueron rotos por el llanto de mi hijo que rajó la noche con un ruido de faroles rotos. ¡Oh,Dios, no quiero salir de aquí!, con todo y la sed y el hambre y

la oscuridad, no quiero irme de aquí, con todo y este suelo viscoso, sucio de mi misma, sin aire ya, con todo y la mujer desgredada, enmarañada, toda despelucada que está aquí, conmigo, en el espejo viejo, descascarillado, muy cerca de mí, arrugada, contraída, marchita, con todo eso, con todo y la cucaracha voladora, que he destruido con mi cuerpo donde ha crecido el musgo suave y tierno con todas las humedades del recuerdo de ti, de mí, de mi hijo. No quiero salir, porque casi violo al novio de mi hermana y mi jefe bilioso con los dientes atropellados hacia adelante frenando su lengua incontenible quisiera dar sus últimos retozos conmigo, porque se olió que había metido la pata, como los perros de San Blando que no tiene cuándo estuvieron un día frente a la casa de mi vecina virgen y mártir esperando que la perrita saliera a la calle para caerle encima, porque claro, todo San Blando supo lo que habías hecho a pesar de haber jugado al escondido, y estaban todos vigilando tus pasos. El ascensor baja, baja, no, no quiero salir de aquí, oh Dios, con sed, con hambre, así mi amor, así, encogida, sin aire, con tus brazos en tu pecho, arrinconada, los ojos muy cerrados, de espaldas, no quiero ver esa puerta, ya no quiero que esa puerta se abra, tengo miedo, ya sin cartera, el ascensor baja, baja hacia el infierno, *forever and ever in hell*. ¿Qué decían las barajas la última vez? Ah, sí, ya recuerdo, por tu porvenir el matrimonio, ¡qué lindo! ¿verdad?, el amor de tu marido. Sólo la muerte es bella en mi porvenir, como me entregué plenamente a la idea de morir cuando iba a tener un hijo y creí que el amor era posible. La muerte vestida de escoba, porque para mí no hubo sol, ni fuerza para mirarlo de frente, sólo amé los faroles que alumbraban las calles con luz tenue, porque con todo y los demonios estaba condenada a este enorme y fálico mundo de San Blando, el pueblo de nunca jamás. Así, sin voluntad, porque nunca supe nada de nada, a pesar de todo, a pesar de que casi violo al novio de mi hermana, nunca supe nada de nada, nunca había sentido curiosidad a pesar de mi pecado nunca confesado, a pesar de que los perros tenían perritos y las gallinas

pollitos, a pesar de las hijas del pecado, a pesar de la mirada elocuente de mis compañeras del coro, a pesar de las cositas malas, yo no tenía curiosidad, limitada a los demás, sin fuerzas para vivir, ni para morir, y ese viejo antepasado que gritó una noche interminable en que se despertó entre otros muertos, porque los seres como yo estamos condenados desde nuestro nacimiento, sí, sólo quiero morir e integrarme a la tierra, al canto de los cocorrones, a las raíces de los guayacanes, a la lluvia que caía y caía en el vacío, y sentir su calor húmedo sobre mí, desde este ascensor en donde quiero morir sin más ni más, oh, sí, cómo quiero morir, y es que voy a morir, tranquila amor, pequeña, tranquila, nada te pasará, allí en ese condominio, demasiado extraña, sin oír tu voz, sí, mi amor, pequeña, dulzura, quieta, quietecita, como cuando estabas en la escuela con tu maletita y los cuadernos que ordenaron comprar todos con tu nombre, para hacer palotes, grandes palotes, tranquila, amor, pequeña, dulzura, quieta, muy quieta con tu cabecita casi casi sobre tus rodillas, así, quietecita, pobrecita la huerfanita que no tiene ni padre ni madre, quietecita, así como tu niño pequeñito que te arrebataron, qué lindas manitas que tengo yo, aquí, muy encogidas sobre tu pecho impúber. Sí, Dios, quiero este silencio para siempre, tal vez mi hijo estará en silencio, quiero las tinieblas para siempre, quieta amor, pequeña, ternura, quieta, duérmeme mi niña, duérmeme mi amor, el ascensor se ha parado y se oyen voces allá afuera, en el último círculo del infierno, donde tal vez te espera tu marido, tu enorme marido, tan alto, muy alto, muy grande con sus durables y redondos zapatos de doble suela, donde te espera una casa en donde todo está organizado, el croar de los sapos, el canto de los cocorrones, el llanto de la Tulivieja y los días para el amor, así, mi niña, sí, quietecita, muy encogida porque afuera me espera una fila de gente comprando mis desechos por litros, por botellas, por galones, porque me espera Satán escondido entre mis sábanas o en el baño, o Belcebú en las aguas del río, porque afuera me esperan encendidas, quietas estáticas, sólo para mí todas las luces

rojas, porque me espera San Blando que no tiene cuándo, el pueblo de nunca jamás, donde se han dado todas las historias, con la mujer que siempre miraba el sol y se volvió una pasita siempre mirando el sol y sus hijas del pecado y de donde un día partí con todos mis demonios y mis ángeles y mis miedos y mi enorme ignorancia y mis cantos a la virgen y la eternidad para siempre a mis espaldas, con mis muertos, sin oír mi voz, quiero quedarme aquí, en esta caja de metal, enterrada, entregándome por primera vez, infinitamente a la humedad de la lluvia, a las grandes raíces de aquellos guayacanes que se encendían todos los veranos, en la llanura de ese pueblo de nunca jamás, sólo quiero a la muerte en mi porvenir, ¡Dios!, hay una rendija y por ella se filtra un rayo de sol, se ha filtrado un rayo de luz por la mínima pequeñísima rendija de la puerta, un rayo tibio de sol de este amanecer más grande que todos los amaneceres, cálido como la ternura de un día, de minutos, la poca mínima ternura de un rayo de luz, de un gran rayo de luz que se filtra, es todo el sol sólo para mí que me espera desde todos los amaneceres que me llevarán hacia un mundo donde se darán todos los silencios que sólo serán rotos por el llanto de mi hijo.

Gloria Guardia

El último juego



*A mi compañero Ricardo Alfaro,
que con amor, comprensión y paciencia
sobrellevó el proceso de concepción y de redacción
de este libro.*

«Las aventuras del egoísmo son un largo y lúgubre melodrama que parte del descubrimiento rousseauiano de la ‘sensibilidad’ y concluye en las formas degradadas del folletín televisivo y el confesionario horizontal de los psiquiatras».

Carlos Fuentes.

Ayer, te vi, Mariana, por última vez y hubiera querido mirarte honda y detenidamente porque tenías un rostro para mirarte así; digo, mirarte sin reparos, con descaro y bastante malicia en la pupila grabadora: los labios carnosos, la frente alta, los altos pómulos morenos, me acerqué, buenas noches, Mariana, un gesto rápido, un cruce, apenas, de sonrisas y atravesaste el salón hacia donde un grupo de invitados conversaba, hola Joaquín, hola, viejo, yo buscaba una excusa para hablarte, pero qué va, tú estabas en lo tuyo, contándole a la gente lo aburrido que te había resultado aquel trabajo: el día entero frente a una máquina eléctrica, sirva un café, tome este dictado, buenos días, Pérez-Prado — Gatica — Andraque y Mandraque, los cinco latinos económicos a sus órdenes, reunión de directores con pisco-souers a las cinco, redacte este memo para el vice, el gordiflón de las nalgas de gelatina, la gente se moría de risa, figúrense, los rollos del gordo ese sobre mi escritorio, seguías hablando, dabas unos cuantos pasos, gesticulabas, tu boca se desbordaba en una carcajada y yo riendo con los otros para no hacer el ridículo, inventabas, moviéndote, toda tu gracia, ahora, frente a mis ojos, tus muslos largos, tibios, los ojos de los otros devorándote, mien-

tras Joaquín hacía un brindis, claro, un brindis y otro y otro y tú volvías sobre el cuento del gordo ya sin cejas, sin gracia, ya pelón, la carcajada inundándolo todo, el salón retumbando, la orquesta tocando y yo seguí de largo y eso fue todo, Mariana y el día cambió de rumbo y de pronto pronuncié aquel adiós que quedó fijado, imprimido, sellado con carboncillo o con tinta china: Comunicado de la Guardia Nacional, llegan a Libia terroristas panameños; hoy a las seis y cuarenta y cinco de la mañana hora local, llegaron a Trípoli, capital de Libia, los terroristas que durante más de sesenta horas mantuvieron como rehenes a una treintena de personalidades en una lujosa residencia de Urbanización Obarrio, bajo el volumen de la radio/ flota de camiones-tanque asegura agua a Los Ángeles, Betania, Villa Cáceres/ Marlene Dietrich ha recibido a los periodistas de Nueva York a los que anuncia su reaparición en público en su primer show de televisión que será transmitido el día 13 de mayo próximo. Abro la ventanilla delantera del carro y miro a la multitud de gente que camina por las calles con las manos en los bolsillos, salen como hormigas de sus cuartos de El Marañón, El Chorrillo o Calidonia, compran lotería, se toman un café en el *Coca-Cola*, almuerzan un huevo frío y mantecoso y una ración de arroz blanco con frijoles y tajadas de plátano maduro, Mariana, bajan en fila india de Loma de la Pava, repito tu nombre, suben al bus o a la chiva, diez centavos, naciste bajo el signo de los peces, Mariana, —Piscis— Mariana, Marina, y te bautizaron con el faldellín bordado en minardí que era de tu tatarabuela, la mujer de la cara pálida y alargada cuyo retrato colgaba de uno de los tantos marcos dorados que adornaban el comedor celeste-tiza de la casa de tu abuela, transbordan, cinco centavos más, el bautizo tuvo que haber sido en aquella iglesia junto al mar, Señores y Señoras, Mariana, dónde estás?, Ladies and Gentlemen, una ermita oscura con santos horribles de ojos grandes saltones y un Cristo de ricitos negros y una cruz carcomida por la polilla, this is WCA transmitting from Panama City, historical town where the two Oceans meet,

welcomes you any time of year, Panamá le ofrece un mundo maravilloso, un hechizo tropical con sus ríos y playas y montañas, todo además al alcance de su mano, la WCA da la hora exacta, las siete y cuarenta, seven forty, Ladies and Gentlemen, and this trough the courtesy of the Bank of Transylvania, un banco con más de cien años de experiencia, yes, Ladies and Gentlemen, leave your money in Panama, a paradise where your money is safe, la Suiza de América, Panamá le ofrece seguridad y buen servicio, deposite, hoy, su dinero y entierre sus preocupaciones, entiérrelas en el Club de Montañas Altos del Chagres, el club privado más grande y moderno de todo Centroamérica, diseñado especialmente para Usted y su familia, it belongs to an international chain, there you and your family will enjoy the beauty of the Chagres River, we have thought of you and your children, recuerde que los niños son los hijos favoritos de la Revolución y cuando piense en sus hijos, piense definitivamente en el *Children's Bank* con sus grandes y fabulosos regalos, Disney World, rifas, carros, el mundo maravilloso del Pato Donald, Mickey Mouse, Pluto y Dumbo, el elefantito volador, todo esto y mucho más el abrir Usted su cuenta de ahorros en el *Children's Bank*, entre calle 42 y Avenida Cuba, bajo la mirada hasta el timón del automóvil y comienzo a sudar horriblemente y es que el sol se ha fijado en el parabrisas y me ciega de momento.

—Garrido, ¿qué pasó, viejo, qué pasó?

¿Cómo se llama el tipo que me grita?, bigotito ralo, moreno, camisa almidonada y una corbata de colores chillones, le sonrío, trato de hacer memoria, es inútil/ cuando uno cree que el amor llegó/ lo deja todo y se entrega a él/ la luz verde, avanzo, la roja otra vez, otro alto y Osvaldo Ayala que canta por la radio y el sol que acabará por cegarme, Mariana, saco de mi cartera tu fotografía, el dolor se inicia esta vez por el pecho, me sube hasta más arriba de las orejas y se queda, ahí, plantado en las sienas, dime ¿por qué tuvo que suceder de esta manera?, cambio la estación de radio y ni esta vez ni las otras me es posible pensar en ti, mirarte

con indiferencia y comprendo, tal vez, que la indiferencia tiene que ser la degeneración de una última entrega, del desgaste, ¿no es cierto?, es como haber llegado a cero partiendo seguramente del uno o del dos, no más allá porque más allá ya se ha dado el misterio y eso es lo que siempre hubo en ti, mujer, nada como tus tías, ¡horror!, que llevaban aquellos vestidos acampanados cuando la moda era el chemise y que a la hora de armar la parranda hablaban bajito, con voz de medio luto, tus tías, suspiro, aquellas viejas solteronas, otra luz, tus tías, Mariana, rosario en mano rezando por algún muerto del barrio o de la familia y si no había muerto, buscando un recién operado y eso escaseaba, leyéndose las sociales en busca de los que cumplían años o aniversario de algo, ese tipo del automóvil, trato de hacer memoria otra vez, ¿Alonso?, ¿Arroyo?, ¿Arellano?, empieza con A, y Garrido se observa en el espejillo retrovisor del carro y su rostro, al compararlo con el del otro, le parece, quizá, aceptable, respetable, agradable, un rostro, en fin, pasable, a pesar de que él siempre esté requeteconsciente de que tiene la nariz grande, los labios demasiado delgados, los cachetes generosísimos y las entradas del cabello profundas, pero excluyendo lo que Garrido crea o no crea, son treinta y ocho años que no ofenden en realidad a la vista, y que si pecan de algo es de haber sido descomunadamente monótonos, eso es, de haber transcurrido sin pena ni gloria entre un par de casas de Bella Vista y Obarrio o viajando por Estados Unidos, Europa y un canto del norte de África y debió haber sido allá en Bella Vista, eso es, me detengo ante otro semáforo, claro que fue en Bella Vista, piso el acelerador, dejábamos los bailes del Club después de las doce, íbamos en pandilla a los automáticos y nadie más despreocupado que nosotros entonces, ¿verdad?, una raza de guayaberas blancas, mocasines negros y pantalones bien estirados, muchachos bébanse un trago, y así comenzaba, quiero decir, seguía la pachanga, otro trago y otro y otro, o.k., o.k. y cada cual subiendo a los cuartuchos malolientes de Río Abajo y Juan Díaz, las falditas bajando, los besos, ¡hola ricura!, las caricias entre

maestra y discípulo, las noches negras, negrísimas, la brisa hueca penetrando el santuario aquél de madera, el escenario con camita dura en el centro, ¡vaya torso, muchacho!, y aquellos cuerpos, ¡chuleta!, aquellos cuerpos que olían a aguas marinas agitándose, los cuerpos, torpes, moviéndose y se encendían las luces, un solo foco de luz mortecina y venía el recuento de cultas y las voces de los otros filtrándose a través de los tablones de madera podrida, honey, sweetheart, miro el reloj del Palacio Justo Arosemena, las siete y cincuenta, la ciudad ha despertado, estaciono el carro, los chiquillos patinando en la calle, un vendedor de lotería que se acerca y me ofrece el 04, gánese el miercolito mañana!, una voz de mujer gritando desde los balcones de enfrente, los periodiqueros que pasan en bicicleta voceando ¡*La Estrella!* — ¡*Crítica!* — ¡*El Matutino!* — ¡*La Estrella!* estaciono el carro, recojo el maletín y el saco, me lo pongo, abro la puerta, salgo y le doy la llave a ésta y camino con desgano hasta la entrada principal del Palacio, construido a las faldas de la Avenida 4 de julio, alias, *Presidente Kennedy*, alias, *de los Mártires*, pero antes de entrar volteo, mecánicamente, la cabeza y mi vista se topa con la presencia inmediata y lejana del Cerro Ancón y yo de siete años y pantalones cortos, Mariana, pantalones celestes, recitando y apenas comprendiendo y cancanando y nervioso, allá en el aula de la maestra Benita, el del Colegio de los Hermanos Cristianos, el vicio, el de Miramar, las estrofas del poema de Amelia Denis: Centinela avanzando, por tu duelo/ lleva mi lira un lazo de crespón/ tu ángel custodio remontóse al cielo/ ¡ya no eres mío idolatrado Ancón!

—Buenos días, Licenciado. Hemos pensado todo el tiempo en Usted.

—Gracias. Buenas, Lombardo,—y veo al portero que me abre con reverencia la puerta de entrada del edificio, los corredores desiertos, también el ascensor está solo, despoblado, deshabitado, nada comparable a hace diez años cuando aquí se escribía todos los días la historia de gaveta de los panameños, digo, cuando aquí sesionaba la Asamblea, subo al octavo piso y hace calor y

humedad y el ascensor está sucio y las paredes descascarilladas:

—Licenciado, —miro al hombre, al aseo, que me habla al salir yo, cabizbajo, del estrecho corredor—. El Doctor Pérez Dávila dejó el viernes pasado este portafolio para Usted. Me pidió que se lo entregara. Celebro verlo bien.

—Gracias, gracias, gracias, —le repito y desde este último piso tengo a mi alcance gran parte de la ciudad, abro uno de los ventanales y echo un vistazo: la bahía, los techos de los edificios viejos y más allá, la Cresta, son uno, dos, tres, cuatro, no alcanzo a ver los otros, los nuevos condominios y el mesonero que se acercaba con una bandeja repleta de vasos de whisky, whisky con agua, con hielo, con soda, whisky solo, en las rocas, tal como les gusta a tus primos, Mariana, a Teresa y Juan Almillátegui, ¿los recuerdas, allá, en esa terraza inmensamente larga, sentados todas las tardes a golpe de seis, saboreando, gota a gota, el *Chivas Regal* que él compra por cajas en la Zona Libre? y el viernes a las siete y media, el embajador americano, el primero en llegar, me estrechaba la mano mientras Queta besaba a Mrs. Wilson, how charming of you to give this party in our honour, Garrido, y aquel atardecer de julio, los mesoneros sin hablar, our pleasure, Mr. Ambassador, los mesoneros que se deslizaban, sigilosos, Mrs. Wilson and myself are just delighted to be with you tonight, los mesoneros que extendían los brazos ofreciendo la bandeja, quedándose, ahí, quietos, con esos rostros de ellos iguales, impávidos, canjeables, my wife and myself are equally delighted to have you over, y los invitados que llegaban y servían y cambiaban este vaso por aquél y el fotógrafo de *La Estrella* enfocando a Wilson y aquella tarde de julio a Juan Almillátegui, bajísimo, regordete, cachetón con aquellos ojos de él, pequeños que se escondían tras inmensos anteojos de carey, don Juan, por favor, mire hacia acá, hacia la cámara y él que ensayaba una sonrisa y le salía una mueca que desentonaba con el gusto espléndido, la elegancia, novedad y finura con que Teresa y sobre todo tú, Mariana, habían decorado ese piso del condominio más exótico de la ciudad, de ese verda-

dero orgullo nacional que le había costado a tus primos miles y miles de dólares y más de sesenta meses de espera impaciente y yo, Mariana, ahí silencioso, observándolo todo y no me preguntes por qué, quizá por no tener nada mejor que hacer, fui contando a los invitados a medida que entraban y, llegué hasta setenta y siete y vi cómo besaban a Teresa, mejor dicho, cómo apenas le tocaban la mejilla con una pizca del labio y cómo se dirigieron, apresurados, hacia un rincón de la sala a saborear algún langostino o camembert traído de Francia en un viaje reciente, o tal vez hacia la terraza de los helechos que aquel atardecer de julio lucían bellísimos con sus gigantescas, exuberantes y bien abonadas colas verdes que rozaban los pisos relucientes y se mecían, cadenciosos, con la brisa tropical que soplaba desde la bahía y veo a García que, desde una esquina, me mira y me vuelve a mirar, ¡coño!, y yo me siento de lo más intranquilo y me separo del ventanal y pretendo leer el periódico del viernes pasado que él me ha entregado con los documentos del tal Pérez Dávila:

AP El negociador de los Estados Unidos sobre un nuevo tratado del Canal de Panamá, Ellsworth Bunker, regresó a Washington ayer jueves, en horas de la noche, después de haber realizado en la Isla Contadora una nueva ronda de conversaciones con los funcionarios panameños y antes de partir reiteró que un nuevo tratado puede ser suscrito en fecha próxima. El Embajador Bunker partió en compañía del General Dolvin quien viajó a Panamá en una medida encaminada a dar al Departamento de Defensa un papel más directo en las negociaciones.

El Departamento de Defensa ha sido un centro activo de oposición en la forma en que el Departamento de Estado ha conducido las negociaciones, y opina que este último ha sido demasiado condescendiente en la satisfacción de demandas presentadas por Panamá para el eventual control de las operaciones de defensa del Canal.

El interés del pentágono en las negociaciones se deriva de la

presencia de 14 bases militares de los Estados Unidos en la zona del Canal, ocupadas por unos 10.000 soldados norteamericanos.

Durante la mayor parte del año el pentágono y el Departamento de Estado han discutido acerca de lo que conviene ceder en las negociaciones. Los funcionarios del pentágono proponen que se mantenga indefinidamente el derecho a defender el Canal; no todos los panameños consideran que esta petición es aceptable. (Pasa a la Página 22 No. 226).

Separo la vista, miro hacia la ciudad, ajá, hoy ya estamos a martes, los martes siempre daban matinés en el Salón Claret y cada uno llevaba su silla plegadiza y de pronto, ¡tas!, la caída y los golpes de esos de todo el repertorio de malas palabras y ahí mismo a armar la silla de nuevo, se ha dicho, y ni soñar con desprender los ojos de la pantalla porque eso hubiera querido decir perderse de la última escena de Gary Cooper en *Adiós a las Armas*, las lágrimas, los ojos coloradísimos, se encendían las luces, las lágrimas, siempre las lágrimas y este García que me mira demasiado, que me tiene ya cohibido, y los ruidos y el calor asfixiante, los ruidos de la calle que suben, que suben y las lágrimas, pero definitivamente se está mejor acá, ni hablar, mejor que en el carro y que en la casa con Queta y los muchachitos y los timbres y los teléfonos, de nuevo la mirada de García que no parece asear ni hacer nada. Reviso una serie de documentos del próximo congreso interamericano de jurisprudencia, firmo uno, dos, cinco, y el ruido no cesa, Mariana, ¿te has fijado en la horrorosa firma que tengo?, camino hacia el ventanal y vuelvo a divisar la terraza del condominio de tus primos y ¡concho!, otra vez aquella tarde de julio y Guillermo Gutiérrez, el escritor que había ganado dos o tres *Miró* en los últimos años, conversando con la mujer del Doctor González Márquez, revelando una capacidad ilimitada de asombro y yo, siempre solo, de pie, tomándome un whisky tras otro y mirando a Juan Almillátegui, viéndolo irse al servicio que

tú, Mariana, y Teresa habían decorado también espléndidamente: flores, toallas amarillas, perfumes variados, alfombra color naranja, y supongo que vomitó y que del botiquín sacó una alkaseltzer y que se aseó porque lo vi salir más ligero y a lo mejor más dispuesto a hablar con éste o aquél, perderse entre la música que venía del cuarto del estereofónico y los mesoneros, Mariana, que daban vueltas y más vueltas y el fotógrafo del otro periódico que vino y me enfocó para arrepentirse después, al verme así, solitario, con el vaso en la mano, fue esa tarde, ¿no es cierto?, cuando comenzó todo, cuando, correcto, tú sabes lo que te quiero decir, Mariana, y los mesoneros con dos bandejas de plata y Teresa que se perdía en la cocina un buen rato para reaparecer después y Antonia, la misma, la que estudió para enseñar a niños superdotados, que hablaba de pedagogía con el pianista Ricardo Bravo, mientras él miraba aquellos senos de ella tan duros y aquellos brazos tan perfectos y Bravo que hubiera dado dos noches en el *Lincoln Center* por desabrocharle a Antonia la camisa, porque es bestial, un penco de hembra, esa Antonia y lo peor es que es fiel a un marido bien bruto que no sabe apreciar la verdadera belleza y se dedica a vender tractores y hablar de tractores, ¿qué cómo lo supe yo?, bueno, porque estaba ahí cuando le pasaron el dato a Bravo y este, enfundado de su mejor cortesía y hablando de intereses comunes, poco a poco la fue desarmando para lanzarse, luego, más descarado, a la caza de esos senos maravillosos y es que tal vez tú no estés enterada, Mariana, claro, no tienes porque estarlo tampoco, pero a Antonia, de pequeñita, la llamábamos La Runcha, no, descuida, mujer que no voy a repetirle esto a nadie, pero aquella noche no era Antonia la más importante, sino tú y Teresa también, quien atentísima, se acercó en un momento dado al abogado Fernando Martínez Arias, candidato a Ministro de Hacienda, alto, rubio, buenmozazo y le puso en la mano un vaso de leche porque hacía años que Martínez Arias no bebía ni un trago de nada y yo aquello lo recuerdo, Mariana, porque me tocó hacer por esas casualidades el viaje con él cuando lo iban a operar de úlceras en la Johns

Hopkins y ese dato Teresa, tan linda, nunca lo olvidó y el futuro ministro no dejó de emocionarle ese gesto y comenzó a recitar aquello de Teresa la dulce, la dulce Teresa, y yo vi cuando le besó ambas mejillas y escuché cuando le recordó con nostalgia antiséptica, o sea, como quien recuerda que hace veinte años todos vivíamos en la calle 38 y 39 y jugábamos pelota a las cinco después de la escuela, como a los quince años ambos se adoraron para olvidarlo después y fue ése un amor que no le hizo daño a nadie y del cual ya nadie se acuerda, sólo ellos dos, claro, él aquel atardecer de julio con el vaso de leche en la mano y ella con el beso de él en ambas mejillas y fue precisamente en ese momento cuando ocurrió el encuentro, Mariana, el match, diría yo, entre Fernando y el pobre de Juan Almillátegui, quien nunca supo nada de aquel antiguo romance y es que el—pobre—diablo—de—Juan, siempre estuvo así, como al margen de todo, bueno, tú sabes lo que te quiero decir, de nuestros enamoramientos—relámpago, de los bochinches de barrio, de los reinados y, comparsas de carnaval, de nuestras intimidades de quince años, sí, Mariana, tú de sobra lo sabes, Juan, ni entonces, ni ahora, fue de la gallada de las calles 38 y 39, porque él vivía allá, en la Vía España, aislado, era un apéndice de su padre, el español aquél regordete de tirantes negros, que comenzaba a iniciarse en el negocio de la venta de comestibles y aquella era una casa, ¡contra!, me entra rubor recordarlo, era eso un caserón sin vida, sin luz, ni esperanzas, digo, un mausoleo comprado—con—mi propio esfuerzo y decorado por una mujer pálida, de ojos opacos, bien celestes y labios amoratados y aspecto fresco de tendera, donde a veces almorzábamos los domingos unas tortillas inmensas de huevos con papas que desprendían un fuerte olor a aceite de oliva que, hoy, reconozco y me agrada y aquel match, Mariana, aquel fugaz encuentro entre Juan—sin—gracia y Fernando—el—hermoso, yo lo pude observar desde el ringside y lo que vi fue a un Gulliver rubio, erguido y ufano, elegantísimo todo él, en un traje oscuro de moda que lo hacía lucir diez años más joven y veinte más ágil, que se dirigía a su anfitrión con amabilidad exagerada y a un

Pulgarcito que parpadeaba y parpadeaba sin saber exactamente qué contestarle y andaba yo en eso, sí, yo andaba observando a los dos, cuando tú hiciste tu entrada triunfal y todos te llamaron por tu nombre de pila y todos te besaron con gusto, no por cumplido, y uno a uno te fue adorando, mientras se acercaban a saludarte y tú, a sabiendas de esto, llegaste tarde esa noche, a sabiendas, también de que Juan te habría de mirar sin saber qué decirte, en diez años nunca supo cómo enfrentarte, y que Teresa, dulce, dulcísima, toda una Mariana disminuida desde que las dos primas segundas eran pequeñas, te agradecería la tardanza para brillar, así, sola en la inmensa sala decorada por ambas, donde hombres y mujeres andaban elegantísimos, igual que este viernes, y a sus anchas, igual que este viernes, bueno, casi, casi a sus anchas, digo, entre esos cien rostros y cien cuerpos y mil gestos, hasta que Quintín Arias de la Guardia insistió en presentarme a Marta, la arqueóloga que acababa de llegar de Roma o de Londres y ella, ¡qué plomo!, me dio la mano izquierda y después de admirar aquella huaca que lucía sola, divinamente sola bajo la luz de un reflector, en un rincón de la sala, se dirigió en italiano e inglés a dos individuos que yo no conocía y que, después, supe que eran diplomáticos recién inaugurados en ese maremundo y ella siguió hablando e ignorándome, mal educadísima la niña esa, a pesar de la caterva de títulos con que se presentaba y la presentaban y nos presentaron y yo esperando que cambiara al francés, alemán o al ruso, cuanto tú, Mariana, te acercaste, ¿desde cuando tú y yo no hablamos en latín?, me dijiste y los dos reímos a carcajadas y me sentí rebién a tu lado, cuando te empinaste para susurrarme al oído, ésa es políglota en la cama también, y así, sin más, me arrastraste hacia la terraza y, ahí, entre el asombro de las luces de la ciudad y la brisa suave de la bahía, se encendió, Mariana, entre ambos el chispazo.

—Don Tito, lo llaman al teléfono.

—Gracias, García, —le digo y camino lentamente hasta el escritorio de la oficina siguiente y levanto el auricular con cierto recelo porque nadie, nadie, salvo Pérez Dávila sabe que este mar-

tes veinticinco de noviembre a las ocho y pico de la mañana estoy acá, en el Palacio Justo Arosemena.

—Quiubo, Tito, ¿estás bien? Estuve preocupado horrores por ti.

—Gracias, —contesto, y no reconozco la voz que me habla
¿Con quién tengo el gusto?

—Hombre, por favor, con Pepe, que estoy aquí con Pérez Dávila y parece que él quiere hablarte y yo aproveché para saludarte, primero. De veras, viejo, estuve preocupado horrores por ti; sí, horrores... —Y yo no digo nada de momento, no sé qué decirle, y se hace un silencio largo, embarazoso, y cuando le hablo lo hago en forma bien distante como quien no desea comenzar ni recordar intimidades con nadie.

—Hola, José, gusto en saludarte y por favor dile a Pérez que recibí el memo y que no lo he leído y que me perdone ahora pero yo lo llamo más tarde. —Y mi tono de voz ha sido frío, distante, evasivo y Pepe lo ha sentido, ha recibido mi mensaje de apártate—y—déjame—solo y cuelga rápidamente el teléfono y yo vuelvo al ventanal y el aire de la mañana, aunque demasiado caliente, me despeja por un momento la mente y digo por un momento porque, en la radio portátil de García, una orquesta está tocando para bailar y una voz de mujer canta, grita, chilla, hace gárgaras con un bolero de moda, Pepe, Pepe González, repito tu nombre, hace rato que no escucho una voz de trompeta como ésta.

—¿Qué le parece ahora? —me pregunta García.

—¿Qué me parece ahora qué? —vagamente pienso que habla del bolero, o de la cumbia, o de la rumba, o de lo que sea que canta la mujer en ese momento en la radio.

—Lo sucedido, don Tito.

—¿Lo sucedido?, —le pregunto, haciéndome el bobo.

—No sé, —le miento y él lo sabe y sin más me pongo los anteojos, abro el cartapacio que me ha enviado Pérez Dávila y comienzo a leer el memo:

El Ministro de Comercio e Industrias me informó anoche que

el “Wall Street Journal” en su edición de ayer jueves indica que la firma transnacional, United Brands, sobornó a funcionarios de Costa Rica, Honduras, Panamá, Italia y Alemania Occidental. La United Brands hasta ahora sólo ha admitido el pago de 1.2 millones de dólares a Honduras para bajar el impuesto al banano de exportación. Opino que Panamá debe exigir que la firma haga inmediatamente alguna aclaración oficial al respecto y de no hacerla en las próximas cuarenta y ocho horas se cancelen las concesiones de la subsidiaria y se le expulse del país...

Trato de concentrarme en el contenido del memo pero, ¡qué vaina!, otra vez anoche y antenoche y las últimas sesenta horas y también aquella tarde de julio y ahora lo sé, sí, estoy seguro, que no hubo amor entre tú y yo entonces, sino más bien una atracción exuberante, torrencial, arrolladora y Teresa la linda, la astuta Teresa lo tuvo que haber presentido cuando se acercó a nosotros y quiso hablarnos de trivialidades porque, si no ¿a santo de qué, dime? anda, dime, ¿a santo de qué abrió los ojos así, inmensos? y, ¿a santo de qué, se alejó, así, discretísima a conversar con Mariola de Santos, la secretaria ejecutiva del gerente de Avianca que acababa de llegar del Perú o del Egeo? Yo solo sé que la música donde tú y yo estábamos apenas se escuchaba y poco a poco fuimos quedando ambos envueltos en un ambiente de malicia compartida y dos o tres o quién sabe cuántos mesoneros pasaron con sus bandejas de plata y una de éstas llevaba copas de champaña y tú aprovechaste para hacerme aquel brindis perverso, por Queta que te ha dado tres hijos en tres años y por la maravillosa inversión que ella representa. Y alzaste la copa al mismo tiempo que con la otra mano te levantabas el mechón que te tapaba la mitad de la cara y yo, con un pie apoyado en uno de los tantos maceteros de Teresa, sin saber cómo responder a ese dardo y medio aturdido aún, Mariana, sí, medio aturdido, eso es, me bebí de un solo sorbo aquella champaña y comencé a hablarte de las playas de Creta,

tan azules, tan azules, ¡ah ese es un sitio donde hay que volver!, te decía y lo repetía a medida que te miraba, Mariana, y te iba deseando largamente, sí, te miraba la cintura, las caderas, los senos generosos, redondos, bien erectos y te medía cada pulgada de la nuca y te imaginaba desnuda, magistralmente desnuda en la playa y tú, nada más sonreías, y sólo una vez aprovechaste el gesto para mojar te los labios, hasta que finalmente, miraste el reloj y me diste un beso tibio en la mejilla y te marchaste así, sin despedirte, por el mismo vestíbulo elegante, decorado por tí, por donde hacía un minuto o diez años habías hecho tu triunfal entrada.

—García, ¿los números de teléfono de los otros organizadores de este congreso?

—Los ti-tiene Mi-Mirna, don Tito.

—Que se los dé a mi secretaria.

—De-de acuerdo.

Voy de un lado a otro del salón, enciende un cigarrillo en silencio, ¡qué tipo extraño este hombre!, siempre observándolo a uno, mirándolo como si quisiera preguntarle algo bien importante, el calor de la mañana, la humedad, el sudor que me corre de la frente a las sienes, de las sienes al cuello, levanto la vista, no es de confiar este hombre, qué va, me asomo por la ventana, el día se ha echado a perder, las nubes grises, el sol que se esconde y sale por un instante y se vuelve a esconder, es un sol de lluvia, eso fue, ¡claro!, el sol, doy un par de chupadas, exhalo, dejo salir de la boca el humo, fue el sol lo que esta mañana me hizo abrir los ojos antes de que fueran las seis y la primera luz del día se filtraba por el rectángulo de la ventana, toso, el humo molestándome siempre, aquella luz demasiado fuerte haciéndome saltar de la cama y correr al baño a lavarme rápidamente la cara, me miré en el espejo, ojos opacos, las ojeras de un tono grisáceo, la barba

crecida oscureciéndome el rostro, me paso las yemas de los dedos por ambas mejillas, me las palpo, ¡Dios mío!, Mariana, ¿dime por qué tuvo que suceder de esa forma?, observo mis movimientos, son torpes, no, digo, simplemente mecánicos, siempre los mismos, me levanto, me baño, me afeito, me visto, la mismísima carajada día a día sin variaciones, sólo que hoy cambié el ritmo, hice todo bien lento y mientras lo hacía observaba a María Enriqueta, las medias, primero, los calzoncillos, la camiseta, y ella que dormía con la boca abierta, aquel cuerpo inmóvil y sólo la respiración, pausada, subiendo y bajando, yendo y viniendo, del pulmón a la boca, de la boca al pulmón, y yo frente a ella con los brazos cruzados mirándola, luego ya vestido, siempre mirándola y con un temor bárbaro de despertarla, se habría puesto la bata y sentado a mi lado a desayunar las tostadas y el café con leche que nos ha servido Felicidad todos los días desde que nos casamos hace cuatro años, me estremezco, habría comentado una y mil veces lo sucedido ayer, anteayer para olvidarlo casi al instante, el cielo se ha ido nublando, las nubes negras que van cubriéndolo todo, ¿en qué pensará este García mirándome siempre?, pero, no, no le pregunto, ¡ni de a vaina!, eso daría pie a una conversación interminable, me separo de la ventana y la música que no para de tocar, y es la misma, la chillona que les gusta a las criadas, ¿qué escuchas?, le pregunté a Felicidad esta mañana cuando todavía con sueño me dirigí a la cocina donde ella desayunaba con Elías, ¿que no sabe lo que escucho, señor? fue una pregunta bien tonta, lo sé, pero tampoco era como para que me contestara de esa manera, y fui caminando hacia el refrigerador y lo abrí para servirme un vaso de jugo de lo que sea que hubiera, naranja, piña, limones, guanábanas, algo, en fin que me calmara la sed, pero, no había nada, nada, nada qué beber y comencé a revisar la casa, la sala, el comedor, los impactos de bala, abrí de par en par las ventanas, la brisa se filtraba, lenta, húmeda y otra vez el recuerdo de este viernes, ahí, lacerante, voy hacia el escritorio, me siento y firmo otros documentos, y el embajador que se acerca-

ba, your wife is incredibly charming y los fotógrafos enfocando a Wilson en el preciso instante en que decía esta frase y Queta, feliz, con esa sonrisita de ella mesuradísima, y la criada otra vez frente a mí comunicándome que el café está servido en la terraza, junto a la piscina, don Tito, y yo sigo revisando los documentos y lo hago con el mismo cuidado con que examiné cada rincón de la casa esta mañana cuando todo volvía a reasumir su marcha es que tenía que ser así, lo demás habría sido enfermizo, digo, malsano y me bebí el café y la sonrisa, Mariana, la maldita sonrisa que se multiplicaba en cientos de sonrisas más como la de la tarde esa cuando, en vísperas de casarnos, Queta salió con aquellos anteojos oscuros y se acurrucó conmigo en el asiento de atrás del carro de Chale y Marcela y yo la convidé a un cigarrillo y le hice una broma que hizo que se fuera al diablo aquella sonrisa y que ella pronunciara ese bájate, y yo, demos una vuelta hasta que te calmes, y ambos hablando en voz baja para que los otros no se dieran cuenta porque hubieran dicho que ya no nos casábamos o que aquel noviazgo entre un hombre de treinta y pico y una niña de veinte pedía cacao y debió haber sido desde ese momento, claro, Mariana, desde esa salida cuando Queta cargaba los malditos anteojos oscuros que yo empecé a conocerla y a sentir este enorme fastidio que fue creciendo de piano a fortísimo, a medida que comencé a acompañarla los domingos a misa y llevarle al *Squirt* a comer helados de chocolate y vainilla y a que festejara el cumpleaños de la fulanita o zutana y, así, ese fastidio se hizo tan grande, tan grande, que un día estalló en mil pedacitos y entonces la cosa se puso realmente horrorosa porque de ahí en adelante hubo fastidio de la mañana a la noche y en la madrugada también y aquello ya fue como el aire mismo que respirábamos, pero, ya ves, Mariana, yo siempre tan bruto que no me di cuenta de nada sino hasta que ya era muy tarde, o sea, cuando pronuncié aquel sí, ante el cura panzón de la parroquia del barrio, esa tarde de marzo, aquel claro que sí, que al decirle le dio a un niño regordete y coloradote la consigna de que había llegado la hora, digo,

que me pasara el anillo que yo tuve que ponerle a Queta y ella, entre llantito y llantito, tomándome la mano izquierda, me susurró, presta que te pongo el tuyo y todo eso, dándome tardíamente la clave que en efecto, que sí, que estaba atrapado y la música de órgano que tocaba a lo lejos y los fotógrafos, siempre los fotógrafos solicitando sonrisas y otra sonrisa y ella que se limpiaba las lágrimas con un pañuelito de encajes que decía que había sido de su mamá o de quién sabe quién, mientras que a mí me salía una mueca que quedó grabada para siempre y que debe ser esta misma que llevo aún bien clavada en la cara porque si no ¿por qué, carajo, este García no deja de mirarme en forma tan rara? Me levanto, camino, saco el pañuelo, me seco el sudor de la frente y vuelvo a asomarme por la ventana y veo a unos niños que juegan bajo este sol nublado de las nueve y el sol, el sol gris que brilla apenas sobre la plaza-monumento que los políticos de turno erigieron hace años al Presidente José Antonio, alias, *Chichi Remón* después de que lo liquidaron un domingo de enero de 1955, cuando él asistía a una carrera de caballos en Juan Franco, ¡qué vaina!, regreso rápidamente al escritorio, firmo uno, dos, tres, cinco, ya no sé cuántos documentos más, y pensar que el gordo ése estaba como siempre, así, requetecampante contando chistes malísimos y entre chiste y chiste venga una y otra botella de champaña y a celebrar el triunfo de la yegua y lo de haberse zafado al fin de la mafia se ha dicho, cuando sonaron los tiros, tracatacacatan-tracatacatan, una ráfaga y otra y otra y los asesinos que llegaban de todas partes, sonrientes, bailando, cantando, se va el caimán, se va el caimán, disputándose el privilegio de tomar parte de esa matanza, de gozar de su sangre que brotó a borbotones salpicando y tiñendo guayaberas, mantas, sábanas, paredes para dejarlo al pobre, ahí, tirado, impotente, con el vientre hecho una mierda, todo un coronelazo que una vez se jactara de poner y quitar presidentes tirado en ese lodo y a merced de unos camilleros que se lo llevaron en calzoncillos a la morgue, pero, ¡concho!, Mariana, ya de eso nadie, pero nadie, se acuerda y ahora lo que importa es

que mis hijos estén ya despiertos y jugando con el par de cholitas que los cuidan de día y de noche y que todo siga tal cual y es que se los debe a ellos y lo demás que se entierre como lo que fue, ¿no es cierto?, y que la gente ya no insista en decirme que hay que vengarse porque yo no soy de éstos, qué va, yo, por el status-quo hasta que la tierra me trague, enciendo un cigarrillo y empiezo a calcular cuánto tiempo me tomará llegar desde este Palacio Justo Arosemena a mi despacho, sé que debo bajar por el ascensor, tomar el carro, manejar por la *4 de julio*, o *Presidente Kennedy*, o *de los Mártires*, o como sea que quieran llamarla, y luego por la *Vía Nacional*, y de ahí, doblar por la *Martín Sosa*, hasta desembocar, después, de un rato, en la *Vía España* y hecho todo esto, comienzo a redactar, mentalmente, una nota a Pérez Dávila, ¡qué rollo! algo en fin que lea, más o menos, así como que he leído el memo, que cuando vea a Abel Ramírez, digo, al ministro, insista en que se aclare cuanto antes lo de la acusación del *Wall Street Journal* y que cuando logre eso, si es que lo logra, que nos reuniremos, aunque eso último mejor ni lo mencione porque él, tan acomplejado, querrá tomar la iniciativa y se resentirá si no lo hace y se romperá lo poco de balance que hay entre ambos, me pongo de pie y miro por última vez a través de las ventanas de vidrio y los niños, allá abajo jugando y haciendo un escándalo horrible y algunos hasta se han sumergido en la pileta del monumento, veo a García, ¡qué tipo para enervarme!, se acerca, coño, lo corto en seco, miro el reloj, las nueve y veinte, es el mismo reloj que me regaló hace más de veinte años mi abuelo Tito, sí, Mariana, el prócer, el de las rosas, desde entonces nunca o casi nunca me lo quito.

—Adiós, García —le digo e inclino la cabeza a medida que paso, él apenas se sonríe, ya no me dice nada y yo me siento reque-tebién, digo, aliviado, es que sabrás que le tengo pavor a caer en conversaciones como ésas que no llegan a nada y esto lo comenté un día a Pepe, nos bebíamos un par de tragos en el bar del Club y él me daba y volvía a dar la razón porque ése es por genio y figura un

escéptico y también porque andaba con Guille Romero y Guille siempre lo altera y lo cargaba cabreado con aquello de que ahora sí, que al Tío Sam nos lo íbamos a comer con sombrero de copa, zapatitos de charol y barbita canosa, sólo porque en el Consejo de Seguridad los rusos y los chinos nos habían dado su apoyo en lo del Canal, y Pepe que punzaba a Guillermo, lo llamaba desde puta vieja, a vende-patria de mierda y yo, ya me conoces, cambiando el tema, Mariana, preguntándole a Pepe qué había hecho la noche anterior y es que me fue entrando de veras pánico que a Guillermo le diera un faracho y cayera, ahí, muerto y yo quedara bien embarrado de toda esa mugre, pero, ya ves, el asunto pasó y ellos siguen siendo amigazos del alma y sólo yo, cuando los veo, les salgo huyendo, entro al ascensor, es el mismo descarcarillado e inmundo por donde subí y hasta ahora es que descubro que no hay otro, sólo éste tan pinche, para semejante edificio y veo a Lombardo que vuelve con la tal reverencia y otra vez a abrimme el portón y apenas lo escucho cuando me dice algo así como:

—Hasta pronto, don Tito, y comienzo a echar cuentas, dos, ocho, doce, es inútil, no sé ya cuántos son los años que este hombrecito tiene a su cargo eso de abrirle la puerta a la gente porque le recuerdo allá, en la antigua Asamblea, o sea en el Palacio de Justicia de las Bóvedas cuando yo era un niño baboso y papá, vestido de Sharkskin blanco, con hebilla de oro con sus iniciales, pañuelo de hilo y perfumado con media botella de *Jean Marie Farina* se paseaba por los corredores de la Asamblea, oiga, señor diputado, lo llamaban, le pedían favores, y él pronunciando discursos larguísimos de esos de pico-de-oro, él hablándole a un grupo de campesinos de Río Grande, no jodan muchachos, bueno total sólo faltan diez días para las elecciones, y si ustedes me reeligen yo les prometo la pensión para la viuda Hernández, y que nombren a Chico y a Memo, y aquellos que se iban y papá carcajeándose, los mandé a comer mierda a esos cholos pendejos que sólo saben joder, y joder, y joder, y yo abriendo los ojos, así, de grandes, abro la puerta del Mercedes, me quito el saco, me

siento, enciendo la radio, ¡tremendo macho, mi viejo!, acelero, doblo por la *4 de julio*, a la izquierda la Zona del Canal, digo, Panamá-la-verde, Panamá-la-blanca, Panamá-la-del-embujo-tropical de los boleros de Fábrega y la-del-sol-brillante del poema de Miró, y a la derecha, la otra, Panamá-la-horrible, sólo que aquí no hay Salazar Bondys para denunciar la pobreza, la mugre, vuelvo a doblar, la *Avenida Nacional*, las fachadas sin pintar, las caras de horror de la gente, los cuartuchos estilo dejamos-ayer-el-Marañón-o Calidonia con tienda, bar, restaurante, agencia de perfumes o carros abajo, el aire acondicionado apenas enfría, ajusto el termostato, atravieso uno, dos, tres semáforos, todos bien coordinados, además, desemboco en la *Transístmica*, un simulacro de autopista, las casuchas de tabla con gallineros y ropa colgada de los alambres, edificios enormes, una ciudad del Tercer Mundo, o-en-vías-de-desarrollo o subdesarrollada para decirlo sin poesía, enciendo un cigarrillo, el humo que se me ha ido por la garganta, toso, ¡coño!, otra vez la fiesta del viernes y Queta gritando y Maruca González, cabrona, como siempre cabrona, tendida boca abajo en el suelo, ¡oiga, Usted! los gritos ¡contra la pared y ponga los brazos en alto! y Wilson que se me acercaba, what a delightful party, this is the only way to get to know Panamanians, piso el acelerador, *Firestone*, la mejor llanta del mundo, giro, agarro el carril de la derecha, el semáforo de la *Martín Sosa*, a lo lejos La Cresta, el costado trasero de la casa de los embajadores americanos: una avión de *Air Panama* con veintidós personas a bordo, incluyendo a la tripulación, partió ayer a las 12:02 p.m., hacia Trípoli capital de Libia, a bordo iban, entre, otros, el Nuncio Papal, el Arzobispo de Panamá, y los Embajadores de Venezuela y México que se ofrecieron voluntariamente a acompañar a los terroristas para asegurar su partida; tres personas... cambio rápidamente la estación, me distraigo escuchando a otro que habla sobre un curso de capacitación para cincuenta dirigentes comunales que hubo en Capira, cuando era novio de Queta, no, me corrijo, aún no era novio pero ya iba a bus-

carla casi todas las tardes a su casa de Altos del Golf, íbamos al cine, salíamos a pasear por la *Avenida Balboa*, se organizó un día aquel paseo a Coronado, pasamos por Capira, por Cerro Campana, compramos tomates, lechugas, naranjas y Queta que llevaba aquellos shorts que le hacían resaltar los muslos de ella tan pecosos, tan pecosos como un par de zapallos bien maduros, en esa época no había comprado el Mercedes, no, manejaba un Malibú rojo y Chalé, mientras nos desnudábamos en casa de los Paredes, me dijo aquello de que si Queta y tú vinieron juntos a Coronado a pasarse el día, ahora te tienes que casar con ella y yo, preocupado largo rato con aquel comentario, después indignado, ¡qué vaina! no había ya nada qué hacer y la besé, me di gusto besándola en público, se armó el alboroto, las risas, las bromas, la pecosa Queta, la pelirroja Queta tirada en la arena y yo besa que besa, sintiéndome rebién, total para imbécil con una bastaba y, de ahí, al noviazgo se ha dicho, desemboco en la *Vía España*, esto es un juego de luces, buses, taxis, carros, motocicletas, peatones, ¡qué carajada!, llego por fin al garaje del First National City Bank, me estaciono, entrego las llaves al portero:

—Buenas, Cedeño.

—Hombre, don Tito, no joda, así que quedó usted enterito.

—Sí, viejo.

—Ta' bueno, —me sonrío, me cae bien este Cedeño, jamás un problema con él, llamo al ascensor marco el cuarto piso, siempre estoy subiendo y bajando, bajando, volviendo a subir, pareciera que a eso se redujera mi vida.

—¡Don Tito! —oigo la exclamación de Marta que me saluda y la veo, veo a mi secretaria que se levanta y me abraza y yo me siento incómodo y la abrazo también y hubiera dado cualquier cosa para que esta escena se hubiera omitido del programa, pero qué va, el asunto es siempre un ritual con sus juegos, jueguitos, juegotes, y sé que todavía no se ha acabado, que falta que me pregunte por Queta y los niños,

—Todos bien, Marta, todos bien gracias —la corto, ya basta.

—¿Alguien?

—¿Esperando?

—Sí

—Dos clientes y un periodista

—¿Con cita?

—Ninguno

—Entonces, ya sabe como es la cosa y ni una palabra a nadie de nada.

—De acuerdo. Doña Queta lo ha llamado ya tres veces. Dice que le avise si va a ir a la casa a almorzar porque de no llegar usted se va con los niños a donde sus padres.

—Llámela y dígale que tengo asuntos urgentes y a las doce y media me ordena una lasagna al *Sarti*.

—Muy bien.

Paso a mi oficina, abro la puerta, enciendo las luces, y de ahí al escritorio, los cuento, diez pasos, y sé que en casa de mis suegros la vida seguramente sigue el ritmo de siempre, abro la gaveta de la mano derecha, saco la pluma, me pongo los anteojos, Queta estará ya junto a la piscina y con ella Julia, Alicia, Maricla y Antonia y los niños dando vueltas y más vueltas con las cholitas, reviso mecánicamente la correspondencia, Queta tomará uno, dos, tres, *Gin and Tonics* para los nervios y vendrá Eugenio, ¿qué desean comer las señoras? ¿la langosta? sí, la thermidor de cuando llega la gente y el cocinero se marchará a prepararla y ellas se llamarán, darling, y dear e intercambiarán confidencias y chismes y sobre todo querrán hablar del secuestro, del maldito secuestro, y por último terminarán planeando la próxima fiesta de cumpleaños de Guille o Alberto o, seguro, la mía que ya falta poco, separo un sobre de *Lehman, Goldman and Loeb*, la piscina de esa casa se utiliza cada día menos y menos, ahora sólo la llenan cuando Carmela y José dan una cena y se encienden todas las luces verdes y los reflectores de las palmeras, pero eso ya casi nunca sucede, por lo menos, nada como antes, o sea, como cuando Queta y yo éramos novios y los domingos llegaba un

mundo de gente, amigos y parientes de amigos y esa manada sobregirada en la vida, se tomaba un par de cognacs hechos con la receta del Club que preparaba mi suegro y todos quedaban saltando, brincando, contándose chistes macabros, se servía la langosta de Eugenio, una ensalada tal vez, y mi suegra, alta, delgada, pelirroja, que entraba y salía de la piscina, que se ponía aquel kimono amarillo de lunares anaranjados y hablaba de los matrimonios de la semana y, de ahí, al tema de los divorcios y de los reinados de carnaval, y soñando con ser el prototipo de la versión panameña del American Way of Life o, mejor, aún, de los Beautiful People, pero, aquellos week-ends sin fin tuvieron su final y todo fue por ley natural, como tú hubieras dicho, sí, Mariana, como las hojas que se desprenden, amarillas, de los árboles, y los mangos y las papayas y las naranjas y los limones que, al envejecer y podrirse, cobran ese aspecto negruzco, arrugado y ese olor repelente, agrídulce, repugnante, digo, como aquella acusación tuya de que yo he sido la causa y, si no la causa, la fuerza motriz de todo lo sucedido y también como aquel tono que utilizabas, helado, de haberme prostituido al casarme con Queta, esa “negación elegante”, ¿recuerdas que así la llamabas? Te veo, ¡qué claramente te veo!, sentada sobre tu cama —nuestra cama— frente al espejo, te habías quitado los zapatos, leías un libro y de pronto lanzaste la frase en forma calculada, esa prole, Tito, todos ellos manicuradísimos y sonrientes, y yo explicándote, sí, explicándote que lo sucedido no tuvo sus orígenes en ella, que lo de Queta fue un accidente o un incidente más sin trascendencia, que yo no he hecho sino cumplir con las reglas del juego y llama a esto un trip más o una fumada más with the famous micromite filter, llámalo como quieras, amor, pero lo cierto es que a esto se va y se llega por un solo camino que tú conoces, correcto, y que rehusas transitar, correcto, y es por eso, Mariana, que aquí me tienes vestido de gris, para venir a la oficina, empleando a Marta para que me atienda a los clientes, manejando un Mercedes 350SL plateado, y esas son las cosas que tú atacabas con gestos hirientes y

palabras punzantes, afiladas como picahielo, ¡carajo! no seas terca, Mariana, y comprende que Queta sí es necesaria, con todo y sus pestañas falsas y sus baños de belleza de tres horas y sus expresiones de “¿darling, por qué no me lo dijiste antes?”, ella sí es necesaria, sí que lo es, aunque te rías, ella cumple con una barbaridad de funciones de relaciones públicas, me acompaña a almuerzos y cenas, va a funerales, lleva a los niños todas las tardes a casa de mis padres y sus padres, sale de compras con las esposas de mis socios, visita a los amigos en los hospitales y les envía arreglos florales, ¡contra!, ya basta, tú sabes muy bien lo que he querido decirte, no te hagas la tonta y es que ella es dedicada, no es mala gente and please, Mariana, don't call it shit, que no lo es, Mariana, ¡contra! no lo es.

—Don Tito, la secretaria de Pérez Dávila en la línea. —Oigo la voz de Marta que entra y afuera llueve y el aguacero que cae, fuerte, monótono, y las ventanas que se han empañado.

—No quiero hablarle ahora. Dígale que nos reuniremos, tal cual, a las cinco.

—¿Nada más?

—Nada, Marta, y por favor que no pase nadie.

—Está bien.

Levanto la vista, frente a mí la foto de Queta y los niños, la que se tomaron hace poco y Robertito me entregó una mañana temprano envuelta en papel de china y todo eso, saco el pañuelo, me lo paso por la frente, Roberto está serio, Rodolfo, con esa sonrisa de él tan deliciosa, Rodrigo... bueno, Rodrigo no se puede decir que tenía realmente facciones todavía. Observo a Queta, la misma, y pensar que en marzo se cumplen cinco años, ¿el año pasado?, enciendo otro cigarrillo, ¿o fue hace un par de domingos?, ella organizando aquella fiesta en nuestra villa, allá en Playa Coronado, el sol era brutal, dejo caer las cenizas, los árboles sembrados, los niños nadando en la piscina y yo tomándoles fotos, cáptelo con nueva Rollei 35, Queta, repito su nombre, todo empieza con un contacto casual, estamos dormidos casi, digo,

casi a punto de dormirnos, las otras villas repletas de gente, el campo de golf como un manto verde con el mar y la montaña al fondo, los invitados llegando, la música; ¡hola ricura!, los cuerpos bailando, el ritmo agitado, los mesoneros del Club, ahí, los mesoneros impávidos, deslizándose, whisky con agua, con hielo, con soda, whisky en las rocas, how charming of you, Garrido, to give this party in our honour, our pleasure, Mr. Ambassador, los gritos, Maruca González, histérica, los gritos, Maruca González, cabrona, Queta, la vuelvo a mirar, vuelvo a mirar a mis hijos, sólo por eso valió la pena tocarla, me siento y busco un cenicero y echo las cenizas y luego la cabeza hacia atrás cerrando los ojos, cada nacimiento de un hijo es una nota original en el programa, cada nacimiento es como si los demás nacimientos fueran sólo eso, Mariana, un nacimiento, allá lejos y en abstracto, una palabra escrita en los diccionarios: “acción o efecto de nacer”, abro los ojos, me quedaba ahí, alelado, ahí, frente al ventanal de vidrio de la sala de maternidad del San Fernando una hora, o algo así, mirándolo, mirando a mi hijo recién nacido, y le observaba la nariz y todo su cuerpecito tan perfecto y hasta las uñitas me parecían bellísimas, un placer grande, inmenso, gigante, un placer demasiado hondo para hablarte ahora de eso, amor, me levanto y doy unos pasos, pero esta tarde, ¡no!, esta tarde no habrá nada y por nada quiero decir palabras, gestos, expresiones, que me hagan consciente de lo mucho que quiero a mis hijos y los niños estarán probablemente cenando en su cuarto repleto de juguetes y las cholas estarán cargando a Rodolfo y Rodrigo y los alzarán para que yo los bese y ellos olerán delicioso y Robertito, qué va, él no estará en brazos de nadie, sino jugando con el tren eléctrico o con el Pato Donald que le trajimos Queta y yo cuando fuimos a Orlando y Queta pasará tal vez por ahí, si es que está en casa, o sea, si no se ha ido de compras con Julia o Maricla y fruncirá el ceño y le brotarán algunos pliegues alrededor de los ojos y con la mano distraídamente acariciará el mechoncito de pelo rubio de Rodolfo y ella y las cholas repetirán aquello de no sean así mu-

chachitos desganados, y llamarán *Bobcito* a Roberto y le ordenarán que ya te hemos dicho que no te columpies en la sillita guatemalteca que te regaló la abuela Carmela y bébete esta cucharadita de sopa por mami, por papi, esta otra por los cuatro abuelitos, y yo, a todo esto, ya me conoces, Mariana, yo a todo esto con los brazos cruzados y mirando aquel cuadro en silencio, a sabiendas de que yo ahí estoy de sobra, apago el cigarrillo, los beso, los abrazo, pero, ¡coño!, no sé en qué consiste este amor, no quiero creer que sea solamente por egoísmo o sea por verme reflejado genéticamente en ellos, ni tampoco por un sentimiento de responsabilidad que los quiera, no, claro que no, vuelvo a sentarme, pero, ya ves, estas son las cosas que nunca he podido conversar con Queta y es que lo de nosotros nunca ha ido más allá de los anteojos oscuros y los viajes nocturnos en carro y cuando una vez le pregunté qué creía ella que era la paternidad, me contestó, ¡Tito, por Dios, es tener hijos!, y comprendí que no había nada más que decir y hablamos palabras y más palabras y todo desembocó en el tema de la zambullida en la piscina y ella estaba frente a mí en bikini, luciendo la maldita sonrisa y con un *Gin and Tonic* en la mano y yo me sentí, amor, de pronto envejecido, más confundido que nunca y con unas ganas enormes de lanzarla a volar por las calles, pero en vez me reí y le celebré sus sandeces y ella que seguía con la risita de idiota, perfectamente compuesta y moldeada con la arcilla de *Vanidades* o *Buenhogar* me puso los pelos de punta y me hizo recordar a mi padre, el único hombre que conozco capaz de sostener a voz en cuello que yo, Roberto Augusto Garrido III, soy el Hijo del Hombre que vino a sellar para la posteridad su linaje y a desempatarle de los otros, de los felices y los amargados, de los mediocres y retardados, de los fuertes y débiles, y por eso desde que nació hizo grabar mi nombre en cucharitas, platos y vasos de plata y de ahí pasó al rotulito para mi pupitre, cuando yo aún estaba en La Salle y, luego a la Parker, al reloj de pulsera y, más tarde, más tarde, todo se redujo a iniciales y tuve prendedores y mancuernillas y hebillas

de oro con aquel RAG, reluciente, que él ha llevado incrustado en la frente, en el corazón, en los ojillos de él, miopes, y lo ha paseado, también, por los pasillos de la Asamblea mientras aseguraba a Mr. Gibbens, el contrato de protección arancelaria se firma mañana, y celebraba con un Martini bien seco sus nombramientos a este o aquel cargo directivo dentro de las empresas multinacionales de Gibbens-Mac Gloskey Yankelovich-Bell, y ya nadie le pregunta por el monograma porque lo conoce de sobra y, ahora, él lo ha hecho poner en los palos de golf que un día voy a heredar, en el portón de la finca de El Valle, en los inmensos trofeos que gana con sus caballos de carrera y creo que hasta en el estuche de las fichas de dominó que juega y yo habré de jugar, como él, los martes y jueves en la terraza del Club.

Tito Garrido se levanta del sofá de su despacho y hurga en los bolsillos del saco para descubrir que el encendedor que anda buscando está sobre la mesa, ahí, frente a él. Entonces, va hacia la ventana, enciende otro cigarrillo y lo peor es que lo hace a sabiendas de que no podrá fumarlo y estar a gusto al mismo tiempo.

Garrido se asoma a través de los ventanales de vidrio de su despacho que continúan empañados, trata de sonreír para hacer algo con su rostro, pero su boca permanece inmóvil, atrapada en un rictus automático, preciso, electrónico, uno de esos acomodados a la cámara. La lluvia cae, fuerte, lluvia color de limonada, como todas las de octubre y noviembre, cuando las calles se anegan, los carros se atascan en el lodo, las aceras se convierten en pequeñas lagunas, los ríos, el Matasnillo sobre todo, se desbordan y en las escuelas se suspenden los recreos. Cuando yo era pequeño, Mariana, y cuando tú eras pequeña, eso es, y supongo que, ahora, habrá de ser lo mismo, era cuando estas lluvias, ¿te acuerdas?, que nos mandaban a leer en alta voz las Rimas de

Bécquer y los extractos de Fray Luis y aquel Montalvo que nos ponía a roncar casi al instante y en la noche reuniéndonos todos para jugar al sun-sun de la calavera y Pepe, cubriéndose con aquella sábana blanca, y venían los cuentos de miedo y a esconderse en los cuartos de la casa blanca de las rosas rojas de mi abuelo Tito y nadie, más despreocupado que nosotros entonces, ¿no es cierto?, vuelvo a sacar de mi billetera, donde la guardo, tu fotografía, te observo, los pómulos altos, los labios carnosos, la barbilla redonda, la delicia de acariciar tu piel, de volver sobre esas huellas hasta donde comienza la energía original y se recobra la infancia perdida y por esos peldaños recoger el tiempo que ya falta y sacudir, así, el polvo de la soledad que nos define y tú me preguntarás, amor, claro, y tendrás razón, tú me preguntarás, bueno, y a esto te diré, Mariana,—tu—mi—ley—natural, tu—mi—conciencia, que “cuando no hay más futuro (como no hay ya futuro para ti conmigo ni para mí contigo), sino un sólo presente fijo / todo lo vivido, revive, ya no como recuerdos / y se revela la realidad toda entera en un solo flash” y, así, en ese momento del flash o de la otredad o como sea que querramos llamarlo, descubro que conocerte fue viajar hacia el terminal de todos los caminos, hacia la puerta abierta que conduce al infinito, pero ya ves, yo no lo supe entonces, no, y fui botarate y creí que si te tenía y te poseía toda mía, toda entera por rincones y avenidas, te tendría siempre; ¡qué bellaco!, y lo más probable es que si se volviera a dar ese pasado, si yo volviera a contar con un futuro, volvería a cometer el mismo error y volvería a pedir más y más, volvería a añorar un beso mejor o quizá diferente, o desear el coito inefable, ya todo fuera del tiempo y apartado, por ejemplo, de esta luz del teléfono que ahora se enciende para avisarme que hay alguien en la línea y que debo levantar el auricular y hablar y mientras lo hago, miro la alfombra marrón, las cortinas amarillo oscuro, el sofá, los dos sillones de cuero, la mesa con cuatro ceniceros, este cuarto, en fin, que ha sido decorado todito por Queta y que impone la presencia de mi mujer aquí, allá su sentido de belleza elaborado en clichés, sacado de *House Beautiful* o

de *House and Garden*, o a lo mejor de esas otras revistas con copyright en Venezuela, B.A. o México, que ella compra por cerros cada semana con la esperanza de salir retratada en ella algún día, o para enterarse acerca de la vida íntima de Grace Kelly, o cómo ser la mujer ideal para un superhombre, o cómo brillar en la intimidad sin que él se asuste, o tal vez aprender siete trucos fáciles para adelgazar, porque Queta es la mujer con la más exquisita cultura de revistas y dime, Mariana, —amor—, Mariana, ¿qué más me queda sino mirar el reloj para descubrir que ya son las diez?, digo, que cada minuto es una hoja más que se desprende, o mordisquear, tal vez, el lápiz, mientras escucho a Marta que habla y revisar unas cuartillas que ella me ha dejado sobre el escritorio?

—De acuerdo, pase la llamada, Marta.

—Dígale a Mi Coronel que con el mayor gusto repetiré al Presidente y a los miembros del gabinete lo que le conté ayer a él.

—A las cinco en la Presidencia, de acuerdo.

No, para mí, no, pero para cuidar la vida de mis hijos, quizá, dos en casa, todo el tiempo.

—No se preocupe, no ofreceré entrevistas a nadie. Comprendo que la seguridad nacional está en juego.

—A las cinco en la Presidencia. Hasta luego y gracias por su interés. Adiós, adiós.

Marta entra y me entrega los periódicos, conjuntamente con la correspondencia que ha traído el mensajero y, ahí, en primera plana, la veo, la noticia, sí, ahí está, abarcando toda una página, me quedo pasmado, le han dado un despliegue brutal: EL VIAJE ANGUSTIOSO, la leo y la releo, el sensacionalismo y William Randolph Hearst quedándose como un enano baboso ante esta

morbosa versión de los hechos ocurridos ayer en la mañana, me detengo ante la fotografía del autobús en marcha, busco la leyenda y ahora lo sé, sí que lo sé, no se trata de un mal sueño, todo contra ha quedado colgado, ahí, ahí está bailando sobre las letras, bailando:

El grupo de guerrilleros con sus rehenes mientras cruzaban por las avenidas de Panamá, rumbo a Tocumen, donde un avión de Air Panama aguardaba a los guerrilleros, presos rescatados y a la misión del Arzobispo y los miembros del cuerpo diplomático para conducirlos a Trípoli, capital de Libia. En el extremo derecho, entre sombras de otros viajantes, se destaca el rostro del Ministro de Comercio, Doctor Abel Ramírez, en medio de dos fusiles. En la siguiente ventanilla, se destacan también las cabezas de los ingenieros Juan Alberto Rivera y Joaquín Menéndez y, delante, el rostro encapuchado de lo que parece ser una muchacha guerrillera. En la otra ventanilla, siempre de izquierda a derecha don Antonio Vallarino, en primer plano y el Doctor Ricardo Arosemena, nuestro embajador ante la ONU, al fondo. En las dos últimas ventanillas, una cabeza encapuchada de otro de los guerrilleros, varios fusiles y la efigie clara de medio cuerpo de uno de los secuestradores.

Tito Garrido, aturdido, vuelve a encender un cigarrillo, pone a un lado el periódico y echa un vistazo rápido a la correspondencia, pero no es posible que logre concentrarse en nada y vuelve a levantarse, da varios pasos alrededor del escritorio y, luego, va hacia el pequeño bar que tiene en su despacho y se sirve un trago bien cargado, y es que esto del secuestro, ¡qué vaina!, Mariana, esto será algo que se tendrá que digerir muy poco a poco, ni el Gobierno, ni el pueblo, ni nadie podrá olvidarlo así nomás, tragárselo de un sorbo, tal como yo lo hago, ahora, con el whisky, mientras leo la descripción de la noticia, según declaraciones del Arzobispo poco antes de abordar el avión, rumbo a Libia.

Después de tantas horas de exacerbada tensión, el momento más trágico para mí fue nuestra salida de la casa del Dr. Garrido hacia el autobús. Fueron en realidad momentos de inmensa angustia. Así comenzó ayer su narración para El Matutino el Señor Arzobispo de Panamá y jefe de la grey de este país, relatando lo que constituyó el epílogo de una jornada en la que él fue figura principal, como mediador en los hechos que toda la ciudadanía conoce. Continuando el relato de la salida hacia el aeropuerto, el Arzobispo indicó que bajo instantes de suma tensión salió del lugar, él primero, luego el Nuncio Apostólico, después los embajadores de Venezuela y México y finalmente los rehenes y guerrilleros. Minutos antes, a petición de los captores, tanto él como el padre José Rodríguez que fungió en esas horas acuciantes como su secretario, inspeccionaron minuciosamente los alrededores de la vivienda, situada en la lujosa Urbanización Obarrio, luego de pedirle a los efectivos del ejército que se retirasen y despejaron el lugar.

ORDENAN VÍA LIBRE

Desde el mismo momento del arranque del vehículo, la tensión creció porque los guerrilleros exigieron al conductor del bus que no respetara los “altos” y que si no lo hacía así peligraba su vida. El bus de la CUTSA, cargado de rehenes y guerrilleros tomó a gran velocidad rumbo hacia Tocumen por la *Vía Ricardo J. Alfaro*. Hubo que hacer un alto al llegar a la circunvalación cerca de la Cervecería, pero los guerrilleros exigieron al conductor que siguiera sin respetar las leyes de tránsito. Entonces, Monseñor gesticuló a los vehículos que venían en preferencia para que se detuvieran.

UNA BANDERA Y UNA GRANADA

Todavía con la natural angustia de esos instantes, Monseñor recuerda vívidamente la figura joven, muy joven del guerrillero que ubicado junto al chofer, cargaba en la mano izquierda una bandera del Grupo y una granada de fragmentación con el dedo metido en el aro del seguro, listo para zafarlo. En la otra mano portaba montada una metralleta. Mientras tanto, todos los demás captores (doce aproximadamente) tenían sus armas bala en boca.

UN CARRO INOPORTUNO

Pero, quizá, el momento de mayor zozobra para Monseñor, sus acompañantes diplomáticos y rehenes fue cuando, al ocurrir el trasiego de personas de la casa del Doctor Garrido al autobús, acertó a pasar, ya despejada la vía de militares, un vehículo particular y el guerrillero que vigilaba la operación lo detuvo violentamente gritándole, “párese o lo mato”. Monseñor fue, entonces, a explicarle al conductor del vehículo y le pidió que se retirara del lugar. Otro vehículo, también quiso pasar por el lugar y Monseñor, una vez más, intervino para que se regresara y no pasara por allí. En esos momentos la tensión era inmensa. Al llegar al cruce entre la *Ricardo J. Alfaro* y la *Transístmica*, el chofer del vehículo en que viajaban los guerrilleros con sus rehenes, así como también los mediadores, tuvo por fuerza que frenar por el semáforo que hay en esa intersección. Un guerrillero, quizá el más joven de todos exigió al chofer que no bajara la velocidad. Intervino, entonces, una vez más, Monseñor para explicarle que podría ocurrir un accidente y que era mejor que el bus hiciera el alto. El comandante de los guerrilleros aceptó la sugerencia.

INTERVENCIÓN DE MONSEÑOR

¿Cómo fue que Usted, Señor Arzobispo, intervino en los acontecimientos? Él nos responde:

“Como cristianos y amantes de la paz, somos profundamente partidarios del diálogo. En tal sentido, entendimos y sentimos que era nuestro deber intervenir en aquellos sucesos para evitar más tragedias y derramamiento de sangre. Hicimos, pues, todo lo que estuvo a nuestro alcance para que se arribara a una solución sin violencia.” Y, luego continúa: “Queremos enfatizar algo que nos parece de vital importancia en las relaciones con la convivencia humana: el diálogo bien llevado y conducido soluciona satisfactoriamente cualquier conflicto por muy delicado que sea, cuando las partes en pugna tienen buena voluntad y espíritu de conciliación”.

Poco antes de terminar sus declaraciones, Monseñor señaló que las negociaciones se llevaron a cabo dentro de un clima de mutuo respeto.

Garrido termina de leer la noticia, tira el periódico a un lado, se arrecuesta en el sofá de su despacho, cierra los ojos para abrirlos inmediatamente y más por instinto que por otra cosa toma una revista, “Requiem por las guerrillas rurales”, lee el encabezamiento del editorial de *Visión* de hace un par de semanas: “A partir de 1965, los ejércitos locales derrotaron de hecho las guerrillas rurales del Perú, Venezuela, Colombia y Guatemala y las convirtieron en grupos aislados y marginados que no constituían una amenaza para los gobiernos”, ¡qué sarcasmo, coño!, bebo otro trago, ¡qué gente esa, ultra-torpe!, Mariana, y comienzo a repetir como un bellaco, *Visión*, sinónimo de imagen, percepción, circunvisión, televisión y el secuestro, ¡contra!, me he quedado solo, negramente solo, con mis muecas y mis arrugas y es que todo ha sido tan fugaz, solo, como un show sin anuncios de cigarrillos *Winston* y aquí me tienes, solo, re-

pleto de letreros y puertas y palabras que se cierran y tú, luminosa en la pantalla, es hora de dejar de correr, solo, tocan a la puerta, pasen adelante, digo, no me oyen, sí, pasen, pasen, pasen, solo, nada, siguen toca—que—te—toca, todavía está lloviendo, solo, veo a papá que entra, me lo quedo mirando con ganas de decirle, oye, tú, ¿qué diablos haces aquí?, pero en vez le digo un:

—Hola, papá —que suena bien cortés y me pongo de pie para abrazarlo.

—No tengo mucho tiempo, —él siempre con sus aclaraciones, y qué va, no me abraza, no, ¿para qué? eso sobra, digo, está de sobra.

—No has concedido entrevistas, ¿no?

—No, papá, —¡carajo!, yo siempre requetecomedido.

—Además, el Coronel...

—¡Qué Coronel, ni qué niño muerto!, —la soberbia lo ahoga.

—Aquí el de la experiencia política soy yo, ¿qué saben esos militares recién llegados, estos genios de pacotilla de los asuntos de Estado? Tú, ni una palabra a nadie, todavía. ¿Me oyes? Nada. El asunto tiene que ser bien coordinado. Una conferencia de prensa, tal vez, y las declaraciones preparadas de antemano. Ridículo esto que ha hecho el Arzobispo, ridículo, —repite y esto sí que no se lo discuto.

—Ya.

—Ya, ¿qué?

—Que lo del Arzobispo ha sido una metida de pata soberana. —Y trato de sonreír, pero, ¡qué vaina! , me sale en vez una mueca automática de esas de, sí, papá, aquí me tienes a tu antojo, y él lo capta y, satisfecho, camina por el cuarto y sin mirarme siquiera me pregunta desde la ventana:

—¿Leíste ya el comunicado de los guerrilleros?

—No, no he tenido tiempo.

—Pésimamente redactado, fruto de mentes retardadas, acomplexadas, desquiciadas.

—¿Crees, tú?

—¡Cómo!, ¿es que siquiera tienes dudas? ¿Qué te pasa a ti, ah? —Y se hace un silencio que parece definitivo, nos quedamos mirando y yo sé que allá, por lo bajo, él me está llamando desde pendejo, hasta grandísimo come mierda y cuidado que hasta mucho, mucho más, lo veo salir, ha tirado la puerta sin disimular su enojo, no hay nada más qué decir y él, lo sabe y yo, amor, de tantos años a su lado lo adivino, aunque siga reclamando con la terquedad de siempre su presencia y tal vez hasta un apretón de manos que no tenga este tufo horrendo a indiferencia, me sirvo otro trago y comprendo que eso es todo, eso es, todo, todo, todo, tal como lo ha pensado él y yo también, aunque yo siga buscando empecinadamente otras cosas, enciendo un cigarrillo, y tu voz, amor, tu voz aquí diciéndome, Tito, no hagas de eso una empresa, exhalo el humo, deja que el asunto fluya, me lo decías a cada rato, se trata de algo así como la respiración que sigues viviendo y te topas con algo y lo ves y te ve y a veces es hasta un puro golpe de amor y sigues viviendo y ya has dejado a un lado esa fraseología de búsquedas y encuentros y exploraciones y, tarde, comprendo, como siempre tarde, que tú sí andabas en un momento de lucidez, de fagonazos, de verdades cuando me dijiste todo aquello. Voy hacia la grabadora, pongo la cinta que grabé hace unos días en aquella reunión con mis colegas poco antes de que los negociadores nos reuniéramos con Bunker, hay que refrescar todo lo dicho entonces, sobre todo antes de esta tarde cuando nos veamos en la Presidencia, aprieto los botones de la grabadora, la luz se enciende y el olor a colonia que sigue aquí, Mariana, la misma *Jean Marie Farina* que ha usado el viejo desde que yo recuerde, el aroma penetrante a colonia, a tabaco negro, entrelazándose, y de pronto la voz de Gaudiano, ronca, levantándose como una descarga; ¡preparen, apunten, fuego!: el Tratado de 1903, es un documento leonino, una estafa que nos ha dejado con una soberanía mediatizada en la Zona del Canal y el Gobierno de los Estados Unidos gozando a sus anchas de nuestra privilegiada posición geográfica y poniendo ésta al servicio de sus intereses y de su

economía, y tú y yo, amor, aquella noche, los dos en la terraza del Teatro Nacional y yo tomando tu rostro entre mis manos, descubriendo la magia inmensa de tus ojos, ¡esa jeringa se acabó, Señores!, tus ojos mirándome y yo mirándolos y sintiendo a raudales tu ternura, tu suavidad de terciopelo, ¡ahora el mundo entero lo sabe y el pueblo panameño no está dispuesto a rendirse más nunca a ningún amo!, tu figura de pie contra la noche, tus caderas, tal vez un poco anchas, lo han hecho para jodernos, sí, para jodernos, yo conozco bien a esos gringos, Gaudiano se exaltaba, contra toda autorización contractual han militarizado la Zona y han puesto en ella emplazamientos nucleares sólo para jodernos, para comprometer la seguridad de nuestro pueblo y la neutralización del Canal a que tienen derecho el Estado panameño y los demás Estados del mundo, la inocencia casi infantil con que me pediste que te encendiera un cigarrillo, no temas que no te voy a hacer nada, me dijiste, y yo respondiendo con lo que tú creíste que fue una muestra de ingenio y no era sino una cita de Taylor, Fear is the mother of foresight, tu carcajada sonora, ¡bases no!, óigalo bien Garrido, ¡bases a ningún precio!, tu risa de anaranjado puro brotando luminosa, corriendo como azogue, ¿no estás de acuerdo con nuestra posición, Garrido?, tú abrazándote de pronto a mi cintura, el asunto no es tan fácil, el país lo necesita, yo sintiendo por primera vez el toque de tus manos temblorosas, no friegues, también lo necesitábamos en el año tres y por eso lo entregamos todo, menos la neutralidad, ambos cerrando los ojos y el tiempo clavándose para que fuéramos tal vez por un instante la pareja, para que yo reconociera en ti la unidad, en fin la vida misma, la posición de Ustedes es utópica, el que acepta negociar, acepta la transacción y el compromiso, se trata de que lleguemos ambas partes a un acuerdo, el tiempo, amor, ya sin nombres, ni horas, ni apellidos, en este caso, lo ha dicho Bunker, las posiciones planteadas son negociables, tú y yo, Mariana, gozando de nuestra mutua cercanía en ese teatro de palcos dorados, alfombrado en rojo y frescos de Roberto Lewis, ahora es

la voz de Reyes, pausada, machacada, la que habla, los gringos no accederán porque sí a una abrogación del Tratado de 1903, yo recobrando el asombro maravilloso de estar vivo, no hay que engañarse, hombre, ellos necesitan legalizar de algún modo su presencia militar en la Zona del Canal y eso sólo lo lograrán a través de un nuevo tratado, las voces continúan, una voz sigue a la otra, vociferan, me es imposible concentrarme y, cansado, voy hacia el ventanal, sigue lloviendo, es la misma lluvia fuerte, color de limonada, el cielo está opaco, pero las voces, Mariana, las otras, que vuelven, que me rebotan en el cerebro, ¡bases nunca, Garrido, eso nunca!, eran, inicialmente sólo cinco, se abrían paso con los fusiles y luego aquel grito prolongado y Elías y Felicidad luchando inútilmente por cerrar la puerta de entrada de la casa que se había abierto en honor de nuestros invitados y la tremenda balacera y las voces, las voces siempre, ¡VIVA EL FRENTE DE LIBERACIÓN NACIONAL! ¡VIVA EL COMANDO URRACÁ!, y, de pronto, Mariana, la estrechez, los gritos y tú, ahí, con aquella cinta amarilla sobre los cabellos y el humo de los cigarrillos caldeando el salón y los mesoneros, tirados, con las mujeres en el suelo y las bandejas vacías y los vasos rotos y Ricardo Arosemena que se había quitado el saco y aflojado la corbata y tú, ahí, con la cinta amarilla sobre los cabellos. Llamo a Marta.

—Cancele, por favor, lo de Pérez Dávila. Explíqueme que me han citado de la Presidencia.

—Bien, don Tito.

Garrido da unos cuantos pasos alrededor del cuarto, la barbi-lla le tiembla y se lleva varias veces las manos a las sienes. El dolor está ahí, ahora, estático, y siente cómo lo golpea y su cuerpo se cubre todo de un sudor helado. Las manos temblándole, se las lleva al vientre, las manos temblándole, se palpa el estómago y a la altura del esófago siente el ritmo acelerado de su corazón y otra vez camina, siempre cabizbajo, hasta el ventanal de vidrio y escucha el chas-chas-chas de la lluvia y el ruido de los carros que pasan, todo tan cerca, además, las manos temblándole y pega la

cabeza sobre el cristal helado de los ventanales y vuelve a mirar el reloj, son casi las once, ponte la corbata negra, fue cuando me enteré lo que era la muerte y fuimos a enterrar al abuelo Tito en aquella ceremonia, en Catedral, interminable, ponte la corbata negra, yo de once años recorriendo las losas de la iglesia, 1-2-3-4-, ponte la corbata negra, salté la primera lápida y era como jugar rayuela, ponte la corbata negra, tenía, además, forma de rayuela.



ponte la corbata negra, las voces ahí, ¡VIVA EL FRENTE DE LIBERACIÓN NACIONAL! ¡VIVA EL COMANDO URRACÁ!, y los muchachos que jugaban en el parque, dame un real, pelao, no loco, dame un cuara, era día de duelo nacional decretado por el Presidente de la República, 6-7 ¡bases no! ¡tratados con bases no pasarán!, yo saltando otra lápida, “Feliciano Pascual nació el 27 de julio de 1861 y murió el 28 de enero de 1869 ¡los breves días de su existencia colmaron de dicha el corazón de sus padres! su eterna separación los ha dejado colmados de un recuerdo que es todo tristezas y lágrimas”, el grupo aquel montando guardia frente al sarcófago, cubierto con la bandera nacional y yo tratando inútilmente de hacer conversación con ellos porque hacía horas que estábamos ahí y me aburría soberanamente, quédate quieto, Tito, anda siéntate junto a tu mamá, me decían, y la familia que no se movía de las bancas de la primera fila y los hombres, toditos de sharkskin blanco, ¿o era drill 100?, con grandes anteojos de sol cubriéndoles el rostro y las mujeres, de negro, orgullosas de su capacidad de llanto, las-mujeres-todas-juntas-entreguen-las-carteras, y aquellos ojos de ellas, colorados, inflamados, desorbitados, y la gente que llegaba y nos abrazaba, how charming of you, Garrido, to give this party in our honour, y la fila que se atascaba al llegar a la altura de papá porque ahí, el abrazo iba acompañado de un discurso que él, impávido, escuchaba, gracias, amigo, gracias por acompañarnos, y el badajo de Catedral que doblaba y volvía a doblar, our pleasure, Mr. Ambassador, y el Presidente también en primera fila, vestido también de blanco pero sin los anteojos negros porque eso era prerrogativa de los deudos y con él, los ministros y yo, Mariana, reconocí al de Relaciones Exteriores porque era el tío de José Miguel, mi compañero de La Salle y hacía dos días que andábamos con eso de la muerte y la casa, repleta, día y noche, de parientes y amigos y yo, harto de tanto protocolo y de oír a mi padre que ya no llamaba a la gente por su nombre sino que les decía excelencia, señoría, magistrado, ministro tal-por-cual y luego, la noche de la vela cuando me

mandaron al jardín a jugar con Pancho, el hijo del vecino y ahí todo oliendo a rosas, todo reduciéndose a un barullo enorme, las voces que contaban chistes, que rezaban el rosario, el quinto-la-crucifixión-y-muerte-de-Nuestro-Señor-Jesucristo- y ahí también aquel EXTRA-EXTRA PANAMÉRICA-LA NACIÓN-EXTRA-EXTRA-HA MUERTO-EL-PRÓCER-GARRIDO-PANAMÉRICA-LA NACIÓN que se me ha quedado grabado y que me hizo caer por primera vez en cuenta lo que significaba la muerte, yo que sólo había visto gorriones y pelirrojos y perros y una que otra rata muerta descubriendo la muerte, digo, aceptando el significado, la extensión, digo, dando con el sonido unívoco de la muerte y de pronto, la impresión aquella, Mariana, al ver la inmensa fotografía en los periódicos, siempre la misma foto, él un poco más joven y más fornido, la impresión al leer la noticia y yo leyéndola no sé cuántas veces, releyéndola hasta memorizármela, sin comprender, acaso, el contenido: “intensa conmoción ha causado en todo el país el fallecimiento en la madrugada de ayer del prócer, diplomático, estadista, y sobre todo, ciudadano insigne, Doctor Roberto Augusto Garrido, quien fuera signatario en 1903 de nuestra Acta de Independencia y poco después nombrado Secretario de Relaciones Exteriores tocándole, así, ser testigo de todas las peripecias sufridas con motivo de la instalación del nuevo régimen establecido para la Zona del Canal y actor como alto funcionario panameño de la solución de referendos surgidos entre la administración de la mencionada Zona y el Gobierno Nacional”, y las lágrimas escurriéndoseme, aquel sabor salobre, y es que el abuelo no, no había sido eso, nada de eso, el abuelo había sido sólo un abuelo, un maravilloso abuelo que todos los sábados nos invitaba a almorzar y jugaba con nosotros y cultivaba una rosaleta y era dueño de la mejor caballeriza del país que quedaba en Cerro Punta, cierro los ojos, me acerco el vaso con hielo a la mejilla izquierda, me lo llevo a los labios y bebo otro sorbo de whisky, el vicio aquél, el amigo del abuelo Tito vestido de paño oscuro, chaleco cruzado, diamante en corbata negra, mancuernas de oro, leontina y pechera almidonada

agarrándome del abrazo, susurrándome, niño, un poco de respeto con la memoria de tu abuelo, y yo mirándolo, abriendo los ojos, así de grandes y comprendiendo que mi abuelo ya sería para todos solamente una memoria, digo, un dato, una fecha, un nombre para llevar guardado en el recuerdo, me arrimé al anciano y me senté, obediente, a su lado y al cabo de un rato me quedé dormido pensando que ese sábado, seguramente, ya no habría almuerzo como los otros sábados y sólo cuando la voz del Arzobispo se alzó hasta llegar al alarido fue que desperté y debió haber transcurrido mucho tiempo porque todo el mundo tenía, ya para entonces, clavada en la cara la imagen del hartazgo y el cura que seguía hablando, coño, y seguía hablando y hablando y no paraba de hablar y aquel acento alemán duro, chocante, y más chocante aún porque acaba de pasar la guerra y nosotros no queríamos siquiera que nos mencionaran a esa gente y es que, también, allá en La Salle, los Hermanos Cristianos eran franceses y nos habían enseñado a aborrecer a Hitler y Hitler para nosotros quería decir toda Alemania y además todos los amigos de los alemanes y, así, el Arzobispo era por lo tanto Hitler y seguía vociferando, igual que Hitler, gimiendo, clamando, hipando desde el púlpito y mi vecino que iba meneando la cabeza con disgusto hasta que se hastió y comenzó a murmurar cosas y más cosas, golpeaba el bastón, cosas que yo no podía descifrar y ahora sólo recuerdo que mencionaba a Bossuet y a Enriqueta de Francia y golpeaba y golpeaba con el bastón y dijo algo así como que todo aquello era un soberano plagio, un plagio inmundo y eso sucedió cuando el cura alemán hizo la paráfrasis, que en realidad no era paráfrasis, de un texto de Kempis que todo el mundo conocía:

Dispón y ordena todas tus cosas
según tu querer y parecer y
no hallarás sino que ha de
padecer algo, o de grado o por fuerza;
y así, siempre hallarás la Cruz

Afuera ha dejado de llover. Garrido va al bar y se sirve otro trago: mucho whisky, whisky on the rocks y la cabeza que seguramente ya comienza a darle vueltas. Son tres o cuatro los tragos que ha bebido, Whisky, something special, y Marta que entra, sigilosa como siempre, y te pregunta que si desea que le prepare una taza de café negro y le extiende los diarios extranjeros y ahora es mi foto, mi foto, coño, no la de mi abuelo la que hace la noticia. Le echo una ojeada a todo: miles de palabras escritas en todos los idiomas alrededor de la noticia, *Le Monde*, *L'Osservatore Romano*, *The Washington Post*, *El Día*, *The New York Times* y en este último leo un largo editorial y unas declaraciones del secretario de Estado Adjunto para Asuntos Latinoamericanos asegurando que, este asunto del Canal, Señores, habría que haberlo resuelto con rapidez y prudencia, nada de línea dura, pero el Congreso se obsecó y aquí tenemos las consecuencias. Dejo a un lado el periódico y la cabeza que me da vueltas como un trompo, bajo la mirada sólo para divisar que en *Excelsior* el asunto ha ido a parar a primera plana y hasta se han ingeniado para publicar fotografías de la fiesta misma y te veo, Mariana, –Mariana–Mari–Amor, sonriente, abrazada a Joaquín y con ustedes Ricardo Arosemena y Mrs Wilson, todos con una copa en la mano, isn't it a nice party, yes ma'm, a nice party, oh God, separo la vista, a very nice party, pongo a un lado los periódicos y me levanto, todo el asunto, carajo, va cobrando dimensiones gigantescas, ¡bases no!, óigalo bien Garrido, ¡bases, no! ¡defensa conjunta no!, y la estrechez y el humo de los cigarrillos caldeando el salón y el brillo del sudor, el maquillaje corrido en la cara de las invitadas y los mesoneros y los del conjunto típico y los músicos sentados con las mujeres en la alfombra y Maruca González, presa de un ataque de histeria, y la guerrillera aquella enmascarada apuntándonos, repitiendo como una autómatas, repitiendo con voz monótona, recitando como una colegiala boba, ¡Viva el 9 de enero!, ¡Por nuestra total liberación!, ¡Negociaciones de cara al pueblo!, ¡Ni una sola base militar!, ¡Soberanía o muerte; Venceremos! y aca-

baba y volvía a comenzar con la misma cantinela hasta que tú, Mariana, te le acercaste y le dijiste algo así como que cambiara el disco y Joaquín soltó la carcajada y fue cuando apareció el jefe y le dio una orden: Cinco, a cuidar la puerta que da a los garajes y supimos que entre ellos se llamaban por números no por nombres propios, 0-1-2-3-4-5, y yo, Mariana, saltando las losas de la Catedral, “¡Joaquín Aspriella nació el 5 de agosto de 1823, murió el 18 de mayo de 1847, sus inconsolables padres, hermanos y sobrinos le dedican este recuerdo, lloran su muerte acaecida en plena flor de la juventud!” y los guerrilleros con los rostros cubiertos con medias nylon de mujer, 6-7-8, y la misa, Mariana, la misa que había concluido y el Arzobispo rezando el responso ante el féretro, cubierto, de mi abuelo: *Liberame, Domine de/ morte aeterna, in die illa/ tremenda/ Quand coeli/ movendi sunt et terra/ Dum veneris judicare saeculum/ per ignem* y el féretro que salía de la Catedral y detrás de él aquel olor a incienso, mucho incienso, y el interminable cortejo de familiares, ministros, magistrados, diputados, embajadores, representantes de las Academias de la Lengua y de la Historia, dignatarios de los clubes Rotario y Leones, Hijas de María, vestidas todas de blanco con escapulario de oro, ancianos de la Masonería, y las coronas, millares de coronas fúnebres, grandes, pequeñas, medianas, inmensas, redondas, en forma de cruz, en forma y colores de banderas extranjeras, en fin, Mariana, todo un universo en flores y de flores y las rosas sobre todo, tan amadas por el abuelo Tito: nacionales, importadas, rebuscadas, la centifolia, multiflora, spinosa, spinosissima, eglateria, canina, arvensis, blanda, nítida, carolina, virginiana, setígera, californica, todas ahí, blancas, rojas, rosadas, amarillas, color té, color de mantequilla, con o sin espinas, y yo de la mano de aquel viejo, Mariana, aturdido, olvidado por todos, metido dentro de aquella increíble multitud y, luego, el sarcófago descansando en el gran carro de bomberos con antorchas encendidas, en la Knox, como lo llamábamos los muchachos, y los músicos de la Banda Republicana, en uniforme de gala, entonando durante

horas y horas y a medida que caminábamos a paso lento, rumbo al Cementerio Amador, la Marcha Fúnebre de la Sinfonía Heroica, esto por solicitud expresa de mi abuelo, y después la inevitable de Chopin, y allá atrás, Mariana, la muchedumbre haciendo calle de honor, la multitud congregada en los balcones y hasta en los techos de las casas por donde pasaba el desfile que resultaba inacabable, y es que debían ser ya las tres o cuatro de la tarde y los políticos que se inspiraban y pronunciaban en el cementerio aquellos discursos larguísimos y aburridísimos y todo terminó cuando el Ministro de Relaciones Exteriores, sí, el tío de José Miguel, se puso lívido y cayó al suelo desmayado, y una multitud de periodistas se echó sobre él para fotografiarlo.

Hace rato que Garrido se ha quedado sentado en el sofá, inmóvil, con la cabeza baja. Todo vuelve; cada escena se proyecta como lo que es: una realidad en tecnicolor. El script, Garrido lo conoce y vuelve a cerrar los ojos y ya sabe que no hay nada, eso es, nada, que lo haga olvidar. Es como ser estrella de cine y revivir la escena en una inmensa y cóncava pantalla como las de Cinemascope con efectos sónicos, con reflectores que se encienden y se apagan y él, de director–productor–actor–protagonista–espectador, y tú, Mariana, que aquella noche ibas de negro y yo, detrás, con unas ganas inmensas de amarte y los dos juntos, riéndonos al salir del teatro, vamos a mi cabaña de Las Cumbres, te dije, y nos volvimos a mirar, meciéndonos en nuestro deseo, luego, allá, tirados en la grama, los cuerpos entrelazados, los besos, regando con nuestro amor la tierra, cosechando amor y descubriendo, sí, descubriendo que el amor cuando es amor es sólo amor y más amor y a todas horas amor, Mariana.

Uno que otro ha pensado en Garrido esa mañana. Uno que otro ha comprado el periódico, leído las últimas noticias del secuestro y, tal vez, animado por un instinto de curiosidad se ha

detenido a contemplar esa casa de Obarrio que, de la noche a la mañana, se ha convertido en una suerte de teatro desde donde se habrá de medir con un poco de más precaución el tiempo. Uno que otro, también, ha intentado conversar con los criados de esa familia y quizá hasta penetrar las puertas y llegar al interior del mundo ése, guardián, ya, de tantos enigmas. Pero, todo empeño a ese respecto ha fracasado totalmente. Aun nosotros sabemos que, de algún modo, la casa de Tito Garrido nunca más volverá a abrirse como antes del viernes, cuando de vez en cuando, lo buscábamos, seguros de que, si no él, Queta nos acogería con los brazos abiertos. Porque en aquella época de nuestra infancia cuando el tiempo no era tiempo y lo medíamos solamente en términos de navidades y cumpleaños y week-ends nadando en la Isla de Taboga y, luego, cuando llegaban los meses de verano y no hacíamos otra cosa que montar a caballo en El Valle, él ya era una persona hosca. Esa era la época, sí, Mariana, cuando tú y yo teníamos apenas unos años más de lo que hoy tienen mis hijos y tú ya eras huérfana y vivías con tu abuela Lucía y aquellas dos tías solteras en esa casa inmensa, en esa cueva de soledad que es como decir, en una soledad sin fondo, pero nadie, nadie, qué va, nadie entonces hubiera sido capaz de imaginarse que vivir con aquellas viejas era y debía resultar, en efecto, un verdadero infierno, ¡ni de a vaina!, en vez, di tú, a lo mejor creíamos que eso de no tener a un papá y a una mamá jodiéndolo a uno con la cantinela ésa de no-hagas-esto-haz-aquello el día entero debía ser el mismo cielo y sobre todo, qué envidia, qué envidia gigantesca nos daba verte tan rodeada de juguetes porque tú siempre, ahí, con los mejores juguetes, los más grandes, los más caros, los más raros, la juguetería entera de Félix B. Maduro y del Bazar Francés mudaba a tu casa y por eso y por mucho más el barrio entero envidiándote siempre y hasta idolatrándote a ratos y conste que digo a ratos porque era así, o sea, que no era siempre que te idolatrábamos, sobre todo cuando te daba por sacar ese otro lado de tu personalidad, ¡contra!, ese lado frío, impersonal y dominante, capacísimo de alcanzar picos

incalculables de crueldad como aquella vez en el cumpleaños de Rosarito Prieto que ella mencionó algo acerca de la muerte de tus padres en ese accidente horroroso y es que tu papi fue el culpable porque la gente dice que manejaba como loco, lo dijo de pronto la pobre-tonta de Rosarito Prieto y tú que te quedaste calladita en un principio y sólo la miraste, la miraste así, digo, con unos ojos preñados, macizos de odio que todavía recuerdo y ya cuando nos íbamos, te sentaste en el suelo y nosotros contigo y tú llamando a Rosarito Prieto a tu lado, tú devolviéndole las canastitas y los dulces y, a medida que lo hacías, burlándote de la piñata en forma de conejo, y es que en esta fiesta no ha habido nada, le decías, ni Mago López, ni globos, ni rifa, ni regalos, ni película de Pepe Carioca y se ve a la legua que las cosas han sido hechas en casa, no encargadas a Doña Marita y me he aburrido como una ostra y no sé para qué diablos vine, y todo esto lo repetías con tal saña que Rosarito Prieto rompió a llorar desbocadamente, desenfrenadamente, despepitadamente y los demás nos fuimos contagiando y ahí hubo lágrimas, hipeos, gimoteos cortos, largos, puntapiés, puñetazos y los de la gallada de la calle treinta y ocho y treinta y nueve te quedamos odiando y aprendimos a temerte y tal vez fue entonces, claro, cuando entreví que había algo diferente en ti, porque después ya no hubo tiempo, digo, después vinieron tus viajes, o sea, que te ibas a cada rato y eso se convirtió bien pronto en sinónimo de desaparecerte y tu abuela nos explicaba, como si nosotros necesitáramos explicaciones, que no, que lo que pasa es que la tengo interna en un colegio que se llama *Miss Porter's*, donde mandan a las gringas millonarias y a la legua se veía que la pobre vieja andaba atiborrada de orgullo con lo que tú le contabas y no hacía sino hablar y hablar de eso cuando para las navidades íbamos en pandilla a admirar aquel nacimiento de ella que era el más lujoso del barrio, con figuras enormes traídas o encargadas a España que ella y tus tías solteras exponían en medio de desiertos, oasis, fuentecillas, jirafas, elefantes, pastores con sus rebaños, palmeras, cipreses,

corrales con gallos, gallinas, pollitos, gansos y patos, cascadas de agua, molinos de viento, lagunas y lagunitas, casas de todo tipo, música, luces indirectas y mucho etcétera, etcétera que nos dejaba a todos con la boca abierta, tal como nos dejó saber que ya hablabas, a la perfección, el inglés y que esquiabas en la nieve y que ibas de cacería de zorro a caballo en el hunt country de Connecticut y Pennsylvania y, así, con toda esta porción de extravagancias acabaste por convertirte de una vez por todas en el colmo, di tú, en el exceso, en la tapa de lo elegante, refinado y exótico y créeme, Mariana, que si te confieso, ahora, todo esto es porque desde este noviembre, desde esta distancia de kilómetros y kilómetros de recuerdos, medidos todos dentro de una ciudad donde el tiempo es siempre un tiempo de silencio y lluvias y silencio, puedo al fin hablarte tal como lo estoy haciendo, así nomás, digo, hablarte sin reparos y también aceptando que, para mí y para muchos otros, tú has sido, mujer, el símbolo de ese colmo, mejor dicho, del manjar infinitamente inasequible, porque aunque fuiste mía, todo sucedió tan fugazmente, sí, tan momentáneamente, que todavía ando con la impresión de que siempre tú y yo anduvimos como volando, siempre, con nuestro amor corriendo, siempre apresurados, coño, para que no nos alcanzaran las ruinas, temerosos, siempre, de que nos atajara el tiempo y nos convirtiera, como a otras parejas, en fósiles y es por eso que hoy que te veo, ahí, retratada con Joaquín en esa foto del *Excelsior* de México me pareces otra vez la misma mujer inasible que se marchaba, así, sin decir un adiós, menos aún, un hasta luego y que me dejaba con las dudas de que si nos volveríamos a ver otra vez. Levanto la vista, no sé por qué fijo la mirada en la expresión facial de Joaquín, por primera vez caigo en cuenta que luce tremendamente demacrado en la foto y es que ando con una neuralgia de espanto, me lo dijo así cuando nos tenían de cara a la pared y aquel guerrillero, amor, el cholo aquél, el del uniforme verde oliva, el único que andaba con los cachetes y la boca al aire, me sobaba las costillas con el M-14 y me preguntaba, ¿dónde está Wilson?,

¿dónde carajo lo escondiste?, y yo, yo que no decía nada, Mariana, ya me conoces tú, yo, muy quieto y Joaquín a mi lado y ante mi silencio entrándole por decir algo que pronto se convirtió en le-tanía, algo así como que el embajador se fue, que te he dicho que se fue, y yo por lo bajo con unas ganas inmensas de susurrarle, Joaquín hombre cállate, con unas ganas de decirle, te vas a meter en un lío del carajo y nos vas a meter a todos en ese mismísimo lío, pero qué va, yo seguía sin decir ni pío, sólo pensando que te pensando, cuando caraste el hombre, Joaquín, que mandaba al guerrillero a la mierda, digo, mandándolo literalmente a la mierda y, a que buscara al Ambassador en el jardín de los vecinos, porque el gringo ese, oye cholo, ¿es que no lo sabes? le preguntaba, sin esperar respuesta, el gringo fue en su tiempo saltador de garrocha, ganador de medalla de oro en la de Berlín del 36, y a los primeros tiros de ustedes se voló la tapia, así, suave, loco, nada como yo que me quedé de pendejo, aquí, esperándolos con el whisky en la mano y para ese entonces, yo, Mariana, ya hecho un fleco de pánico y aquél sin inmutarse siquiera seguía hablando, hablando, él solito se daba cuerda, mira cholo, se deleitaba en llamarlo cholo, cholo, mira, para ser más exacto hasta llegué a pensar que con tu pleque-pleque se iba a poner más caliente la salsa. Me levanto, me siento, cierro los ojos, los abro, me vuelvo a levantar y llevo recorrido ya casi todo el sofá en esta danza cuando reparo en Marta que ha entrado y está frente a mí con la taza de café y no sé desde cuándo ha empezado a dirigirme la palabra porque yo me limito a observar los labios de ella, delgados, nítidamente maquillados y de movimientos serpenteados y luego esos ojos celeste pálido que se iluminan dentro de un ritmo entrecortado y la veo alejarse hacia el ventanal de vidrio y descorrer las cortinas y la luz del mediodía, Mariana, la luz que entra, cortante como una navaja y que penetra rasgándome los ojos de un solo tajo, y todo en torno a Marta, incluso su silueta, se oscurece.

—¿Cómo se siente ahora, don Tito?

—Mejor, gracias. —Bebo un sorbo de café y está amargo.

—Únicamente, la luz, Marta, la luz...

—¿Le molesta?

Claro que me molesta, coño, si no, no se lo hubiera mencionado, pero en vez le digo:

—Algo —y yo lo sé y ella, mejor que nadie, lo sabe, que hay un pique en mi voz, pero ella es educadísima y no dice nada y paño a paño, lentamente, vuelve a cerrar las cortinas y yo a refugiarme en esta semioscuridad que no exige nada y te confieso, Mariana, que daría cualquier cosa para que Marta me dejara solo pero hasta ahí no llega la perspicacia de ella y la veo que se acerca, carajo, que no se acerque demasiado, ya, ya, ya, ni un paso más y que coge, así, al azar uno de los tantos periódicos y es que Marta tiene sus manías y una de éstas es leer, leer de todo, digo, todo-todo-todo y a veces sospecho que si no tiene su cualquier tendencia a meterse en lo que no le importa, pero qué va, no se trata de eso, sino que yo soy por naturaleza mal pensado y ella es la buena y yo el malo en esta película, Mariana, levanto la vista porque escucho que me está preguntando algo, y esto es, justo, esto es lo que yo no hubiera querido que pasara:

—*Excelsior* ha hecho un reportaje increíble —me dice, siempre usando los mismos adjetivos: increíble, maravilloso, estupendo.

—Así es, Marta —y te repito que daría cualquier cosa, te lo vuelvo a repetir, cualquier cosa, ¡concho!, di tú, le regalaría un Malibú rojo, un par de zapatos *Charles Jordan*, cualquier cosa para que no me hablara, para que me dejara solo, pero ni modo, aquí sigue, fiel, inquieta, inquisitiva.

—Parece como si hubiera estado un periodista de ellos metido todo el tiempo en el asunto. ¿Cómo lo lograron? —me lo pregunta esperando, tal vez que yo, como Dios, lo sepa todo.

—A la verdad, no lo sé; simple profesionalismo, diría yo; buen olfato periodístico. En fin... —Y siento, ¡contra!, siento que para hablar, digo, para pensar, debo hacer un esfuerzo loco que va de las imágenes a las letras y que entre éstas tengo que elegir lenta-

mente de acuerdo a su textura y que de ahí debo pasar a formar palabras, palabras agudas, graves, esdrújulas, sobresdrújulas, con o sin acentos prosódicos, asonantes, disonantes, simples, compuestas, primitivas, derivadas, parasintéticas y sólo por último es que surgen las frases que voy agrupando en bloques de diversas dimensiones, cada cual con su aroma, con su pasión vital, cada cual creciendo a alturas de universo, Mariana, amor, inhalo, exhalo, exhalo, repito tu nombre, lo miro cara a cara y es que tu nombre tiene una belleza simple, ¿sabes?, serena, triste, tal vez, una belleza que me infunde una nostalgia y que es mezcla de lluvia y de besos y de cabellos revueltos y de más besos y tú y yo juntos en la grama, tú y yo, ayer y anteayer, Mariana y aquellos hombres, los primeros cinco, eso es, los cinco rostros cubiertos con las medias nylon entrando y luego el estruendo de la balacera y la casa de pronto invadida, violentada, ocupada, infestada por aquellos seres, todos jovencísimos y dueños de una ira desconocida por mí y por todos nuestros invitados y nadie se movía, no, qué va, nadie, y yo buscándote con la mirada, Mariana, los gritos, ¡VIVA EL COMANDO URRACÁ! ¡VIVA EL FRENTE DE LIBERACIÓN NACIONAL! y buscando también a Queta y el caviar, el que habíamos hecho traer de Miami en hieleras especiales, tirado, ahí, en el suelo, en el piso de granito, ensuciándolo y tal vez hasta manchándolo, carajo.

—En el análisis político el *New York Times* es acertadísimo. —Oigo que Marta me comenta algo en ese tono suyo siempre mesuradísimo y comienza a leer en voz alta lo que escribió Ted Sorensen en su columna:

Nuestro país tendrá una vasta y superior fuerza militar; tal como solíamos decir al referirnos a Vietnam. Pero la otra parte tiene una vez más la fuerza del nacionalismo, generaciones resentidas y la simpatía de la mayoría del mundo...

Y ella sigue con el artículo, lo va interpretando simultáneamente, y su voz gangosa, al cabo de un rato, me molesta y dejo de

escucharla y bajo la cabeza para beber otro sorbo de café amargo y el silbido que vuelve, el silbido agudo de las balas, Mariana, las balas rebotando en las paredes, quebrando vasos, botellas, platos, ceniceros, y el primer grupo de guerrilleros que entraba, ¡bases no!, óigalo bien, Garrido, ¡bases fuera del país! ¡ya no seremos carne para el imperialismo yankee!, y yo, Mariana, de diez años, yo, aterrado, aquel 22 de diciembre, aquella víspera de Navidad del 47, sentado junto al chofer de la familia, eso es, junto a Benítez, allá en las Bóvedas, esperando y escuchando la radio del carro durante horas, durante un día entero, comiendo sandwiches de pierna, sandwiches de huevo con mayonesa que había preparado la mujer de Benítez, esperando mientras papá y los otros cincuenta diputados sesionaban a puerta cerrada, digo, a puerta trancada, en el Palacio de Justicia y decidían o intentaban decidir si se aprobaba o no el Convenio Filós-Hines sobre la conveniencia de entregar a los gringos por diez años prorrogables en otros diez, a voluntad exclusiva de Washington, los sitios de defensa, digo, aquellas bases, sí, Mariana, entre las que se encontraba Río Hato que ellos, los gringos, se habían tomado de hecho poco antes de la guerra, gracias a una sugerencia hecha por el sabelotodo de mi viejo a su amigazo el General Stone, y también las otras, las bases, claro ¿que más va ser? las que accedimos entregar mediante el Convenio del 42, porque en esa época estábamos en guerra y éramos aliados y todo tenía un carácter temporal, pero la guerra se acabó, y, los gringos, carajo, nada de devolver las bases, y el Presidente aterrado / horrorizado / enloquecido por las amenazas de Mr. Secretary of State y los diputados aterrados / horrorizados / enloquecidos de que el Presidente estuviera tan aterrado / horrorizado / enloquecido corrieron a Palacio y uno a uno, hasta llegar a cuarenta y siete fueron empeñando su palabra, no se preocupe, Señor Presidente, que el Convenio no sólo va, sino que va en primer debate, le decían, pero el asunto, caraste, cambió de rumbo y se fue poniendo feo, digo, cada día más feo, digo, color de hormiga, que es como decir que estaba a punto de irse

de un sopetón a pique, y el Ministro de Relaciones Exteriores le presentó la renuncia al Señor Presidente y denunció a los gringos de franca violación de obligaciones contractuales y aquella renuncia cayó como una bomba en Washington y ahí hubo conjeturas, aserciones, imputaciones que en vez de intimidar al pueblo, de asustarlo, de atemorizarlo, lo lanzaron a la calle y fue cuando comenzaron los discursos y las publicaciones del Frente Patriótico y cuando se organizaron las manifestaciones como aquella de las diez mil mujeres que terminaron perdiendo zapatos, carteras, pulseras y prendedores de oro y también de fantasía, y yo, Mariana, ¡concho!, ya me conoces, yo a todo esto, cada vez más aterrado, sentado junto a Benítez, mirando a los estudiantes que repartían papeletas, que pegaban papeletas, que colgaban sogas y yo preguntándoles para qué diablos las colgaban y ellos con sus camisas blancas sudadas, malolientes, respondiéndome en coro, porque ese Convenio se rechazará de todas maneras, chichilindo, o si no todos los diputados, comenzando por tu padre, serán guindados como cabezas de banano, y yo a punto de que me brotaran las lágrimas, coño, Mariana, las lágrimas, y las horas que pasaban aumentando la angustia y los diputados que seguían allá adentro, encerrados, hasta que se llamó a votación y el resultado fue unánime a favor de rechazar aquel Convenio y todos cantaron el Himno Nacional sin temor a ser ahorcados y se abrazaron con los que invadieron a medianoche la Asamblea gritando: ¡bases no!, ¡bases a ningún precio! y el asunto se archivó y se engavetó, digo, se dejó en el tintero, hasta que en 1955, los gringos, que de vez en cuando se les prende un foco, se aliaron con los militares panameños y Remón, el gran Chichi, comprendió el por qué de la urgencia del Defense Department y les entregó Río Hato, así, sin costo ni gravamen alguno para que la utilizaran para fines de maniobras y adiestramientos y el asunto esta vez sí pasó por la Asamblea, a cambio de unos cuantos beneficios comerciales, tal como va a pasar también ahora, cuando sea puesto a plebiscito y este secuestro, este condenado secuestro vaya a dar a saco roto por-

que Mi Coronel, Mariana, no es gallo de pocas plumas y ni estos guerrilleros ni nadie lo va a hacer cambiar de idea y él sí va a acceder a lo de la defensa unilateral o conjunta y en eso yo estoy totalmente de acuerdo con él porque, carajo, hay que protegerse de alguna forma contra el comunismo y ellos ya tienen a Cuba, diablo, y con eso basta y sobra para el balance de poderes, y créeme que esta vez sí que no tuve reparos en decírselo así a Mi Coronel, digo, con esas mismísimas palabras, allá en Farallón, cuando nos bebíamos un par de tragos a raíz de mi nombramiento como negociador y él celebraba la astucia, el know-how de papá y hacía votos para que yo saliera de la misma cepa, mientras me abrazaba y me abrazaba y volvía con las palmaditas confianzudas en la espalda y contaba chistes y más chistes y es que no hay que negarlo, Mariana, que deep down, el hombre sí tiene su cualquiera gracia. Levanto la mirada, Marta ha terminado de leer el artículo de Sorensen, pone en orden los papeles y periódicos que he ido dejando tirados por todas partes y yo me la quedo mirando, ella me devuelve la mirada con esos ojillos azules, alta, flaca, blanca, demasiado de esto y aquello como para atraer de alguna forma a un hombre y finalmente con ese airecillo de la que lleva su virginidad como un cordón de oro en un cuello císnico, digo, como Gloria Vanderbilt lleva sus joyas de *Cartier's*, que es como decir, con una soberbia que raya en el exhibicionismo, pero, conste, que éste es un exhibicionismo a la inversa, o sea, un exhibicionismo tipo caracol que manda mensajes-brujos de éstos que le dicen a uno que el sexo está hecho for the birds and not even for the birds y que el primer beso y el último, también, ha quedado en el aire o perdido en algún cartapacio muy importante de *Robinson and Sachs*.

—Ya era hora, Tito —Oigo la voz de Guillermo Ferrari desde el umbral de la puerta, lo veo que entra, la voz, el hombre, vienen juntos, él se sienta a mi lado y enciende rápidamente un cigarrillo, sin ocurrírsele ofrecerme uno.

—Te he llamado toda la mañana y Marta negándote, cabrón, hasta que decidí venir personalmente a ver qué carajo te pasaba.

—¡Qué me va a pasar!, nada, nada, que no tenía ganas de ver a nadie y se lo dije a Marta y ella sólo cumplía órdenes.

—¡Ajo!, y las cumplía a las mil maravillas, la mosca muerta ésa.

—Bueno, y ¿cuál es tu urgencia? —le pregunto ya, para salir cuanto antes del asunto.

—¡Mi urgencia!, coño, eso te digo yo a ti. Ahora, por lo menos la ciudad entera puede dormir tranquila después que despacharon a los hijos de puta ésos. El sábado y el domingo quise pasar por tu casa y nada, carajo, ahí no podía pasar nadie.

—Ah sí... —Le digo, al punto, casi de desesperarme.

—¿Cómo que, ah sí? Ahora te la tiras de sangre fría, de campante... ¿y los guerrilleros?

—A saber... Anda y pregúntaselo a los del G2, yo sólo sé que se las jactan de patriotas. ¿Habrás leído el comunicado, no?

—¡Qué si lo he leído, carajo! Si los hijos de la grandísima puta exigieron que fuera radiado, televisado, publicado, cantado, bailado, festinado, mientras los tenían a ustedes secuestrados. ¿Quieres que te lo recite de memoria?

—Gracias, no; ahórrate el esfuerzo.

—Ninguno compañero, se lo recité esta mañana al Ministro de Gobierno: “Hoy dos palabras recogen la larga lucha del pueblo panameño contra las fuerzas extranjeras acantonadas en la Zona del Canal, BASES NO..., grito que se escucha...”

—¡Basta!, —lo interrumpo —¿qué hubo esta mañana?

—Nada; una reunión de esas de todos los dueños de estaciones de radio, canales de televisión, periódicos, radio-periódicos; etcétera, etcétera.

—¿Y?

—Lo que suponíamos: que, a partir de hoy, sólo musiquita y programitas pendejos y prohibido terminantemente comentar las negociaciones, la economía nacional, los asuntos estudiantiles, los proyectos estatales, bueno, ya tú sabes, carajo, lo que eso significa.

—La mordaza, por un tiempo, al menos.

—¡Bravo!, adivinaste, hermano. Tío Conejo se queda tachuela a tu lado.

—Tarde lo descubres, viejo.

—Lamebotas, nunca, coño; sólo un comentario y tampoco es como para que reacciones como si te hubiera dicho que eres la Gran Mierda.

—Oye, un poco de respeto a Marta.

—Bueno, ¿y? ¡Qué se vaya a donde le corresponde! ¿Ah, Martita? ¿Se marcha usted y nos deja al jefe y a mí solitos por un rato? Ande rápido, que yo friego mucho con la lengua, niña. Virgen y mártir, ¿no es cierto, muñequita?

Pero Marta, en ningún momento se da por aludida, mejor dicho, no se inmuta y continúa desplazándose por el cuarto, recogiendo papeles, periódicos, documentos y ordenándolos cuidadosamente sobre el escritorio y sólo cuando opina que ha terminado su trabajo se despide de Garrido, enciende un par de luces y se marcha. Y yo, Mariana, te confieso que siento un alivio inmenso, casi como si me hubiera quitado un zapato apretado, y ya con más calma, que es como decir, ya sin sentir que Marta está aquí, leyendo por encima de mi cabeza lo que pienso, me pongo a observar a Ferrari y es bien feo este hombre, sí, feísimo, con una nariz que es un mismísimo adefesio largo, ancho, colorado, con los poros bien abiertos.

—Oye, mira, viejo, esto del secuestro —me decido ha hablarle del tema— esto del secuestro es una historia algo insípida; nada de espectacular, como la gente cree; digo, nada digno de tu programa matutino: sesenta horas sentado en un rincón del comedor muriéndote de miedo, comiendo sobras, heladas, de la fiesta, durmiendo en el mismo sitio y sólo levantándote para ir al servicio que hiede a mierda putrefacta y eso con la guerrillera que te apunta cuando orinas. Eso es todo...

—No friegues, —me interrumpe—, tampoco te hagas el super-macho porque si alguien se jodió fuiste tú, carajo, que la

casa te la dejaron hecha un excusado, que yo la vi ayer al medio-día cuando todos se largaron a Tocumen. ¿Y los que mataron?

—No sé nada. Estábamos en cuartos separados y sólo me enteré cuando vi entrar a los de la ambulancia.

—¿Cambiarán lo de las bases?

—Te he dicho que no sé nada, carajo, absolutamente nada.

—Ya. Supongo que ésa es la consigna.

—Si tú quieres...

—Hijo de tu padre, desgraciado. Supongo que a ti también te llamó el Ministro, ¿no? y desde ahí a narrar anécdotas pendejas, se ha dicho.

—Di tú...

—¡Grandísimo güevón! Y yo que hice campaña por la radiodifusora para que el Gobierno aflojara la chichigua, para que no te mataran. Por mí, por mí, óyelo bien, fue que entregaron los tres millones; por mí, maricón, es que estás vivito para contar el cuento.

—Se te agradece, viejo, y favor con favor se paga. Lárgate de una vez que estamos vigilados.

—¡No me cuentes!

—Como lo oyes. A los del G2 no se les escapa ni una, ni una. —Y lo veo alejarse por la puerta de la misma forma que entró, bruscamente, digo, sin despedirse de nadie y sólo escucho que Marta, muy cortésmente, le dice un hasta la próxima, Señor Ferrari, y estoy seguro que eso es lo último que él hubiera deseado oír esta mañana.

Garrido ha vuelto a quedar solo, se levanta, nervioso, y da unas cuantas vueltas alrededor de su despacho. Una vez, nada más, se detiene, apaga las luces que encendió su secretaria y ya en la semioscuridad de antes va hacia el escritorio, se sienta y vuelve a revisar el resto de la correspondencia que le ha llegado esta mañana: un par de contratos, cuentas por cancelar, Los Ejecutivos de Empresa que anuncian un próximo seminario en el Hotel *La Siesta* y la publicación mensual del Club Unión con la consabida

fotografía del álbum de recuerdos y, ahí, en esa foto, los veo a todos, amor, a tus primos y mis primos y los primos de tus primos y mis primos, sonrientes después de un par de tragos, vestidas, ellas, de pollera y ellos de montuno, celebrando el carnaval y yo calculo que esto debe haber sido una noche de domingo hace ya muchos años, cuando allá en el antiguo Club se celebraba aquel desfile de polleras y todo el mundo, correcto, todo aquél que es mundo, entraba, lentamente, en ritmo cadencioso, y se iba colocando en la gran rueda y las polleras se iban abriendo como inmensos abanicos de holán de coco u holán de hilo blanco y los encajes y los diseños se desplegaban y ahí estaban todas, Mariana ¿las recuerdas? tú que las conocías bien y las ibas nombrando de corrido: la surcida en rojo, heredada seguramente de alguna bisabuela, la bordada en azul o amarillo, la marcada en punto de cruz, la aplicada con calados de chinchito, soles, ojito de muñeca, jazmín, cañita, cama de Benilda, cama de María o pellizcao, y al llegar aquí hacías aquella larga pausa, exhalabas y si alguien te lo pedía, continuabas: la bordada en talco en sombra, talco al sol, talco con calado, y tú y yo sabiendo perfectamente que se trataba de un jueguito jactancioso para derrochar el tiempo, algo así como para hacer resaltar la estupidez de las matronas, cierro los ojos, me palpo el rostro, la nariz algo quebrada, los pómulos, los labios, el dolor lo tengo ahora fijo, en las sienes, tú y yo, amor, los dos en Panamá de vacaciones, tú y yo, los dos adolescentes todavía, asomados sobre la barandilla del segundo piso del antiguo Club, observando, atentos a la entrada de las comparsas durante aquella noche de agosto del primer carnavalito, me limpio el sudor de la frente, y los fotógrafos enfocando a Wilson cuando él intentaba dar algunos pasos de tamborito y la música tocando a todo vapor que es como decir a f-u-l-l y Lolita Quezada, de pie, inmóvil, en un rincón de nuestra casa, mirando a su conjunto palmear, bailar, cantar: Panameño / Panameño / Panameño, / vida mía, yo quiero que tú me llesves / al tambor de la alegría y tú, amor, y Queta, también, la pecosa Queta, la pelirroja Queta que salían a bailar

con Wilson, it's quite simple. Mr. Ambassador, just follow us, quite simple y él tratando inútilmente de seguirlas cuando llegó la hora de los tres golpes del tambor y éste llamó seductivo, hechicero, cautivante, tacatacatantan–tacatacatantan–tacatacatantan y todos, incluso Wilson, delirantes, bailando, luego, la cumbia alrededor de la piscina, cada uno con una vela encendida en la mano y aquellas luces, parpadeantes, reflejándose sobre las aguas, iluminando el tronco de las palmeras del jardín y la brisa cadenciosa, meciendo suavemente las hojas y los mangos y los limones y las naranjas y la luna, inmensa, fija, penetrante, devorando nuestros cuerpos, mejor dicho, encendiendo la pasión en esos mismos cuerpos y tú y yo, adolescentes, sentados en aquellas sillas duras de madera, aquellas sillas antiquísimas que habían sido cien o mil veces repintadas de blanco o de celeste y, ahí, junto a nosotros, las tías-solteronas y las abuelas-viudas y las madres-divorciadas, las desplazadas, en fin, de toda efervescencia o erotismo, con sus grandes abanicos y sus rostros de nueces, maquillados en exceso, lanzando comentarios perniciosos, ¿te has fijado, Julieta, que a Graciela le hace falta la pajueta y los dolores? y estos comentarios que venían a interrumpir nuestra inocencia y aquella Julieta que en verdad, no escuchaba ni intentaba, tampoco, escuchar a Doña Berta porque estaba ocupadísima calculando los quilates de los rubíes de los zarcillos de Marcela y allá lejos, en un rincón muy apartado, la Niña Guillermina a quien, unos, daban por requeteloca y, otros, por simplemente atravesada, vestida con hábito de carmelita, moviendo constantemente los labios en lo que cualquiera hubiera dicho que era el rezo de un rosario de quince misterios, pero, qué va, tú y yo sabíamos de sobra que ese cualquiera se hubiera equivocado porque lo que hacía la Niña era enumerar las cadenas de oro y los adornos de cabeza y las otras joyas de nuestro traje típico: la cadena chata, la bruja, la chata abierta, la solitaria, la media naranja, la cola de pato, la salomónica, la guachapalí o pepita de melón con su escapulario, el rosario, el cordón de mosqueta, el tapahueso, las pei-

netas de balcón liso, balcón con perlas, balcón con brillo, el peinetón, los zarcillos, las dormilonas, las mosquetas, los botones de filigrana, la roseta de perla, las mancuernas, los botones de enaguas, la tostada, las esclavas y las semaneras, las sortijas, las hebillas, el monedero y los quince pares de tembleques / y todo es de oro y perlas repetía, todo es de oro y perlas / y así volvía a comenzar mientras que la reina de los carnavalitos, allá abajo, bailaba, retozaba, se hacía, al son de la música, una sola trenza de preferencias y apetitos y se subía y se bajaba de las sillas y las mesas y volvía a subir y volvía a bajar y seguía bailando, bailando sin parar ni un momento y Mrs. Wilson que a eso de las diez y media dejaba de bailar la cumbia, apagaba la vela, se salía de la rueda y le hacía una señal a su marido y los dos a un tiempo se acercaban y una vez más Queta y yo escuchando aquél *thank you, both, for a lovely party, I shall give you a ring tomorrow morning* y, a los pocos minutos, los guerrilleros penetrando en la casa como fieras y las balas rebotando en las paredes, quebrando vasos, botellas, ceniceros y el Ministro Ramírez y Juan Alberto Rivera corriendo como muchos, hacia el jardín, tratando inútilmente de saltarse la tapia como maromeros que no eran, o de esconderse entre los árboles, Mariana, Marina, María-Amor, porque pocos, o mejor dicho, nadie sabe con excepción de los malditos guerrilleros, repito tu nombre, eso es, nadie sabe que la casa nuestra es como una ratonera, sí, amor, como una trampa de ratones y que ahí sólo se entra y se sale por tres sitios —la puerta principal, la del servicio y los garajes— y estos lugares fueron tomados de inmediato y fue en ese instante, ¡contra!, cuando hicieron su entrada los otros guerrilleros —los siete restantes— portando las bolsas de plástico, repletas de comida, los termos con agua, los cigarrillos y esa porción de cosas, más que nunca supe qué era y uno a uno, ellos nos fueron llevando a punta de fusil hasta el salón y a las mujeres y a los del conjunto típico y a los empleados de la casa y a los mesoneros los sentaron en la gran alfombra —la oriental que compró Queta a tan buen precio

en la Zona Libre— y yo buscándote y buscando, también, a mi mujer con la mirada y ella tragándose rápidamente, no sé ni cómo, el solitario de brillantes y creo que hasta los aretes, todo sin eructar siquiera y Maruca González, cabrona, que caía presa de un ataque de histeria y luego aquél ¡Ustedes, traidores—vendepatria, contra la pared y pongan los brazos en alto! y el grito ¡bases no!, óigalo bien Garrido, ¡eso nunca!, y el resto de los hombres, digo los invitados, inmóviles frente a aquella pared blanca durante lo que fue o nos pareció ser toda una noche o, mejor dicho, las mil y una noche y el corazón que se nos salía por la boca, mientras que los guerrilleros se daban gusto revisándonos y con ese fin, manoseándonos y casi desnudándonos, y Toti Jiménez, el pobre desgraciado, que de puro pánico se cagó en los pantalones. Sólo tú, Mariana, parecías ajena a todo aquello y era como si en ti los relojes se hubieran detenido y ese presente fuera lo único a lo que aspirabas y hasta el secuestro fuera una necesidad, eso es, la fuerza matriz, para ubicarte de pronto en una cima o en un estadio desde donde pudieras cambiar tu piel inmediata, como hubiera dicho tu amigo Carlos Fuentes, por otra más sensible, capaz de percibir más allá de tu propia realidad que tal vez sin que yo me diera cuenta, hacía ya rato que había comenzado a hastiarte y todo esto se me reveló mientras estaba ahí, con los brazos en alto, coño, con el cañón de la metralleta en las costillas y escuchaba tu voz pausada, dialogante, completamente ajena al fastidioso determinismo de los guerrilleros: una voz, en fin, que era yo-tú-él-ella-nosotros-vosotros-ellos-ellas, todos, a un tiempo juntos, conectados por un mismo cordón umbilical al mundo, despertando deseos en rotación y desembocando en un coito multihumano e infinito que poca o ninguna relación guardaba con el universo trunco de tu abuela y de tus tías-solteronas y de todas o casi todas las mujeres como Queta con sus anteojos oscuros y su exquisita cultura de revistas y ahí, también comprendí lo que habías intentado decirme con aquello de que no hagas de eso una empresa, deja que el asunto fluya y no sé por qué te recordé de

pronto, tirada allá en la playa de Fuerte Amador durante aquel verano de los diez y ocho o veinte años y a tu lado y contigo a cada instante durante esa época aquel hombre alto, delgado, rubísimo, nada más ni menos que un vikingo, que había venido contigo de los Estados Unidos y que unos decían que era tu amante, sin que nadie llegara a comprobarlo porque para esos años tu abuela Lucía, la del nacimiento de las figuras importadas y los relojes de quién sabe cuántas épocas y las máquinas de coser de manivela, pedal y motor y las cajas y cajitas de música, ya había muerto y tu familia, o sea, las dos tías-solteronas, se habían vuelto aún más silenciosas y se habían ido del barrio, así, igual que tú, sin despedirse de nadie, trasladándose a esa casa con techos y techitos y decenas de habitaciones oscuras donde sólo las criadas entraban una vez al día y eso sólo para limpiar y tú habitabas dentro, con y sobre todo esto, impávida, que, es como decir que a cada instante hacías pleno ejercicio de tu inmensa, de tu ilimitada soledad, Mariana.

Es casi mediodía. Garrido levanta el rostro. Cinco años antes, él había sido un hombre para quien, probablemente, las horas no significaban mayor cosa; ahora era una cadena de costumbres. Pero Tito hace un esfuerzo por aceptar que es mejor así y esboza una leve sonrisa, borrando con ese gesto cualquier impulso que haya todavía en él por recobrar los derechos perdidos con el matrimonio. Era mejor así. Mejor. Enciende lentamente un cigarrillo y llama por el intercomunicador a Marta:

—¿Sí, don Tito?

—Saldré a almorzar; no ordene la lasagna.

—Gracias por avisarme.

Dado el mensaje, se mece varias veces en el sillón giratorio y mira hacia las cortinas. Era preciso recorrerlas. El cuerpo nervioso de hace unos instantes parece haber recobrado momentáneamente la compostura. Afuera, ya no llueve y el cielo está azul y él sabe lo bien que le haría una caminata bajo el sol. Entonces, le viene a la mente la frialdad de Queta, la sonrisa com-

puesta de su mujer, cierra los ojos, el abrazo sin ternura de Queta, los abre, y se hace a la idea de que debe haber algo en ese cuerpo joven que pueda atraerlo todavía. Se pone entonces de pie y se mira reflejado en los cristales. Había que echar a un lado cualquier brote de idealismo idiota. El abrazo impersonal de Queta era lo que él necesitaba; sí, lo que le daba fuerzas, lo que le devolvía el equilibrio que perdiera con Mariana cuando su cuerpo tomó por el camino de la intimidad, de lo espontáneo, del anhelo de caricias en la grama, inhala, deja salir despacio el humo, pero, no, qué va, ya no debe seguir con ese juego, ya basta de pronunciar el nombre ése, ya basta, basta digo, se pasa otra vez el pañuelo por la frente, comprende, mujer, comprende, golpea la frente sobre los cristales, aquí me tienes como soy, un extranjero que ya no reconoce ni su propio mundo, baja la cabeza, aquí me tienes abandonado a mis temblores, a estas contracciones horribles de la cara, se afloja la corbata, ya no puedo más, ayúdame, se abre el saco, tu nombre, lo repito, otra vez, di que estás aquí, sí di, que estás en la yema de mis dedos, que te tengo, amor, que te recobro, que te aprisiono con la memoria de mi tacto: tus mejillas calientes, tus labios carnosos, tu barbilla pronunciada, y Tito Garrido, avergonzado, no ha podido dominar las lágrimas que se le escurren, apretadas, entre los párpados. Hacía años, ¿verdad?, que no lloraba. ¿Hacía cuántos? no llores, Tito, no es cosa de hombres, pero no importaba lo que su madre le decía porque eran, días felices ésos, días cuando de pequeño el llanto brotaba porque sí y porque no, también y él encontraba un placer oscuro, un placer morboso, casi, en sentir la boca invadida por aquel sabor salado, delicioso, sabor a infancia, Mariana, sabor a horas jugando con el carrito de latón y el tren eléctrico y los soldaditos de plomo, saco, una vez más, como obsesionado, tu fotografía, te observo, pestañeo y miro, confundido, hacia fuera donde cientos de automóviles circulan por la *Vía España*, oigo el estruendo de las bocinas, de los frenazos, de las bocinas otra vez, un solo chirrido áspero, y los buses que se detienen a recoger a los que sa-

len, apresurados de las oficinas y yo sigo pensando en ti y aceptando que tal vez son inútiles los esfuerzos que hago por recobrar la medida, el recato, la prudencia, mujer, que tú, tan campante, me has arrebatado, y luego en mis hijos, en lo que tú y yo y todo el mundo se hubiera evitado si cada cual hubiera ignorado su brote de locura, si cada cual hubiera seguido su camino, amarrado, como nos corresponde, a un destino mediocre de cuentas a medias, de comidas rutinarias, de camas compartidas por dos cuerpos indiferentes a cualquier sentimiento ebrio, febril, desordenado, y es que tú has sido mi maldición, mujer, sí, te lo digo sin rencor, miento, te lo repito, amor, cargado de amargura y permanezco varios segundos, así, inmóvil, respirando este olor a incienso que desde hace veinticuatro horas me persigue y aceptando que es inútil, que no puedo salir huyendo de este presente que sabe a melodrama y que es mejor que termine de fumar este cigarrillo con calma, tal como lo estoy haciendo, sentado en este sillón de cuero, giratorio, y que comience a pensar en el almuerzo que ordenaré al llegar a *Sarti*: Bisque de langosta, scallopín de ternera a la Marsala y, como postre, un Bocado de la Reina, mi dulce favorito, bien empalagoso, pero, qué carajo, me gusta y me lo voy a comer aunque después me arrepienta porque me deja el paladar pesado, vuelvo a secarme el sudor, me paso el pañuelo por la frente, este sudor que me debe estar manchando las axilas, que me corre por el cuello, Mariana, pero no hace calor en este cuarto, qué va, lo compruebo al observar las ventanas que están cerradas y empañadas y me quedo largo rato mirando cómo un pequeño hilo de agua corre por las grietas que se han formado y es la humedad, claro, dejo el cigarrillo sobre el borde del cenicero para que las cenizas se balanceen en un equilibrio peligroso y sé que debo salir una vez por todas a la calle y no me preguntes por qué pero de pronto ¡concho!, de pronto me acuerdo que tengo treinta y ocho años y que eso ya no le importa a nadie, nadie, nadie, salvo a mamá, tal vez, y por supuesto a Queta porque mañana caeré a la deriva de esa cierta edad y ella seguirá hecha una

polla por un rato y ya yo no podré satisfacerla, me palpo los brazos, todavía musculosos, el tórax fuerte, el estómago liso, casi desprovisto de grasa, de celulitis, como diría mi mujer, el ombligo hundido dentro de un bosque de vellos, el mismo vello oscuro que me cubre el sexo y las piernas, en fin, casi todo el cuerpo, Mariana, tu cuerpo y el mío, abrazados, el uno sobre el otro aquella primera noche de agosto, tirados sobre la grama, desnudos, y yo recorriéndote y tú descubriéndome, los dos explorando, ansiosos, los secretos de nuestra piel morena, la tuya húmeda y suave, la mía, tersa y templada y yo buscando, bajo la luna, el calor de tus muslos alargados, mordiendo, a la luz de la luna, la punta, erecta, de tus senos.

—Don Tito, me voy almorzar, —oigo la voz de Marta que me interrumpe.

—Ajá, está bien.

—Regreso a las dos menos cuarto.

—Bien, Marta; que le aproveche.

—Gracias; lo mismo le digo a Usted.

Y miro el reloj y son las doce pasadas y ya es hora de que me levante de este sillón, digo, que me vaya de una vez por todas a almorzar y lentamente Garrido logra ponerse de pie, se abrocha los botones del saco, se rehace el nudo de la corbata azul marino con lunares rojos que le regaló Queta hace un año para su cumpleaños, se alisa un poco el cabello que hace rato ha comenzado a escasearle a la altura de las sienas y la frente y, mientras lo hace, descubre que todo gesto por insignificante que sea le resulta en esos momentos un esfuerzo. Va, entonces, a su escritorio, busca su cartapacio de cuero y lo llena de documentos que él sabe, de sobra, que no habrá de leer mientras come y, luego, sale rápidamente del despacho y de la oficina de Marta y llama con un índice nervioso al ascensor, preocupado, preocupado siempre de que vaya a acercársele alguien de los tantos que trabajan en las muchas oficinas del edificio. Sin embargo, eso mismo que él tanto teme, sucede y al levantar la vista se da de bruces con la

presencia de un japonés joven, menudo, palidísimo, impecablemente vestido de paño crema, un cuello 14 1/2 y manga 23 que le hace una leve reverencia antes de dirigirle la palabra:

—Mis respetos, amigo Garrido.

—Los míos, Tanaka, —le contesto, un poco sorprendido, todavía.

—¿Le puedo preguntar por su distinguida esposa y familia?

Ha hablado, como siempre, con claridad, pronunciando cada sílaba con precisión.

—Todos muy bien, gracias.

—¿Y, Usted?

—Tal como puede ver, muy bien, gracias. —Y me lo quedo mirando con un aire de dilo de una vez, ya sé que lo que quieres es hablarme de lo de la balacera, pero, claro que no le digo nada y esto le da pie para que tome la palabra.

—Hay un rumor, amigo Garrido.

—Lo desconozco, —¡concho!, ya viene, como buen asiático, al grano.

—Que el Gobierno, ahora, no va a poner a plebiscito el asunto de las bases.

—Yo diría, de plano, que el rumor es absurdo, Tanaka. —Y él lo ha notado, ha notado mi disgusto y una vez más vuelve a hacer la reverencia y al llegar al ascensor me indica con filustría que sí, que pase yo primero, pero una vez adentro, qué va, una vez adentro vuelve con la misma vaina:

—Ha sido, Usted, muy categórico, amigo, — me dice adoptando una expresión de superioridad que me cae como plomo—. Es peligroso adoptar una posición tan rígida... sobre todo en estos casos.

—Es nuestra manera de ser, ¿qué quiere? —le contesto con ganas de acabar de una vez por todas con el tema—. Ya me conoce, conoce a los panameños y debería estar acostumbrado...

—Pero, eso no deja, por ello, de ser una actitud arriesgada, perjudicial, —me dice otra vez con la petulancia, con el airecillo

de, yo-soy-más-usted-indio-desbocado. Pero yo no me dejo confundir y me acuerdo del adefesio de Ferrari y no sé ni por qué le digo algo que suena a algo así como que:

—Tal vez lo sea, pero, no por eso deja de ser válida. —Y esta vez soy yo el de la reverencia y el que lo deja pasar primero y salir del ascensor que ya ha llegado a la planta baja y una vez afuera le digo adiós con un apretón de manos y siento unos dedos delgadísimos como palillos de dientes y húmedos de sudor que apenas si que aprietan y veo que los labios los tiene morados y que a lo mejor le tiemblan, será de ira, de pura ira, y que se abren por última vez para decirme con orgullo disimuladísimo que sus oficinas se mudarán al nuevo edificio, sí a ése que va a construir en la vecindad del Banco de Tokio, pero, claro, que a mí eso poco me importa y sólo sé que afuera el calor es asfixiante y el sol, Mariana, me ciega y para protegerme me pongo rápidamente los anteojos oscuros y, así, con los ojos vedados me siento más seguro para caminar por estas calles, mis calles amor, nuestras calles, las que nuestra generación ha visto cambiar al ritmo de nuestra propia vida y convertirse de veredas estrechas y sin pavimentar en grandes arterias de tránsito por donde circulan, a mediodía, miles de habitantes, de comerciantes nacionales y extranjeros que van y vienen de los rascacielos, como éste del First National City Bank y del Chase Manhattan Bank y del Banco do Brazil y del Bank of Boston y el de Londres y de los otros tantos que pueblan el barrio y que, a veces, comen rápidamente un sandwich en *Mc Donald's*, compran ropa para sus queridas en las boutiques francesas y joyas para sus mujeres en la *Casa Fastlich* y tarjetas de felicitación para sus hijos en *Hallmark's* y pasan las noches viendo shows en el *Playboy Club* o en el *Maxim's* para luego dormir, plácidamente, en el *Hotel Panamá* o en el *El Continental* y confirmar a la mañana siguiente sus reservaciones en la *Brannif* o *Pan American* y que poco o nada saben, Mariana, que cuando tú y yo éramos pequeños jugábamos en estos sitios que eran lotes baldíos o casas inmensas, lujosísimas, estilo *Coral Gables* que

de un día para otro, el día que se inauguró *El Panamá* para ser más, exactos, fueron vendidas, demolidas o adaptadas, como ésa del Banco Comercial Antioqueño, y cuyos jardines se convirtieron en edificios de diez, veinte o treinta pisos o en estacionamientos de esos edificios y, así, se fueron los árboles y todo cobró un aspecto diferente, más árido, más feo o más bonito, pero ni tú ni yo podemos ser jueces en este asunto, amor, no, qué va, preguntémosle mejor a los extranjeros que nos han beneficiado con sus dólares y que no sienten ni pizca de nostalgia, nada, por lo que se fue y que piensan y, a lo mejor tengan razón, que Panamá es una ciudad en plena bonanza, sí, en pleno crecimiento, un centro financiero internacional donde diariamente se hacen préstamos por cientos de miles de millones y que todo esto debe aplastar a lo antiguo porque ese mundo de recuerdos, coño, es para los pendejos y los lunáticos y los artistas y las viejas y los soldados de la Guerra de Coto y los galanes de telenovelas que se alimentan de una edad-de-oro-que-no-fue, o que fue únicamente en su imaginación bastante desquiciada y que jamás han tenido a la sartén por el mango, pero ¿a santo de qué este discurso?, si yo he sido y soy de los beneficiados, Mariana, claro, de los que representan el orgullo criollo y la paridad entre el balboa y el dólar y los amaneceres deslumbrantes del trópico, ya estoy sobre la *Vía España* y los carros pasan, ¡zas!, ¡Usted, Garrido, contra la pared y ponga los brazos en alto!, los autobuses se detienen y créeme que voy medio desconcertado entre esta cantidad de gentes y debe ser a causa de lo poco que ando a pie y que seguramente he perdido la costumbre de tener a tanta gente junto a mí, gente, ¡contra! que no conozco, empleadillos de banco, relojeros, vendedoras, aseadoras, porteros, ejecutivos extranjeros y los miro y me miran y sigo avanzando a paso lento y siento que me empujan y me dan codazos, Usted perdone, dice uno que otro, y sigue su camino, debe ser algún cajero educado o alguna de las dependientes de las boutiques francesas y yo sigo mi ruta y ellos que se adelantan, que cruzan la calle, que se detienen, que suben y bajan, que

entran y salen de los autobuses y taxis y el calor Mariana-amor-Mariana-Mariana-Mariamor, ¡concho! es asfixiante, aligero el paso en un esfuerzo por llegar cuanto antes al *Hotel Continental* y refugiarme, ahí, aunque sea sólo un instante de este sol exasperante, de este calor,

—Quiubo, Tito, —alguien me palmea el hombro y sigue.

—Quiubo —alcanzo a contestarle, pero a Dios gracias ya he llegado y me detengo y aquí me tienes, amor, observando como bobo las vitrinas de los almacenes del hotel que dan sobre los estacionamientos y leo NO SE ESTACIONE - NO PARKING y creo que fue eso, claro eso y fue lo primero que aprendí a



decir en inglés antes de que a los quince años me mandaran a *Choate*, donde estudiaron Joe y Jack Kennedy y John Thompson y Butch Schriber y todos los hermanos y amigos de las niñas que iban a *Miss Porter's*, digo, donde estudian los futuros graduandos de *Yale* y *Harvard* y *Princeton*, sólo que yo, como tú sabes no fui ni a *Yale* ni a *Harvard* sino a *Johns Hopkins*, que es como decir casi lo mismo, me detengo un momento, saco el pañuelo y me lo paso otra vez por la frente y las sienes, y veo en la vitrina de la joyería los candelabros, las bandejas, los juegos de té, los samovares, las jarras para el agua, los saleros y pimenteros, los platos y cubiertos, los gallos emplumados, los espadachines, las copas de plata sterling, y Queta que atravesaba el gran cuarto donde ella, en compañía de su madre, tías y primas, habían ido colocando los regalos de boda, venía feliz la pelirroja y me abrazó, has visto, Tito, cuánto regalo bello hemos recibido, me dijo, y yo en mi guayabera blanca, tostado por el sol de marzo, sonriendo y tomando nota de que mi futura suegra era mandona y engreída y que Queta de lo más probable es que también lo fuera y preparándoles esos whisky-sours que me pedían porque era la hora del

cóctel y manteniendo en todo momento la distancia para que no se pusieran confianzudas y me preguntaran, así nomás, como acostumbra, cositas, digo, intimidades de la luna de miel y yo tuviera que hacer un esfuerzo del carajo para no mandarlas con mucha cortesía a la mierda, y una vez logrado el equilibrio, yendo de la mano de Queta a ver los regalos y ella comentándome, delirante, cuáles eran sus favoritos y entonces llegó una de las criadas y nos brindó unas empanaditas de carne deliciosas y cuando se fue yo aproveché y le planté un beso rápido y observé su piel pecosa y pensé que ésta debía ser, en otras partes, sonrosada, como la de un bebé recién nacido, y ella me miró entre distraída y tal vez en ese instante, enamorada, y yo no le dije nada, ¿para qué decirle?, carajo, y abrazados volvimos al salón y de ahí a la terraza de la casa que estaba repleta ya de amigos y parientes y de parientes de esos amigos y vi al papá de Queta que había llegado ya y se movía, gordo, acompasado y criollo entre el grupo, siempre el mismo grupo con excepción de mis padres que esta vez habían tenido que aceptar la invitación y el hombrecillo aquél, pequeño, que se adelantaba y pronunciaba en honor nuestro un discurso muy florido y yo comprendí, caraste, que ése era el estilo, que era lo que gustaba entre esa gente, sí, y vi cómo lo abrazaban y lo aplaudían y las mujeres le gritaban, arrobadas, que el brindis del cumpleaños de José tenía que hacerlo él porque era el favorito, y yo tratando inútilmente de integrarme entre esta gente que conocía demasiado pero que hasta entonces no había frecuentado nunca y resignándome, ahí mismo, al hecho de que, a partir de mañana, estos serían los que llegarían a mi casa y observé que el hombrecillo había comenzado a beber como loco y que todos se desesperaban por servirle un trago y otro trago y otro trago para que comenzara de una vez por todas con sus chistes agudos, subditos de color, como diría mi suegra y las amigas de mi suegra, todas adolescentes arrugadas, y yo, Mariana, yo, ya me conoces, callado, como siempre, con el vaso en la mano y el cigarrillo en la boca, esperando tal vez que se hiciera la hora de decir buenas

noches para perderme por un momento en la oscuridad de esa víspera de mi vida futura, y los mesoneros que se deslizaban, sigilosos, Mrs. Wilson and myself are just delighted to be with you tonight, los mesoneros que extendían los brazos ofreciendo la bandeja, quedándose, ahí, quietos, con esos rostros de ellos, iguales, canjeables, my wife and myself are equally delighted to have you over, y los invitados que llegaban y se servían y cambiaban este vaso por aquél y el fotógrafo de *La Estrella* enfocando aquella tarde de septiembre a Bill Arias, alto, atlético, con sonrisa de Robert Taylor que cargaba, incómodo, a Rodolfo, nuestro segundo hijo que acababa de nacer y habíamos llevado a bautizar al Santuario del Corazón de María, don Bill, por favor, mire hacia acá, hacia la cámara, levante un poco más al niño y el padrino que metía el estómago y sacaba el pecho, mira cómo no tiene nada de barriga, comentaban las mujeres, debe hacer todos los días sit-ups en el Club, y Berta la enfermera, que le enseñaba cómo debía cargar al niño, agárrele la cabecita, don Bill, la cabecita, y Queta que entraba y salía de la cocina y daba órdenes a todo el mundo y mi suegra que apuntaba con letra Palmer en un librito blanco los regalos que llegaban: cucharitas, vasitos, platitos, alfileres, alcancías en forma de chanchito, medallitas, peines y cepillos de plata sterling, además casi todos con el dichoso monograma, y mi padre y mi suegro, los dos viejos, panzones, orgullosísimos de su flamante descendencia de varones, brindando con “Dom Perignon”, 1961, y Robertito todo el tiempo de la mano de su nana, no te sueltes, *Bobcito*, que te pierdes entre tanta gente, hasta que el fotógrafo nos llamó, don Tito, Doña Queta, ahora una de los cuatro para el álbum de recuerdos, y esa es la fotografía, Mariana, que casi todo el mundo contempla, extasiado, cuando visita nuestra casa porque la pusimos en la sala principal, eso es, junto con esa otra, inmensa, del abuelo Tito.

Garrido reasume la marcha. El corredor del hotel, la semioscuridad de ahí, hacía bien. Se quita los anteojos oscuros y los guarda con cuidado en el estuche. Camina con la vista baja.

Decenas de pares de zapatos se cruzan con los suyos que caminan a un ritmo sostenido. Seguramente pertenecen a turistas que ya a esa hora han terminado el recorrido por el Canal, el Altar de Oro, el Teatro Nacional, las Bóvedas, el Museo de Arte Religioso, las ruinas de Panamá Viejo y regresan, cansados, a almorzar o comprar manteles, perfumes, alfombras, guayabanas blancas, adornos de jade, máquinas de fotografía, mini-computadoras, relojes de pulsera, biombos chinos, jarrones de laca, en fin, todo eso que se consigue en este país a tan buen precio. El lobby del hotel está lleno. Unos cuantos empleados en uniforme rojo con galones dorados llevan y traen las valijas de los que llegan o se van. Garrido no se detiene sino hasta llegar a la pequeña tienda de revistas donde piensa comprar *Time*, *Newsweek*, *US News and World Report*. Está en eso, por abrir la puerta grande de vidrio y entrar al puesto de revistas, cuando un muchacho joven, de unos veinte años, más o menos, seguramente un estudiante universitario, de dedos mochos de tan cortos, le alarga una hoja doblada de papel y sin decirle una palabra se marcha rápidamente. Él la abre y una mueca agría se le dibuja en el rostro. No ha podido contenerse cuando comienza a leer aquel comunicado:

BASES NO
NI DEFENSA UNILATERAL
NI DEFENSA CONJUNTA
BASES NO

Y los labios le tiemblan. Así que éste era el comunicado; el maldito comunicado, redactado por los terroristas; el comunicado que todo el país había escuchado y vuelto a escuchar durante las sesenta horas que los mantuvieron a ellos de rehenes. Sigue leyendo y, a medida que lo hace, Tito Garrido tiene la sensación de que las letras mismas se le desvanecen y que puede caer al suelo en cualquier momento, desmayado:

Hoy dos palabras recogen la larga lucha del pueblo panameño contra las fuerzas extranjeras acantonadas en la Zona del Canal. ¡BASES NO! Grito que se escucha en las diferentes manifestaciones que los grupos estudiantiles críticos realizan. Frase que aparece en los escritos de las organizaciones más consecuentes con las justas y permanentes aspiraciones del pueblo panameño. ¡BASES NO!, grito que apareciera con indignación en las manifestaciones populares de 1947 contra el Convenio Filós-Hines, para más tarde aparecer con voz ronca de nuevo en 1958 y 1959. ¡BASES NO Y MIL VECES NO! repitieron miles de madres que vieron cómo cayeron los hijos del Istmo bañado de sangre aquel luctuoso 9 de enero, y gritaron miles de estudiantes que sintieron caer a su lado a cientos de heridos por la metralla del imperialismo yankee. ¡BASES NO! hemos gritado los del COMANDO URRACÁ del FRENTE DE LIBERACIÓN NACIONAL en la casa del traidor y actual negociador del nuevo tratado Roberto Augusto Garrido, donde luchamos en estos momentos por esta patria que soñamos sin cadenas y motivados por el solo ideal de que el hombre istmeño pueda autorealizarse y se cumpla, así, el ideal de hacer la PATRIA.

Hoy, las palabras del ilustre pensador panameño Justo Arosemena tiene dolorosa vigencia histórica: *No hay duda que hemos cometido grandes imprudencias. Olvidado el carácter y la propensión de nuestros vecinos, les hemos entregado, por decirlo así, el puesto del comercio universal que el genio de Isabel y Colón habían ganado para nuestra raza. Pródigos en concesiones a la compañía empresaria del camino interoceánico, generosos en extremo con los especuladores implacables, no comprendimos que dar el territorio era dar el señorío y que dar el suelo para obras*

permanentes y costosas era casi dar el territorio. (1856). Estas palabras fueron pronunciadas con profunda visión de lo que acontecía, pero no quisimos aprender la historia. Estas palabras van dirigidas, hoy, como ayer, a los ambiciosos que ven en la patria mercados para llenar sus bolsillos. Pero, estas palabras también tienen vigencia para aquellos que sueñan con la grandeza de la patria y para los que quieren tener un suelo donde morir con orgullo.

¡BASES NO! y que se vayan del Canal fue y ha sido el grito de guerra de nuestro pueblo. No podemos permitir que se firme un tratado más entreguista aún que el de 1903; no podemos permitir que se legalice con este tratado las BASES MILITARES, ni que se entronice la dictadura militar con el beneplácito de Washington. De haber algún tratado sobre bases, éste sólo deberá contener dos cláusulas:

1. Fecha inmediata de la salida de las bases;
2. Indemnización por la actual ocupación de hecho y por todos los atropellos de que hemos sido objeto.

De no llegarse a un acuerdo como el arriba expuesto, Panamá seguirá en su lucha por reconquistar la atribución soberana sobre todo el territorio y los Estados Unidos seguirán cargando con la vergüenza de su opresión. Ya esa hora de lucha ha sonado; ya nosotros los del COMANDO URRACÁ del FRENTE DE LIBERACIÓN NACIONAL hemos tomado la iniciativa para denunciar ante el mundo los atropellos de que somos objeto y sobre todo para informar al mundo acerca de la ocupación de hecho de nuestro territorio por bases militares norteamericanas; algo que ni el propio Tratado de 1903 permitió. ¡BASES NO!, gritaron ayer y seguimos gritando hoy los del COMANDO URRACÁ del FRENTE DE LIBERACIÓN NACIONAL. No traicionaremos a los que soñaron ver rotas las cadenas del imperialismo.

¡BASES NO!!! Y paralítico quedó Sebastián Tapia, en las manifestaciones de diciembre de 1947...

¡BASES NO!!! Y se plantaron para que crecieran 75 banderas panameñas en la Zona del Canal, en noviembre de 1958...

¡BASES NO!!! Y se siguieron sembrando banderas, en 1959...

¡BASES NO!!! Y murió Ascanio Arosemena y 20 más... y 300 heridos más, en enero de 1964...

¡BASES NO!!! Y el gobierno corrompido de Marcos Robles y de sus amigos no pudieron pasar los Tratados de 1967...

¡BASES NO!!! Y el COMANDO URRACÁ del FRENTE DE LIBERACIÓN NACIONAL ha tomado por asalto la residencia del traidor Garrido y exige que este comunicado de denuncia sea radiado, televisado, y publicado constantemente, de tal forma, que no quede ciudadano de América y del mundo que no conozca la verdadera historia de nuestra lucha de reivindicación nacional.

VIVA EL FRENTE DE LIBERACIÓN NACIONAL
VIVA EL COMANDO URRACÁ

Garrido termina de leer el comunicado, estruja la hoja de papel y la echa, sin saber bien lo que hace, en el buzón rojo de las cartas. Correo Aéreo—Air Mail, lee las grandes letras blancas que resaltan sobre el fondo oscuro, pero ya es tarde. El comunicado será seguramente hallado por el cartero y éste lo leerá y se lo pasará a algún pariente o amigo, y así, seguirá la cadena. No hay manera de acabar con esto. Tito Garrido baja la cabeza. Todo el orgullo de una casta ha sido, en cosa de segundos, pisoteado por un grupo de muchachos que, en verdad, apenas si que han podido redactar correctamente un comunicado. Da unos cuantos pasos y tambaleante, aún, se aleja, siempre cabizbajo y por primera vez se halla realmente temeroso de que alguien lo esté observando. En efecto, lo ven alejarse y, uno que otro, lo reconoce y, uno que otro, tal vez repare en sus profundas ojeras, en su aspecto cansa-

do, en esos labios amoratados que tiemblan a pesar de los esfuerzos que hace Garrido por aparentar cierta serenidad exterior. Baja las escaleras rápidamente y pudiéramos decir por la agilidad de su cuerpo que sí, que éste es el mismo condiscípulo de La Salle de hace veintiséis años que viene a reunirse con nosotros para almorzar como tantas veces lo ha hecho; pero no. Hay algo en los hombros ligeramente encorvados hacia adelante que delata el mundo de años que ha caído de pronto sobre este hombre. Una vez en la acera, un negro alto, delgado, uniformado de rojo le hace una reverencia:

—Buenas tardes, don Tito.

—Buenas, Williams, —le contesto y me meto la mano izquierda en el bolsillo y aligero el paso para llegar cuanto antes a *Sarti* y ahí está, Mariana, ya lo diviso desde acá, el gran letrado en verde y otra vez la voz del portero del hotel que me habla:

—Míster, mi mujer y yo estuvimos muy preocupados por usted. —Volteo la cara para agradecerle, para decirle algo así que suene como a'ombre, gracias; pero qué va, en este momento un turista se le acerca y le pregunta algo y yo ya no cuento y sigo mi camino, Mariana, miro el reloj, es la una, ya dan el pitazo, lo escucho, la sirena ha sonado como un lamento largo que se mezcla con el estruendo de las bocinas de los carros, y el escape de las motocicletas y, Mariana, Marina—Mari—Amor, tengo miedo, ahora, ¡concho!, ahora que no debiera sentirlo, ahora, te digo, miedo, realmente miedo y tu carcajada, la escucho, el tintineo de tu risotada celebrando, allá, sobre la grama aquella frase mía que, a la verdad, no era mía, Fear is the mother of foresight, y aquel olor asfixiante a pólvora y el guerrillero que se me acercaba y me hablaba casi al oído, ¿dónde está Wilson?, ¿dónde carajo lo escondiste?, y yo, yo que no decía nada y la voz de Joaquín como una luz, digo, como, un voltaje, digo, como una descarga eléctrica pulverizando a cowboyes y a indios, así, y se hacía de madrugada y de pronto los reflectores aquellos iluminándonos y las voces de los guardias por los megáfonos, entréguense que tene-

mos la casa totalmente rodeada y luego el silencio, el silencio tocando, repicando sobre paredes, mesas, sillones, a un ritmo que por momentos creímos que sería ya cosa natural y entonces los guerrilleros todos a un tiempo que disparaban hacia el techo de la casa, hacia el jardín, y el grito histérico de las mujeres, no, por favor, no nos maten, y el estruendo de las balas, las balas rebotando en las paredes, quebrando vasos, botellas, ceniceros y el olor aquél a pólvora, Mariana, y otra vez la oscuridad y el silencio y fue cuando nos separaron, ¿recuerdas? cuando a las mujeres las llevaron del corredor y de la sala principal, al saloncito de recibo, y a los hombres nos mandaron al comedor, y a los del conjunto típico y a los músicos y a los mesoneros los dejaron sentados ahí, bien cómodos en los sillones de la sala y, así, carajo, así fue que acabó esa primera noche y Joaquín y yo mirándonos y mirando amanecer a través de las ventanas y el cañón del fusil del guerrillero que no se olvidaba de nosotros ni un instante.

—Bienvenido, don Tito, hacía rato que no venía por acá.

Es cierto, hace rato que no vengo por acá, el portero de *Sarti* que me ha divisado desde lejos, me saluda y yo me vuelvo hacia él y lo saludo, también, y ¿has visto, Mariana, cómo esta ciudad no acaba realmente de llegar a ser una ciudad? digo, cómo aquí todo el mundo que es mundo se conoce, reconoce, anda de boca en boca y eso para muchos debe ser, no lo dudes, un encanto perenne, que es como decir, una consagración, una coronación, una sensación de apoteosis que no acaba nunca y por eso es que no se mueven de su charco, qué va, en ese mismísimo charco nacen, crecen, se casan, se multiplican, juegan golf y dominó, siembran rosas, los entierran, veo al maitre que se adelanta a recibirme.

—¿Para cuántos, Señor Garrido? —me pregunta y yo lo noto confundido y es que seguramente mi presencia, aquí, asuste y acobarde a los clientes extranjeros, pero a mí eso, a la verdad, me importa un bledo y mirándolo a los ojos le digo:

—Uno, Ramírez.

—¿Uno sólo? —repite y estoy seguro que lo hace, más para

confundirme, que para confirmar la orden y lo noto engreído, engreidísimo, así, dándome a entender que nadie que es alguien come nunca solo en *Sarti* y esto yo lo sé de requete y para joderlo, sólo para joderlo, le repito:

—Eso es, uno —pero, ahora es él el que capta mi desdén, mi burla y, horror, le entra la alarma y muy fino, muy europeo, hace una ligera morisqueta, me indica una mesa, camina detrás de mí, me retira la silla y yo lo veo alejarse para regresar enseguida con el menú y la carta de los vinos que a mediodía, en los trópicos, sobra, digo, es un faux-pas que podría costarle el puesto y yo, a propósito, para recalárselo ni miro el menú, ni carta de vinos, ni nada y casi a quemarropa le ordeno:

—El bisque de langosta y el scallopín de ternera a la Marsala.

—¿Desearía para tomar? —me lo pregunta a medida que, rápidamente, apunta lo que le he dictado.

—Un Martini bien seco.

—¿Y de postre?

—El Bocado, si es que hay.

—Sí, Señor, sí hay.

—Entonces, eso —le digo y en mi cara dibujo un gentilísimo lárguese-de-una-vez y esto lo acentúo con un movimiento de mano que el maitre, siempre muy europeo, siempre muy listo, capta al instante y se marcha, arrepentidísimo, a estas alturas, de haber soltado aquella preguntita indiscreta.

El comedor se ha ido llenando. Ya no queda casi ni una mesa disponible. Se está bien, acá, a media luz y Garrido, sentado en una mesita del fondo, observa con atención el decorado. La boiserie, el empapelado rojo vino, imitando damasco, los cuadros de naturaleza muerta, la alfombra mullida, las lámparas discretas, los manteles blanquísimos, las servilletas en forma de tri-cornio, todo eso, en fin, que le brinda al ambiente el toque impersonal, sereno, que él ha visto en mil otros sitios alrededor del mundo y que le confirma, al menos ese instante, que siempre ha de haber gente civilizada, con buen gusto, y sus ojos reflejan, de

pronto, una cierta chispa de satisfacción que uno que otro que lo observa, curioso, capta y celebra haber captado porque, hombre, digo, esa chispa en los ojos de Tito Garrido sólo puede unificar una cosa, olvídase, que esos hijo-e-puta, esos comunistas de mierda no acabarán con nosotros y, así, uno que otro sigue comiendo y bebiendo, tranquilo, hasta que llega otro y otro más que vuelve a reparar en Garrido, pero esta vez, ya el fulgor momentáneo de los ojos oscuros se ha esfumado. Tito ha dejado de mirar el decorado y ha bajado ligeramente la cabeza y fuma, distraído, un cigarrillo, mientras aguarda la llegada del Martini bien seco. La tranquilidad dura poco. Albertito López ha divisado a Garrido y lo saluda a voz en cuello desde la puerta de entrada del restaurante, ahí está, junto al carrito de los vinos franceses, todo él viene envuelto dentro de un gran ademán como para dar a entender que son íntimos amigos. Y, así, desde lejos, Albertito, altísimo, frágil, amanerado, da un poco de lástima. Y él, ¿daba él lástima? Por primera vez, Garrido se encuentra pensando en eso, y yo, coño, ¿doy yo lástima? Claro, que Albertito era otra cosa, un tipillo ampuloso, nuevo rico, botarate, despreciable, estilo mírame-y-no-me-toques que se compró todo un señor guardarropa de luto en *Burdine's* de Miami cuando murió su única hermana y que, además, se alisa el bello, una ficha, el tal Albertito, y ahora, como buen social climber, me ha saludado y esto es sólo para que todo el mundo lo mire y no sé, Mariana, no sé por qué diablos, me acuerdo ahora de Joaquín, también medio exhibicionista en su manera de ser, pero tan valiente, ¿verdad? tan macho cuando tuvo que serlo y descubro que le he tomado cariño, que después de las sesenta horas compartidas en aquel comedor de mi casa, lo admiro bastante, tal como él se merece y como el tipazo que es, ya tú me lo habías dicho, amor, en cierta ocasión a Joaquín hay que conocerlo, él engaña al principio y ya ves, fue ante él, sí, cuando las horas del sábado iban pasando y Monseñor no regresaba y la tensión crecía y crecía, que por primera vez pronuncié tu nombre, es decir, que le di el verdadero sentido a tu nombre, y Joaquín lo captó todo de golpe y no dijo

nada, pero el silencio compartido bastó para saber que entre ambos se acababa de sellar un acuerdo que yo estuve seguro que él cumpliría de sucederme algo a mí.

—Su Martini, don Tito.

—De acuerdo, gracias —parpadeo, inconscientemente, mientras agradezco y ya voy a decir otra vez muchas gracias, pero el mesonero se aleja para atender a otro cliente y oigo la voz de una gringa que pide, en un italiano con sabor neoyorkino, unos Tagliatelli Alfredous y el trago está espléndido, me lo bebo casi de un sorbo, así, justamente así, me gusta el Martini, Mariana, veo la aceituna, sola, orgullosa de su soledad, implacable, allá al fondo de la copa, me la echo a la boca y siento en el paladar todo ese orgullo que hace un instante, ahora, al antojo de los movimientos de mi lengua que la saborea, le doy vueltas, una presencia tersa, salada y sin vida.

—Traté de saludarte ayer tarde, Tito, al salir de la iglesia.

Levanto la vista y lo reconozco, es Paco Álvarez que se ha acercado y me habla desde la altura de sus anteojos de carey y su inmensa nariz y nunca, nunca como ahora para contemplar a mi gusto y antojo esta nariz ciranesca y la comparo con la mía, pero no, qué va, la mía, Mariana, es más elegante, digo, más digna, ¿no es cierto? dime que sí, anda, dime que sí...

—No te vi, hombre, perdona.

—Me lo supuse... ¿Me puedo sentar a tu lado un momento? —Me dice, y me lo ha preguntado así, tan sencilla y directamente que me resulta imposible decirle que no, que quiero estar solo, que me deje tranquilo, y, hasta esbozo una leve sonrisa y hago el ademán adecuado y le señalo la silla y observo que está radiante, feliz mi amigo, claro a su manera, a su manera tan histriónica, a su manera tremenda de ser, repito, ser, el verbo ése, *ser*; lo repito otra vez.

—¿Tomas algo, Paco?

—Sí, gracias, te acompaño con otro Martini. —Y él mismo se encarga de hacer el pedido y de ordenar otro también para mí—

. He seguido día a día, hora a hora, el secuestro y créeme lo siento, siento mucho que haya tenido que suceder en tu casa, —me dice y esto último lo ha pronunciado con voz ronca, como si en la garganta tuviera un nudo, pero no creas que esto le impida que voltee la vista y clave directamente sus ojos en mí.

—Gracias, Paco; todo el mundo parece haberlo seguido también.

—Así es, pero en mi caso ya tú sabes que hay mucho más que el interés morboso, o no, de la mayoría. —Hay un silencio y el ambiente, de pronto, se vuelve bien incómodo, tieso, diría yo, y qué vaina, yo lo siento y Paco, qué vaina, también lo siente, pero no por eso, su mirada, fija, concentrada, cambia.

—Ya. —Alcanzo a decir y arqueo las cejas y hago un esfuerzo por disfrazar este horroroso, digo, horrendo, malestar que siento.

—¿Recuerdas que yo fui batutero, como quien dice, en aquella siembra de banderas en el 58 y 59...?

—Sí, lo recuerdo.

—¿Y que yo estaba ahí, digo, cuando aquellos policías de la Zona nos arrebataron la bandera para vejarla ante nuestros propios ojos y que contra nosotros fueron dirigidas las bombas lacrimógenas, las mangueras de agua, las armas de fuego?

—Lo recuerdo.

—¿Y que yo vi la entrada en escena de destacamentos de los militares gringos haciendo un despliegue exagerado y por demás innecesario de su poderío y también que, vi cuando se apostaban en el límite con las bayonetas caladas en actitud de impedirnos la entrada en la Zona?

—Lo recuerdo.

—¿Y que participé en la refriega en la que resultaron heridos más de cuarenta panameños?

—Lo recuerdo.

—¿Y que yo fui uno de los que se dirigió a la embajada gringa y arrió la bandera de ellos que flameaba en el edificio?

—Lo recuerdo.

—Bien, entonces, te lo exijo, Tito, el derecho lo tengo; digo, me lo gané en buena lid, como quien dice, ¿Qué pasó?, dime ¿qué pasó realmente en tu casa?

Pero yo no contesto, qué va, tampoco la cosa es así y veo que Paco, se ha puesto nervioso y frunce la inmensa nariz y echa la cabeza hacia atrás y hacia adelante y otra vez hacia atrás y el silencio sigue y está claro que él aguarda y el silencio que sigue, ahí, cortante, que él aguarda con atención, cualquier comentario mío, pero yo, ya me conoces, yo, acentuando ese silencio y el mesonero que llega y nos sirve los tragos y yo lo pruebo y vuelvo a sentir el gusto del Martini, helado, en la boca, luego, cómo cae, lento y sabroso por el esófago hasta llegar al estómago y cierro los ojos y frunzo la boca, sin saber en qué momento lo he hecho y Paco lo capta, capta mi enojo, al instante.

—Tampoco es como para crearte un problema, —me dice.

—No hombre, no se trata de eso, —le hablo en voz baja, — pero estoy cansado, nervioso...

—Es natural, viejo, y te pido excusas pero mira, se trata de un asunto demasiado importante y lo más probable es que tú y yo no nos volvamos a ver por un tiempo y hay que tomar decisiones, formarse un criterio preciso.

Yo vuelvo a quedarme en silencio, Mariana, las conversaciones con Cero, ya todo ha quedado sellado. Saco los cigarrillos, le ofrezco uno a Paco y él los enciende y todo esto lo hago, créeme, yo lo hago con el afán de alargar un poco la necesidad de lanzar, así, sin más ni más, irresponsablemente, como quien dice, un juicio que, desde ya, sé que no será sereno, ni tampoco, preciso, y es que, Mariana, no creo que eso sea siquiera posible, digo, que será imposible ahora y dentro de veinte años también, y comprendo que de una forma u otra yo seré mi condena; que seré llevado y traído por unos recuerdos, por las dudas que surjan de esos recuerdos, y que de agente, me convertiré en elemento, y ya nada será, realmente, bueno ni malo, Mariana, nada y hago un es-

fuerzo, por fin, un esfuerzo loco para hablar y es que yo sé que a Paco Álvarez nunca podría engañarlo.

—Fue un asalto, —hablo con lentitud— fue un asalto —repi-to— planeado por el ala extremista del partido y realizado por muchachos, en su mayoría, idealistas, incautos, llámalos tú, que, tarde o temprano, se darán cuenta que la posición de ellos resulta un absurdo, sobre todo en un mundo donde la cosa está bien dividida entre gringos y rusos —la línea ortodoxa— y sus respectivos aliados y, punto final, porque hay que dejar de pensar ya en la pendejada ésa de que si el tercermundismo, ¡carajo! —me he violentado y veo a Paco, Mariana, que, a medio fumar, apaga el cigarrillo y se bebe de un solo sorbo el Martini y es evidente, digo, es evidentísimo que mi última frase le ha molestado muchísimo y se queda, así, sin decir nada, como meditando bien lo que me va a decir y yo, nervioso, siento, al parpadear, el humo que se me cue-la por los ojos y observo detenidamente a este hombre, de unos cuarenta y pico de años, pulcro, un tipo a quien todo el mundo respeta, honorable, y no comprendo, a la verdad no lo comprendo, cómo se pueda sentir, a estas alturas, tan motivado por sentimientos como un heroísmo tipo me-dejaría-matar-por-mi-patria y él me vuelve a mirar y lo hace fijamente y con voz queda, pero bien modulada, comienza a hablar a medida que, muy lentamente, angosta los párpados y yo siento que cada sílaba se torna en un insulto vedado, en la afirmación de un poder silencioso y directo, en la aceptación del que se reconoce capaz de vivir sin intermediarios, así, a la luz de sus propias creencias.

—Mira, Roberto, —me dice y esto de que me llame Roberto me choca y yo sé que lo ha hecho con el fin de identificarme, desde ya, con papá, con los intereses del viejo.

—Mira, hombre, las cosas, tú lo sabes muy bien, han ido cambiando; las cosas ya no están rígidamente moldeadas con la arcilla de Rusia o los Estados Unidos... Hablamos, de querer ser un pueblo libre; hablamos, de que queremos que el Canal sea nuestro, entonces, carajo, dejemos de seguirle el juego a las grandes

potencias y, así, ni con uno, ni con otro, sino con Panamá, coño, con nuestro país en todo momento.

—¡Qué ingenuo! —lo he interrumpido con el afán de que no siga adelante, para darle a entender que para mí, esas posturas de héroe de película de Costa Gavras, me resultan absolutamente ridículas, pero Paco, qué va, no se calla y veo cómo aprieta todos los músculos incorporando, así, a su cuerpo, toda la fuerza de su pensamiento.

—Tal vez, lo sea, Roberto, —me dice— pero, mejor, pecar de ingenuo que de cínico, coño; al menos, nosotros, los de la línea nacionalista, no firmamos acuerdos entreguistas con nadie, o sea, ni con Costa Rica y Colombia, ni tampoco, con el Gobernador de la Zona; nosotros sí aspiramos a la más inmediata recuperación y desmilitarización del Canal y de la Zona y sostenemos que no se firme un tratado que no satisfaga estos puntos porque estimamos, carajo, que la mentalidad colonialista del gobierno gringo no parece haber cambiado ni pizca, nosotros estimamos que las actuales negociaciones no tienen por qué referirse a un nuevo Canal, ni tampoco a la legalización de bases militares gringas en la Zona, y, aspiramos, en lo interior, a garantías para el debate público sobre estas negociaciones y sobre cualquier otro punto de interés nacional, y por último, nosotros exigimos una política de austeridad que aliente el desarrollo económico del país, sin fomentar más la dependencia que, cada día, se hace mayor...

—Todo eso suena bellísimo, Paco, —aprovecho la pausa y hablo— pero tú sabes muy bien que digas lo que digas, sostengas lo que sostengas, todavía sí vivimos la política de las dos grandes potencias, y por eso tu posición resulta imposible. Hay que ceder, pues, hay que negociar y aceptar que todavía no tenemos la autoridad ni la fuerza para reclamar lo que es justo, digo, todo lo que tú dices y que, a lo mejor, deben ser las aspiraciones tácitas de este país. —Callo. Paco Álvarez se ha puesto de pie y me alarga la mano y todo un mundo se nos cruza, de pronto, horizontal, por las pupilas. Yo, en verdad, no tengo las fuerzas, mejor dicho,

no soy capaz de ponerme de pie y despedirlo, y sólo me lo quedo mirando y desde la oscuridad de nuestros mutuos silencios, vuelvo a sentir a través de su mano ancha, la fuerza del hombre capaz de realizar actos heroicos. Eso es, Mariana, he sentido, aquí, en la yema de mis dedos, una vida lista para la entrega, apretada, que es como decir, sin posibilidad de quebrarse y hay mucho en esta actitud desafiante que me aterra, ¡concho!, que me aterra y cierro los ojos, ¡bases no!, aquel grito que vuelve, y las balas rebotando en las paredes, quebrando vasos, botellas, ceniceros y el olor a pólvora y Berta Vallarino que, al amanecer, la habían encontrado escondida acurrucada en la tina del baño de Queta y mío, acurrucada con dos músicos que llevaban disfraz de montuno y ellos, todos, gritando, ¡no, no, por Dios, no nos maten! y este alarido, angustioso, escuchándose por toda la casa, ¡no, no, por Dios no nos maten!, y nosotros viéndolos salir con los ojos desorbitados, palidísimos, con los brazos en alto y del jardín, en esos precisos instantes, el Ministro Ramírez y Juan Alberto Rivera llegando también, llegando cabizbajos y empujados por el cañón del fusil guerrillero, ¡no, no, por Dios no nos maten!, y los dos que habían tratado de saltarse inútilmente la tapia, ahí, atrapados y el guerrillero que se dirigía en voz baja a Cero, oiga, jefe, ahora sí que cayó otro pez gordo. Dime, Mariana, por tu madre, ¿cuándo, cuándo es que acabará toda esta vaina?

—Oiga, —llamo al mesonero.

—¿Sí. Señor?

—Otro Martini bien seco.

—Muy bien.

Veo que me hace otra vez la reverencia y que se aleja y en su apuro se tropieza con una vitrina donde el dueño de *Sarti* ha expuesto unas diez o doce botellas de *Lancer's* rosé y Chianti

californiano y la vitrina se tambalea, Mariana, se tambalea a punto, casi, de caerse y parece que le maitre ha estado, ahí, viéndolo todo desde lejos porque se acerca:

—So bruto ¡Animal! —le dice— A ese paso acabarás con el sitio en un día.

Y yo comprendo, amor, que todo aquello de los aires franceses no es sino ropa prestada, ropa que le queda muy grande y que lo demás, digo, lo auténtico es que este maitre es un pobre diablo, un infeliz de Talavera de la Reina, o, tal vez, de Carmona y le miro las manos, me las quedo mirando, unas manos crispadas de dedos ariscos y medio encorvados y unas uñas cuadradas que le dicen a uno en un 2X3 la historia de este hombre y me doy cuenta, amor, me doy cuenta que sí, que en efecto son las mismísimas manos, digo, que son las de Cero y no sé por qué carajo pienso otra vez en ese muchacho, me paso la mano izquierda por la frente, el dolor que sigue ahí, aquí está, clavado en las sienes, me lo imagino, me imagino a Cero allá en la “U”, caminando hacia la Facultad de Derecho, llevando una corbata oscura, una corbata vieja, arrugada y pantalones Kaki y una camisa blanca repleta de parches, lo veo arengando a sus compañeros, bebo un sorbo de agua, me lo imagino, Mariana, rascándose la cabeza, tal como tú y yo lo vimos hacerlo tantas veces durante las últimas sesenta horas, y yo que lo miraba y él que me miraba, los dos frente a frente, escudriñándonos, odiándonos en silencio, bebo otro sorbo, ya es la una y cuarto y nada de servirme el Martini y yo, Mariana, que ahora reconozco algo en él, no sé, ¿será su carisma?, en verdad no podría decir porque todavía ando enredado, sólo sé que aquella primera mañana, o sea la mañana del sábado, el resplandor, igual que hoy, entraba por los cristales y el silencio era angustioso, sólo se oía aquel aullido agudo, desesperante de los perros del barrio, sí, Mariana, los perros ahí, aullando y de pronto la voz del guerrillero, el más joven, diciendo en voz baja que yo digo que hay que matarlos, ¡contra!, que hay que matarlos, ¿a quién, a los perros? ¿a nosotros?, la angustia que llegaba a su

clímax y Cero, furioso, estás loco de atar, muchacho, se frenaba, tampoco el asunto es como para acabar con los animales del barrio, y las calles, todas, entre la *Vía España* y la 50, y también los techos de las casas vecinas, ocupados por guardias armados con pistolas y fusiles y metralletas y otra vez el aullido aquél desolado, el aullido de los perros amarrados en los quicios de las puertas.

—Señor Garrido, aquí está su Martini.

—Gracias, hombre, ya creí que se te había olvidado.

—¡Qué va! Es que hubo problemas, siempre problemas; usted sabe cómo es el asunto.

—Sí, viejo, no te preocupes. —Se aleja, yo bebo un sorbo de trago y siento en el paladar la presencia de la ginebra, está helada, está que quema, me seco el sudor, ¡qué vaina!, el sudor ahora lo tengo en las palmas de las manos y Garrido descubre que en aquellos momentos del secuestro él se había reducido a un sudor frío, a un escalofrío, a un dejar que los minutos pasaran sin saber si estaría, ahí, cuando el reloj marcara la próxima hora, la guerrillera morena que se le acercaba, Mariana, que me susurraba, ¡o nos vamos todos, o nos morimos todos aquí!, y Joaquín, ya lo conoces, descompuesto, Joaquín iracundo, preguntando ¿cuándo, carajo, y a través de quién van a comenzar Ustedes el diálogo? y yo mirándolo con unas ganas locas de decirle otra vez, hombre-cállate, pero qué va, yo sólo hacía con la boca los gestos y nada de hablar, hubiera dado cualquier cosa por dar un brinco y teparle la boca, pero, en vez, seguía, ahí, digo seguía con la boca abierta, igualito que en las pesadillas que la voz por más que uno quiere no sale, que el paladar se le queda a uno requetesecho y comencé a caminar de un lado a otro del comedor, mientras Joaquín seguía habla-que-te-habla, concho, no paraba de hablar y de pronto oí que le decía algo a Cero como que desembuchara rápido el cuento que ya son ocho horas las que llevamos metidos, de pendejos, en esta grandísima mierda y pensé, recuerdo, que no hay nadie más mal hablado que un panameño con miedo y estaba en eso, pensando que Cero haría su comeback con fuerza, que

nos knockquearía en un solo round, cuando cuál sería mi sorpresa al oírlo que hablaba en un tono ligeramente cortés, diablo, eso debía ser una patraña, me dije, pero qué va, nada de eso, el tal Cero parecía sincero, digo, parecía mean well y lo que decía lo volvía a repetir otra vez y todo se reducía a que el asunto lo íbamos a arreglar entre panameños, me oyen, lo gritaba casi, entre panameños y, de pronto, caraste, lo dijo, dijo la frase de frente: ¡Monseñor es el hombre!, y aquello, te confieso, Mariana, que nos tomó de sorpresa y yo por lo debajo comencé a echar cuentas, digo, comencé a juntar datos y sólo después de un rato fue que llegué a la conclusión de que al cura ése seguramente lo habían conocido cuando era párroco de Penonomé, sino ¿cómo y de dónde esta intimidación?, ¿estas ganas de meter a la Iglesia en el lío? Y yo andaba rastreando fechas, datos, digo, andaba con mi complejo de computadora ambulante cuando, así, sin punto ni comas, Cero me hizo un ademán que me pusiera de pie y a punta de cañón me llevaron hasta la sala y de pronto yo, ahí, topándome con los músicos y con los del conjunto típico que estaban todos dormidos y algunos hasta con la boca abierta, roncando, y mi casa, Mariana, mi casa, la observé y estaba echa un asco, hecha una sola trinchera de sillones, cojines y alfombras y tú Mariana y Queta, las dos que no aparecían, que no se les veía por ningún lado, y detrás de aquella trinchera, tres guerrilleros armados con calibres 32 y M 14ces, los magazines en el suelo, tirados, y, ahí, también el otro, digo, el cholo de los cachetes al aire que había preguntado tan insistentemente por Wilson, que me apuntaba otra vez con una escopeta automática calibre 12, que me seguía apuntando, el muy hijo-e-puta, mientras Cero me ordenaba que alzara el auricular del teléfono, oye, llámate a Monseñor de una vez que a estas alturas ya debe haber terminado de officiar la primera misa del día y luego, aquella voz, extrañada, Mariana, aquella voz conocida por todos nosotros preguntándome si el problema era tan serio que exigía su presencia tan de mañana, y yo respondiéndole que sí, Monseñor, que es urgentísimo, yo explicándole, o mejor

dicho, tratando, dentro de lo posible de explicárselo todo, así, o sea, de un sopetón, mientras Cero, lívido, se mantenía con los ojos fríos, fijos en el revólver y sobre todo en mis sienes y aquel tic-tac-tic-tac del reloj de pared, de mi reloj de pulsera, de todos los relojes de la casa y de mi corazón, también latiendo a des-tiempo, y la mañana que seguía idéntica, que es como decir, que seguía hueca, sin voces, con olor a cadáveres, sólo la de Monseñor que preguntaba y la mía que, después, contestaba y Cero, carajo, con el dedo siempre fijo sobre el gatillo, listo para disparar en el momento preciso y solamente vi que dibujó apenas una sonrisa, una leve sonrisa, cuando comprendió por lo que yo decía que Monseñor sí había aceptado intervenir como mediador para evitar un derramamiento inútil de sangre y, así, Mariana, pasaron no sé si una hora o varios segundos, siempre con el arma sin seguro, en mis sienes, y los otros, digo, los de las trincheras, que me seguían apuntando en todo momento, y en ese instante, también, ahí, revelándoseme, en un flash, mi amor breve, mi amor tierno, mi amor loco por ti, Mariana mi amor a todas horas amor, y tú, rebelde, tú, libre, tú creándote tus propias reglas del juego, Mariana, tú, en aquella bata de flores, tú con el cabello suelto que se te venía de vez en cuando a la cara, tú preparándote una taza de té de yerba luisa, allá, en un rincón de la cocina de la cabaña de Las Cumbres y yo acurrucado en el sofá blanco, bebiendo un cognac y levantando a cada rato la vista para asegurarme que era cierto, que sí, que estabas ahí, que eras mía, como lo habías sido la noche anterior y la otra y la otra y muchas otras más, y también hacía un instante cuando nuestros perfiles se habían topado y tú habías extendido la mano para acariciarme la espalda y todo había vuelto a comenzar otra vez y yo descubriendo de pronto lo que hasta ese momento había ignorado: que tenía en mí grandes reservas, que tenía una capacidad ilimitada de amar y que esa necesidad de tocarte, de penetrarte, de llevar el deseo a la cumbre, se podía convertir, mejor dicho que ya era algo bellissimo y que tal vez sólo por eso había valido la pena nacer y recuerdo que me

estiré, así, feliz, me sentía en la gloria, ahí, sobre esa cama, nuestra cama, Mariana, estaba en la gloria, y tu mejilla se acercó a la mía y mi barba raspó tu piel morena y debió haber sido en ese momento, claro, fue entonces cuando se me ocurrió hablar de casarnos, hoy mismo le voy a pedir a Queta el divorcio, te dije, pero en vez de alegrarte tus ojos brillaron de una forma extraña, y se quedaron brillando así, brillando hasta congelar ese brillo y yo no tuve fuerzas para interrogar tu silencio, para reclamarte como hubiera querido, para decirte, Mariana, habla, por Dios, dime algo, y había pasado ya todo un universo que es como decir, el universo entero en el tiempo, cuando te volteaste y sólo sé que comenzaste a hablar, que no paraste de hablar hasta que me habías dicho todo lo que querías decir y que yo me quedé boquiabierto, estático, y creo que me dijiste algo como que de adolescente habías tenido un amante, alguien que era así, como tú, jovencísimo y que tus tías te habían exigido, casi, que te casaras con él y yo sólo sé, Mariana, yo sólo sé que apenas te oía porque me resistía a creer que eras tú la que hablabas y era yo el que escuchaba todo aquello de que no te habías casado con él ni con nadie hasta ahora porque, Tito, yo ando en busca de la compañía de alguien con quien pueda compartirlo todo y esto último me lo dijiste tan rápidamente que apenas si que te pude seguir cuando me hablaste de ése alguien con quien no tuvieras que explicarte con palabras inútiles, y yo te miraba, sólo te miraba como el que mira el final de una película, ¿o era, en verdad, el principio?, ya no sé y tú, Mariana, hablándome, hablándome de ese hombre sencillo —tu ideal—, un hombre que estuviera de vuelta de las grandes palabras, de los razonamientos que engañan, un hombre, en fin, Tito, que me tome sólo por lo que soy, me decías, me lo repetías, por lo que soy: una mujer en minúsculas. Y yo, Mariana, a todo esto, yo sólo recuerdo que me levanté cuando creía que habías terminado de hablar, eso es, me levanté y me fui al baño y ahí lloré, sí, frente a la taza lloré

largo rato por mi amor loco, por mi amor tierno, y ahí mismo juré que yo me haría digno de ti.

—Don Tito, le ruego, permítame. —Es el maitre que vuelve y le indica al mesonero cómo y dónde debe servirme el bisque de langosta.

—Claro, ya era hora, también.

—Usted, discúlpenos, pero hubo problemas graves en la cocina.

—Sí, ya me lo dijo el otro muchacho. —Bostezo y, en verdad, no tengo ni pizca de ganas de seguir conversando, poco me importa lo que sea que tenga que decirme este maitre, petimetre falseado, y después de tres Martinis, lo que siento es un sueño increíble, Mariana, unas ganas inmensas de echarme a la cama, digo, de dormirme una siesta larguísima y no despertarme sino hasta mañana o pasado o, a lo mejor, hasta dentro de un año, y de ahí, largarme de este país por un rato, por años, por siglos, busco la cuchara, la tomo, me bebo el primer sorbo de la sopa y una hojita de perejil se me ha quedado entre los dientes y me molesta muchísimo y entonces le doy y le doy con la lengua hasta sacarla de su escondite apretado, está buena la sopa, miento, está deliciosa, es que han mezclado rebién la langosta con las cebollas y el apio y el diente de ajo y el laurel, además el brandy que le echaron es buen ¡brandy chuleta!, valió la pena esperar.

Garrido se bebe la sopa sorbo a sorbo, despacio. Uno que otro que lo observa lo hace sin imaginarse, tal vez que hace tiempo, hace años que este hombre se inició en lo que hasta ahora ha sido una suerte de inconcluso safari gastronómico. Fue en Europa, sí. Fue en la época cuando él estudiaba en Bologna, allá en el Institute of Advance Studies de Johns Hopkins y muchachos de varios países se reunían día tras día a estudiar y vivir intensamente, como ellos decían, que dentro de la búsqueda y hallazgos de ese mundo epicúreo, entraron los vinos, las mujeres, más vinos, las noches interminables de ópera y un día, instintivamente, casi, se hizo el descubrimiento del fino universo de las viandas exóti-

cas. Sin embargo, para Tito Garrido, más que para los otros (y por eso él se ha cuidado de no revelárselo a nadie) aquel hallazgo resultó algo así como la iniciación en un rito elemental que le devolvía lo que él creyó que eran atisbos del paraíso perdido. Y es que no hay que olvidar que Garrido, como nosotros, ya de niño se ha adiestrado a aparentar que él es algo más que el fruto de una sociedad de misales y casas de citas y pañuelos de hilo, bordados, y peleas de gallos y almuerzos dominicales de macarrones con pollo que se han servido desde siempre en una salsa de tomate viscosa y dulzona que él aborrece. Por eso, cuando a los veintitantos años, él se marchó a Italia, Garrido creyó encontrar allá ese ambiente al que se sentía, de suyo, predestinado. Y, así, con el concurso de varios amigos dio con una felicidad singular, con una felicidad que fue acaso la primera auténtica que él conocía. Luis, Alberto, Eusebio, Alfredo, Jean Pierre, Paolo, J.B., Gugliermo y Garrido comenzaron a reunirse, casi por casualidad, todos los sábados en el departamento del gordo Paolo Palozzi. Un criado joven y pálido que se llamaba Gabriel los aguardaba para hacerlos pasar. Una vez adentro, se escuchaba siempre el coro alegre de voces bien varoniles que de semana a semana, se le fue tornando a Tito Garrido más familiar y fue como una transfusión de sangre extranjera que alteró la monotonía de su biografía original por completo, o al menos así lo creyó él en un principio. Gabriel les ofrecía los abrebocas; alguno que otro español, venezolano, cubano, peruano, francés, italiano o inglés y, muy de vez en cuando, algo del recetario panameño que Tito Garrido pedía por carta a su tía Isabel, quien todavía guarda los secretos culinarios cartageneros de la bisabuela Matilde. Después se les llamaba a la mesa y el criado servía las sopas que variaban de semana a semana: ahí hubo de espárragos, de pepinos, de tomates y hubo, también, gazpachos, bisques, boula-boulas, bouillabesses y diversos tipos de consomés: el tropical, el madrileño y el Brunoise. En fin, estos muchachos, de sábado a sábado probaron todo un mundo de sopas que ellos fueron alabando,

uno a uno, a su manera alababa, y luego el gordo Paolo que tocaba la campanilla para que Gabriel retirara los platos y fuera trayendo los mariscos, las aves, las carnes, sin olvidar, por supuesto, las salsas: la chaud-froid, la mousseline, la de Dresden, la cumberland, la hollandaise, la lyonnaise, la marinara, la velouté, y la tártara, y todo se iba desarrollando dentro de un ritmo cadencioso donde casi siempre se prefería para el plato fuerte los vinos franceses, los de los Hospices de Beaune de Borgoña, por ejemplo, y se buscaba los quesos más extravagantes y por último, hasta las palabras mismas se iban calculando, se iban midiendo hasta que cada uno de ellos, maestro, a su manera, en el arte del disimulo, lograba reprimir cualquiera expresión que les hiciera evocar esos bares nocturnos donde ellos mismos, a veces, pasaban noches enteras de juerga. Pero, Garrido ya ha terminado de beber la sopa y ahora lo vemos limpiarse los labios y bruscamente, así, dándose casi de tumbos se levanta de la mesa, va hacia el servicio de hombres y abre la puerta y nosotros lo vemos detenerse unos instantes ante el umbral de la puerta del cuarto ése recubierto de azulejos celestes y después se nos pierde de vista porque, una vez adentro, él se queda, ahí, inmóvil, tratando, inútilmente, de orinar, y, Mariana, amor, siento la vejiga pesada y este hormigueo, coño, que me va de los riñones a las piernas y la guerrillera apuntándome con el fusil, ¡o nos vamos todos, o nos morimos todos!, el miedo dominándome, Fear is the mother of foresight, Mariana-amor, fear, encogiéndome los genitales, el dolor intenso en el vientre, el vientre a punto de reventármese y yo con las piernas abiertas y aquel orín por fin saliendo a gotas, tas-tas-tas, el dolor que iba de los riñones a las piernas, las siento, las gotas, unas cuantas amarillas y mucilaginosas que salen y la guerrillera rozando otra vez con su fusil mis genitales, mis genitales encogiéndose, ¡o nos vamos todos, o nos morimos todos!, y yo que ya no pensaba, tas-tas-tas, sólo me concentraba en hacer salir aquel orín, me aflojo ligeramente la corbata, yo ahora con unas ganas inmensas de largarme de este servicio, Mariana, de disimular fren-

te a los otros mi desesperación, disimular, entonces, aquella sensación de violación que sentía, salgo, camino por el pasadizo oscuro, diviso el maitre cuando le indica al mesonero dónde y cómo debe servirme el Scallopín a la Marsala, camino y otra vez el hormiguelo que me va de los riñones a las piernas, sigo caminando y la voz de Monseñor que gritaba desde afuera, aquí está el Arzobispo de Panamá que ha aceptado mediar para evitar derramamiento de sangre, me acerco a la mesa, halo la silla, me siento y trato y no puedo, trato de no pensar ahora en nada, me llevo un bocado de ternera a la boca, es inútil, la figura panzona y morena del Arzobispo que vuelve, la figura de Monseñor vistiendo sotana negra y gorrito rojo y la voz ronca de Cero preguntándole, ¿viene solo?, la pruebo, pruebo la ternera pero no, no está buena, Mariana, se les pasó la mano en el vino, siento el paladar, ahora, invadido de un sabor dulzón, desagradable, bebo un sorbo de agua y la voz de Monseñor, ahí, sí, vengo solo, díganme por dónde puedo entrar y los otros que gritaban desde adentro, avance unos quince metros hacia el sur y empuje el portón del garaje que está sin llave, busco el pan y me llevo a la boca un mendrugo untado con mantequilla de ajo, el sabor fuerte a ajo invadiéndolo todo y otra vez las voces de los otros guerrilleros preguntando, ¿viene solo?, y la de Monseñor, sí, muchachos, vengo solo, y fue cuando por primera vez escuchamos aquel ruido que no provenía de voces ni fusiles, sino del mueble que movían para poder abrir la puerta que comunicaba con el interior de la casa, y aquel ruido confirmando que en efecto vivíamos, que sí vivíamos, que estábamos vivos y que había alguna esperanza de salir de ahí tarde o temprano y de pronto Monseñor de pie frente a nosotros, Mariana, ¿lo recuerdas? bajito y rechoncho, amigable, como siempre, saludándonos, preguntándonos si había algún herido y examinando la pantorrilla de Ricardo Arosemena que sangraba sin que nadie hasta ese momento lo hubiera notado, el orín mucilaginoso que salía, Monseñor preguntando por el jefe, vuelvo a pasarme el pañuelo por la frente, tas-tas-tas, que salía, bebo otro sorbo de agua,

¿dónde está el jefe?, nos decía y Cero adelantándose siempre con el fusil en la mano, los genitales encogiéndome y él presentándose, soy yo, Monseñor, yo soy el jefe y luego la voz del Arzobispo enérgica, hay que traer un médico inmediatamente para curar al Doctor Arosemena que ya ha perdido mucha sangre y de ahí, al diálogo y todo tan rápido, Mariana, todo demasiado rápido para retenerlo y sólo recuerdo que decían algo como que eran un movimiento humanitario y patriótico y que respetaban ante todo la dignidad de la persona humana y Joaquín estallando en aquella carcajada que retumbó por todas las paredes de la casa, aquella carcajada horrenda que no parecía acabar nunca y que hizo cundir rápidamente el pánico entre los rehenes, y Cero que no hacía mucho caso de aquella altanería de Joaquín, que miraba hacia adelante, siempre hacia Monseñor y disimulaba, cómo disimulaba, el muy cabrón, el odio tremendo que sentía por nosotros, bebo otro trago de agua, hay que olvidar todo aquello, pero la carcajada, qué va, tu carcajada, Mariana, allá en la grama, como un trueno sofocante, que vuelve, *Fear is the mother of foresight*, lo mismo que la voz de Cero advirtiéndole a Monseñor que seremos, irreversibles, en nuestras demandas, *fear*, otra vez el martilleo de la carcajada, sí, la carcajada aquella mezclándose con la voz del Arzobispo mientras el guerrillero planteaba las demandas: 1) que se nos ponga un avión de *Air Panama* para viajar a Trípoli y que ahí vayan los presos políticos que les hemos anotado en la lista; 2) que a este comunicado que le estoy dando se le dé, a partir de hoy, publicidad por radio, televisión y periódicos, y de ser posible hasta en el extranjero y 3) que se nos entreguen tres millones de dólares en denominaciones bajas. Y lo veo, Mariana, veo a Cero caminando, a Cero, firme en lo suyo, frotándose las manos en lo que seguramente era un gesto de soberbia, lo veo repitiendo las demandas, machacando las frases, frotándose las manos, y de pronto, yéndose al otro extremo del comedor y mientras tamborileaba los dedos sobre la superficie de la mesa, dejando caer como un cuchillo afilado, la frase aquella terrible: de no

cumplirse las demandas, ejecutaremos a un rehén cada veinticuatro horas; lo decía, lo repetía, de no cumplirse las demandas, los ejecutaremos, uno a uno, hasta acabar con todos los hombres, salvo los criados y los del conjunto típico y las mujeres, que todas pueden irse ahora mismo libres, si quieren, al menos, claro, que les guste tanto el ambiente aquí adentro que insistan en quedarse con nosotros y sufrir las consecuencias.

—Tito, hola.

Levanto la vista.

—¡Ricardo, tú! —me ha sorprendido de veras—. Qué gusto verte, hombre —le digo y me lo quedo mirando, miro la palidez profunda, la calvicie progresiva, el cansancio de esos ojos que sobresalen dentro de un rostro que corona a un cuerpo fornido, de estatura mediana, de dedos manchados de nicotina que estrechan, ahora, mi mano, la derecha, y no sé por qué lo miro con afecto y le pregunto cómo se siente, que cómo está la pierna herida que él llevó durante tantas horas, así, digo, sin decir ni una palabra a nadie.

—Bien, hombre, bien,—me contesta— sólo fueron los casquillos vacíos que rebotaron sobre mi pierna; algo superficial. La prensa ha exagerado demasiado.

—En todo ha exagerado. ¿Tomas algo?

—Tal vez un café. Acabo de almorzar.

Llamo al mesonero, le hago señas desde lejos que traiga dos cafés, pero él se acerca y entonces se los ordeno tintos y cancelo el pedido del Bocado de la Reina. Tintos, ¿no es cierto, Ricardo?

—Sí, está bien. Te llamé a la oficina varias veces, y la secretaria de Jiménez insistiendo en que no tenía idea de dónde podías estar.

—Entonces, ¿cómo?

—Nada; se me ocurrió llamar a Marta a su casa, y ella, finalmente...

Quedamos solos, se ha hecho un silencio largo, incómodo, y observo cómo Ricardo se peina con los dedos los pocos mechones que se le vienen con insistencia a la frente y luego, cómo se

ajusta la corbata y es el mismo hombre, Mariana, sí, el mismo del traje cruzado de los otros días que ahora no sabe cómo iniciar la conversación y es que él sabe y yo también sé que hay mucho o tal vez no haya nada que podamos decirnos.

—Todo esto es morboso, morboso —repito, como para comenzar de alguna manera el diálogo.

—Era de eso que quería hablarte, Tito. A eso vine.

Y yo levanto la vista y trato de buscar la mirada de Ricardo, de nuestro embajador ante la ONU, digo, trato de hallar algo, un gesto, una palabra, acaso, que me descifre la personalidad hermética de este hombre que durante sesenta horas nunca o casi nunca abrió la boca y que por su valor físico logró, incluso, granjearse la simpatía de Cero, pero es que Ricardo es así, digo, ha sido así desde los días aquellos cuando estudiábamos juntos en la secundaria en La Salle y él no sé ni cómo ni por qué se ganaba la simpatía de la gente sin tener que decir ni una sola palabra y miro el reloj y ya es bastante pasada la una, el tiempo vuela, Mariana, y recién caigo en cuenta que Ricardo espera que yo le diga algo y entonces le pregunto qué sugiere él que se haga.

—Mira, tal vez una declaración preparada—, me dice—. Algo firmado por los que estuvimos adentro todo el tiempo. Nada espectacular, sino más bien que sirva el propósito de acabar de una vez con este alboroto.

—Se me había ocurrido algo así, esta mañana.

—Lo importante es que nadie hable por su cuenta ni que diga ni una sola sílaba a los periodistas del asunto.

—Tienes razón. Se ha dicho demasiado ¿no es cierto?

—Demasiado —repite—. A propósito, ¿vas al Gabinete esta tarde?

—Sí, me citaron.

—Nos veremos allá, pues. Hay que desarrollar un programa para que el pueblo siga respaldando al Gobierno, —me dice, a medida que me alarga un cigarrillo y me lo enciende y yo, Mariana, lo veo, veo a Ricardo allá en mi casa y las voces, ¡contra!, que

vuelven, las voces ¡VIVA EL FRENTE DE LIBERACIÓN NACIONAL! ¡VIVA EL COMANDO URRACÁ!, el humo de los cigarrillos, caldeando el salón, los mesoneros, tirados, con las mujeres en el suelo, las bandejas vacías, los vasos rotos, ¡bases no!, ¡bases a ningún precio! y el silbido de las balas, las balas rebotando en las paredes y Ricardo que se había quitado el saco y aflojado la corbata y luego aquella pantorrilla ensangrentada y Monseñor exigiendo la presencia inmediata de un médico, el Señor Arosemena ha perdido mucha sangre, y el Doctor Fábrega que llegaba y otra vez la misma escena, ¿viene solo, Doctor? y la voz gangosa inconfundible, sí, vengo solo, y aquel anciano alto, delgadísimo, entrando por la puerta, delgadísimo y ligeramente encorvado hacia adelante, ajustándose los anteojos bifocales, quitándose el sombrero de paja gris de ala estrecha que le cubría la calvicie reluciente, la calvicie poblada de cientos de pequitas doradas que resaltaban sobre la tez blanco-azulácea y el anciano aquél saludando con el mismo gruñido de viejo cascarrabias a rehenes y a guerrilleros, pasando directamente a curar la pantorrilla herida de Ricardo y el olor, penetrante, a yodo y a alcohol y a más yodo entrándonos a raudales, marcándonos y todos en un momento dado tal vez pensando que estábamos ante un hombre a quien debíamos acaso una noche o muchas de desvelo, mareándonos y ese sentimiento de gratitud hacia el viejo uniéndonos por un instante y el guerrillero que se acercaba, por favor, Doctor, a ver si me cura también a mí la espalda que hace horas que me sangra, le decía, y la destreza silenciosa del anciano haciéndose cada vez más evidente mientras desinfectaba por igual las heridas del rehén y el guerrillero para, luego, irlas curando, cerrando, cubriendo con gasa y esparadrapos y, ahora vuelvo a mirar a Ricardo aquí, frente a mí, fumando con cierto desdén, lanzando cada bocanada de humo lentamente y me lo imagino otra vez allá en mi casa, Mariana, hora tras hora, día tras día, en la misma pose, fumando uno y otro cigarrillo, el humo ascendiéndole por las aletas de la nariz hasta

nublarle la vista, y a veces, muy pocas, durmiendo con la cabeza inclinada sobre el mantel blanco de la mesa y los ruidos del comedor que han aumentado a medida que la gente acaba de comer, ponen los cubiertos sobre los platos, baten las cucharitas dentro de las tazas, halan las sillas y el rumor de las voces de los turistas que conversan, Mariana, que piden la cuenta y se marchan del restaurante y el mesonero que, al fin, se acerca trayendo las dos tacitas de café negro y nos las sirve y se aleja, apresurado, los mesoneros que se deslizaban sigilosos, Mrs. Wilson and myself are just delighted to be with you tonight, los mesoneros que extendían los brazos ofreciendo la bandeja, quedándose, ahí, quietos, con esos rostros de ellos iguales, impávidos, canjeables, my wife and myself are equally delighted to have you over, y los invitados que se servían y cambiaban este vaso por aquél y el fotógrafo de *La Estrella* enfocando al grupo, Mrs. Wilson, Señorita Mariana, don Joaquín y don Ricardo, miren por favor hacia acá, hacia la cámara y todos, sonrientes, con una copa en la mano, isn't it a nice party, yes, ma'm a nice party, a very nice party, y Ricardo que ahora continúa pensativo, sin decir una palabra y sólo cuando toma la taza caliente entre los dedos es que se dirige a mí y veo que lo hace con afán de despedirse:

—Entonces, hasta más tarde—, me dice y observo que toma la pluma y apunta no sé qué en una hojita de papel amarillo, mientras murmura algo entre dientes y luego se bebe de un sorbo el café y se levanta—. Hasta luego—, repite— y gracias por esto—, me dice, señalando con un leve ademán la taza.

—No faltaba más, hombre—, le contesto, le alargó la mano y vuelvo a reparar en esos dedos de él, regordetes y manchados de nicotina, y pienso que quizá no sean éstos, los dedos propios de un señor embajador ante la ONU, lo veo marcharse cojeando, apoyándose sobre un bastón de caoba, delgadísimo, pobre hombre, le debe doler todavía horrores la pantorrilla, pero es así Ricardo, un enigma, un diplomático nato, como quien dice, que entró a esta Revolución por la puerta ancha del prestigio de su mu-

tismo y lo recuerdo hace apenas un año, Mariana, allá en Nueva York, pronunciando un discurso de esos que caen bien en la ONU, refiriendo la historia de gaveta del Tratado de 1903, cuando un miércoles de noviembre el Secretario de Estado John Hay citó a Bunau-Varilla a toda prisa a su casa y los dos firmaron esa tarde el proyecto del Tratado antes de que llegaran Amador y Boyd, digo, la misión panameña acreditada que se encontraba viajando, en tren, rumbo a Washington y recuerdo los aplausos nutridos, la euforia de los periodistas del Tercer Mundo, los titulares de los diarios al día siguiente: LA VERDAD, DETRÁS DEL TRATADO PANAMEÑO DE 1903: NUNCA FUE NEGOCIADO / EL TRATADO DE 1903: UN DOCUMENTO INMORAL IMPUESTO POR WASHINGTON Y FIRMADO POR UN FRANCÉS SIN CREDENCIALES / PANAMÁ NO CONOCIÓ NI DISCUTIÓ NUNCA LOS TÉRMINOS DEL TRATADO DE 1903.

Garrido mira su reloj de pulsera, son casi las dos de la tarde, frunce los labios en un gesto de hartazgo y apaga el cigarrillo que le ofreció Arosemena. Está con la cabeza apoyada sobre el espaldar de la silla y varias veces se lleva la mano, la derecha, a la boca como para disimular los bostezos. Es posible que no regrese a la oficina esta tarde. Otra vez el bostezo. Irá a la oficina sólo que haya algo muy importante que resolver y entonces seguramente trabajará con el empeño de siempre. Alarga las piernas, las acomoda y respira hondo, el mismo empeño de siempre, repite Garrido y vuelve a respirar, así, el aire entrándole con las palabras. Es el mismo empeño que le inculcó su madre, siempre tan intolerante ante la incompetencia, la miseria, la abulia. ¡Que nadie diga que un hijo de Soledad de la Guardia es perezoso!, le decía. ¡Que eso es sólo de indios! Se lleva las manos al estómago. ¡Esos imbéciles se pasan la vida echados en una hamaca esperando que les caiga el coco del árbol y a lo mejor hasta que le vuele los dientes! Mi madre, Mariana, mi vieja que últimamente me viene con frecuencia a la mente, aquella figura de hace treinta años, menuda, elegante, morena, de sonrisa torcida, nariz aguileña y

labios y caderas estrechas que cuando me acariciaba lo hacía con tal disimulo que ni yo mismo quedaba enterado, Mariana, la recuerdo tejiendo, erguida, durante horas y horas, en ese cuarto cómodo, de cortinas blancas de hilo donde muy pocas veces entraba mi padre y, eso, sólo de noche, muy tarde, como aquella vez que lo divisé caminando en la madrugada sobre las puntas de los pies y yo largo rato ahí, espiándolo, yo viéndolo abrir aquella puerta cerrada de la habitación de mamá y los goznes sin aceitar que chirreaban y chirreaban, y luego el ruido seco de los resortes cuando el cuerpo pesado se echaba, se movía sobre el colchón de plumas de ganso, y a la verdad, Mariana, no me puedo imaginar a dos cuerpos como éstos, amándose, fundidos en el calor de la intimidad de un abrazo: él buscándole con los labios, la boca, el cuello largo y caliente, los pechos pequeños; ella apresándole la cintura con los dedos, los brazos, los muslos; no, lo de mis padres ha sido una unión de otra índole, digo, una unión como la de Queta y la mía, donde yo-pongo-tanto-fulano y tú-pones-tanto-zutana, y él, en ese caso, era el hijo del patricio Roberto Garrido y ella, la tataranieta de Eduardo de la Guardia y Jaén, nacido en Penonomé en 1776 y bisnieto, a su vez, por línea directa de don Diego de la Guardia y Carrillo de Vique, natural del Puerto de Santa María de Andalucía, Ayuda de Cámara del Rey Carlos II, Caballero de la Orden de Santiago y Capitán del Ejército, quien a causa de un duelo ‘de trágico desenlace huyó a América en 1676 y fundó, en Panamá, la familia que lleva su nombre y ahí los tienes, Mariana, a los dos, complacidos: ella, porque su único hijo lleva la sangre Garrido; él porque entroncó con trescientos años de tumbas cuyos nombres todo el mundo conoce.

—¿En qué podemos servirle, don Tito?

—La cuenta, Ramírez, estoy apurado.

El maitre se marcha y yo, amor, cambio y vuelvo a cambiar de postura, una pareja que no reconozco me saluda, trato de recordar quiénes son, es inútil, me limito entonces a crisar mis patas de gallo, y es que la gente aquí, estiro las piernas, ¿te has fijado,

Mariana, cómo aquí la gente es de lo más confianzuda y juran que son tus amigos y te tutean y te palmean la espalda sólo porque un día te los presentaron en un coctel-party o en la inauguración del Holiday Inn de Punta Paitilla? Volteo la vista, el maitre ahora está habla-que-te habla con la cajera y ella que se dirige al sobrino del dueño que ni por nada baja el tono de voz, y yo me los quedo mirando y ellos algo intuyen cuando me ven golpeando con el índice el vaso de agua vacío porque el maitre llega trayendo la cuenta en una bandejita de aluminio cuadrada, me hace otra reverencia muy fina, son trece balboas con veinte centavos, yo saco un billete de a diez y otro de a cinco y los dejo sobre la bandejita y me contengo un nuevo bostezo, así, ¡paf!, con la palma de la mano y veo al maitre y al mesonero y al sobrino del dueño que se cuadran a unos cuantos pasos de mí, trato de levantarme, y el maitre y el mesonero se abalanzan sobre el espaldar de la silla, ya, ya está, estoy de pie otra vez, lo logré y me dirijo cabizbajo, como de costumbre, a la puerta que da a la calle y ahora el portero es el que se precipita, tal como le han enseñado, a servirme:

—Que sea hasta pronto, don Tito.

—Adiós, hombre, adiós —le digo entre dientes y trato de pensar cuál será el camino más corto para llegar a mi oficina, un camino directo atravesando, tal vez, los garajes, pero no, no hay tal cosa, tendré que volver por lo andado y este calor, Mariana, y la humedad asfixiante que te corta la respiración, cruzo rápidamente la calle y ¡chas! , metí los zapatos en un charco del aguacero de esta mañana, ahora sí que tendré que ir de todas formas a casa a cambiarme, eso es, a casa, repito, y pensar que apenas ayer en la mañana no sabía sí saldría de esa casa, mi casa con vida, Mariana, te busco, Mariana-amor, en las sílabas de tu nombre, Ma-ria-na, me seco el sudor de la frente, del cuello, levanto la vista, *Wellcome to Panama's Casa de Licores, Johny Walker's Swing-Old Parr-Canecas-Chivas Regal-Royal Salute*, y Monseñor con Cero, ahí, en el umbral de la puerta aquella mañana interminable del sábado y el guerrillero llamando a los músicos,

a los del conjunto típico y a las mujeres, avanzo unos pasos, *Boutique Lulú* para la mujer elegante, llamando a las mujeres por su nombre y apellido y aquella voz retumbando en el ambiente sitiado de pánico: María-de-González-Julia-de-Rivera Berta de-Vallarino-Marta-de-Ramírez-Julieta-de-Arosemena-Mariana-Morales-María-Enriqueta-de-Garrido y Queta, lívida, acercándose donde Monseñor, lívida y sin aquella sonrisa compuesta de siempre, La Peninsular *Life Insurance Company* lo asegura a Usted contra todo, lívida y solicitando con humildad, Su Señoría interceda para que me dejen sacar unas cuantas mudas para mí y mis tres hijos que desde ayer tarde, digo, desde que los mandé a casa de mis padres, andan con la misma ropita y el guerrillero entrecerrando los ojos para ver mejor a su contrincante y accediendo con un sentimiento de triunfo, ya les hemos dicho, Señora, le decía, somos un movimiento humanitario que respeta la dignidad humana, llévese la casa entera si quiere, eso no nos interesa, óigalo bien, Señora, no-nos-interesa y, luego, con un ademán del que está acostumbrado a jugárselo todo porque él nada tiene, sí, vaya, mujer, vaya ahora mismo, y tú, Mariana, tú que apenas si que disimulabas tu fastidio ante Queta, *Attias' Imported Fabrics* acepta tarjetas de crédito *Diner's Club-Master Charge-Bank Union*, tú que acaso hasta por un brevísimo instante te identificaste con Cero, mirando impudicamente a Queta, la pecosa Queta, la pelirroja Queta, tú pidiéndole al guerrillero quedarte, sí, hombre, no te asombres, quedarme he dicho, hasta el final del asunto, y el otro, sorprendido primero y después consintiendo, bueno, quédese, Usted, y yo, Mariana, captando tu deleite ante el triunfo alcanzado sobre la debilidad infantil de mi mujer que se alejaba lloriqueando, moqueando, temblando por el corredor de la casa para regresar más tarde, siempre en compañía de un guerrillero, con dos maletas repletas de ropa y Cero otra vez ahí, llamando a los músicos, entregándoles los bongos, los violines, los triángulos, las maracas, llamando luego a los del conjunto típico, a los mesoneros, a los empleados

de la casa, dirigiéndoles una arenga, diciéndoles que los ponemos en libertad porque ustedes son gente sencilla y Queta siempre lloriqueando, buscándome con los ojos y de pronto ya no los vimos y la tensión dentro de la casa subiendo, subiendo y ahora levanto la vista y leo compre / venda / alquiler / reserve / disfrute / escoja / obsequie / vista / invierta / aprecie / luzca / destáquese de París a San Francisco, de Panamá a Madrid / la novedad / la inspiración / un distintivo / un símbolo de prestigio, elegancia y señorío, y el lobby del Hotel Continental repleto de seres que entran y salen, Hoy Patricio y Antonia en el Conquistador, que se beben un trago en el bar, que firman un documento y conversan con el socio local, que exigen, Usted nomás deme las cifras, las cifras, amigo, que juegan en el casino y se fuman un puro cubano con la misma indiferencia con que se acuestan con la fulana que conocieron hace una hora en el *Play Boy Club* o en *El Íntimo*, y aquí se está bien, Mariana, lejos del sol que quema, que te quita la respiración y otro minuto y otra hora que pasa y el cartelón, ahí, me topo con él, está claro que alguien acaba de pegarlo en los azulejos de la pared del hotel, lo leo:

NI DEFENSA CONJUNTA,
NI DEFENSA UNILATERAL
BASES NO
ENERO SIEMPRE PRESENTE

lo vuelvo a leer y me detengo un instante para ver la fotografía del sujeto ensangrentado que aparece tirado en el suelo, con la boca destrozada y abierta, con los ojos hinchados, desfigurados como dos bolas de golf y me pregunto, caraste, Mariana, si será ésa la verdadera cara del panameño, me lo vuelvo a preguntar, las manos y la boca temblándome y echo cuentas, hace exactamente once años y diez meses de aquel 9 de enero, doy un paso adelante, me detengo, las manos y la boca temblándome, y sigo caminando y estoy seguro que el 9 de enero para mí fue y sigue siendo la carta aquélla

de mi viejo diciéndome que anoche, Tito, el Presidente suspendió relaciones con los Estados Unidos y yo refiriéndole el asunto a Roberts, mi profesor de Derecho Internacional en Tulane, y la carcajada de aquél, sonora, sí la carcajada retumbando y yo enrojeciendo, tosiendo, ahogándome, this makes a fabulous story, y días más tarde y como para salvar las apariencias, yo llevando aquella carta del Ministro de Relaciones Exteriores a Mr. Secretary of State para que la analizaran todos en clase y la voz de Roberts, adusta, henchida de soberbia, you must underline the terms, if you find them, gentlemen, the appropriate use of the terms that might denote the conflict between the two countries:

Señor Secretario de Estado: —leímos la carta—.

En nombre del Gobierno y Pueblo de Panamá presento a Vuestra Excelencia formal protesta por los actos de despiadada agresión llevados a cabo por las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos de América acantonadas en la Zona del Canal, contra la integridad territorial de la República y su población civil indefensa durante la noche del día de ayer y la mañana de hoy.

La injustificada agresión a que antes me he referido, sin paralelo en la historia de las relaciones de nuestros dos países, ha tenido hasta ahora para nosotros los panameños un trágico saldo de diez y siete muertos y más de doscientos heridos. Además, los edificios y bienes situados en ciertos sectores de la ciudad de Panamá colindantes con la Zona del Canal han sufrido daños de consideración como consecuencia de los incontrolables actos agresivos de las Fuerzas Armadas norteamericanas.

La forma inhumana como la policía de la Zona del Canal y luego como las Fuerzas Armadas norteamericanas agredieron a una romería de no más de cincuenta jóvenes estudiantes de ambos sexos de escuela secundaria, que pretendía desplegar en forma pacífica la enseña nacional en esa faja de terri-

torio panameño, carece de toda justificación. El incalificable incidente ha revivido episodios del pasado que creíamos que no volverían a ocurrir en tierras de América.

Los condenables actos de violencia que motivan esta nota no pueden ser disimulados y menos tolerados por Panamá. Mi Gobierno, consciente de su responsabilidad, hará uso de todos los medios que ponen a su alcance el Derecho, el Sistema Regional Americano y los Organismos Internacionales, con el fin de lograr justa indemnización por las vidas truncadas, por los heridos y por los bienes destruidos, la aplicación de sanciones ejemplares a los responsables de tales desmanes y las seguridades de que en el futuro ni las Fuerzas Armadas acantonadas en la Zona del Canal ni la población civil norteamericana residente en esa faja de territorio nacional, volverán a desatar semejantes actos de agresión contra un pueblo débil y desarmado, pero decidido en la defensa de sus derechos inalienables.

Finalmente, cumpla con informar a Vuestra Excelencia, que debido a los sucesos a que antes me he referido, el Gobierno de Panamá considera rotas las relaciones diplomáticas con su Ilustrado Gobierno, y en consecuencia, ha impartido instrucciones a Su Excelencia el Embajador Augusto G. Arango, para que regrese cuanto antes a la Patria.

Aprovecho la oportunidad para manifestar a Vuestra Excelencia seguridades de mi más alta consideración.

Garrido sigue caminando. La carta... Eso ya es letra muerta. Se detiene sólo una vez y eso a la altura de Félix B. Maduro y con el fin de admirar unas camisas *Arrow* de seda que se exhiben en la vitrina. Unas camisas preciosas. No ha podido dejar de observarlas. Los brazos y el cuello los siente pesados. 9 DE ENERO, ¡bases no!, ¡bases a ningún precio! Con un movimiento brusco se lleva la mano derecha a la frente. Sabe que debe olvidar esos muertos, la sangre, la histeria colectiva, olvidar, en fin, para vol-

ver a ser lo que ha sido hasta la víspera del maldito secuestro. Imposible. Unos segundos y todo el orgullo... Aligera el paso y desemboca en la *Vía España*. De ahí a la oficina es sólo un salto. Mira el reloj, son apenas pasadas las dos de la tarde, la gente que retorna a las oficinas, a los bancos, a los comercios bajo el peso de una indiferencia sin nombre. Alza la vista y lee: FOR RENT / SE ALQUILA OFICINA alfombrada, con aire acondicionado y ascensor automático, 30 M² / AQUÍ SE CONSTRUYE EL FUTURO HOGAR DEL BANCO DE SANTANDER Y PANAMÁ. Más allá, divisa las dos torres de la Iglesia del Carmen, arquitectura neogóticas, horrenda, me comentó el gordo Paolo, la única vez que visitó Panamá hace más de cinco años, cinco años, o sea, cuando todavía no me había casado con Queta y pensar que dentro de diez ya Robertito será casi un hombre y yo casi un viejo, bajo la cabeza, y el sol, el maldito sol devorándome, forzándome a ponerme otra vez los dichosos anteojos oscuros que me dan este aire de piloto de Iberia que tanto aborrezco, tengo que aligerar más el paso, otra vez las voces chillonas, los gritos, las órdenes de los obreros, el ruido de los camiones, de las grúas inmensas que trabajan en la construcción del rascacielo del Banco de Tokio, qué ganas, Mariana, de llegar ya a la oficina y darle las órdenes a Marta y largarme a la casa y darme un baño bien frío, abro la puerta de vidrio a prueba de rayos solares, VÍA ESPAÑA 120, leo y carajo, todo un mundo de rostros sin nombres que regresa, que se me cruza rápidamente por las pupilas, ¡bases no! ¡bases a ningún precio, Garrido! , y aquel amanecer del domingo, angustioso, y la humedad y sólo los perros aullando en los quicios de las puertas y en la boca una masa de saliva amarguísima y veo sobre la pared de ladrillos rojos de barro pulido, escrito en letras inmensas:

EN CASO DE INCENDIO USE SÓLO LA ESCALERA

Miro el espejo,

EN CASO DE INCENDIO USE SÓLO LA ESCALERA

—Doctor Garrido, hacia acá, por favor, hacia la cámara.

El flash de un periodista relampaguea cegando a Garrido momentáneamente. Luego, otro flash y otro y otro y él se abre paso a codazos entre los que lo aguardan al salir del ascensor.

—Lárguense —murmura entre dientes.

La puerta de madera que conduce a la oficina le parece lejísima mientras camina, un codazo aquí, ¿qué sera-t-il du traité, Monsieur Garrido?, otro allá, un pisotón bien dado, ¿Pensa lei che il Governo deciderá la questione delle basi per plebiscito? Las losetas manchadas de amoníaco, cuatro piernas, ¡fotografíale la cara, Álvaro! , sigue abriéndose camino a codazos, have you talked to Bunker since the assault? , los ojos que le suben y le bajan y le vuelven a subir, ¡Sométanse al silencio impuesto por el Premier!, grandes risotadas y otra vez los flashes, merde! , ¡no seas pendejo, Garrido!; una silueta blanca con camisilla blanca y zapatos blancos lo sigue:

—Please, Mr. Garrido, John Stuart from the *Wall Street Journal*.

—Get lost, will you?

—Please, Sir, It's for more than a million readers up in the States.

—So what...

—It's for your own benefit, Sir. —Y por primera vez lo vuelvo a mirar y él rápidamente saca el carnet de identificación del diario y me lo enseña.

—O.K. but, you alone, no photographer, you understand?, no photographer.

—Thanks a lot.

—Come in, fast and close the door behind you.

Una vez adentro, Garrido no se mueve, no dice nada, sólo respira agitadamente y ve de reojo al gringo que está inmóvil, a su lado, y le hace un ademán para que se siente y otra vez cae en cuenta que las manos le sudan. Marta llega con un vaso de agua helada y se lo entrega.

—Gracias, gracias... Me sorprendieron, carajo. Creí que los corresponsales extranjeros también obedecerían al Premier; que dejarían el asunto en silencio.

—¡Qué va, don Tito! Esa es la única vida que conocen.

Primero es la voz suave y familiar de Marta, luego, un murmullo que se hace cada vez más cercano y unos golpes, pan-pan-pan, puñetazos y puntapiés en la puerta que he cerrado con llave y la excitación de los periodistas y los gritos, te niegas a un notición, abre la puerta o la tumbamos a patadas, cabrón, y el pánico que vuelve, aquí, las piernas y los brazos temblándome.

—Marta, llame a la Guardia para que los disperse, Informe de pasada al Gobierno y Justicia. Es bueno que lo sepan...

—Inmediatamente, don Tito.

Ella queda en el teléfono, mientras yo le hago una señal al gringo que me siga y trato de esbozar una sonrisa, de conservarla, así, en la cara un minuto como para causarle, tarde, es cierto, una buena impresión al reporter del *Wall Street Journal*, y juntos pasamos a mi despacho y yo, Mariana, enciendo luces, las apago, voy hacia el cortinaje, lo descorro, me encamino hacia mi escritorio, dejo ahí el portafolio, me abro el saco, busco los cigarrillos y le ofrezco uno al gringo, se lo enciendo y el otro esperando de pie, emocionado de que haya accedido a recibirle, pensando seguramente en el artículo que escribirá, que si es bueno será publicado en otros periódicos y tal vez hasta traducido después, y si es muy, muy bueno, capaz hasta le gana un Pulitzer y eso que sólo tiene treinta años pero ya ha pasado por Vietnam, y ahora Panamá y en este negocio, mujer, hay que moverse, correr, desaforado, de-

trás de los hechos, de las noticias, si no, qué va, viene otro y, caraste, te dejan podrirte en un asiento de la redacción y lo peor, te cae encima el desprecio de la gente que vale la pena, y veo los ojitos de Stuart, ojitos de Terrier, ocultos detrás de un par de cejas estilo Glenn Ford que me miran esperando, tal vez, la señal para sentarse y yo se la doy y observo cómo extrae del pantalón kaki una grabadora pequeñísima, de esas de batería, y la pone sobre la mesa.

—Sir, if you wish, we can speak in Spanish.

—Claro que sí, lo prefiero —le digo y me pregunto cuándo, cómo y dónde habrá aprendido el español este hombre y él mismo se encarga de aclararme el asunto cuando abre la boca y escucho que habla con acento teitano.

—¿Qué porcentaje del pueblo representa el Comando Urracá? —me pregunta y habla suavemente, habla despacio, al punto casi de desesperarme y yo le clavo la mirada y le contesto con tono de navaja afilada.

—Una advertencia, joven, y que esto quede bien claro: nada de tocar el tema del secuestro; nada, ¿me oye?. En todo lo demás, complacido, pero ese tema, de antemano prohibido —le repito.

—O.K., O.K., as you wish —me dice, y lo más probable es que no le gusten las reglas del juego y que murmure por lo bajo s.o.b. varias veces, pero, qué carajo, él sabe que es mejor esto que nada y yo doy una larga chupada al cigarrillo, arrojo una nube de humo, toso, me levanto y voy hacia el intercomunicador:

—Marta, por favor, dos cafés; I gather you like coffee?

—Yes.

—Black?

—I suppose so.

—Yes or not?

—Yes, yes.

—Tintos, Marta, tintos. —Y me siento en uno de los sillones frente a Stuart y sigo fumando, así, varias chupadas seguidas y el humo que nos va envolviendo y yo que ya he asumido una postura

impersonal, distante, tal como a los gringos les impresiona bien, como les gusta, ¿cuándo comenzará este hombre a lanzarme las preguntas?, otra chupada, silencio, se está organizando, lo veo que busca algo en los bolsillos, de la camisilla blanca, ya, una libretita diminuta, pasa rápidamente las páginas, anota algo, corrige, me llevo los dedos a la calvicie, la palpo, húmeda, las hebras de pelo, húmedas, me palpo las sienes, ¡o nos vamos todos o nos morimos todos!, y la tensión subiendo y aquel teléfono que sonaba y volvía a sonar y la voz de un periodista y otra vez silencio y el calor asfixiante porque habían desconectado, por el ruido, los aires acondicionados y otra vez el teléfono y por las expresiones de Cero comprendiendo que había dificultad en reunir los tres millones de dólares y una de las guerrilleras registrando minuciosamente armarios, gavetas, escritorios, registrando sistemáticamente alfombras, cojines, sillones, abriendo con un formón la caja fuerte, dejando las joyas y los documentos adentro, y aquel radio transistor de Cero siempre encendido y los relatos y los comunicados de *Radio Libertad*, *RPC*, *Radio Impacto*, constantemente los comunicados, y aquellas marchas a toda hora, las campanitas, los xilófonos, las flautas de aquellas marchas aumentando la tensión y Cero obligando a Joaquín que se comunicara con éste, con aquél, venga, pero hágalo de rodillas, y de rodillas y con la pistola apuntándole las sienes le hacían avanzar hasta el teléfono, dígame a esos histéricos que moderen las informaciones, que los tratamos bien, oiga, que los tratamos bien, ¡coño!, una bofetada, que los tratamos bien...

—¿Cuándo comenzaron las actuales negociaciones? —Al fin ha formulado la pregunta, lo miro, nos miramos, echo la cabeza hacia atrás, trato de organizarme, sí, las actuales negociaciones, Garrido, cuidado, se te acusa de revisionista, calla, en verdad lo soy, lo somos, lo es también él, eso es, Mi Coronel, Mariana, es un revisionista como tantos, pero dicen lo contrario, lo han llegado a acusar de comunista, las palabras no quieren decir nada, los actos, eso es, ahí está el asunto, acéptalo, se trata de un tipo moderado, hay que reconocerlo, moderado, un tipo valioso, una

buena mezcla de la Normal de Santiago y la Escuela de las Américas de Fort Gulick.

—Como ustedes saben —hablo despacio, la historia es larga, pero hay que relatarla, eso es, la historia es larguísima, me enderezo, enciendo otro cigarrillo, le ofrezco a Stuart uno de la cajetilla— como ustedes saben —repito—, Panamá y Estados Unidos acordaron negociar un nuevo tratado en 1962, cuando el Presidente Chiari visitó al Presidente Kennedy en Washington, pero esto quedó en nada hasta después de los sucesos de enero del 64. —Hago una pausa, miro hacia la grabadora que da vueltas y otra vuelta y otra.— En enero del 64 —continúo— las relaciones entre Panamá y Estados Unidos llegaron a un punto crítico a consecuencia de los sucesos lamentables ocurridos con motivo del “Incidente de la Bandera” que convirtió la línea divisoria entre Panamá y la Zona del Canal en un verdadero campo de batalla, —otra pausa, saco el pañuelo, el sudor en la frente, corriéndome, ahora, por el cuello, ¡Ni defensa conjunta, ni defensa unilateral, bases no, enero siempre presente!— Estos tumultos —continúo— tuvieron su origen en el desacato de un grupo de estudiantes del Balboa High School a la orden del Presidente Kennedy que la bandera panameña debía flamear junto a la de Estados Unidos, en todos los edificios públicos de la Zona del Canal y así lo que al principio pareció ser un brote de indisciplina juvenil, pronto se convirtió en una confrontación bélica entre las fuerzas militares de Estados Unidos con todos sus arreos de combate, y la población civil panameña, que dejó un lamentable saldo de 24 muertos, cientos de heridos y pérdidas materiales cuantiosas y el Gobierno de Panamá consideró que había sido víctima de una agresión y rompió relaciones con los Estados Unidos, —me paso otra vez el pañuelo por la frente, este sudor me debe estar manchando las axilas y Professor Roberts, Mariana, you must underline the terms, gentlemen, the appropriate use of the terms that denote the conflict between the two countries y Marta que entra con la bandejita y nos ofrece a cada uno una taza:

—Gracias, Marta, Gracias, —le repito, y ella sólo se sonríe y se marcha, the appropriate terms, gentlemen, luego la carta de mi padre, el Presidente anoche suspendió relaciones con los Estados Unidos, los juristas dicen, que el Presidente no sabe lo que dice, que las relaciones diplomáticas no se suspenden, que se rompen, y yo refiriéndole el asunto a Roberts y la carcajada de aquél, sonora, sí, la carcajada retumbando y yo enrojeciendo, tosiendo, ahogándome, this makes a fabulous story, young man, a fabulous story, y volteo a ver a Stuart, impávido, pendiente de mis silencios, por dónde iba, ah sí, el rompimiento, bueno —continúo— gracias a la mediación de la OEA, los dos países volvieron a establecer relaciones diplomáticas, en abril de 1964, y en junio, los Presidentes Johnson y Chiari firmaron una Declaratoria Conjunta, mediante la cual los dos países acordaron iniciar negociaciones para la elaboración de un nuevo tratado “que eliminara para siempre las causas de conflicto entre las dos naciones”...

—Poco se habla de eso, ya, Mr. Garrido —interrumpe Stuart— ¿Culminaron en algo esas negociaciones?

—Claro que sí, hombre —le contesto mirándolo y el otro con los ojos dilatados—, las negociaciones correspondientes duraron tres años y culminaron con la firma de un paquete de tres tratados que fueron bautizados con el apodo de “Los Tres en Uno” y muchos panameños consideramos que los tri-tratados representaban un avance considerable para Panamá en su larga lucha por liberarse de las duras y lesivas cláusulas del Pacto Hay-Bunau Varilla, pero los cuadros políticos opuestos al Presidente Robles montaron una violenta campaña contra el tratado y Robles que ya no contaba con el apoyo de la Asamblea Nacional se abstuvo de someter el tratado a ésta para su estudio y ratificación.

Echo la cabeza hacia adelante, me seco ambas manos, sudorosas también, y mi padre cabizbajo, Mariana, el viejo por primera vez realmente derrotado, el Presidente ha rehusado presentar el Tratado formalmente a la Asamblea, está perdido, perdido, repetía, y luego consultándome y yo, por primera vez, sintiéndome

útil a su lado y aquellas visitas a toda hora al Palacio Legislativo y las conversaciones con los otros diputados, y las noches y los días otra vez las noches y las madrugadas y las presiones del pueblo aumentando y los partidos políticos cediendo a las coacciones, a las influencias, a las recomendaciones de éste, de aquél, hasta que un día, ¡paf! el asunto reventó, el Tratado no sería presentado ante los diputados y mi padre resguardándose detrás de una barrera de mutismo y los otros legisladores llamando por teléfono a la casa y aquel ring-ring-ring a todas horas y los comunicados por la prensa, por las televisoras, por la radio, y las marchas y Robles que se caía, en cualquier momento se caía...

—¿Cuáles eran las principales conquistas del Tratado del 67? —me pregunta Stuart y, Mariana, ahora todo aquello me parece tan lejano, Mariana, repito tu nombre, vuelvo a pasarme la mano derecha por la frente, y yo sentado con mi padre, los dos subrayando, anotando, tachando, papá, presenta este memo al Presidente, que el pueblo sepa lo que gana, es inútil, Tito, el, hombre está perdido, los partidos mandan y le han retirado su respaldo, miro el reloj, las dos y media, los zapatos mojados me molestan, daría cualquier cosa por una ducha fría, tomo la taza entre los dedos y este café, como el anterior, está amarguísimo.

—Las principales conquistas de este tratado eran —rápidamente paso a enumerarlas— 1o. La abrogación del Tratado Hay-Bunau Varilla. 2o. La entrega a Panamá del Canal en el año 2000, con todos sus activos, tales como edificios, equipos, los puertos de Balboa y Cristóbal, etc. 3o. La participación de Panamá en la administración del Canal a través de la junta Directiva compuesta por 4 panameños y 5 norteamericanos, de la nueva entidad jurídica internacional que dirigiría la operación del Canal hasta su entrega a Panamá en el año 2000. 4o. El aumento de la anualidad del Canal hasta una cifra aproximada de 3 5 millones de dólares. 5o. La entrega inmediata a Panamá de importantes porciones de la Zona del Canal, incluyendo áreas de ambos lados del Istmo, inclusive France Field. 6o. La terminación del ejercicio por parte del Gobierno ame-

ricano de ciertos derechos jurisdiccionales en la Zona del Canal, en un plazo de cinco años, en áreas tales como policía, bomberos, correos, administración de justicia, salud, educación, etc. Y 7o. La recuperación inmediata por Panamá de su soberanía fiscal en la Zona del Canal.

Le he soltado la historia completa, de pe-a-pa, como quien dice, y el otro sólo me mira y se adelanta y se retrocede en la silla y le veo la cara disuelta en humo, se bebe el café, hace una mueca, escribe una porción de cosas en la libretita, eres un cínicco, ¡coño! , me decía Cero y me mantenía apuntado con la metralleta, te has pasado la vida de vira-y-cambia y que siga la pachanga, ¿ah?, que siga la pachanga, rabiblanco de mierda, y por qué no, qué fastidioso aquel provinciano determinismo de los guerrilleros, había que hacerlo por la patria, ¿y lo demás?, bueno, qué carajo, es cuestión de acostumbrarse, ya me lo dijo mi padre varias veces, si el Coronel te llama, anda, hijo, deja los prejuicios y anda, si no los comunistas nos devoran, y en abril del 71 me llamaron y acepté y se iniciaron las conversaciones, las idas y venidas de Panamá a Washington de Washington a Panamá y Queta y yo recién casados y ella histórica porque la dejaba sola tanto tiempo y Estados Unidos que tomaba una postura menos conciliadora que la del 67, y el tiempo que pasaba, un año, y nada, sólo viajes, y miro a Stuart, él debe conocer la historia, sí, aquel “faux-pas”, ¡claro que la debe conocer!, cuando expusimos en nombre del Gobierno la naturaleza específica de nuestras demandas así como las contrapuestas y esto desató la ira de Washington, y las negociaciones se paralizaron y la tensión entre los dos países creciendo, creciendo y culminando en marzo del 73 cuando celebramos aquí aquella reunión del Consejo de Seguridad y colocamos a Washington en el banquillo de los acusados y el Embajador Scali, pálido, de ojos vidriosos, emitiendo en nombre de su país un veto a la resolución sobre el asunto canalero que habíamos presentado ante el Consejo, y pocos meses después, la postura de Washington virándose, nombrando a Bunker como nego-

ciador jefe, alzo la vista, Stuart continúa anotando no sé qué en la libretita.

—Para contestar específicamente a su pregunta —continúo— podemos decir que la actual ronda de negociaciones parte de la visita a Panamá del Sr. Kissinger, en febrero de 1974 y la proclamación del Acuerdo de los Ocho Puntos.

Enciendo otro cigarrillo y toso, el humo siempre me molesta, y vuelvo a mirar a Stuart y bajo inmediatamente la cabeza, si este hombre supiera, Mariana, si él supiera el triunfo personal que para mí significó la firma del Acuerdo ése; las horas, los días, los meses de trabajo elaborando un borrador que contuviera algo de lo mucho que perdimos con el rechazo del 67, y luego presentándolo al Gobierno que había manifestado en el 70 que ese pacto no podía servir ni siquiera de base para las nuevas negociaciones y el Gobierno aceptándolo y presentándolo, a su vez, a Washington y ellos accediendo, por primera vez en varios años, accediendo, y nosotros, tarde, descubriendo que todo había sido una patraña de Mr. Kissinger para evitar la discusión del problema canalero en la Reunión Interamericana que estaba próxima a celebrarse en Tlatelolco, pero ¡qué carajo! el pueblo no tiene memoria, el pueblo no es susceptible a esas habilidades diplomáticas y el Acuerdo se firmó y nosotros pudimos ensalzar esta agenda de trabajo como una gran conquista que todo el mundo celebró.

—¿Qué opina usted, Mr. Garrido, de las perspectivas de aprobación que tendría un tratado en el Congreso Norteamericano? —me pregunta Stuart, sin mirarme, como hablando a la grabadora o a la alfombra y comprendo aquí y ahora que él conoce el cuento con todas sus ambigüedades, que es un tipo listo y que seguramente le irá bien y que hará carrera en el *Wall Street Journal* porque hace las preguntas que gustan al millón y medio de lectores allá en Dallas, Chicago, Los Angeles, Nueva York o Florida y yo trato de organizarme, Mariana, a ver, hay que ganarse la simpatía de esos hombres de negocios, debo decir lo que sea que los tranquilice en materia de inversiones, después de todo la inver-

sión de los Estados Unidos acá asciende a casi trescientos millones y hay que crear la imagen de un centro comercial estable, toso, una, dos veces y esto me limpia la voz y comienzo a hablar y descubro que ya no titubeo:

—Ante todo, no creo que debemos pensar en términos de un veto anticipado a causa de la resolución firmada por un bloque de 37 senadores en la cual manifestaban su oposición a cualquier renuncia por parte de los Estados Unidos de sus “derechos soberanos” en la Zona del Canal, menos aún por la enmienda que aprobó el Congreso negando los fondos para sufragar cualquier negociación que renunciase a los derechos de los Estados Unidos sobre el Canal.

—Mr. Garrido —me interrumpe Stuart— le agradecería que me explicara en qué funda su posición tan optimista.

—En que usted —mejor que nadie, sabe que la nómina del Senado es débil y hay una gran diferencia entre respaldar una resolución y votar por un tratado de mayor importancia.

—¿Y cómo haría Panamá para crearse una imagen favorable ante el Senado? —veo que arruga y desarruga la frente en un segundo.

—La labor no es sólo de Panamá, es conjunta, Stuart —le contesto.— Además —añado— tengo entendido que el Departamento de Estado ha iniciado, ya, una campaña en Estados Unidos para explicar en una forma conceptual la razón de estas negociaciones, y que está teniendo éxito en esta misión. La misión presidida por Bunker considera que muchos de estos Senadores que han firmado esa Resolución han expuesto una oposición a una cosa que no existe, pero que una vez materializado el tratado cambiará la opinión de ellos. Y claro que la misión estadounidense tiene mejor conocimiento del ambiente de Washington que nosotros. El discurso de Mr. Kissinger en Pittsburg, hace poco, asegurando que Estados Unidos seguirá protegiendo sus intereses vitales en el Canal a través de la defensa de éste ha tenido gran repercusión en la prensa norteamer-

ricana y esto, claro, influirá en los Senadores, así como también, el cabildeo abierto en las universidades y en las plazas públicas donde la juventud, como en el caso de Viet Nam, presione a la opinión pública norteamericana.

—¿Aparentemente, el Pentágono ha tomado participación activa en las negociaciones? —me pregunta, ahora, y comprendo que el círculo se va cerrando y que el tema desembocará irremediablemente en el asunto de las bases.— ¿Qué importancia o significado tiene esto?

—Importancia, mucha —le digo y continúo—. La presencia aquí en Panamá durante, la semana pasada del General Dolvin debe verse con agrado; esto indica que el Departamento de Defensa al incorporarse directamente en las negociaciones limará los escollos que han venido entorpeciendo el progreso de las negociaciones. La incorporación del General Dolvin al equipo negociador, junto con Bunker, resultará altamente provechosa y útil —repito la idea, pero no importa, es necesario recalcarla— él transmitirá a sus colegas del Pentágono una serie de verdades que campañas interesadas han tratado de ocultar o de presentar desfiguradas con el propósito de confundir y de impedir al mismo tiempo que el proceso negociador desemboque en el Tratado nuevo que resulte indispensable para ambas partes. —Bajo la vista y callo y los guerrilleros penetrando en la casa como fieras y las balas rebotando en las paredes, quebrando vasos, botellas, ceniceros, ¡bases no! ¡bases a ningún precio! , y las horas que pasaban y Monseñor no regresaba y aquel calor asfixiante del mediodía y las noticias de la radio comunicando que el Coronel había regresado en su avioneta desde Contadora donde se encontraba pasando el fin de semana cuando le comunicaron los sucesos y que en esos momentos el Arzobispo le debía estar presentando las condiciones de que dependían nuestras vidas y los guerrilleros permanentemente apuntándonos con sus armas, siempre aquellas armas sin seguro, listas a disparar en cualquier momento, y Cero acercándoseme, la abrogación del Hay-Bunau Varilla, la terminación de la perpe-

tuidad y del ejercicio por parte de los gringos de algunos de los derechos jurisdiccionales en la Zona, la recuperación de una soberanía que nunca hemos vendido ni cedido a nadie, no quiere decir mucho, rabiblanco de mierda, esa es pura farsa, es el caramelo con que endulzarán los oídos de los tontos y los ignorantes, la defensa es la cosa y me sacaba unas papeletas enseñándome-las, ahí nos dejan clavado el veneno de la represión militarista, y me volvía a enseñar las papeletas, expulsaremos a esos criminales y a Ustedes también, acabaremos con todos, y me las volvía a sacar, anda léelas, que empapelaremos tu casa y todo el país con estas frases, y yo leyendo:

LA DEFENSA CONJUNTA ES SÓLO UN
PRETEXTO PARA PROLONGAR LA
PRESENCIA MILITAR YANKI EN PANAMÁ
DEFENSA CONJUNTA - REPRESIÓN CONJUNTA

y la guerrillera pegando papeletas, empapelando la sala, el corredor, la salita de recibo donde te tenían a ti, Mariana, con Fernando Martínez y con mi compadre digo, con Bill Arias y con el Ministro Ramírez y Rivera y tú leyendo seguramente las papeletas ésas y los otros leyéndolas también:

NO PUEDE SER BRAZO ARMADO DEL PUEBLO
LO QUE FABRICAN LOS YANQUIS
EN LA “ESCUELA DE LAS AMÉRICAS”
CUNA DE CRIMINALES

LA RECUPERACIÓN DE LA ZONA DEL CANAL SERÁ
CONQUISTA DE LAS MASAS POPULARES
POR LO TANTO DICHA “RECUPERACIÓN” TIENE
QUE SER DE CARÁCTER SOCIAL Y NO PARA
POSTERIOR REPARTO ENTRE LA OLIGARQUÍA Y
LOS MILITARES

LA VERDADERA SOLIDARIDAD INTERNACIONAL QUE
PUEDE RECIBIR EL PUEBLO PANAMEÑO EN SU
LUCHA CONTRA EL IMPERIALISMO VENDRÁ DE
LOS PUEBLOS Y NO DE LOS GOBIERNOS
GORILAS REPRESENTATIVOS DE LAS OLIGARQUÍAS
LOCALES LATINOAMERICANAS

y otra vez, ahí, la voz de Cero, los tres millones los utilizaremos para armas y nuestras guerrillas acabarán con los traidores y los enemigos de la patria y las horas pasando y yo tratando de mantener la serenidad, la calma, y las horas pasando y tu nombre, Mariana, subiendo a mis labios con frecuencia y Joaquín captando el significado de ese nombre y tu voz allá lejos, conversando con uno de los guerrilleros y el calor y la sed desesperante, y en la boca, una masa de saliva amarga.

—¿Cuál es la posición de Panamá en las negociaciones actualmente? —Me tranquilizo, he capeado bien el asunto de las bases. Enciendo otro cigarrillo, doy una chupada y otra más antes de contestar y después de ésta, le daré una excusa, miro el reloj, las tres menos cuarto, dentro de un par de horas, a la Presidencia. Me lo quedo mirando.

—Seremos firmes en lo que concierne a nuestros intereses soberanos —le digo—, pero, a la vez, recuerde una cosa, amigo, que el principal cliente del Canal son los Estados Unidos, y esto significa que si queremos hacer negocio, debemos estar en buenos términos con Ustedes. —Y dicho esto, me levanto, voy hacia mi escritorio, busco el portafolio, me ciño el nudo de la corbata, me abrocho el saco, y sin más, me acerco a Stuart, le extiendo la mano y me despido.

—Bueno, esto da por terminado nuestro diálogo, amigo—, le digo —espero que esté usted satisfecho—. Y el otro, sorprendido, y tal vez decepcionado, me alarga también la mano, apaga la grabadora y se la guarda en el bolsillo.

—Thank you, Sir, you've been most kind to receive me.

—My pleasure, boy, my pleasure —le digo y lo acompaño hasta la puerta y Marta presiente mi turbación y ve cuando me rasco la barbilla y dejo de sonreír y luego el ademán que le hago que no pierda de vista al periodista hasta que se haya ido y de pronto se hace un silencio y es que ha cesado el tableteo de las máquinas de escribir y yo camino otra vez hacia mi despacho, estiro la mano derecha y agarro la manija de la puerta, abro, entro, cierro la puerta detrás de mí, voy una vez más al escritorio, me siento en el sillón, sí, el giratorio, saco de la gaveta un par de documentos que Marta ha clasificado con el rótulo de “Urgente” y subrayado en rojo, los firmo, un par de garabatos, y los zapatos mojados me molestan, y las ganas, coño, de darme un baño frío y quedarme un rato, así, sumergido en la bañera, un rato largo, sí, y aquellas declaraciones del Senador Thurmond que la Zona del Canal es territorio de los Estados Unidos, que ellos lo compraron como Alaska o Luisiana, y Bunker refutándolo ante el Consejo de Asuntos Mundiales, en Los Angeles, no, ese es un mito pernicioso, los diez millones que se pagaron en el 04, fueron a cambio de los derechos que Panamá nos concedió en el Tratado y de ahí que nuestra presencia en la Zona esté basada en derechos de un tratado, no de soberanía, ¿cómo fue que se me pasó decirle esto a Stuart?, bueno, se me pasó, ¡qué vaina! no voy a llorar sobre leche derramada; tampoco hablé sobre la importancia económica del Canal para los gringos, pero mejor así, porque eso hubiera desembocado irremediamente en lo otro, digo, en el tema de lo militar y de ahí, seguro, al asunto de las bases y al secuestro, llamaré a Marta para que dé ordenes y me tengan, abajo, listo el carro, bajaré por las escaleras, cuatro pisos, ¡contra!, hace años que no hago tanto ejercicio.

—Marta, por favor, dígame a Cedeño que me tenga el carro con el motor encendido y lo más cerca posible de la puerta, que ya bajo.

—Sí, don Tito.

—Cerciórese, además, que no haya nadie en el corredor; que

todo el mundo se haya ido.

—De acuerdo. A propósito, un informe noticioso de Radio Revolución ha recogido las declaraciones de Monseñor en Trípoli. Las están radiando.

—¡Cómo!

—Las están transmitiendo ahora mismo.

—Pero si no se iba a hablar ya más del asunto.

—Ya ve, pues.

Cruzo el otro extremo del despacho donde tengo el equipo estereofónico, enciendo la radio mientras me meto un cigarrillo en la boca y oigo la voz chillona, la voz cortada de la locutora, bajo rápidamente el volumen, y una vez más las frases hechas, los clichés verbales, las arengas partidistas y por último Monseñor que habla, cansado afónico casi, lo oigo: en el avión, tomé asiento cerca de una ventana con el fin de poder reclinar la cabeza y dormir un poco pues tengo más de dos noches, desde el sábado, que no duermo y tendríamos unos cinco minutos de vuelo cuando uno de los muchachos que había estado preso en la cárcel se sentó a mi lado y me dijo “va a perdonarme que no lo deje descansar, pero a todos nosotros nos gustaría conversar con usted un rato” y comenzamos a conversar y después de un espacio de tiempo, cedió el lugar a otro compañero y así se fueron turnando y las horas pasaban y por fin llegamos a Trípoli después de casi veinte horas de vuelo con sólo una escala de unos cuantos minutos en Dakar para que el avión tomara combustible; nadie ha dormido en este viaje, la excitación de todos es inmensa y al detenerse por fin el avión aquí, se subieron las autoridades libias y dieron orden de que bajáramos y bajaron primero los del Comando Urracá del Frente de Liberación Nacional y después los diplomáticos y ahora mismo los señores miembros del Cuerpo Diplomático y yo estamos en un salón especial del aeropuerto de Trípoli donde somos objeto de innumerables atenciones y se nos obsequia comida y refrescos, mientras aguardamos la salida del vuelo de regreso a Panamá que se ha anunciado para dentro de una hora, más

o menos... La voz de Monseñor se ha silenciado y la otra, la de la locutora, estridente, exaltada que habla y otra vez las marchas con acompañamiento de triángulos, xilófonos y campanas y me llevo, torpemente, la mano a la boca, tomo mal el cigarrillo que encendí hace un instante, ¡coño! me he quemado el pulgar y el índice y me los meto entre los labios y los empapo en saliva y apago la radio, ya basta, Dios mío, basta, carajo, y dando un portazo salgo del despacho.

Garrido baja lentamente por los peldaños de concreto de la escalera interna del edificio que se utiliza sólo para urgencias, incendios, apagones, uno que otro temblor muy de vez en cuando, y su cuerpo, un cuerpo agobiado, deja caer las ciento setenta y cinco libras de su peso en cada paso. Agobiado, repite, y sabe que las arrugas de la frente y las que le han aparecido recientemente junto a las comisuras de los labios se le han endurecido un poco más en estos días y que no serán, ya, inocultables y que le quitarán algo de su aspecto juvenil y atlético. Todo él se ha depreciado considerablemente con esto del secuestro, sí, tal como si hubiera corrido el Mercedes a 150 km, de un sólo tirón a Costa Rica, pasando, claro, por el Cerro de la Muerte y la Interamericana, tan llena de huecos y derrumbes. Mueve suavemente los labios, veinte, ochenta, noventa, escalones más, y todo aquí tan oscuro, un mundo aún por descender y pensar, Mariana pensar que allá en Las Cumbres subíamos y bajábamos, sin respirar apenas, subíamos y bajábamos por aquel camino sembrado de plantas tropicales, plantas exuberantes que se bebían el aire y se apoderaban del espacio de aquella vereda estrecha que va de la carretera a la casa, de la casa al lago, donde tú y yo hemos nadado tantas veces a la luz de la luna y de la oscuridad, también y nuestros cuerpos grabándose en la pupila de las sombras y pienso en tu figura, de pie contra la noche, en tus caderas tal vez un poco anchas, en la inocencia casi infantil con que te entregabas por completo a tu desnudez cuando te echabas, así, boca arriba sobre la grama e ibas arrancando una y otra flor silvestre para llevártela

a la boca y jugar con ella largo rato y aquellos silencios largos mientras yo te acariciaba, lentamente te iba acariciando, besando, pulgada a pulgada, poro a poro todo el cuerpo y recién ahora, sí, ahora mismo es que descubro que nunca durante estos cuatro meses, nunca, Mariana, ni en esos momentos de intimidad absoluta, ni cuando tirados en la tierra, éramos tierra, éramos vida, éramos el universo con el universo, pronunciaron tus labios ni una sola vez, ni una vez que me querías, veinte escalones más, ni una sola vez, Mariana, ¿por qué?, dime ¿por qué me hablabas únicamente en términos de esta relación nuestra, Mariana, de este vínculo, Tito, que nos une y sólo a veces teñías tus palabras con tintes de algo que yo no llegaba a reconocer qué era? y además ¡cómo disimulabas! eras una maestra disimulando frente a Queta, repito su nombre, Queta, no creo que ella haya llegado a sospechar nada del asunto, no, pero, Mariana, escucha, dime que ese vínculo o como sea que lo llames fue para ti algo mucho más que una aventura, claro, dime que sí, te lo exijo, no, te ruego que dejes a un lado, por esta vez te lo suplico, ese modo irónico tuyo de ver las cosas, de ir catalogándolo todo, de irlo haciendo o deshaciendo con un comentario directo, agudo, escalofriante, y ahora se me ocurre que a lo mejor lo que me diste fue un aferrarte a una hora de placer, consciente de que en esta carrera contra el tiempo hay que sacarle el jugo a estos años cuando estamos todavía, ahí, trepaditos en la cima, digo en la cúspide y que, en verdad, son tan pocos, no son nada, mujer antes de que lleguen las arrugas, las bolsas, Mariana, debajo de los ojos, la calvicie total, las varices, el endurecimiento de las venas, el pulso tembloroso, pero dime, tú-tú-tú, ¿estabas tú, así, bien consciente de que todo esto se termina? —O fue simplemente que, como en todo, no creías en forzar los acontecimientos? Y es que tú has sido, desde que te recuerdo, tan natural, quiero decir tan franca que a veces hasta rayabas en lo abrupta, Mariana, besaba tus labios que lentamente se entreabrían, suaves, que se amoldaban a los míos, húmedos, tan espontánea, amor, que aún ahora me pones en guardia ante mí mismo, ante mis dudas,

ante esta serie de fórmulas y dogmas que me poseen y que tontamente quieren determinar, incluso, el modo mismo como debiste exteriorizar tus sentimientos, ¡qué bruto soy!, coño, Mariana – amor – ¡qué bruto he sido!, tu cuerpo, como toda tú, desnudo, un cuerpo limpio, sin nada que ocultar, sincero, un ombligo pequeño en una carne tersa, un desamparo que llamaba a amarte y abrazarte, a poseerte para irme contagiando poco a poco de tu risa clara, de tu mirada abierta, de tu modo directo de enfocar las cosas, de tu curiosidad vital, de tu entrega lenta, de tu ironía misma, que me hacía descubrirme y descubrir con nueva luz a otros, y luego aquellos rasgos tuyos de ternura, que, vaya, me sembraron ganas nuevas de seguir viviendo, el último escalón, llegué, abro la puerta, ¡al fin la luz del día! , y Cedeño con el automóvil esperándome.

—Servido, don Tito.

—Gracias, hombre, gracias. Pásate mañana por la oficina.

—De acuerdo, Ya sabe, don, que aquí nos tiene siempre a las órdenes.

—Lo sé, viejo, lo sé. No dejes de pasar mañana; y retrocedo rápidamente, salgo del garaje y de los estacionamientos y el sol, ¡contra!, me pongo los anteojos negros, el sol de tres de la tarde filtrándose entre los árboles de esta calle a la que nunca acaban de arreglarle los huecos ni de taparle las zanjas, y una vez más aquí, allá, las mansiones estilo colonial que gringos y franceses y suizos y alemanes han ido comprando, transformando en bancos, restaurantes o comercios, qué ganas Mariana, de regresar, volver, de echar atrás el tiempo, las fuentes, la tranquilidad, y yo, con mis ocho años, de la mano de tía Isabel, entrando con ella a visitar a aquella pareja de viejos nicaragüenses de viejos exilados, buenas tardes, ellos recién se habían hecho construir ésta, ¿o era aquella?, casa de dos pisos que ahora alberga a uno de los setenta y pico bancos que tenemos, y yo con la boca abierta cuando el viejo relataba que había peleado contra los Marines en una guerra, ascendíamos pistola en mano por el Coyotepe, éramos un puñado apenas, pero verdaderos protomachos luchando contra el

ejército invasor, y, la boca mía todavía, si es que eso era posible, más abierta, y el viejo agitando los brazos, y la tía Isabel dándome un codazo, cierra la boca, Tito, que babeas, y el viejo mirando fijamente hacia la ventana o hacia la puerta, Somoza no deja hablar a nadie de esa guerra de 1912 contra los yanquis porque él ha sido el gran Pinochio de varios Geppettos norteamericanos, Roosevelt, Truman, y los que vendrán después, y tía Isabel que cruzaba la pierna, que se cansaba, cruzaba la otra, ¿se beben un refresquito de piña con nosotros?, a ella que le hablaran de lo colombiano y, cuando mucho de lo nuestro, y de pronto aquél, Tito, o cierras la boca o jamás vuelvo a salir contigo, y yo, muerto de vergüenza, abriendo unos ojos de este grande, mientras el viejo me invitaba, vuelve, hijito, vuelve tú solo otro día, pero, qué va, ya no volví y sólo supe de él cuando se murió y los hijos se fueron a vivir a Miami y allá se hicieron millonarios, cruzó velozmente una calle, otra, árboles, un alto, otro, una calle recta seguida de una curva, desemboca en la Samuel Lewis, un rascacielo, el Santuario del Corazón de María, dos condominios recién terminados, el tránsito es rápido, desordenado, doblo a la derecha, las nuevas residencias a lo Fort Lauderdale, qué poca imaginación la de nuestros arquitectos, aunque tal vez la culpa no sea enteramente de ellos, y pienso en Queta buscando planos, encargando modelos de esos que salen en *House Beautiful* en la sección de “Window Shopping”, “You Too Can Own A Dream Home”, y aquellos planos, concho, aquellos planos que llegaban por correo, conjuntamente con una porción de otras cosas y ella explicándome que no había podido resistir la tentación cuando había visto los anuncios “Not-by-the Sag Your Chinny-Chin-Chin”, “Lead a Soft Life”, “Sauté the French Way”, “Simply Shocking”, “A Mountain of Flavour in Each Golden-Brown Kernel” y aquí estoy, aquí me tienes, frente a la casa, dos mil metros cuadrados en esquina, mi casa, modelo No. 111258, Tropical Dream, arquitecto desconocido, planos ajustados y legitimizados por un compadre de mi suegro que ejerce la profe-

sión hace más de treinta años y de paso preside una compañía constructora popularísima, Elías me divisa y se precipita, viene a abrirme el portón, entro y me estaciono junto al Jaguar rosa-vieja de Queta, salgo y siento aquí adentro, en la boca del estómago la misma incomodidad, coño, es la misma, la de anoche y antenoche, tengo que enfrentarla, ajá, está bien, pero, ¿cómo? dime cómo.

—La señora y los niños están en casa? —le pregunto a Elías.

—No, Señor, el carro de su papá de ella vino muy temprano a buscarlos y todavía no han vuelto.

—Vaya. ¿Todo bien?

—Sí, Señor, no hay novedades.

—Vaya. ¿Y tú? ¿Tú que tal?

—Ya verá, pues, ahí pasándola.

—Vaya —y, sin más, entro a la casa y Felicidad, la criada que asea, está cambiándole las flores a los jarrones y echo una ojeada, la sala, el comedor, a la izquierda, la salita de recibo, las papeletas arrancadas, reparo en los impactos de bala en las paredes de cemento.

—Buenas tardes, Señor.

—Buenas.

—La Señora no ha regresado todavía.

—Ya lo sé ¿No han llegado aún los albañiles?

—No, Señor, y paso directamente al dormitorio, me quito el saco, lo cuelgo, me aflojo la corbata y salgo otra vez a la sala a servirme un whisky con hielo, con agua, con soda, whisky solo, ¡carajo!, ya por Dios, ya basta.

—Voy a darme un baño —le anuncio a la criada y ella me mira asombrada y yo me quedo aún más asombrado. ¿A santo de qué le he dicho ahora eso? Paso a mi recámara, me encierro, entro al cuarto de baño, abro la llave del agua fría y la dejo correr mientras, lentamente, me voy desnudando y la bañera que se va llenando de agua fresca, de agua que casi, casi, casi raya en lo helado y yo me sumerjo por fin en el agua y comienzo a beber el whisky a

sorbos, uno a uno, y permanezco, así, inmóvil, un rato, un trago y otro, Whisky Something Special, el hielo que me baila en el paladar, y el whisky que baja, tibio, hasta el estómago y el agua de la bañera que se va poniendo más y más helada, debe haber pasado un cuarto de hora cuando al fin decido enjabonarme y enjuagarme y salgo del agua envolviéndome en una toalla King Size, amarilla, felpuda, una toalla Fieldcrest con monograma grande, en verde, entonces voy al cajón, busco ropa limpia y me visto: la camiseta, los calzoncillos, las medias oscuras... siempre la mismísima carajada, día a día.

Él se ve, así, a medio vestir, reflejado en el espejo de Queta de tres lunas: el perfil, las espaldas anchas, los glúteos ligeramente caídos, las piernas largas en calzoncillos —muslos, rodilla, pantorrillas— la nuca, el tórax musculoso, coge un fósforo, un cigarrillo, lo enciende y contempla la llama, primero, el humo que aspira y cierra los ojos. No hay mucho que hacer, no, los abre, Garrido lo sabe. No hay nada que hacer, se acomoda en el sillón, junto a la mesita redonda del teléfono y contempla la habitación que puede describir a ciegas: la cama de caoba tallada, con dosel y todo, el toile de juie de F. Schumacher and Company que la cubre y adorna, también, las cuatro paredes y la butaca donde está en estos momentos arrellenado, la alfombra beige, la cómoda oscura con losas de mármol de Carrara que una vez perteneciera a la bisabuela de la Guardia. Alarga la mano rozando apenas el jarrón de cristal con rosas rojas, siempre rosas rojas. ¿Ama él algo de esta pieza? Se queda un instante con la cabeza, todavía, mojada, entre las manos; no, claro que no se trata de eso, ¿quién más, Mariana, que tú para saberlo? Me levanto y voy eligiendo la ropa, poco a poco: el traje oscuro, sí, el que encargué a Betesh para las festividades octubrinas, saco del estante, cinco,

siete, nueve trajes, todos oscuros, además y a mí que no me gusta el negro, ni el gris, tampoco, nunca me ha gustado, sin embargo, ¡qué vaina! , aquí me tienes, amor, forrado todito como las viudas, digo, sólo me falta el velo, camisa y corbata gris, zapatos negros, medias negras, forrado como tus tías solteronas, vuelvo a cerrar los ojos, me palpo las facciones de la cara —la nariz, la boca, los abro, me veo en el espejo, las orejas grandes— todo esto he sido yo, la casa, los muebles, todo esto, el automóvil, este cuerpo velludo que tú has recorrido poro a poro, aspiro el humo, otra vez el humo, toso ¡contra!, todo esto que hasta este viernes fue mi vida, amor, un universo compacto que parecía bastarme por completo. Doy unos cuantos pasos, recojo la ropa, la acomodo cuidadosamente sobre la cama, una vieja costumbre que aprendí seguramente de mi nana negra, de mi nana siempre almidonada, y que despertaba la ira de mi madre y, ahora, de Queta, ¡ya te he dicho que así lo ajas todo y de paso arruinas, también, la sobrecama!, ahora de Queta, lo repito, repito su nombre, eso es, la pecosa Queta, mi mujer, la pelirroja Queta, los dos ahí tirados en la cama, una desnudez porque sí y porque no, también, sin trascendencia, unos senos pequeños casi de adolescente, las caderas estrechas, un cuerpo parecido al de mi madre, sólo que éste es pecoso como toda ella, un cuerpo que a la vez me gusta y me fastidia y que en nada me recuerda al tuyo, Mariana, Mariana-amor, un cuerpo sin misterios, sin descubrimientos, donde los dos hemos sido simplemente sexo, un sexo desganado, encarcelado dentro de esta relación que petrifica y una y otra vez la monótona excitación y el orgasmo y el vacío, un pacto negro, caraste, donde ella y yo sabemos que ninguno habrá de atreverse nunca a romper las reglas, pero claro, Mariana, que no te estoy diciendo nada nuevo, nada que tú no previste desde el primer momento, digo, desde aquella noche en casa de Teresa cuando hiciste aquel brindis memorable, por Queta que te ha dado tres hijos en tres años y por la maravillosa inversión que ella representa, y te veo alzando la copa, al mismo tiempo que con la otra mano te levanta-

tabas el mechón que te cubría parte de la cara y te veo, también, aquella noche en el Teatro Nacional y yo resguardándome detrás de esa frase de Taylor, Fear is the mother of foresight, la frase que hizo desatar en ti la carcajada y en esa frase, voy al baño, pink-pretty-and-practical me acerco al botiquín, lo abro, ¿qué es lo que no te dije en esa frase?, Broncofenil-Forte, Hygroton 100, Tetraciclina 250 mg, buferinas Bayer, Mercuriocromo, Chlorotrimetrón para las alergias de Rodolfo, una vez más aquí me tienes, aquí me tengo, Roberto Augusto Garrido III, el Hijo del Hombre, un rostro aceptable, respetable, agradable, un rostro, en fin, pasable, pero sólo alcanzo a verme de frente y, después de todo, el perfil siempre me reserva la peor sorpresa, busco el peine, me hago la raya a la izquierda, las entradas del cabello, profundísimas, los cachetes generosos, los labios demasiado delgados, me palpo la barba con las yemas de los dedos, no, sí, no, no, no es necesario que me afeite, estoy bien así, busco entre las colonias, ¿cuál? destapo las botellas, ¿Monsieur de Givenchy? ¿Royal Lyme? ¿Eau de Vétivier? Ésta, definitivamente ésta última y siento el perfume, fuerte, entrándome a raudales por las aletas de la nariz, mareándome me mojo la frente, mareándome, la nuca, las mejillas busco un pañuelo, lo empapo, entrándome a raudales por las aletas de la nariz, Mariana, ya sé lo que tú has sido, lo sé muy bien, para mí, tú has sido el eclipse, amor, el mediodía. Saco las tijeritas y me recorto las uñas de la mano izquierda, luego, torpemente, las de la derecha, me estremezco, ¿y yo, Mariana? ¿qué he sido yo para ti? ¿Una claudicación, tal vez?, bajo la cabeza y sólo sé que mis manos tiemblan y se apoyan en el lavamanos y después regreso al dormitorio, la camisa, tiemblan, las mancuernas, tiemblan, los pantalones, la hebilla de oro con mis iniciales, me anudo la corbata, eso es, Queta y yo, una pareja de pendejos, el saco, me lo abrocho, qué carajo, Mariana, aquí me tienes, soy tuyo, tómame en los cristales del espejo.

Garrido da varias vueltas alrededor del dormitorio y cuando por fin logra salir de ahí cierra tras de sí la puerta y, conste, que

lo hace cuidadosamente es decir, como si, inconscientemente, temiera despertar a Queta o quizá a los niños y camina, despacio, hacia la biblioteca, los pasos cortos, la mirada baja, y a medida que camina, con la mano, la derecha, se palpa el cabello de hebras lisas, todavía mojado, y la casa tan sola, concho, se pone los anteojos, revisa los impactos de bala, aquí uno, allá otro, los cuenta, demasiados para recordarlos, llega a la biblioteca que siempre mantiene enllavada, entra, y curiosamente, los guerrilleros dejaron este cuarto intacto. Observa las fotos de los familiares, una de él con el Coronel y el Presidente, los tres abrazadísimos aquel Año Nuevo, en Coronado, cuando invitaron también a Wilson y la mujer de Wilson tomando champaña todo el tiempo y todos hablando mucho, demasiado, y el Presidente, Mariana, invitándonos a pasear en su yate, digo, en el del Gobierno Revolucionario y la Wilson dale-que-dale, contando algo de cuando habían estado en la Riviera y Ari los había llevado a pasear en el Cristina, y Jackie que no estaba porque andaba en Nueva York o en Palm Beach con los muchachitos y su suegra y todo el mundo hablando de los Kennedy y el Coronel, pobre, aburridísimo, y el Presidente hablando en inglés y de pronto, todo el mundo en inglés, oh boy, this is what I call a party, y hasta los chistes en inglés y el Coronel pobre, aburridísimo, y el yate presidencial sereno, navegando contra un cielo azul y Queta y yo comiendo bocadillos de langosta bien salados y bebiendo champaña y más champaña y de pronto, contra, nadie sabe ni cómo ni de dónde, apareció el fotógrafo, el maldito fotógrafo y yo buscando a Wilson, pero, él qué va, él sabía desaparecer a tiempo, y el Coronel, el Presidente y yo nos abrazamos bien fuerte, ¡feliz Año Nuevo! bien, bien fuerte, y ¡clac! nos habían tomado la fotografía.

Una vez en la biblioteca, Tito Garrido enciende un par de luces, revisa algunos documentos, los guarda dentro de la carpeta y se sienta en el sillón de cuero y apoya la cabeza sobre el respaldar, suspira, las cuatro de la tarde, y arroja la cabeza hacia atrás, cierra los ojos y la frase, ¡qué vaina!, la frase aquella, ¡bases no,

bases a ningún precio! y los guerrilleros penetrando en la casa como fieras y las balas rebotando en las paredes, quebrando vasos, botellas, ceniceros, y aquella segunda noche, aquella noche del sábado al domingo, el agotamiento, la desesperación que se había instalado entre nosotros, no dábamos para más ya no dábamos, y Monseñor que no regresaba todavía de sus conversaciones con el Coronel y Cero acercándoseme de pronto y yo reparando en aquellas ojeras profundas y en aquellos ojos negros, duros como la noche misma y luego el insulto, ¡rabiblanco de mierda! y yo diciéndome, carajo, yo no soy psicólogo ni nada de eso pero este pobre diablo tiene unos resentimientos de espanto que no se curan así no más, digo, con un simple tratamiento, y otra vez el insulto y las frases hechas y aquel determinismo sofocante luego las oraciones de corrido, el rosario de negociaciones oligárquicas, decía aquello con encono, lo repetía, el rosario de negociaciones oligárquicas ha llenado de vergüenza el nombre de Panamá hasta el punto de que hablar de ellas es motivo de amargura para el panameño decente, y la risa de Joaquín, la sorna abierta, ¿tu? ¿tú decente? déjame que me ría de tu audacia, viejo, y Cero, impávido, acusando con voz monótona, acusando, Ustedes han buscado siempre el juego de las negociaciones con el poder central imperialista, algo así como negociar con Ustedes mismos, un juego que se inició con la República y, que ahora se prolonga gracias a Ustedes, y Joaquín escupiendo al suelo, y el otro por primera vez realmente iracundo, el otro apuntándolo directamente con la metralleta, no me provoques, hijo-e-puta, no me provoques que en un tris te hago ver a la llorona, y las horas, Mariana, pasando y Cero que regresaba, obsesionado, que se quedaba largo rato inmóvil, en un rincón del comedor apuntándonos siempre con la metralleta, mientras nos dirigía la palabra, ahora el problema de Washington es sostener a este Gobierno en el poder, ¿creen que no lo sabemos? Todo eso lo ha planeado el tal Kissinger, y tú, y tú, también, Garrido, y es parte de la jugada porque saben que este Gobierno es el único capaz de aceptar un

nuevo tratado que incluya concesiones militares permanentes y por eso lo sostienen en el poder, ¿creen que no lo sabemos? Y por eso también es que desde hace siete años Washington ha bombeado más dinero a este país que durante los primeros sesenta y cinco de vida independiente, ¿creen que no lo sabemos?, y por eso el Pentágono también ha aceptado el entrenamiento de los 11,000 hombres de la Guardia Nacional, una medida que difícilmente habría aceptado, si fuera probable que esas fuerzas llegaran a amenazar la Zona del Canal, y luego un silencio largo y la brisa de la noche, dura entrando, pegajosa, por las ventanas de la casa y Cero que volvía a la carga, todo esto va a cambiar, rabiblanco, y aquel odio que se le salía por los poros, que infectaba el ambiente, el odio, rabiblanco inmundos, la demagogia, burda, nada queda como está, el imperialismo se cae, aquel resentimiento, se cae, aquel encono, la ira cegándonos, el aborrecimiento mutuo, hemos aprendido de las masas vietnamitas, ¿por qué hemos de negociar con el imperialismo yanqui?. Y cuando ya creíamos que las horas se habían estancado, otra vez aquellos reflectores iluminándonos y otra vez las voces de los guardias por los megáfonos, entréguense que tenemos la casa totalmente rodeada, y luego el silencio, presagio de muerte, el silencio tambaleándose sobre los cristales mientras la brisa espesa de noviembre entraba, se mecía, se marchaba y así muchas horas o, tal vez, segundos y entonces la orden aquella de los guerrilleros, todo el mundo inmóvil, en su sitio, y los guerrilleros disparando hacia el techo de la casa, hacia el jardín y el grito aquel, agudo, una canción inútil y el estruendo de las balas que seguía, el grito aquel girando, rebotando en las paredes, quebrando vasos, el grito aquel, botellas, ceniceros y el olor a pólvora, Mariana, otra vez la oscuridad y el silencio.

Garrido se levanta, falta una hora para la reunión en la Presidencia. Una hora. Se pasea por el cuarto. Contempla los libros, cientos, acomodados todos de acuerdo a los temas, en los anaqueles. Se acerca al jarrón de cristal y siente la fragancia de las

flores. Son las rosas del abuelo Tito. Siempre las rosas que la familia reclama, ya, como algo exclusivo de esa casta. Se acerca al equipo estereofónico. Busca un disco. Wolfgang Amadeus Mozart. *Konzert für Flöte und Harfe mit Orchester C-dur KV299*. Contempla el sello amarillo, tan familiar, el sello con letras negras de Deutsche Grammophon Gesellschaft y toma con cuidado el disco entre los dedos para colocarlo, luego, en el plato. Lo limpia; la humedad hace estragos. La brisa pesada, la brisa de noviembre hace destrozos. Escucha la música, el impacto inicial, la insólita sonoridad, la combinación extraordinaria de los dos instrumentos: el arpa y la flauta. La estructura temática del primer movimiento. El brío y la alegría que recuerda a aquellas serenatas preclásicas de los italianos. El Palazzo Comunale di Bologna. Se echa sobre el sillón de cuero blanco ultramoderno, alarga las piernas, las acomoda cerrando los ojos inconscientemente. Por un momento deja que la música fluya, que lo vaya penetrando, una nota, un acorde, que se apodere, toda, de su cuerpo. Respira hondo, vuelve a respirar, así, el aire entrando con la música, poseyéndolo. Se lleva ambas manos al estómago y las deja, ahí, unos segundos. La flauta, primero, ahora es el arpa, y siente cómo las manos le suben y le bajan, acompasadamente, le suben y le bajan y él acaricia el poplín liso y, después, mucho después, los botones de la camisa, aquella pequeña redondez sobre la yema de los dedos, Mariana, la punta erecta de tus senos, la cabeza me da vueltas, una docena de documentos por revisar aún, he dejado de escuchar la música, las cartas, los memorandums, reparo en uno que le dirigí a Jorge Mendoza, hace tiempo ya, releo el documento, hace tiempo, repito, mucho, que lo escribí cuando a Jorge recién lo habían nombrado Ministro de Economía y él me llamó para que lo asesorara y ése fue el trampolín, ahora lo sé, tamborileo los dedos sobre el sillón, vuelvo a leer el memorándum, 31 de agosto de 1970, una porción de años, y no sé cómo ni por qué aparece esto entre mis documentos y veo a Jorge, alto, fornido, de hombros anchos, una noche los dos en el despacho de

él hablando acerca del proyecto de contrato de concesión petrolera y yo sugiriéndole los lineamientos generales para la promulgación de un nuevo Código de Recursos Minerales que regulase indiscriminadamente todos los contratos que celebrase la Nación con empresas que se dediquen a la exploración y extracción de nuestros recursos minerales, y Jorge apenas esbozando una sonrisa, complacido tal vez, hombre, tú debes conocer al Coronel, me dijo, o mejor dicho, él te debe conocer a ti, y ese fue el principio, Mariana, de una asesoría insignificante, ad-honorem, al salto mortal, y Jorge tocó un timbre y llamó a su secretaria y ella a la Comandancia, o.k., o.k., el viernes a las cinco, y los meses pasando entre idas y venidas a la Comandancia y paseos en helicóptero y en aquel prop-jet bimotor por toda la República y el Coronel, convencido de que el país me necesitaba y un día, ¡paf!, sin muchos preámbulos, el gran ofrecimiento, negociador, y todo tan rápido y con mucho whisky, piénsalo un par de días, me dijo, no puedo esperar mucho, y Jorge y él brindando porque me habían enganchado y por todo lo que mi linaje astuto representaba, por lo que los Garrido habíamos dado durante setenta años a la patria, y yo, lo voy a pensar antes de contestarles y los otros sonriendo guiñándose mutuamente los ojos, haciendo no sé cuantos brindis más, murmurando qué se yo, murmurando algo que debió haber sido un chiste -á-deux, y ese es el mismo Jorge, Mariana-amor, sí, mi amigo de La Salle, que este sábado cuando supo lo del asunto de mi casa voló en el primer avión desde Nueva York o Washington, donde estaba negociando un préstamo más, el mismo que al llegar se fue non-stop del aeropuerto a la Comandancia, un buen amigo, y esto lo supe porque lo dijeron por la radio y yo oí su voz familiar, a través del aparato transistor que mantenía Cero encendido a todas horas y escuché cuando lo entrevistaban y él decía que se había ofrecido para acompañar a Monseñor, para ser mediador en nombre de Mi Coronel, pero qué va, la respuesta de los guerrilleros a la propuesta ha sido negativa, un no rotundo y un no, también, cuando propusimos al

Señor Nuncio Apostólico para que colaborara en el diálogo, y la voz de Jorge sonando ligeramente alterada, raro, porque él, según su propia mujer, no se inmuta nunca, nunca, digo, ni cuando hace el amor, ni, tampoco, cuando no lo hace, nada como Kennedy que según *Time*, le daban dolores de cabeza y así se lo dijo a McMillan en Bermuda y dejó al Primer Ministro boquiabierto, pero no hablábamos de eso, claro que no, ni nos importa, Mariana, sino de los malditos guerrilleros, y fue entonces, cuando lo de la voz de Jorge, que de pronto entre nosotros se hizo un silencio horroroso, de hielo, diría yo, y Cero me llevó hasta el teléfono con los brazos en alto, anda y llama al hijo-e-puta ése y dile que cierre el hocico una vez por todas, que los locuaces como él acaban bajo tierra, y yo hablándole a Jorge, n'hombre, no creas, no nos tratan tan mal, y la carcajada de Joaquín retumbándome en los oídos, y yo intentando inútilmente bajar la temperatura de la soberbia herida del Ministro, y él preguntándome si necesitábamos algo para hacerlo llegar con Monseñor, sí, ropa limpia, aproveché para decirle, y algo de comida y cigarrillos, montones de cigarrillos, y en eso reparé en los dedos de Ricardo, manchados, en los dedos del embajador, amarillos de tanta nicotina, y al poco rato, otra vez el teléfono y esta vez era Monseñor, bendito sea, al fin hablaba, desde la casa vecina, o sea, la de los Fábrega, voy para allá, casi lo gritaba, pero por la carga, me veo obligado a ir acompañado, y apareció con el cura aquél, José Rodríguez creo que se llama, enclenque, José, ¿verdad?, el de las úlceras y los retiros espirituales para viudas y futuras divorciadas, el larguirucho encorvado de pelo cus-cus y anteojitos redondos que una vez me contaste que te había salido huyendo, amor, cuando le pediste un mísero consejo, y los dos venían cargando con no sé cuántas maletas y comida del Club Unión y del Golf y de Fuerte Amador, también, y lo más importante, traían doce cajetas largas de *Viceroy*, cortesía, seguramente, del hombre internacional y su millón de amigos, todos posibles agentes 007, siempre bien peinaditos y sonrientes, y ¿fue entonces?, ya ni sé, ¡contra!, empiezo a con-

fundirme, fue entonces que el Arzobispo pidió la tregua de 48 horas, dice el Coronel que en fin de semana es imposible conseguir todo el dinero y que si concede soltar a los presos, Ustedes deben acceder a que los rehenes no vayan con Ustedes en el viaje, y las palabras esas: Monseñor, váyase tranquilo y busque al Nuncio y tráigalo consigo, pero antes celebre su misa de domingo en paz porque nosotros sabemos ser valientes en la lucha y generosos en el triunfo, las palabras esas, caramba, amor, llenándonos a unos y otros de justificadas esperanzas.

Garrido se pone, ahora, de pie. Hace rato que el disco ha dejado de tocar. El segundo movimiento se le ha ido en blanco, cero, nada. Eso es, no ha escuchado nada por estar viene-y-va con otras cosas. Apaga el estereofónico. Un equipo extraordinario, lo mejor, como hubiera dicho Queta, como hubiera dicho tal vez mi madre y seguramente mi suegra. Voy hasta el sillón, me siento, cosa seria mi suegra, Mariana, siempre tan consciente de esas cosas y de que si la gente es gente bien y por bien quiere decir gente conocida, enciendo un cigarrillo, sí, Tito, no te hagas el distraído, me decía, de la alta sociedad, aspiro, y yo, Mariana, haciéndome a propósito el desentendido, digo, haciéndome el idiota para hacer resaltar las inseguridades de mi suegra, dejo salir el humo, para decirle, Mariana, sin decirle, que ésas son cosas que se piensan, pero, concho, no se dicen, para darle a entender que entre los Garridos, los Montalbán con todo y su aire acompasado y criollo y sus millones en cuentas cifradas y su casa de dos pisos en el Golf y su condominio en Miami, resultan unos comerciantes-arribistas, sin mucha tradición, sin mucho nada, doy un par de chupadas más, y ése, precisamente ése fue el término que utilizó tía Isabel, Mariana, y luego mamá cuando les anuncié que tenía intenciones de casarme con Queta, figúrate, con esa gente que todavía se llena la boca porque conoce a fulanito o a zutano, echo las cenizas en el cenicero, después nos comprometimos y ya no se habló más del asunto, qué va, y es que la discreción, digo, vale mucho, mucho, mucho, que es como decir que vale oro y es

además, Mariana, lo que te diferencia de los otros, el cigarrillo se ha ido reduciendo, y mi viejo, vino y lo salvó todo diciendo que no había por qué preocuparse porque Queta dejaría, para siempre, al casarse, el apellido paterno y cuando mucho, todo quedaría reducido a una inicial, a una “M” con un puntito diminuto y después, ya ni eso, y eso fue, precisamente eso, lo que sucedió, tal cual, el humo gris lo veo, me sale de las aletas de la nariz, y ella, digo, Queta es ahora una Garrido, muy Garrido, por cierto, más Garrido aún que la misma tía Isabel y que los tíos José Domingo y Juan Alberto y es que no hay que olvidarse que en un tiempo record ella ha dado a luz a tres varones y ya entró, como quien dice, por la puerta ancha a formar parte legítima de la familia y que no se le ocurra a nadie dudarle, ni por un instante porque mi mismo viejo se enfurece, el humo me va envolviendo, me envuelve todo, ahora, y es que él la aprecia mucho, Mariana, digo, aprecia lo que ella vale y no en balde porque con el dinero de ella él organizó la empresa aquella, sí, la International Importing and Exporting Business, en la que él quedó de presidente, por tu propio bien, hija, te dijo, para protegerte, y a ella la puso de secretaria-tesorera, apago el cigarrillo, y ahora los dos se aman y él hasta la besa y abraza con cariño, lo que nunca ha hecho conmigo, contra, hace rato que alguien está tocando, tímidamente a la puerta.

—¿Sí?

—Con permiso, don Tito.

—¿Sí, Elías? —levanto la vista.

—Los albañiles han llegado. Están allá conmigo en el garaje.

—Ya voy,

y Tito Garrido se levanta y mira hacia la puerta y el otro le pregunta que si quiere que lo acompañe y él apenas pestañea y empieza a caminar hacia la puerta. Hace calor afuera. Las cuatro y veinte. Ya pronto debe partir hacia la Presidencia. Camina. Si él pudiera describir con sólo una palabra, un verbo, acaso, dicho en infinitivo, la sensación física que lo posee en este instante. No, no puede. Y el chofer, tampoco dice nada, únicamente lo sigue,

un paso largo, otro y otro y juntos atraviesan los corredores, la cocina, el cuarto de lavandería y abren la puerta que da hacia los garajes. Allí están. Son cuatro. ¿Para qué tantos? , se pregunta Garrido un poco sorprendido. Con uno o dos hubiera bastado para realizar el trabajo en un par de horas.

—Buenas —oigo que me dicen, en coro, como en el colegio.

—Buenas. ¿Han traído todo, cemento, arena, etc.?

—Sí, señor, estamos listos para comenzar, y los cuatro aguardan, inmóviles, con las manos rígidas sobre el regazo. Esperan, quizá, que los ojos oscuros de Garrido los observen, que los graben uno a uno. Es una mirada penetrante, una mirada nueva, que el mismo Elías desconoce.

—Sígueme, —da al fin la orden y los cuatro obedecen y Garrido escucha en el silencio los latidos de su corazón, los latidos alterados, la detonación de las pistolas, de las metralletas, el clic seco y metálico.

—Los impactos son muchos y evidentes —digo y veo a los cuatro albañiles que se dispersan por la sala, la salita de estar, el comedor, los corredores, los observo, permanecen unos segundos deliberando entre ellos, que si es calibre 32, dice uno, n'hombre, automáticas, calibre 12 dice otro, y los guerrilleros, Mariana, ¡bases no! , las balas rebotando en las paredes, ¡bases a ningún precio! , quebrando vasos, botellas, ¡bases no!, ceniceros, y otra vez los gritos, ¡VIVA EL FRENTE DE LIBERACIÓN NACIONAL!, ¡VIVA EL COMANDO URRACÁ!, y el recuerdo inmediato golpeándome en la boca del estómago, el miedo,

El trabajo estará listo para cuando usted regrese, señor, somos cumplidos, el miedo dominándome, Fear is the mother of foresigth, fear, Mariana-amor, fear, encogiéndome los genitales, y aquel orín saliendo a gotas, tas-tas-tas, y el dolor que iba de los riñones a las piernas, y el orín turbio y la guerrillera apuntándome, ¡o nos vamos todos, o nos morimos todos! , tas-tas-tas, el orín mucilaginoso, me aflojo ligeramente la corbata y la voz

de Wilson, how charming of you to give this party in our honour, our pleasure, Mr. Ambassador, pero la fiesta no había sido planeada en honor de él sino de Bunker y Dolvin, sólo que ellos se marcharon antes de tiempo y ya ni modo, había que darla con el caviar encargado a Miami y los doce pomos de paté con trufas comprados, our pleasure, Mr. Ambassador, una sonrisa y todos viajando desde Tocumen en avioneta a la Isla Contadora, el paraíso tropical, el que usted eligió para hacerlo su segundo hogar, cientos de camarógrafos enfocándonos, Bunker, Dolvin, todo el equipo negociador y también Wilson, nos dábamos la mano, enfocándonos no, mejor dense un abrazo, oh, yes, an abrazo, very latin, sure enough, ¿alguna declaración?, sí, estamos reunidos después de tantos meses, animados por un espíritu de mutua comprensión y confraternidad americana, clac, otra fotografía, anda, Nino, apunta que eso es importantísimo, hace titulares excelentes, don Tito, por favor, no sea esquivo, mire hacia acá, hacia la cámara, la televisión, no sea esquivo, el teléfono, repicando a lo lejos.

—Con permiso —me volteo y es Felicidad, la criada, que me habla.

—¿Sí?

—Don Tito, la señorita Marta en el teléfono, dice que es urgente.

—Voy. Muchachos, no dejen de hacer un buen trabajo.

—Deje eso de nuestra parte, se lo garantizamos.

—Elías, encárgate tú de esto.

—De acuerdo, don Tito,

y miro el reloj y son las cuatro y veinticinco, entro en la biblioteca, cierro la puerta con llave, tomo el auricular,

—¿Sí, Marta?

—Acaban de llamar de la Presidencia.

—¿Y?

—Que la reunión ha sido pospuesta para las seis.

—Bueno que me lo haya avisado; salía para allá, en este instante.

—Hablé también con la oficina del Licenciado Pérez Dávila.

—Ajá.

—La cita quedó fijada para mañana a las diez; él dice que vendrá acá, donde nosotros.

—Gracias, Marta. ¿Eso es todo?

—Sí, don Tito, y buena suerte.

—Gracias, gracias —Cuelgo el aparato, voy hacia el sillón, me siento, recojo del suelo el portafolio, pongo en orden otra serie de documentos, aquella última reunión con el equipo negociador en Contadora, me levanto y camino hacia la ventana, descorro las cortinas, los árboles meciéndose, los pinos altos, la grama húmeda por la lluvia que cayó esta mañana, tengo un par de horas antes de la Presidencia, golpeo los cristales con los nudillos de la mano derecha, ¡chuleta! , me los llevo instintivamente a los labios y los mantengo ahí, apresados unos segundos, pego, ahora la frente, ahora la nariz, contra el vidrio frío, lo he empañado, saco el pañuelo y limpio el vaho, habrá que elaborar programas, una nueva estrategia para que el pueblo siga apoyando al Gobierno en lo de las negociaciones, un par de chiquillos caminan por la acera, aquellas caminatas por la playa de la isla con el individuo ése del Defense Department, uno de los tantos asesores que había venido a Contadora con el General Dolvin, el sol ardiente, las huellas nuestras en la arena, un velero bamboleándose a lo lejos, do you ski? No. I don't particularly like to, pity, living in this country, not much else to do, is there?, oh, we manage, la brisa levantando la arena, azotándonos, la brisa fatigosa de noviembre, we manage, y yo observando de reojo al gringo, de reojo, joven, las costillas salientes, el estómago flácido, de reojo, aquella piel que de tan blanca daba asco, seguíamos caminando por la arena, y el rumor creciente del oleaje, y las ideas en boca de aquél yendo, viniendo, repitiéndose, compitiendo también con la marea, había que actuar precavidamente, me decía, previsoramente/ prevenidamente/ recelosamente/ porque de otra manera los votantes/ los zoneítas/ los militares/ los congresistas/ los senadores/ los gobernadores

de Alaska hasta Wyoming interpretarían esto del Tratado como derrota/ fracaso/ vencimiento/ malogro/ desgracia/ desastre/ capitulación/ revés/ descalabro/ catástrofe/ y, claro, había que evitar todo esto sobre todo después de Watergate y Vietnam y antes de las elecciones y de las festividades del bicentenario, pero, mire Usted, le refutaba yo, Panamá es una bomba de tiempo, y las olas que iban y venían, que pugnaban con la voz humana, Humphrey entre otros, ya se los ha dicho, you must be careful, me interrumpía aquél, los liberales han sido siempre una minoría peligrosa, una minoría por naturaleza entreguista, ahí tiene usted a Franklyn Delano, por ejemplo, gran amante de los comunistas, y yo sumiéndome en un silencio total, no había mucho que hablar con este tipo, y al cabo de un rato ajustándome los anteojos oscuros, divisando desde la playa un costado del hotel que habían levantado con premura, me tomaría allá un whisky en las rocas, y la arena tersa, el sol ardiente contra un cielo limpio de nubes, la arena recogiendo las huellas de cientos de turistas extranjeros y de alguno que otro panameño, el sol barnizando nuestros cuerpos, y aquellas olas, ahora azules, ahora verdes, ahora grises, Mariana, aquellas olas yendo y viniendo, enroscándose y subiendo sorpresivamente, y la espuma blanca y fría llegando suavemente hasta la orilla, rozándonos apenas, borrando para siempre las pisadas grabadas en la arena.

Garrido deja caer los brazos hacia un lado, baja la cabeza y todos sus movimientos son lentos, incluso cuando se pone de pie para recoger un periódico que divisa sobre la mesa blanca, esquinera. Lee los titulares. Es del domingo y el asunto del secuestro por supuesto está en primera plana. Repara en la foto de él, inmensa y las de Abel Ramírez, Ministro de Comercio, y de Ricardo Arosemena. Los demás rehenes son sólo un par de palabras dentro de un maremágnun descriptivo de los hechos. Garrido no ha podido ocultar un gesto inconsciente de tensión y sus labios, en silencio, van moviéndose, repitiendo quién sabe qué, a medida que lee la noticia. De pronto, él ve una nota pequeñísima,

encuadrada en negro, “A nuestros lectores: Véase página 3, Conferencia dictada por Ellsworth Bunker ante el Consejo de Asuntos Mundiales de Los Ángeles”. Garrido pasa las páginas, una a una, cuidadosamente, hasta llegar a la indicada y respira hondo, llenándose el pecho de aire. Ya había leído él este discurso, ayer, pero lo había hecho en forma tan superficial que era poco lo que recordaba. Sacó del estuche las gafas de lectura y se las puso. Aquí ha quedado definido todo, se dice, y se sienta enfrascándose en la lectura de ese documento. Saca un bolígrafo y subraya.

Defensa del Canal:

“—Panamá reconoce la importancia del canal para nuestra seguridad”.

“—Como resultado de esto Estados Unidos tendrá la responsabilidad primaria de la defensa del canal durante la vida del Tratado”.

“—Panamá concederá a los Estados Unidos ‘derechos de uso’ para defender la vía marítima y Panamá participará en la defensa del canal de conformidad con sus medios”.

Y el embajador, Mariana, el primero en llegar, me estrechaba la mano, mientras Queta besaba a Mrs. Wilson, levanto la vista, ¡bases no, bases a ningún precio! , y los mesoneros sin hablar, our pleasure, Mr. Ambassador, los mesoneros que se deslizaban, sigilosos, guardo la pluma, Cero acercándoseme, me quito los anteojos, los meto de nuevo en el estuche, doblo el periódico y lo pongo a un lado, la abrogación del Hay-Bunau Varilla, la terminación de la perpetuidad y del ejercicio por parte de los gringos de algunos derechos jurisdiccionales en la Zona, no quiere decir nada, rabiblanco de mierda, ese es el caramelo con que endulzarán los oídos de los tontos y los ignorantes, la defensa es la cosa, me levanto y voy hacia el jardín, atravesando el salón, la salita de estar y los mesoneros que extendían los brazos ofreciendo la bandeja, quedándose, ahí, quietos, con esos rostros de ellos iguales, impávidos, canjeables, my wife and myself are equally

delighted to have you over, y los invitados que llegaban y se servían y cambiaban este vaso por aquél, la piscina está vacía, busco una silla reclinable, la pongo junto al tronco del Jacarandá, me siento cerrando los ojos al instante, y los mesoneros que iban y venían, y tú, amor, y Queta también, la pecosa Queta, la pelirroja Queta que salía a bailar con Wilson, it's quite simple, Mr. Ambassador, just follow us, quite simple, y él tratando inútilmente de seguirles, y aquella tarde de abril, Mariana, papá y yo reunidos, mejor dicho, la familia entera reunida alrededor de la abuela María Luisa la anciana de noventa y cuatro años que después de veintitrés de viuda del abuelo Tito se moría, ¿qué te ha dicho hoy el Coronel?, me preguntó en un momento en que nos separamos de los otros, me ofreció integrarme al equipo negociador, le contesté, y la frase aquella dilatando, primero, las pupilas de papá y luego dibujando en su cara, siempre impávida, una mueca que no supe en un principio si era de gusto o de desprecio, y ¿qué has pensado hacer? me interrogaba después de varios segundos de silencio, en eso estoy, dándole vueltas al asunto, he consultado hoy a mis dos socios para ver cuánto de mi trabajo actual podrían asumir ellos en caso de que yo aceptara, y las voces de los otros acercándose, las de los tíos José Domingo, Juan Alberto, Isabel y sus respectivos cónyuges, hijos y nietos, acercándose, mi opinión es que debes aceptar, interrumpiéndonos, es hora de ir donde mamá, anunciaba la tía Isabel, siempre tan autoritaria, hijo, hay que dejar a un lado los prejuicios, me susurraba papá entonces al oído, hay que encontrar los medios mejores para asegurar que serán protegidos nuestros intereses y toda la familia alineándose, una procesión hasta el cuarto de la abuela, hay que luchar además para que el Canal esté abierto en todo tiempo al tránsito marítimo, me hablaba mi viejo siempre al oído, que opere eficientemente y con tarifas que sean equitativas para los embarcadores de todo el mundo, un canal que esté tan protegido, como sea posible, del sabotaje y de la amenaza de los comunistas, oye, tú Roberto, deja de cuchichearle ya cosas a tu hijo, se

escuchó una voz entre las tantas que en esos momentos se arrebataban la palabra, encabeza tú la fila hacia la habitación de mamacita, y papá del brazo de mamá y luego el tío José Domingo y su mujer y así ad-infinitum, y de pronto la visión aquella de la anciana de tez cuarteada y amarillenta, de pómulos salientes y ojos como un par de diminutas cuevas, sentada en un sillón en medio de almohadas, almohaditas y almohadones, presidiendo, como una reina, bendiciéndonos, habían deshojado a los pies de ella pétalos de rosas blancas, rojas y amarillas, boqueando ya, acuérdesse de mí mañana cuando no esté, musitaba la vocecita que se iba, y los niños seguramente aterrados ante el espectáculo, un grito, ¡ay!, los santos óleos, el cura, el monaguillo y un par de monjas que entraban y salían las enfermeras con jeringas, bolsas de hielo, bacinillas de todos los tamaños, quítenle los zapatos que le aprietan, murmuró alguien, no, el vestido, no, los dientes falsos, y la fueron despojando de esto y de lo otro hasta desnudarla, y la luz intensa, la luz intrusa, fijando cada arruga, cada pliegue del cuerpo amarillento de la anciana, la daban vuelta, la erguían, la enderezaban, ¿quiere escupir, vomitar, orinar, defecar, tal vez? , y aquellos ojos, ¡contra! , aquellos ojos opacos que no decían nada, que se mantenían pendientes del tubo que le bailaba entre la nariz y el estómago, y los empleados de la casa pasando las bandejas de plata que no se sacaban del armario desde hacía años, whisky con agua, con soda, whisky solo, mamacita ha pedido que todos, cenemos aquí con ella esta noche, decía tía Isabel y lo volvía a repetir mientras entraba y salía del salón a la cocina, del cuarto de la anciana al salón y otra vez a la cocina, daba órdenes, el funeral debe ser tan espléndido como el de papá, whisky con agua, con soda, estás loca, mujer, tal como están las cosas eso resultaría un anacronismo, hablaba por primera vez aquella noche el tío José Domingo, Mingo, para la familia, whisky solo, vasitos de Coca-Cola para los niñitos, vasos de leche para los cardíacos, la mesa puesta para veinticuatro, sería un pecado echar la ropa y los cachivaches de mamacita a la basura, enviémoslo

todo a las monjitas del asilo, la mesa espléndida, pero ¿y el abrigo de mink y la boa que usaba cuando viajaba a los Estados Unidos y Europa? No, eso habría que rifarlo entre nosotras, claro que sí, mañana mismo, y la mesa de caoba dando paso a seis candelabros de tres brazos, cubiertos, saleros y pimenteros, ceniceritos y centros de mesa de plata sterling, se oyó una voz que decía que Tomasa, la fiel Tomasa le contará todo a mamacita y yo Mariana, ya me conoces, yo, callado, como siempre, admirando la vajilla de cobalto y oro de Rosenthal de antes de la primera guerra, ¿o era de Limoges?, la delicadeza de la cristalería Baccarat, tomando una copa entre mis manos, bebiendo vino blanco, vino tinto, agua, mientras la familia entera discutía que si sería o no prudente escuchar alguna musiquita mientras comemos, ¿ah?, y ¿por qué no? ¡coño! gritó alguien, todavía no se ha muerto, ¿no? y la discusión prolongándose a la luz de las diez y ocho velas que parpadeaban, nos bebíamos la sopa, no lograban llegar a un acuerdo, la corvina, que si Agustín Lara, no, que el Trío Los Panchos, ¡ay! por Dios, Lucho Gatica, la carne asada, el arroz con guandú, los vegetales, el plátano maduro, nos repetíamos un poco de esto, de aquello tan rico, de lo otro, es que todos son tan tan tan requeterrománticos, ¿no es cierto?, decía la tía Rita, mientras pasaban la ensalada, nos servíamos, y de pronto ella proponiendo una fórmula conciliatoria, ya está, escuchemos las cuatro canciones que inmortalizaron a nuestro adorado Pedro Vargas, “Siboney”, “Estrellita”, “La Paloma” y “Adiós Mariquita Linda”, comenzó a tararear la última, cállate, idiota, no hagas el ridículo le ordenó el tío Mingo, y así, llegamos, Mariana, a los postres mientras yo me debatía, sí, no, no, sí, e intentaba llegar a una decisión respecto a la propuesta que me había hecho el Gobierno, qué sabroso estaba el Bocado de la Reina no, no había más qué pensar y mentalmente me puse a redactar la carta que dirigiría al Coronel a la mañana siguiente muy temprano.

—¡Caramba, darling!, ¿por qué tan calladito? —siento los labios tibios de mi mujer sobre la frente.

—Hola, ¿y los chiquillos? —abro los ojos y la miro y Queta-darling lleva el cabello recogido a la altura de la nuca y se ha puesto un vestido escotado de hilo blanco y sobre el pecho una inmensa cruz de cobre y de cobre también son las pecas y un fotógrafo de las sociales seguramente se desviviría por captar a mi mujer en estos instantes, así tan requetecampante, junto al Jacarandá y la piscina.

—Quiero verlos; quiero ver a mis hijos —le digo y sé que resulto pomposo, melodramático y en estos momentos me aborrezco.

—Yo no; están insoportables.

—Quiero verlos —le repito, casi gritándole.

—Ya te oí, darling, entonces tendrás que ir donde ellos —me dice y se sonríe —la montaña, darling, tendrá que ir por esta vez a casa de Mahoma.

—Ni pizca de gracia —murmuro entre dientes y veo que se aleja y me alegra y de un salto me pongo de pie y nadie como Queta, ella lo ha dicho siempre, darling, que me busquen para desmemoriada y así mejor porque no me llenaré nunca de arrugas, y seguramente esto lo leyó en una de las tantas revistas que compra por cerros y va amontonando y es que la pobre no inventó la pólvora, pero ya ves, amor, no es, tampoco, mala gente y para algunos es hasta superdarling y es que ella sabe dar regalitos y propinas muy buenas y así, ¡chas!, todo el mundo al bolsillo y además baila muy bien y cuenta chistes y sabe vestirse y no ha dejado de haber alguno que para halagarme me ha dicho que nos balanceamos a las mil maravillas, pero a qué precio, ¡chuleta! vuelvo a atravesar el jardín, la sala, la salita de estar y me topo con los albañiles,

—¿Cómo vamos, muchachos?

—Ahí, señor, adelantando, y entro al cuarto de los niños, al nursery, a este Disneyworld criollo que huele riquísimo y los observo, tan tranquilos mis hijos, y Robertito se acerca y me besa.

—Mira, papi, mira —y me enseña un carrito de bomberos que acaba de comprarle Queta.

—¡Qué lindo! —le digo y le devuelvo el beso.

—Papi, llévame al Parque Urracá.

—Mañana por la tarde.

—No, hoy.

—Te digo que mañana —y como siempre cuando lo contradicen, Robertito se aleja haciendo pucheritos y a Rodolfo y Rodrigo los tienen en pañales y Rodolfo con esa sonrisa tan bella que no quisiera creer que es la de Queta y las cholas que van y vienen por el cuarto, los desnudan y llenan la tina, sacan del armario los patos y cisnes y las otras aves de plástico y después del baño, a comer se ha dicho, ésta por mami, ésta por papi, ésta por los abuelitos, y así, el ritual hasta la hora del sueño y uno y otro día y los años que pasan y Robertito sentado, meciéndose en la sillita guatemalteca con asientito de mimbre tejido, ¡que no te metas, muchachito terco!, Robertito, me deleito en pronunciar el nombre, cómo hubiera querido, Mariana-amor, que tu vientre se abriera de par, en par, no sólo una fisura, que hubiera dado un fruto nuestro a la vida, y te veo aquella tarde, sí, la del jueves, la víspera de la fiesta y yo llegando directamente de Contadora a tu casa, la señorita está en su cuarto, pase, y tú echada en la cama con un libro, ¿qué lees? un beso rápido, el tacto de tus labios húmedos, yo tomando el libro de tus manos y en la portada una fotografía de un muchacho enigmático con la ceja izquierda levantada, *Vida y Muerte de García Lorca*, tinta morada sobre fondo blanco y el nombre de Marcelle Auclair en letras amarillas, es una francesa que conoció a Lorca, fue amiga suya y de Sánchez Mejías y los otros, me dijiste y abriste una página, Tito, por favor, escucha: “Esto no es literatura sino la vida atrapada por la sensibilidad” —leías en voz baja:— “Ocupados enteramente en vivir, los personajes no se miran vivir, son arrebatados por el torbellino de la pasión que expresan instintivamente, sin análisis, invenciblemente, como el agua inunda o el fuego devora”, y recuerdo que te miré y ahí estabas, habías dejado de leer y no hiciste un solo comentario sobre aquello, más bien hablaste y volviste a hablar de la fiesta que yo

iba a dar al día siguiente, claro que sí, me prometiste que irías con Joaquín así fuera sólo por un rato y abriste las ventanas y escuchamos el siseo de la brisa, la brisa dura de noviembre que agitaba las palmeras, que las doblaba desde el tronco, buscamos unos cojines y nos sentamos, juntos, en el suelo, no te vayas todavía, te lo ruego, Tito, me dijiste y me asombró que me hablaras de esa forma y fue cuando comenzaste a hablar del temor que sentía García Lorca por las despedidas, era horror, pánico lo que lo poseía, y te desbordaste sobre el tema, las despedidas son un anticipo de la muerte, me dijiste y yo te miré largamente, un anticipo de la muerte, repetiste, y no sé ni cómo fui capaz de trasladar ese temor a mis entrañas mientras los rayos de la luna penetraban, congelaban en cierta forma la emoción que me producía tu presencia, me pongo en cuclillas y las cholas me traen a los niños, los beso, uno, el otro, el otro, siento a Rodrigo en mis rodillas, le acaricio la espalda, la cabeza, los cachetes fríos, tus labios húmedos, Mariana, le paso la mano por la frente, me pongo de pie, ¿por qué tuvo que suceder de esta manera? salgo por la puerta, dime por qué, Mariana, me acomodo el saco, la corbata, ahora es por el gusto, escucho la voz chillona de Queta dando órdenes, las cinco menos cinco, entro en la biblioteca, la voz de Queta, lejanísima, me echo sobre el sillón, cierro los ojos, ¡qué vaina! , los abro, eso es, me estoy amargando más de la cuenta por el gusto.

—¿Qué opinas?

—Que debemos poner al tanto de todo al Gobierno.

—¿Y qué quieres decir tú por eso de todo? —le pregunto y bostezo.

—Tal cual, soltarlo todito, las conversaciones que tuvimos con Cero, las amenazas, el apoyo con que cuenta esa gente... —Aparto la silla, me paso el auricular del teléfono de la oreja derecha a la

izquierda y permanezco de pie, mientras escucho la voz excitada de Abel Ramírez que trata de convencerme de su punto de vista antes de que nos reunamos en la Presidencia.

—Pero si ellos ya saben eso y muchísimo más —le digo y vuelvo a bostezar, y es el whisky que me ha dado sueño, y comienzo a hojear algunos papeles mientras hablo— Asumir ahora una actitud alarmista resultaría ridículo, viejo, absurdo, algo así como un posclímax, ¿no es cierto?

—No creas, mejor pecar de prevenido, a que lo sorprendan a uno, Garrido.

—Tranquilo, viejo, ya los tipos están afuera y ahora es cuestión de desprestigiarlos y conociéndolos, ellos mismos terminarán hartándose unos a otros.

—Y mientras tanto la ultra derecha se organiza y con tal de arremeter contra el Gobierno capaz hasta se alían con los guerrilleros y ahí ya tienes la bola de nieve...

—Lo dudo.

—Mira que tengo pruebas.

—No más de lo que tengan en la Comandancia.

—Bueno pues...

—¿Qué propones, entonces?

—Lo que ya te dije.

—Allá tú, Abel, yo primero me dejo cortar ambas orejas.

—¿Cómo?

—Que yo oreja no soy, Abelito, ni tampoco me voy a poner en un plan de sabelotodo, sólo porque el asunto sucedió en mi casa.

—No se trata de eso, pero la seguridad nacional está en juego.

—Precisamente por eso hay que dejar el zapatero a su zapato.

—¿Y nosotros, entonces?

—A buscar y consolidar el apoyo del pueblo en torno al nuevo Tratado.

—Seguro, pero además...

—Ya te dije que no; no tengo pruebas concretas.

—No, no, si yo no digo nada, Garrido, pero a mí me parece, ¿verdad?

—A mí, no, figúrate, —y la conversación hace rato que ha comenzado a cansarme y miro hacia la ventana y me imagino a Abel del otro lado del teléfono, tenso, el Señor Ministro de Comercio, un hombre moreno, de brazos fuertes, de músculos firmes— y Cero que se le acercaba y el otro esperando, sentado en un rincón del comedor, primero, y el guerrillero haciendo girar la cámara de revólver, giraba de nuevo, ajustaba el gatillo, un hombre del pueblo que ha traicionado a su gente, ¡desgraciado!, le colocaba la boca del arma contra la sien derecha, ¡grandísimo ladrón, barriguista de mierda! y Ramírez que trataba de desviar la mirada, pero el comedor de la casa, qué va, no ofrecía muchos puntos donde fijar la atención, cuatro paredes, la mesa, unos cuantos adornos de plata, flores marchitas, cuadros de naturaleza muerta, sillas, los otros rehenes, la boca del arma que seguía en la sien, inmóvil, y en cualquier momento el tic seco y metálico, te jactas de que eres del Partido del Pueblo y aceptas sobornos de las multinacionales para vivir como un emperador romano con tres casas acá, cinco carros, mansión en España, tu mujer que encarga la ropa a modistos de afuera, tus hijos en academias militares de los Estados Unidos, y el cuerpo moreno de Abel que temblaba como una gelatina desde adentro, saco el pañuelo y me lo paso por la frente, la figura ésa con el arma pegada a la sien, el pánico.

—Bueno, Abel, nos vemos allá —lo corto y él lo comprende y me dice

—Hasta luego, —y oigo el biz-biz-biz, el zumbido de abeja del teléfono anunciándome que la comunicación ha cesado y camino hacia la ventana y ¡qué vaina! el sol parece haberse escondido y el día, evidentemente, se ha echado otra vez a perder y, en verdad, en noviembre uno nunca sabe, Mariana, recojo otra vez mis papeles, cierro el maletín, y salgo de la biblioteca y escucho las voces de Robertito y Rodolfo y las de las nanas y me los imagino a mis hijos con las cabecitas mojadas, han terminado de

bañarse y comer y ahora se disponen a jugar por un rato, a perderse en ese maravilloso tiempo sin tiempo hasta que el cansancio los mande a la cama y luego, los cuerpecitos tendidos, serenos, y se hará otra vez la hora del sol y otra vez la gritería y el juego y el baño de piscina o de playa, los castillos de arena, las bicicletas, los triciclos, el carro de bomberos y la gritería otra vez y el sol, siempre el sol, un tiempo abierto, de luz, mis hijos, un ritmo intangible, enciendo un cigarrillo y dirijo la mirada hacia los albañiles que están, ahora, en el comedor y veo que Queta les habla y se ha encargado de todo el asunto y yo les hago un ademán desde lejos, sí, que sigan, que sigan, y busco a Elías, lo llamo y vuelvo a tomar una bocanada de humo y desde lejos, también, me despido de mi mujer con un gesto.

—¿Sí, señor?

—Alístate, Elías, y prepara el Jaguar para que me lleves a la Presidencia. Se ve la figura de Garrido, que se frota disimuladamente la rodilla izquierda, mientras que el chofer de la casa se aleja y debe ser la humedad del ambiente lo que le ha causado el ligero entumecimiento en las piernas porque, a la verdad, él no está dispuesto a aceptar que las extremidades a veces ya no le responden como antes y Tito, ahora, sale, por la puerta de los garajes y camina hacia el jardín de la casa y la grama está verde, preciosa, los pinos traídos desde Miami, las rosas, en la calle aumentan los ruidos, uno y otro y otro automóvil, la brisa, y un matrimonio que apenas conoce, una pareja que vive a una cuadra de la casa de ellos se acerca a paso lento y se detiene a su lado y él ve con verdadera aprensión cuando la mujer le extiende la mano derecha, ese gesto que viene a sacarlo bruscamente de su hermético mundo interior.

—Buenas tardes, don Tito.

—Buenas, señora —contesto con una expresión de rígido des-
concierto, mientras observo con severidad a la mujer rechoncha,
de piernas cuadradas que tengo ante mí y siento en mis manos la
piel fofa, los dedos mochos, y recorro el rostro redondo, dete-
niéndome por un instante en ese par de ojitos azules oblicuos,
que se esconden detrás de unos anteojos bifocales que los hacen
parecer más diminutos, si es que eso es posible,

—Hola, Garrido, —el marido, Ben Cohen, me ha tomado del
brazo derecho y me lo aprieta, fingiendo una amistad que no existe,
¡contra, cómo lo aprieta! , y para zafarme me da por alisarme el
cabello y observo los pómulos altos, las redecillas de arrugas
que rodean los ojos, la boca, la frente de mi vecino. —Mi mujer
y yo hemos pensado mucho en Usted todos estos días. —Y yo
apago el cigarrillo y el asunto ya empieza a sonarme como un
gran coro a nivel nacional, la misma pendejada en boca de blan-
cos y negros asiáticos y gente que conozco y otra que no conoz-
co del todo, ¿por qué, carajo, creen tan necesario decírmelo?, y
todo esto me provoca un enojo lento, un cansancio, ¡qué falta de
imaginación por parte de todos!, de acuerdo, pero ¿qué hacer?,
nunca supuse que este pueblo fuera tan torpe, Mariana, las patas
de gallo de la mujer alrededor de esos ojos horribles, la panza de
Cohen sostenida por un par de tirantes, permanezco inmóvil, nada
ha dicho esta gente y sin embargo han logrado hostigarme, mue-
vo los dedos de la mano derecha, el antebrazo, el codo, que no
me vuelva a tocar este hombre.

—Con permiso, tengo que hacer, —les digo y estoy a punto
de dar el paso, alejarme, cuando el vecino me vuelve a agarrar por
el brazo y yo, perplejo, permanezco estático, ¿qué derecho tiene
este hombre a imponerme su voluntad así nomás?

—Una sola pregunta, Garrido, ¿el Coronel no va a ceder ni un
sólo centímetro, no es cierto?

—No sé, —le contesto con una lasitud tibia que raya tal vez
en el desprecio.

—Las bases a perpetuidad son nuestra única garantía de que

el comunismo no se vaya a adueñar de este país; dígaselo así al Coronel de mi parte... —De “su parte”, me digo y no puedo sino esbozar una leve sonrisa, ¡cuántas sandeces a un tiempo!, y sin más les hago una inclinación de cabeza y diviso a Elías, sentado al volante, se ha puesto el quepis de las ocasiones solemnes y me aguarda, y sin darle tiempo a que me abra la puerta del carro, entro y me acomodo en el asiento trasero y él me vuelve a mirar.

—Sí, Elías, podemos partir,

dada la orden, veo como el otro se incorpora, el arranque suave del motor del carro, las manos crispadas sobre el timón, y aquella otra orden, alístense que a las once salimos para Tocumen, y los guerrilleros inquietos, yendo de cuarto en cuarto, viniendo, empaquetando las armas para llevárselas consigo en el viaje, envolviéndolas en colchas, sobrecamas, sábanas, manteles, guardando la gran cantidad de municiones y parques que había sobrado, y el guerrillero de los cachetes al aire, el cholo que no llevaba capucha ni máscara, distribuyendo entre los restantes, granadas de mano, preparando candelas de dinamita, mientras Cero daba las órdenes: diríjense hacia la puerta trasera del garaje, Monseñor, por favor Ud., y el Padre Rodríguez inspeccionen el área, Garrido, tú sigue a los embajadores para que los otros vayan después, se abría, se cerraba la puerta de caoba, las ventanas, ahora, los pasos retumbando sobre las baldosas, tú, Garrido, y aquel tuteo invadiéndome de una ira viscosa, cegándome, el enorme bus de la CUTSA en la puerta, aguardándonos, sí aquel odio cegándome, Mariana, ¿por qué fue así? dime, ¿por qué tuvo que suceder de esa manera? cegándome, el sol del medio día, cegándome, la Guardia Nacional retirándose a una distancia prudente, el Jaguar que ahora avanza por la calle 50, las palmeras gigantes, Venga Hoy y Entre al Mundo de la Moda con LUCES, Christian Dior/ Pierre Cardin/ Givenchi/ John Kloss/ Ives St. Laurent/ acaricio el cuero oscuro del carro, un carro hermoso, diseñado sin duda para una mujer, aire acondicionado, cojines para la cintura, taburetes para los pies, Garrido, siéntate tú adelante y el guerrillero

herido, que había permanecido todo el tiempo en uno de los dormitorios de la casa, subiendo al bus, las heridas en el hombro, ¿quién lo habría vendado?, la nuca de Elías, cuadrada, sus ojos oscuros mirándome a través del espejo retrovisor y yo a través del espejo contándolos, eran doce los guerrilleros, ¿será de absoluta confianza este Elías?, hombres y mujeres que apuntaban sus armas largas hacia afuera de la ventana y aquella bandera de frente ostentosamente amarrada en el cañón de un rifle, miro otra vez el reloj, la cinco y treinta, contando también a los otros, el Arzobispo, los tres diplomáticos, el chofer del vehículo, un perfil chato, labios protuberantes, un par de ojos saltones buscándome la mirada y yo correspondiéndole con un ¿qué quieres?, relámpago, dicho con ese lenguaje visual tan característico de momentos de angustia, la tez negra, oye, tú, zambo Ramírez, al asiento trasero, la barba negrísima adherida a unos pómulos requetebién pronunciados, el Embajador Arosemena y Joaquín Menéndez junto a la ventana, las órdenes en boca de Cero yendo y viniendo, no respetes los altos, muchacho, el pánico sostenido y el automóvil aquél que intentaba pasar por la calle y Cero gritándole, o se para o lo mato, el otro retirándose y, luego, Mariana, aquel estruendo del motor Pegaso ya en marcha, el chirrido agudo de los frenos de aire, y se había iniciado la loca carrera, la *Vía España*, la desenfrenada carrera, el Teatro Opera, el *Minimax*, el autobús, que violaba las luces del semáforo, los guardias motorizados siguiéndonos, el Instituto de Recursos Hidráulicos, los cartelones inmensos



**PANAMÁ SOBERANA
EN LA ZONA DEL CANAL**



los hoteles, los comercios, los restaurantes, los bancos, las armas automáticas de los guerrilleros sin seguro, la Iglesia del Carmen, el autobús que violaba otro y otro semáforo, que doblaba por la derecha, las armas apuntando a través de las ventanillas del

vehículo en marcha, la Universidad, el estrépito de las bocinas de los carros que intentaban inútilmente acercarse, las armas listas para disparar, grupos de estudiantes vitoreando a los miembros del Frente, ¡VIVA EL FRENTE DE LIBERACIÓN NACIONAL! VI-VA-VI-VA, las armas apuntándonos, las sirenas retumbando adelante, atrás, junto a nosotros, retumbando, golpeando en la nuca, en la espalda, retumbando otra vez.

—Elías, toma la Justo Arosemena y luego por la 29 hacia la Avenida Balboa.

—De acuerdo don Tito, y la guerrillera que se le acercaba al chofer, si haces un alto te fulmino negrito, y le fijaba la boca del arma sobre el cuello ancho y sudoroso, te fulmino, negrito bembón, un llamado a la cordura, Señores, en nombre de Dios, a la cordura, y luego un silencio y las miradas ebrias de odio posándose rápidamente sobre una multitud de curiosos, un grito, ¡allá van! , un aplauso nutrido, una que otra mano agitándose en señal de saludo, ¿a quién?, ¿a nosotros?, ¿a ellos?, y Elías que se ha detenido en la intersección de la Federico Boyd y calle 50, podría deleitarme admirando esta hermosa avenida sembrada de árboles, me trae tantos recuerdos de adolescencia, Mariana, los jardines bien cultivados, las viejas mansiones estilo Beverly Hills, íbamos a la piscina de la casa de Rafa, jugábamos al tenis con Joaco y Peter, Juancho y Betito y nadie más feliz que nosotros entonces, ¿verdad?, una raza de guayaberas blancas, mocasines negros y pantalones muy bien estirados, muchachos, bébanse un trago antes de irse, y se organizaban, así, en un 2X3 las fiestas de las que hoy son las grandes señoras de esta ciudad, o.k., o.k., venga otro trago y así terminábamos abrazándonos todos, las faldas subían, los escotes bajaban, besándonos, ¡hola, ricura!, bailando mejilla contra mejilla, besos salados y no sé por qué se me viene, ahora, a la mente la estampa erguida de tu prima Teresa, Mariana, las rumberas en uniforme de diario, ¡ay, ay, ay, qué rico el mambo!, los cha-cha-chas, los merengues, Pérez Prado y su orquesta, ¡ay, ay,

ay, qué rico es, es, es!, aquellos senos adolescentes que olían a trópico, los cuerpos moviéndose como puras serpientes que eran y otra vez a la piscina y al tenis, se ha dicho, y alguno que otro a jactarse de campeoncito de golf y lo mejor es que todos, sin excepción, toditos, estábamos convencidísimos de que éramos un puñado de caballeritos ilustres, tal como en esa época, más en son de burla que de otra cosa, nos llamaban mi viejo y el viejo de Joaco y de Peter. Ilustres, ¡my foot!

Tito Garrido baja la cabeza, se la toma entre las manos y está seguro de que no vale la pena recordar lo que sucedió ayer, anteayer, hace veinte años o, tal vez, hace una hora. Pero, se halla atrapado en un juego malsano y él lo sabe y sabe también que su biografía es una cadena de datos vulgares. Un muchacho pasa en una bicicleta voceando EL PANAMÁ—AMÉRICA, y él da la orden para que el chofer detenga el auto y compre el periódico que empieza inmediatamente a leer: “Monseñor y los tres diplomáticos en vuelo de regreso a la patria”, y se detiene ante las fotografías tomadas en el aeropuerto de Trípoli, pero, qué va, es inútil, no ve nada y busca los anteojos, los saca del estuche, los limpia, y ni así, en casos como éstos es difícil reconocer gestos, detalles. Elías, por su parte, se aburre. Este patrón resulta extremadamente lacónico, una tumba, nada como los Jiménez que se fueron a los Estados Unidos; se limpia el sudor de la frente, no cree que durará mucho con esta familia tan rara, y ahora con lo del secuestro y todo este asco de cosas, a lo mejor hasta se les ocurra citarlo a la comisaría. Se quita el quepis, se alisa el cabello, se lo vuelve a poner, ¡qué golpe maestro el de los guerrilleros! , ¿no es cierto? ¡bah! , tampoco es gran cosa, señores.

—Mira, detente en La Inmaculada y compra los otros diarios; los que hayan salido esta tarde —le digo al chofer, y en verdad no sé para qué doy esa orden, para leer seguramente la misma noticia al revés, mejor dicho, al derecho, no, de atrás para adelante, mejor, de adelante para atrás, sí, la mismísima, ahora con puntos, sin comas, con puntos y comas, reintentada por el mal-ingenio,

con el malgenio de la AP/ UP/ EFE/ PRENSA LATINA/ FRANCE PRESS/ETC/ ETC, una lección de cómo repetir una singular carcajada de ocho columnas, y veo a Elías que se baja del auto y se detiene a conversar con uno y con otro, les dice, quizá, mi patrón es el hombre, ¿qué hombre?, ¿el Big Chief?, ¡qué Chief!, el pen-dejo del año, señores, ¿será de confiar este Elías?, abro la ventanilla del carro y oigo la música, ritmos nuevos que ya no conozco, la cierro, me las levantaba aquí mismo, ¡hola muchachas!, horas interminables de ocio y ellas bebiéndose una soda de uva, una chicha, un helado de frutas, amor adolescente con sabor a membrillo, naranja, papaya, melón y guanábana y Elías que ha entrado y me entrega los diarios, les doy una hojeada, “Monseñor sale de Trípoli”, Monseñor y el Nuncio Apostólico llegando a la casa el domingo en la tarde, conversando con Cero, negociando para que ellos dos y los embajadores de Venezuela y México fueran aceptados para el viaje a Libia como garantes, mira, muchacho, sin esos embajadores no hay viaje, el de Venezuela a través de su Gobierno es el que ha conseguido el permiso para que aterrice en Trípoli el avión que los llevará a Ustedes y los presos políticos, el de México también ha recibido órdenes de su Gobierno para que preste su mediación, y el guerrillero pensativo, primero se aflojaba el cinturón y bebía a sorbos de un vaso, todo esto me huele a trampa de última hora, a que este Nuncio ha sido enviado acá con un cuadro de demandas prefabricadas, alcanzamos a oír que decía y vimos cuando Cero encendió un cigarrillo, le ofreció a Monseñor y dejó al otro por fuera, lo excluía, lo ignoraba a propósito, y luego los tres discutiendo, gesticulando, paseándose, agitados, por el salón principal, ya no se trataba de quién se rebajaba primero, sino más bien de una lucha ciega entre orgullo y principios, y así, debió haber pasado una hora, ¿quién sabe?, sólo recuerdo que Cero por primera vez en esos tres días se levantó y con un gesto superhistriónico colocó la pistola sobre la mesita de café de la sala, era una prueba, ¿de qué?, sólo ellos sabían, alzo la vista, el carro en estos momentos cruza el trecho

que divide la calle 39 de la 38, mis calles, tus calles, Mariana, convertidas hoy en pequeños comercios, farmacias, boutiques, consultorios dentales, la Alianza Francesa, oficinas de bienes raíces, la Kodak y a estas horas, en otros tiempos ya hubiéramos estado aquí mismo jugando y tú con tus trenzas largas, una muchachita flacucha que peleaba siempre con Rosarito Prieto, la de la piñata en forma de conejito, y luego todos sentados en la paredilla de la casa de Vicente o Baby García y desde ahí el día amarillo, crema, rosado, gris, y a veces, también en pandilla, caminando hacia el malecón a buscar caracoles y el mar azul, verde claro, morado y gris perla, y todos de regreso a la casa para no perder la hora de la cena en familia, y tú sola, tú, con tu abuela y tus dos tías horriblemente amargadas, y el carro que frena en seco y este chirrido sonando como si alguien hubiera lanzado un lamento, pero no hay tal, sino una mujer y otra y otra que están discutiendo a causa de un choque y la gente que se ha congregado, la Iglesia de Cristo Rey, separo la vista y lo que siento es una necesidad de gritar a todo pulmón, gritar como quien canta, Mariana, cantar como quien grita, ¡Dios mío!, tus ojos la noche del jueves, las largas pestañas que parecían postizas, tu carcajada sonora, los gestos completamente desnudos, no, no, Monseñor, comprenda fue un accidente, mire, ¡está bueno ya!, un accidente, se lo juro, y tú y yo allá en Las Cumbres, subiendo y bajando, sin respirar apenas por aquel camino sembrado de plantas exóticas que va de la carretera a la casa, de la casa al lago, ¡se lo juro!, nadando a la luz de la luna y de la oscuridad también, fue un accidente, nuestros cuerpos grabándose en las pupilas de las sombras, ¡está bueno ya!, comprendan que esto viene a echar todo por tierra, y tu figura de pie contra la noche, tus caderas tal vez un poco anchas, Monseñor, se lo ruego, comprenda, suplicaba, se humillaba, fue un error lamentable, se movió, salía del baño cuando se había dado la orden de permanecer cada uno en su sitio, la inocencia casi infantil con que te entregabas por completo a tu desnudez cuando te echabas, así, boca arriba sobre la grama e

ibas arrancando una y otra flor silvestre, Mariana, toda una vida frente a mis ojos, la vida misma y por vida quiero decir algo tangible, inmediato, quiero decir, tú sabes lo que te quiero decir, algo así como un par de ojos que ríen con confianza y son negros, el auto se detiene ante el semáforo del Hospital Santo Tomás, no no va a llover más esta noche, continúa la marcha, IBERIA-AIR PANAMA, el avión con los motores encendidos, aguardando en la pista de carga del aeropuerto de Tocumen, el autobús deteniendo la loca carrera, Cerro que daba la orden, los rehenes a bajar rápido, rápido a abandonar el vehículo, los guerrilleros abordando el avión, una mañana de luz, nosotros caminando hacia la terminal de carga, la multitud vitoreando, los gritos, un cordón sanitario de guardias, caminando con lentitud, desconfianza, el pánico aún poseyéndonos, banderines, un calor sofocante, y Elías que no se atreve a encender la radio del auto porque presiento que me tiene vergüenza, es extraño este hombre, ¿no es cierto?, sólo le bastaría con preguntármelo, sin embargo no lo hace y en silencio avanzamos, en silencio me aprieto un poco más la corbata, ¿qué le costaría pedirme permiso?, en silencio me aliso el cabello, me paso el pañuelo por la cara, en silencio, ¡qué hombre tan raro este Elías!, pero me agrada en el fondo, ya dobla por la calle 29, en silencio, bendito silencio, éste no es el típico panameño, aquí que la gente es tan hablantina, que lo abomban a uno, pero, no, me equivoco, el interiorano es diferentísimo al capitalino negroide, zambo, chino, éste, como buen indio, es siempre callado, a él le gusta que le hablen primero, que le hablen, que le hablen, siempre esperando, aguardando, taimado, a que el otro haga, diga, se decida y es que él sólo sabe seguir, acatar, complacer a regañamiento y entonces puede darse el gusto de pensar que el otro lo está persiguiendo, acosando, hostigando, apremiando, dándole caza, pisándole los callos y también los talones y, así, sentirse como a él tanto le gusta, o sea, como él se siente en su charco: molesto, fatigado, oprimido, irritado, provocado, excitado y atormentado por aquél que haya tomado la iniciativa, cruza-

mos la Avenida Balboa con rumbo al mercado, la vía más corta hacia la Presidencia, una calle estrechísima repleta de charcos y lodo, maloliente, la peste a pescado, los desechos, a frutas tropicales podridas, a legumbres pasadas, me tapo la nariz con el pañuelo de hilo que huele a colonia, pero el mal olor se filtra a través de la fragancia francesa, quito la vista, es inútil, los vendedores de lotería sentados en plena calle con sus billetes verdes, rosados, amarillos, naranja en el regazo, ¡llévese la suerte! un grito, otro, el embotellamiento de carros que se topan con carretillas, camiones, bicicletas, motocicletas, borrachos, viejas en andrajos que llevan canastos en la cabeza, ¡cebollas-papas-tomates-lechugas!, vocean, las cajas de huevos que se han reventado en la calle, los guardias nítidamente uniformados y llevando grandes anteojos oscuros, el silbato del policía, un carro, otro, alto, un chino vendiendo puerco ya cocinado, otro que le compra una libra pero le regatea primero, un carnicero que lleva dos grandes cortes al hombro y la sangre goteando, tas-tas-tas, goteando, subimos la rampa, la plazuela Alfaro, el mar a la izquierda, las embarcaciones pesqueras, una flota hecha de tablas, a lo lejos los condominios lujosísimos de Punta Paitilla, el *Holiday Inn*, las palmeras, los yates privados que viajan a diario a Contadora o Taboga, otro alto, y en una pared alguien ha pintado en letras rojas inmensas: ¡BASES NO! ¡AFUERA LOS GRINGOS!, reconozco también por todas partes las papeletas con que cubrieron las paredes ¡YANO SEREMOS CARNE PARA EL IMPERIALISMO!, bajo la vista, la noche del domingo la tensión aumentando, sin dormir, sin comer, las negociaciones se habían estancado, Cero que iba y venía, que lanzaba improperios a diestra y siniestra, la radio de los guerrilleros encendida en todo momento, la transmisión de los últimos comunicados del Gobierno, los embajadores reunidos en sesión permanente, y, así, por primera vez dándonos cuenta que la noche del asalto habían matado al guardaespaldas del Ministro Ramírez y al chofer de Antonio Vallarino, los habían sepultado esa mañana después de realizarles la autopsia,

impactos de bala en la ingle, en el estómago, ojos abiertos para siempre, un entierro concurrendísimo a pesar del calor, la presencia del Coronel en el Cementerio Amador, los vítores, el Coronel había saludado personalmente a los deudos, miro el reloj, las cinco y cincuenta, la vieja iglesia de la Merced, los balcones franceses, la histórica Plaza de Catedral, un cuadrilátero que encierra iglesia, correo y hotel como huella arquitectónica del imperio español y francés, la Universidad Santa María en lo que antiguamente era la sede del Arzobispado, un edificio nuevo capaz de espantar a cualquiera, las cinco y cincuenta y tres, las papeletas otra vez frente a mí, más allá, DEFENSA CONJUNTA = REPRESIÓN CONJUNTA, la voz monótona del Coronel anunciando que el Gobierno llegaría pronto a un arreglo con los guerrilleros del Frente, Antonio Vallarino con la cabeza echada sobre la mesa, se escucharon de pronto gemidos y aquellos punzando el ambiente y yo sintiendo, Mariana, un dolor difuso, unas ganas inmensas de vomitar, incapaz ya de contenerme, un sabor a bilis en la boca, dime ¿por qué fue así?, dime, ¿por qué?, luego la noticia, un flash de última hora, ¿lo soñé?, ¿lo imaginé?, no sé, decían tu nombre, me incorporé y pude ver a cuatro hombres que entraban por la puerta principal con una camilla, pasaron de largo, se perdieron en los dormitorios, Monseñor y el Nuncio caminaban rápidamente detrás de los camilleros, el flash, la noticia, otra vez, salían de la casa llevando el cuerpo cubierto con una sábana, ¿o era una colcha?, lo vi pasar a mi lado, las sotanas de Monseñor y del Nuncio y aquel color negro cegándome, ¿cómo fue?, Joaquín agarraba por el brazo a la guerrillera, la interrogaba, anoche, cuando nos sitiaron, al cholo se le escapó un tiro cuando ella salía del baño, fue un accidente, una garnatada seguida de un alarido, ¡rabiblanco de mierda!, y el dolor venciéndome, doblándome, el dolor prolongándose, corriéndome desde los labios hasta las piernas, lo decían, decían tu nombre, lo repetían en la radio, en boca de rehenes y guerrilleros a un tiempo, tu nombre, ¿qué derecho tenían de pronunciarlo, Mariana? Un aire cargante se filtraba por

las ventanas y se hizo un largo silencio, Mariana, ¿tú? ¿tú, extendida sobre esa dura camilla? ¿tu cuerpo liso? ¿tus muslos largos y tibios? Cierro los ojos.

—Señor, hemos llegado a la Presidencia—.

Un viento gris sopla por la bahía.

12 DE FEBRERO DE 1976.

Índice

1

Ramón H. Jurado
EL DESVÁN

•••••

67

Isis Tejeira
SIN FECHA FIJA

•••••

165

Gloria Guardia
EL ÚLTIMO JUEGO



Biblioteca de la Nacionalidad

TÍTULOS DE ESTA COLECCIÓN



- **Apuntamientos históricos (1801-1840)**, Mariano Arosemena.
El Estado Federal de Panamá, Justo Arosemena.
- **Ensayos, documentos y discursos**, Eusebio A. Morales.
- **La décima y la copla en Panamá**, Manuel F. Zárate y Dora Pérez de Zárate.
- **El cuento en Panamá: Estudio, selección, bibliografía**, Rodrigo Miró.
Panamá: Cuentos escogidos, Franz García de Paredes (Compilador).
- **Vida del General Tomás Herrera**, Ricardo J. Alfaro.
- **La vida ejemplar de Justo Arosemena**, José Dolores Moscote y Enrique J. Arce.
- **Los sucesos del 9 de enero de 1964. Antecedentes históricos**, Varios autores.
- **Los Tratados entre Panamá y los Estados Unidos.**
- **Tradiciones y cantares de Panamá: Ensayo folklórico**, Narciso Garay.
Los instrumentos de la etnomúsica de Panamá, Gonzalo Brenes Candanedo.
- **Naturaleza y forma de lo panameño**, Isaías García.
Panameñismos, Baltasar Isaza Calderón.
Cuentos folklóricos de Panamá: Recogidos directamente del verbo popular, Mario Riera Pinilla.
- **Memorias de las campañas del Istmo 1900**, Belisario Porras.
- **Itinerario. Selección de discursos, ensayos y conferencias**, José Dolores Moscote.
Historia de la instrucción pública en Panamá, Octavio Méndez Pereira.
- **Raíces de la independencia de Panamá**, Ernesto J. Castellero R.
Formas ideológicas de la nación panameña, Ricaurte Soler.
Papel histórico de los grupos humanos de Panamá, Hernán F. Porras.
- **Introducción al Compendio de historia de Panamá**, Carlos Manuel Gasteazoro.
Compendio de historia de Panamá, Juan B. Sosa y Enrique J. Arce.
- **La ciudad de Panamá**, Ángel Rubio.
- **Obras selectas**, Armando Fortune.

- **Panamá indígena**, Reina Torres de Araúz.
- **Veintiséis leyendas panameñas**, Sergio González Ruiz.
Tradiciones y leyendas panameñas, Luisita Aguilera P.
- **Itinerario de la poesía en Panamá (Tomos I y II)**, Rodrigo Miró.
- **Plenilunio**, Rogelio Sinán.
Luna verde, Joaquín Beleño C.
- **El desván**, Ramón H. Jurado.
Sin fecha fija, Isis Tejeira.
El último juego, Gloria Guardia.
- **La otra frontera**, César A. Candanedo.
El ahogado, Tristán Solarte.
- **Lucio Dante resucita**, Justo Arroyo.
Manosanta, Rafael Ruiloba.
- **Loma ardiente y vestida de sol**, Rafael L. Pernet y Morales.
Estación de navegantes, Dimas Lidio Pitty.
- **Arquitectura panameña: Descripción e historia**, Samuel A. Gutiérrez.
- **Panamá y los Estados Unidos (1903-1953)**, Ernesto Castellero Pimentel.
- **El Canal de Panamá: Un estudio en derecho internacional y diplomacia**, Harmodio Arias M.
- **Tratado fatal! (tres ensayos y una demanda)**, Domingo H. Turner.
El pensamiento del General Omar Torrijos Herrera.
- **Tamiz de noviembre: Dos ensayos sobre la nación panameña**, Diógenes de la Rosa.
La jornada del día 3 de noviembre de 1903 y sus antecedentes, Ismael Ortega B.
La independencia del Istmo de Panamá: Sus antecedentes, sus causas y su justificación, Ramón M. Valdés.
- **El movimiento obrero en Panamá (1880-1914)**, Luis Navas.
Blázquez de Pedro y los orígenes del sindicalismo panameño, Hernando Franco Muñoz.
El Canal de Panamá y los trabajadores antillanos. Panamá 1920: Cronología de una lucha, Gerardo Maloney.
- **Panamá, sus etnias y el Canal**, Varios autores.
Las manifestaciones artísticas en Panamá: Estudio introductorio, Eric Wolfschoon.
- **El pensamiento de Carlos A. Mendoza.**
- **Relaciones entre Panamá y los Estados Unidos (Historia del canal interoceánico desde el siglo XVI hasta 1903)** —Tomo I—, Celestino Andrés Araúz y Patricia Pizzurno.



A los Mártires de enero de 1964,
como testimonio de lealtad a su legado
y de compromiso indoblegable
con el destino soberano de la Patria.

